

CUADERNOS DE ARQUEOLOGÍA MEDITERRÁNEA

VOL. 15

2007

PUBLICACIONES DEL LABORATORIO DE ARQUEOLOGÍA
UNIVERSIDAD POMPEU FABRA DE BARCELONA

Edita:

Edicions Bellaterra

Navas de Tolosa, 289bis
08026 Barcelona
Tel.: 34+ 933 499 786
Fax: 34+ 933 520 851
E-mail: ed-bellaterra@terra.es

Correspondencia e intercambios:

**Laboratorio de Arqueología
Facultat d'Humanitats
Universitat Pompeu Fabra**

Ramon Trias Fargas, 25-27
08005 Barcelona
Tel.: 34+ 935 422 695
Fax: 34+ 935 421 690
E-mail: eugenia.aubet@upf.edu

Pedidos y suscripciones:

Pórtico Librerías, S.A.

P.O. Box 503 / Muñoz Seca, 6
50080 Zaragoza (España)
Tel.: 34+ 976 557 039 - Fax: 34 + 976 353 226
E-mail: portico@porticolibrerias.es

Depósito legal: B. 12.668-2007

ISBN: 978-84-7290-355-5

Impreso por: Gradisa. Gráficas y Diseño, S.A. Av. Apel·les Mestres, 40-42. 08820 El Prat de Llobregat

La revista **Cuadernos de Arqueología Mediterránea** se publica con una periodicidad anual y se intercambia con publicaciones científicas afines para incrementar los fondos de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Asimismo recibe libros para recensión, relacionados con temas de Protohistoria, Colonizaciones y Teoría y Método en Arqueología.

Manuel Pellicer Catalán

LA NECRÓPOLIS LAURITA
(ALMUÑECAR, GRANADA)
EN EL CONTEXTO DE LA
COLONIZACIÓN FENICIA

COMITÉ ASESOR

Anna Margarita Arruda, *Lisboa*
Juan Antonio Belmonte, *Albacete*
Eduardo García Alfonso, *Málaga*
Gerta Maass-Lindemann, *Karlsruhe*
Eilat Mazar, *Jerusalem*
Arturo Ruiz, *Jaén*
Hélène Sader, *Beirut*
Antonella Spanò, *Palermo*
José Ángel Zamora, *Zaragoza*
Mercedes Vegas, *London*

CONSEJO DE REDACCIÓN

Directora:

Maria Eugenia Aubet

Vocales:

Raghida Abillamaa

Ana Delgado

Francisco J. Núñez

Apen Ruiz

Laura Trellisó

ÍNDICE

I. Introducción	11
1. Antecedentes	11
2. Descubrimiento, excavación y publicación de la necrópolis Laurita	11
3. Revisión y reedición de la publicación de 1963	13
II. El panorama de la colonización fenicia en Iberia en 1963	17
1. El proyecto “Arqueología de la Costa Andaluza” y Almuñécar	17
2. El marco geográfico de Almuñécar	18
3. Las fuentes escritas sobre Sex	19
III. La necrópolis Laurita	21
1. La excavación	21
2. Descripción de los enterramientos	21
3. Observaciones sobre la necrópolis	26
IV. Las investigaciones de F. Molina Fajardo en Almuñécar	29
1. Las necrópolis púnicas de Velilla y Puente de Noy	29
2. Los sondeos en el núcleo urbano de Almuñécar	31
V. Los Fenicios y Occidente	33
1. El territorio fenicio	33
2. El proceso colonial fenicio en Occidente	34
3. Los fenicios en Iberia. ¿Una precolonización?	34
4. La colonización fenicia propiamente dicha	37
VI. Las necrópolis fenicias	39
1. El rito funerario fenicio de la incineración en el Mediterráneo	39
2. La incineración en las necrópolis fenicias de Iberia	42
3. Tipología de las tumbas fenicias en el Mediterráneo	44
4. Tipología de las tumbas fenicias en Iberia	44
VII. Los grandes vasos de alabastro	47
1. Distribución en Iberia, Cartago y Oriente	47
2. Tipología de las urnas cinerarias de alabastro de Laurita	49

3. Las inscripciones de las urnas cinerarias de Laurita	51
4. Síntesis	53
VIII. Los ajuares funerarios de Laurita (I): la cerámica fenicia de barniz rojo	55
1. Los ajuares funerarios	55
2. La cerámica de barniz rojo y su distribución	56
3. Los <i>oinochoai</i> piriformes	57
4. Los jarros de boca de seta	58
5. Los platos de barniz rojo	59
6. Las lucernas	61
IX. Los ajuares funerarios de Laurita (II): cerámica común, griega, adornos y objetos rituales	63
1. Cerámicas comunes	63
2. Las <i>kotylai</i> protocorintias	63
3. Huevos de avestruz	65
4. Metalistería y amuletos	67
X. Las bases cronológicas de Laurita	69
1. <i>Kotylai</i> protocorintias	69
2. Cerámica de barniz rojo	69
3. Huevos de avestruz	70
4. Amuletos y metalistería	71
5. Urnas de alabastro e incineración	71
6. Tumbas de pozo	71
7. La estratigrafía horizontal de Laurita	72
XI. La sociedad fenicia sexitana	73
1. El relato de Estrabón	73
2. Las supuestas oleadas fenicias en Sex	74
3. Sociedad y economía de la Sex fenicio-púnica	74
Bibliografía	77
Figuras	93
Láminas	173

I. INTRODUCCIÓN

1. ANTECEDENTES

El año 1963 marcó un mito especial en las investigaciones de la arqueología fenicia de Iberia. En aquellas fechas se contemplaba la colonización fenicia de Iberia a través de las parcas noticias suministradas por las fuentes clásicas. Según Estrabón (Geog. III, 5,5), eran cuatro las colonias fenicias de las costas ibéricas: Gadir (Cádiz), Malaka (Málaga), Sex (Almuñécar) y Abdera (Adra), habiéndose efectuado excavaciones arqueológicas solamente en las necrópolis púnicas de Cádiz y con la más elemental técnica (P. Quintero, 1917-1935).

Los materiales fenicios de la colección malagueña de Loring, procedente en su mayoría de la necrópolis del Cortijo de Montánez en Churriana (M. Rodríguez de Berlanga, 1981-1903), se atribuían indeterminadamente a Málaga capital. De los establecimientos fenicios de Sex y de Abdera arqueológicamente no se sabía absolutamente nada. A. García Bellido había publicado varias síntesis, ciertamente valiosas, pero arqueológicamente insuficientes (1942, 1948, 1954, 1960), y su discípulo A. Blanco, con intuición clarividente, había estudiado una serie de materiales suntuarios de carácter fenicio y orientalizante (1953, 1956, 1960), conservados en museos y colecciones privadas, generalmente descontextualizados.

Fue M. Tarradell quien, a propósito de sus excavaciones en Lixus, pronosticó expresamente la necesaria riqueza arqueológica fenicia de las costas meridionales hispanas (1950, 1951, 1952, 1954, 1960). Los resultados y los materiales de las ricas y extensas necrópolis de Baria, en Villaricos, con más de 2000 tumbas excavadas por L. Siret a principios del siglo xx (1908), permanecieron prácticamente inéditos hasta la aportación de M. Astruc (1951), quien puso cierto orden en la tipología y grupos de enterramientos con sus ajuares púnicos. Las recientes publicaciones de M.^a J. Almagro (1984) y A. Rodero y otros (2000) no dejan de tener interés, pero la necrópolis de Villaricos permanece en realidad inédita en los diarios y los almacenes del Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

2. DESCUBRIMIENTO, EXCAVACIÓN Y PUBLICACIÓN DE LA NECRÓPOLIS LAURITA

En el mes de noviembre de 1962, al construir el Ministerio de la Vivienda una organización de doscientas casitas para los pescadores de Almuñécar en la parte oriental del Cerro de San Cristóbal, denominado también «China Gorda» (lám. I) y situado a unos 800 metros al oeste del antiguo núcleo urbano, se terraplenó la ladera del cerro, apareciendo en la parte media un pozo con una urna cineraria de alabastro y cerámicas que pasaron desapercibidas para la arqueología.

Ya en 1963, conforme las obras de aterrazamiento avanzaban para la construcción de las viviendas, fueron detectándose nuevos pozos análogos al primero, en cuyos fondos o en nichos laterales se incrustaban nuevas urnas cinerarias de alabastro con restos de los ajuares funerarios cerámicos y de orfebrería, recuperados, en parte, por D.^a Laura («Laurita»), esposa de D. Francisco Prieto Moreno, jefe arquitecto del Patrimonio de Andalucía Oriental.

Los materiales arqueológicos, en gran parte fragmentados por el saqueo de las tumbas, recuperados por D.^a Laura, fueron transportados a su chalet de «Los Berengueles», en el paraje de la Punta de la Mona, donde el Sr. Prieto Moreno construía una urbanización.

El entonces delegado regional de excavaciones arqueológicas, D. José M.^a Pita Andrade, catedrático de arte de la Universidad de Granada, informó del hallazgo a la Dirección General de Bellas Artes de Madrid, adjuntando fotografías de una urna de alabastro con inscripciones jeroglíficas egipcias (lám. IX, A y VIII, D).

En aquellos días de fines de marzo de 1963 yo me encontraba en Madrid, una vez terminada mi segunda campaña, como director de las excavaciones que la Misión Arqueológica Española realizaba en Egipto y en la Nubia sudanesa. El Director General de Bellas Artes me convocó al ministerio para darme cuenta del sorprendente hallazgo de Almuñécar, mostrándome la foto de una de las urnas recuperadas, con jeroglíficos, y encargándome de la dirección de las excavaciones y estudio del interesante yacimiento sexitano, ya que dos años antes había yo solicitado e iniciado el proyecto de prospecciones en la costa granadina.

A principios de abril de 1963 el aspecto de la necrópolis del Cerro de San Cristóbal no podía ser más desolador, con las tumbas 1-11 vacías cuando no, destruidas, y restos de ajuares cerámicos de barniz rojo dispersos y fragmentados. En el chalet de los Berengueles pude contemplar parte de las urnas de alabastro y de los ajuares de las 11 tumbas saqueadas. El día 3 de abril inicié la excavación metódica de la necrópolis, cuya primera campaña duró hasta el día 18 de ese mes de abril, suspendida por falta de presupuesto. Gracias a una exigua subvención de D. Francisco Prieto pude reanudar la segunda campaña durante todo el mes de julio.

En ambas campañas colaboraron técnicamente y bajo mi dirección D.^a Pilar Acosta, profesora del departamento de la universidad, D. Juan de la Fuente Ruiz, como topógrafo y dibujante, y D. Rafael García Serrano. La planimetría y dibujo de materiales fue pasada a tinta por D. Vicente Viñas, quien había colaborado en mis excavaciones de Nubia (M. Pellicer, 1963 B). Trabajaron como obreros expertos: D. J. M.^a Fernández y D. J. Jiménez cuyo aprendizaje se había desarrollado en mis excavaciones de la cueva de la Carigüela de Piñar (Granada) (M. Pellicer, 1964 B).

Terminados los trabajos de campo, los materiales arqueológicos de mis excavaciones y parte de los conservados por D.^a Laura fueron depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Granada, sin haber podido localizar los ajuares de las tumbas 4-10, cuyas urnas cinerarias publicó posteriormente F. Molina Fajardo (1983, 1983-84, 1986) (lám. XVII; fig. 17 A-C, 17 E). Por sugerencia del Director General de Bellas Artes le impuse a la necrópolis del Cerro de San Cristóbal el nombre de «Laurita» en agradecimiento a D.^a Laura de Prieto Moreno por su gestión, sin cuyo interés se hubiera perdido el extraordinario yacimiento.

Con mi intervención en Almuñécar pudo salvarse para la ciencia arqueológica el 45 % de la necrópolis, correspondiente a las tumbas 12-20. El resto de los enterramientos no excavados por nosotros, las tumbas 1-3, 10 y 11, tienen una garantía relativa y las tumbas 4-9 carecen de documentación precisa.

Por otra parte, la Dirección General me insistió en el urgente estudio y publicación de una necrópolis tan singular en el horizonte fenicio hispano.

Durante el mes de agosto en la biblioteca, relativamente completa, del Instituto de Arqueología «Rodrigo Caro» del C.S.I.C. de Madrid pude precipitadamente dedicarme al estudio de la necrópolis con la bibliografía más elemental entonces existente, de tal manera que en el mes de septiembre consideré el trabajo suficientemente dispuesto, como un estudio previo, que titulé «Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)», publicado en el núm. 17 de la serie «Excavaciones Arqueológicas en España», 1963.

En la denominación de necrópolis «púnica» seguí el consejo de P. Cintas y A. García Bellido, quienes la consideraron íntimamente relacionada con Cartago, aunque el primero tendía a fecharla en un momento anterior al s. VII a.C. y el segundo en un momento posterior, en el s. VI.

H. Schubart, subdirector del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, me propuso publicar el trabajo en la serie «*Madridrer Mitteilungen*», apareciendo, traducido al alemán por él, en el tomo 4 de 1963, con el título «*Ein alt-punisches Gräberfeld bei Almuñécar (prov. Granada)*», págs. 9-58.

A raíz de la publicación de «Laurita» se discutió la terminología aplicable al mundo fenicio de Almuñécar, considerado, según los diferentes investigadores, como púnico (P. Cintas, 1950), paleopúnico (H. Schubart), Cartaginés (J. Ferrón, 1970), fenicio (H.G. Niemeyer), fenicio occidental, fenicio arcaico, etc, habiendo prevalecido la denominación de fenicio occidental frente a la de púnico, reservado para Cartago y yacimientos directamente relacionados con esta metrópoli y para el mundo postfenicio occidental prerromano.

Con el descubrimiento, excavación y estudio de Laurita se presentó en la Península Ibérica la necrópolis fenicia más arcaica conocida, exhaustivamente excavada, con 20 tumbas de pozo y de incineración en urnas de alabastro, reutilizadas, de la XXII dinastía egipcia, fechadas éstas con precisión entre el 850 y el 773 a.C., según las car-

telas de los faraones Osorkon II, Takelot II y Chechong III, mientras que el conjunto de tumbas se fechó dentro de los tres primeros cuartos del s. VII a.C., según las kotylai protocorintias y otros restos de ajuar (fig. 93 A-B; lám. XVII).

La publicación de la memoria de las excavaciones de Laurita originó e impulsó en España la moda de la «feniciomanía» en detrimento de la «grecomanía», arrastrada desde inicios del siglo XX, de tal modo que Laurita podría considerarse como el factor catalizador y revulsivo de las investigaciones sobre el mundo fenicio occidental ibérico que tanta y tan excelente bibliografía ha suministrado en la segunda mitad del s. XX.

El trabajo de 1963 constaba de cinco apartados. En la introducción se exponía el estado actual de las investigaciones sobre la arqueología fenicia en España, la historia del descubrimiento de Laurita y la metodología de la excavación. En la segunda parte se describía la geografía de Almuñécar, la necrópolis y cada uno de los enterramientos con sus correspondientes ajuares funerarios. En la tercera parte se estudiaba la colonización fenicia en general, atendiendo sus causas, etapas y características, la identificación de Sex con Almuñécar, las necrópolis fenicio-púnicas del Mediterráneo occidental y púnicas hispanas. En la cuarta parte se analizaba el registro de los materiales de la necrópolis, compuesto por las urnas cinerarias de alabastro con sus inscripciones jeroglíficas egipcias y grafitos semíticos, cerámicas de barniz rojo, como oinochoai piriformes, jarros de boca de setas, platos y lucernas, otras especies cerámicas comunes, kotylai protocorintias, huevos de avestruz pintados, amuletos y adornos personales. La quinta parte era una escueta síntesis que servía de colofón, donde se databa la necrópolis en la primera mitad del s. VII a.C.

3. REVISIÓN Y REEDICIÓN DE LA PUBLICACIÓN DE 1963

El éxito del trabajo sobre la necrópolis Laurita de Almuñécar fue tan positivo que la edición se agotó rápidamente. En los años ochenta varias universidades españolas me exhortaron a reeditar el trabajo, pero, entendiendo que el estudio había quedado naturalmente anticuado e incompleto ante la prolífica bibliografía sobre el mundo fenicio oriental y occidental, juzgué necesario rehacerlo completamente, poniéndolo al día, aunque los puntos a modificar no eran absolutamente esenciales.

La decisión de esta reedición se fraguó en el V Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, celebrado en Palermo en octubre de 2000, donde tuve ocasión de entrevistarme con mi colega y excelente investigadora del mundo fenicio, M.^a Eugenia Aubet, quien me propuso gestionar una nueva edición, convenientemente revisada, en la serie de «Cuadernos de Arqueología Mediterránea» de la Universidad, Pompeu i Fabra de Barcelona.

Leída con detenimiento la memoria de las excavaciones de 1963, he advertido naturalmente la presencia de ciertos errores y la necesidad de ciertas correcciones, precisiones e incorporaciones de nuevos datos, actualizando los puntos de vista.

En la primera parte de la memoria de 1963, que sirve de introducción, habría que incorporar las necrópolis arcaicas de incineración últimamente descubiertas y publicadas en España, como la de Cádiz (L. Perdigones, 1990, 1991), del Cortijo de Montañez (M.^a E. Aubet y otros, 1995), de Las Cumbres (D. Ruiz Mata 1991; D. Ruiz Mata y C. Pérez, 1989), del Cerro del Mar (H. G. Niemeyer, 1979), de Trayamar (H. Schubart y H. G. Niemeyer, 1976) y de Lagos (M.^a E. Aubet y otros, 1991), además de incluir las cinco nuevas urnas cinerarias de alabastro procedentes de la necrópolis Laurita (fig. 17) (F. Molina Fajardo, 1983, 1986, 1991; F. Molina y J. Padró, 1983 A y B, 1983-84), del Cortijo de Montañez (fig. 57 I) (M. C. Pérez Díe, 1983), del Cerro del Mar (M.^a C. Pérez Díe, 1976) (fig. 57 E-H), de Adra (fig. 58 B) (E. García Alfonso, 1998) y del Guadalete (fig. 57 A) (I. Gamer, 1976).

En la segunda parte, de tipo descriptivo, la tipología atribuida a las tumbas de pozo, con nichos o sin ellos, puede permanecer invariable, pues es frecuente que algunas clasificaciones posteriores (A. Tejera, 1979) equiparen las tumbas de nicho de Laurita con las de cámara, inexistentes en nuestra necrópolis. La oinochoe de boca de seta, según la nomenclatura de P. Cintas que adopté, debe definirse concretamente como jarro de boca de seta, ya que su función no es para vino sino para ungüentos.

Las dos kotylai protocorintias de la tumba 19 B de Laurita son de diferentes fases entre sí, uno del protocorintio antiguo y otro del medio (J. N. Coldstream, 1968). A las tumbas 4-10 de Laurita, saqueadas y sin ajuar preciso, deben pertenecer las urnas cinerarias de alabastro, antes mencionadas publicadas por F. Molina (fig. 17 A-E).

En la tercera parte, dedicada a la colonización fenicia en general, la designación de púnicos atribuida a los enterramientos de Laurita, debe cambiarse por la de fenicios de occidente, según ya hemos indicado. La causa primordial de la colonización fenicia, que basábamos en los movimientos bélicos y comerciales de pueblos orientales, egipcios, neohititas, pueblos del mar, hebreos y principalmente asirios, debe atribuirse concretamente a los

complejos fenómenos de la presión asiria, de la superpoblación fenicia, mayormente tiro-sidonia y de la búsqueda y adquisición de materias primas, especialmente metalíferas para la industria y para el pago de tributos a los belicosos monarcas asirios de los siglos IX-VII a.C. (M.^a E. Aubet, 1987).

Las etapas de la colonización fenicia en Iberia deben precisarse con la documentación arqueológica de los últimos descubrimientos y estudios de colonias, factorías y puntos de aprovisionamiento fenicios de las costas meridionales hispanas y portuguesas de los siglos IX-VI a.C. (Fig. 35), que suman ya más de una treintena de establecimientos, posiblemente la mayor concentración de colonos fenicios de todo el Mediterráneo occidental (M. Pellicer, 1995, 1996, 1998, 2000). La nueva documentación arqueológica obtenida en el s. XXI obliga a presentar un nuevo cuadro de la precolonización (G. Frutos y A. Muñoz, 2004; I. Córdoba y D. Ruiz, 2005; F. González y otros, 2004).

P. Cintas cifraba la cronología de las tumbas de una necrópolis púnica, especialmente de Cartago, según su proximidad al poblado, de manera que las más arcaicas corresponderían a la parte más próxima al hábitat, pero en Laurita funciona el fenómeno contrario, puesto que las tumbas más arcaicas se sitúan en las cotas más altas y alejadas del poblado (fig. 12), según la cronología de los ajuares. Siguiendo a P. Cintas (1950), defensor de que la incineración era un rito indígena en el norte de África y la inhumación de origen fenicio, afirmamos erróneamente en nuestra publicación que la incineración era un rito desconocido en Fenicia y Chipre, lo cual evidentemente no es exacto. Por otra parte, siguiendo también a P. Cintas, propusimos que el uso del ocre en los enterramientos era una práctica griega, pero se trata más bien de un rito muy generalizado desde el epipaleolítico hasta la iberización (M. Pellicer y P. Acosta, 1997).

En la cuarta parte, dedicada a los ajuares funerarios, se enumeran paralelos de los vasos de alabastro egipcios, citando el aparecido en Barbate (M. Gómez Moreno, 1958), que más bien procede del Guadalete (fig. 57 A), uno de Samaria y otro de la necrópolis de Tanis, sin embargo los paralelos se han multiplicado en Oriente con los publicados, procedentes de los palacios reales de Asur, Nimrud, Sidón, Minet el Beida, Orsk y , por supuesto, de la necrópolis real de Tanis (W. Culican, 1970; J. Leclant, 1964, 1991; I. Gamer, 1973, 1976, 1978; J. Padró, 1983; M.^a C. Pérez Díe, 1983). De Cartago se han publicado las urnas cinerarias de alabastro de las tumbas 8 y 18 de la necrópolis de Juno, de Tanit I y otra hallada en una villa romana (fig. 59 A y B), (P. Cintas, 1970-1976), pero es en las necrópolis fenicias arcaicas de Andalucía donde estas urnas cinerarias han proliferado, con mayor abundancia, según se ha indicado.

Si el interés de Laurita es peculiar por ser la única necrópolis fenicia con todos los enterramientos en urnas cinerarias de alabastro egipcias, este interés aumenta considerablemente por las inscripciones jeroglíficas de las mismas, correspondientes a tres faraones sucesivos de la dinastía XXII libia. Al preparar la memoria de 1963, me vi obligado a recurrir a la opinión de los orientistas del C.S.I.C de Madrid para identificar las cartelas faraónicas, que es necesario corregir, ya que una de ellas no se refiere a Chechong II, como yo propuse, sino a Chechong III, según precisaron J. Leclant (1964) y J. Padró (1975).

Respecto a los textos jeroglíficos de las urnas, éstos se presentaron sin traducción y comentario, habiendo sido estudiados posteriormente por J. Leclant (1964, 1991), J. Padró (1976, 1977, 1983A, 1983B, 1983C, 1985, 1986) y I. Gamer-Wallert (1973, 1978).

La teoría de P. Cintas de que la necrópolis Laurita era de raíces cartaginesas, reforzada por el estudio de J. Ferron (1970) sobre una inscripción semítica de una urna de la tumba 3 (fig. 75), cuyo nombre Magón juzgó cartaginés y del s. VIII, fue rebatida por J. Leclant, G. Picard y W. Culican (1970), quienes atribuyeron el antropónimo no a Cartago sino a Fenicia.

Los vasos de barniz rojo de Laurita fueron tratados cultural y cronológicamente, siguiendo el estudio de P. Cintas sobre la cerámica púnica (1950) y de J. I. S. Whitaker sobre Motia (1921), pero posteriormente los datos entregados por las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en los establecimientos y necrópolis malagueños de las desembocaduras de los ríos Vélez y Algarrobo (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1969; H.G. Niemeyer y H. Schubart, 1969; H. Schubart y H.G. Niemeyer, 1976) por el estudio de su cerámicas en general (G. Maas-Lindenman, 1975, 1982, 1986, 1990, 1999) y por el análisis métrico de los platos (H. Schubart, 1976), precisaron su tipología y cronología. Por otra parte, las excavaciones practicadas en otros establecimientos fenicios de las costas meridionales hispanas, como el Cerro del Villar (A. Arribas y O. Arteaga, 1975; M.^a E. Aubet y otros, 1999), La Fonteta (A. González Prats, 1999), Castillo de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, 1986) y Huelva (J. Fernández Jurado y otros, 1990; P. Rufete, 1989), junto con la ingente labor desarrollada en Ibiza (J. Ramón, 1991), en Cerdeña, Sicilia y Malta por el I.S.F.P. de Roma, en Cartago (P. Cintas, 1970-1976; S. Lancel, 1979, 1980, 1982; F. Rakob, 1991), en Marruecos (A. Jodin, 1966) y en el Próximo Oriente (P. J. Riis, 1979; W. Culican, 1972, 1982; M. Prausnitz, 1982; P. M. Bikai, 1978), entre otros, han suministrado documentación suficiente para las precisiones de I. Neguerela sobre

la cronología de la cerámica de barniz rojo de las diferentes tumbas de Laurita (I. Neguerela, 1979-80, 1981, 1983, 1985, 1991).

Sobre los huevos de avestruz decorados, presentes en Laurita, frecuentes en Cartago y numerosos en las necrópolis de Puig des Molins y Villaricos, M.^a P. San Nicolás (1975) publicó un interesante trabajo sobre su tipología, cronología y distribución, que debe tenerse en cuenta.

En la orfebrería de Laurita destaca el estuche porta-amuleto o «mezuzot» de plata de la tumba 14, idéntico al del Castillo de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, 1988) (lám. XX, C, D) y al de la tumba de Yadamilk de Cartago (A. Delattre, 1897), fechables en la primera mitad del s. VII a.C. Los pendientes globulares de oro de la tumba 1, localizados por F. Molina (1983, 1986) (fig. 97 K), son análogos a los de Trayamar (H. Schubart y H. G. Niemeyer, 1976), fechados en la segunda mitad del s. VII a.C. Al colgante anular de plata con escarabeo basculante de la tumba 3 de Laurita (fig. 97 E), muy común en el Mediterráneo occidental, hay que sumar el otro análogo de oro de la tumba 1 (fig. 97 D).

Las kotylai protocorintias de la tumba 19 B (lám. XII, A, B), fechados en la primera mitad del s. VII a.C., representaron, entonces, la cerámica griega más primitiva parecida en Iberia antes del hallazgo descontextualizado del fragmento ático del geométrico medio de Huelva (P. Rouillard, 1977).

Con los trabajos de J. N. Coldstream sobre la cerámica geométrica griega (1986), de B. B. Shefton sobre las importaciones griegas en el sur peninsular (1982), de H. G. Niemeyer sobre la cronología de las estratigrafías de Toscanos, según la cerámica griega (lám. XII, C) (1983, 1984, 1988) y de P. Cabrera sobre la cronología y especies de la cerámica griega de Huelva (1985, 1986), del Cerro del Villar (1994) y, en general, de la Península Ibérica (1995), se pudo precisar con mayor exactitud el enterramiento 19 B de Laurita.

Considerando que la tumba 19 de Laurita, situada en la parte más alta del Cerro de San Cristóbal, es de las más arcaicas y fechable por la kotyle protocorintia más moderna hacia el 670 a.C., y, por otra parte, que la tumba 17, situada en la parte inferior, es de las más modernas, fechable hacia el 630-625, según su cerámica de barniz rojo, la cronología de Laurita quedaría definida dentro de los tres primeros cuartos del s. VII a.C.

En este trabajo hemos añadido los capítulos V al XI, que modifican, en gran parte, la visión que la arqueología fenicia ofrecía en los años sesenta del s. XX. Particularmente el capítulo V, sobre los fenicios en occidente, presenta una peculiar novedad sobre la precolonización, habiéndose localizado, por fin, los estratos inferiores de Gádir y de Onoba, que constatan una colonización permanente, junto con algunos materiales descontextualizados del s. IX, procedentes de Paterna de la Ribera (Cádiz) y de Lora del Río (Sevilla).

En el capítulo VI se estudian, con más datos las necrópolis fenicias del Mediterráneo y especialmente el rito de la incineración. El capítulo VII se dedica al estudio de las urnas cinerarias de alabastro y sus inscripciones egipcias de los siglos IX y VIII. Los ajuares funerarios de Laurita se tratan detalladamente en los capítulos VIII a X, finalizándose el trabajo con el capítulo XI, en el que se teoriza sobre las supuestas oleadas migratorias fenicias y sobre las características de la sociedad sexitana.

II. EL PANORAMA DE LA COLONIZACIÓN FENICIA EN IBERIA EN 1963

Antes de 1963 existía un alarmante vacío sobre la colonización fenicia en Iberia por la formación germana de los principales arqueólogos e historiadores españoles como P. Bosch, A. García Bellido, M. Almagro, J. Martínez Santa-Olalla y algunos otros, más atentos a la riqueza de las fuentes griegas que a la insuficiencia de las semíticas. Las fuentes escritas grecolatinas, con una acusada tendencia peyorativa hacia su mundo rival fenicio-cartaginés, pecaban de un acusado parcialismo. Respecto a la arqueología fenicio-púnica occidental del norte de África, Sicilia, Cerdeña, Ibiza e Iberia, las excavaciones efectuadas con garantía y rigor científico eran escasas y de sus interpretaciones cultural y cronológicamente deficientes, mientras que muchas de las ciudades y necrópolis helénicas del Egeo, Magna Graecia, Sicilia y Emporion en Iberia estaban siendo apasionadamente excavadas. En ese sentido de las investigaciones, no parecen justas las reiterativas acusaciones vertidas hacia los estudiosos de la colonización griega como filohelenos y racistas por razones políticas (A. Ruiz Rodríguez, 1986; J. L. López Castro, 1992). Si el panorama arqueológico fenicio en el Mediterráneo occidental era confuso, en España no lo era menos, ya que solamente se habían excavado algunas tumbas de las necrópolis púnicas gaditanas (P. Quintero, 1916-1935) y la inmensa de Villaricos (L. Siret, 1908; M. Astruc, 1951; M.^a J. Almagro, 1984), todavía prácticamente inéditas.

El panorama de la colonización fenicia en Iberia fue despejándose gracias a la intuición de P. Bosch, que ya la fechó en el s. VIII (1928) y de A. García Bellido con su estudio sobre «Fenicios y Cartagineses en Occidente» (1942), partiendo de los escasos datos de las fuentes clásicas y de una reducida arqueología. A. Blanco, buen conocedor del mundo griego y oriental, analizando e interpretando materiales dispersos en museos y colecciones privadas, abrió un fecundo cauce a la arqueología orientalizante peninsular (1953, 1956, 1960). Como ya hemos indicado, fue M. Tarradell con sus excavaciones en Lixus quien definió el horizonte fenicio del extremo occidente e inventó el «Círculo del Estrecho», al relacionar la supuesta colonización de las costas andaluzas con el norte y occidente marroquí (1950, 1951-1960).

En Almuñécar antes de las excavaciones de Laurita solamente se conocía arqueológicamente algunas construcciones romanas, como el acueducto, el criptopórtico llamado «Cueva de Siete Palacios», dos columbarios turri-formes, el de Monge y La Albina, y una estatua romana femenina (M. Gómez Moreno, 1989, 1907).

1. EL PROYECTO «ARQUEOLOGÍA DE LA COSTA ANDALUZA» Y ALMUÑÉCAR.

En 1958 desde la Universidad de Granada inicié un proyecto de investigación sobre arqueología protohistórica de la costa oriental de Andalucía. En estas prospecciones por la costa almeriense W. Schüle y yo visitamos en Adra el Cerro de Montecristo, donde se emplaza la fenicia Abdera, situada a unos 300 metros al noreste de la actual población, junto y en la orilla derecha del antiguo cauce del Río Grande o de Adra, actualmente desplazado unos dos kilómetros hacia el este (fig. 58 A). En Adra realizamos una encuesta, notificándonos del hallazgo de una «orza» de

mármol en la zona del Campillo a unos 800 metros al este del Cerro de Montecristo. La «orza de mármol» podría identificarse con la urna de alabastro fenicia publicada por E. García Alfonso (1998) (fig. 58 B).

En los años setenta H. Schubart halló en su prospección del Cerro de Montecristo fragmentos fenicios y M. Fernández Miranda y L. Caballero (1975) practicaron cortes estratigráficos en el Cerro, obteniendo niveles ibero-púnicos posteriores al s. V a.C. y romanos. En los años ochenta A. Suárez y otros (1987, 1989) consiguieron una estratigrafía iniciada en el s. VIII a.C. del momento de la fundación de la fenicia Abdera (J.L. López Castro y otros, 1991).

En 1960 el arquitecto D. Francisco Prieto Moreno me propuso financiar excavaciones arqueológicas en el núcleo urbano de Almuñécar. Ante la imposibilidad de excavar en el recinto del Castillo de San Miguel, la gran acrópolis de Sex, donde se ubicaba el cementerio de la población, opté por practicar una estratigrafía en la ladera meridional de la fortaleza junto al hotel Sexi (fig. 2 A) (M. Pellicer, 1964). El primer corte consistió en un rectángulo de 1,50 m por 3 m, abierto junto a la muralla del castillo, habiendo entregado dos niveles, de los que el superior de 0,25 m de potencia y removido con cerámicas árabes medievales y modernas, y el inferior de 0,35 m de potencia y con cerámicas romanas imperiales (fig. 2 B). El segundo corte, abierto unos 8 m hacia el SE. del primero, con una superficie de un 1,50 por 3,60 m y una potencia total de 1,40 m hasta la base esquistosa (fig. 2 C), entregó cuatro niveles, de los que los dos superiores, revueltos, contenían cerámicas árabes y romano-imperiales, y los dos inferiores cerámicas ibero-púnicas, un fragmento del plato helenístico de barniz negro del s. IV a.C. y dos fragmentos de copa samia (fig. 2 D) de la primera mitad del s. VI a.C., análoga a las del Cerro del Villar (fig. 2 E) (M.^a E. Aubet, 1999; P. Cabrera, 1994), a las de San Agustín de Málaga (A. Recio, 1990; R. Olmos, 1988), de Toscanos (H.G. Niemeyer, 1983, 1984, 1988), de Huelva (P. Cabrera, 1985, 1986, 1990, 1994, 1999), etc., tan frecuentes en yacimientos protohistóricos del Mediterráneo (fig. 2 F) (Colloque Centre Bérard, 1978; Cahiers Centre Bérard III, 1982). El ejemplar de Almuñécar parece ser de tipo A 2 de Villard y Vallet (1995) o del tipo A de Isler (1978).

Terminados los cortes de la ladera del castillo, el Sr. Prieto Moreno me solicitó un informe arqueológico sobre la zona del Majuelo en las faldas occidentales del Castillo (fig. 3), donde se había programado la construcción de unas viviendas, pero suponiéndose allí la existencia de una factoría romana de salazones de pescado por unas pilas de «opus signinum» descubiertas, decidí no practicar la excavación por falta de tiempo y por no encuadrarse dentro de mi proyecto protohistórico. Posteriormente el Majuelo fue excavado por M. Sotomayor (1971) y por F. Molina Fajardo y otros (1983), apareciendo bajo la factoría romana una potente estratigrafía con niveles ibero-púnicos y fenicios que remontaban hasta el s. VIII a.C.

En el «Proyecto Costa» prospecté el término de Torre del Mar, visitando El Peñón, donde A. Schulten situaba Mainake y Mainoba (1939), hallando únicamente cerámica árabe. En los alrededores del Cortijo de los Toscanos pude observar la estratigrafía de la trinchera del ferrocarril, con cerámicas que por su atipismo no pude definir sino como prerromanas protohistóricas. En 1961, H.G. Niemeyer había visitado también Torre del Mar, con más fortuna que yo, puesto que en la trinchera del Cortijo de los Toscanos había recogido fragmentos de cerámicas fenicias de barniz rojo. En 1963 H. Schlunk, Director del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, y H. Schubart me propusieron solicitar conjuntamente de la Dirección General de Bellas Artes la autorización correspondiente para un proyecto de excavaciones sistemáticas en la zona de Torre del mar, subvencionadas por el Instituto, proyecto que iniciamos junto con H. G. Niemeyer en 1964 (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1969).

2. EL MARCO GEOGRÁFICO DE ALMUÑÉCAR.

Almuñécar se sitúa en la vertiente meridional de la Sierra de la Almajara, alineación montañosa central y más meridional del sistema bético (fig. 1), con pequeñas llanuras y depresiones aluviales neogeno-cuaternarias, formadas por la acción erosiva de tres corrientes fluviales de norte a sur, cuyos antiguos estuarios costeros se hallan en la actualidad totalmente colmatados y por los que se extiende la población.

La costa se presenta recortada por una serie de cabos en promontorio, compuestos de materiales metamórficos, especialmente esquistos del complejo alpujárride, que flanquean los cauces del río Jate en La Herradura, entre el Cerro Gordo y la Punta de la Mona, del río Seco, entre el Cerro de San Cristóbal a 100 m s/n/m, donde se emplaza la necrópolis Laurita, y el Cerro de San Miguel y el Cerro de Velilla, donde se emplaza una necrópolis púnica (fig. 3; lám. I, II y XV A). El núcleo del hábitat indígenas, del bronce reciente de los siglos IX y VIII a.C., se emplaza en el promontorio de San Miguel y su ladera norte, superponiéndose, quizás a mediados del s. VIII, la Sex fenicia, con extensiones por la parte baja de la topografía hacia norte y noroeste y ocupando el barrio de San Sebastián y parte de la antigua península donde se asienta el actual núcleo viejo de Almuñécar.

Esta península estaba flanqueada al oeste por el estuario del río Seco, cuyos sedimentos holocénicos se extienden hasta medio km. hacia norte, según confirman los sondeos efectuados por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (G. Hoffmann, 1988; H. Schubart, 1986-89, 1991, 1993; O. Arteaga y G. Hoffmann, 1987; O. Arteaga y otros, 1987, 1988) y hacia el este por la amplia ensenada del río Verde, cuyos aluviones y sedimentos se extienden hacia norte hasta 2,5 km. Actualmente los sedimentos de los dos estuarios a la altura de Almuñécar alcanzan 6,40 m de profundidad, teniéndose noticias de que, al roturar terrenos de cultivo en las proximidades del río Seco, a medio km. de la costa, apareció una nave romana.

La situación y emplazamiento de Sex reúne las condiciones idóneas para el establecimiento de una colonia o factoría fenicia por su carácter peninsular, perfectamente defendido en un promontorio con amplia visibilidad, con dos puertos en sus ensenadas, protegidos de los vientos de poniente y del peligroso levante. Por otra parte, el establecimiento fenicio gozaba de agua dulce de los dos ríos, de un mar con abundante pesca, de unos fértiles valles aptos para una floreciente agricultura y ganadería, de bosques próximos de pinos y encinas, suministradores de madera para arquitectura, astilleros y combustión y de vías naturales hacia el «hinterland».

La extensión del establecimiento fenicio en el s. VIII-VI a.C., según los datos proporcionados por los sondeos, debió alcanzar unas 3 hectáreas, con una demografía mixta, indígena y oriental, de un millar de habitantes en su apogeo.

Extramuros se emplazaban las tres necrópolis conocidas (fig. 3). La necrópolis Laurita se situaba a unos 800 metros de Sex, en el Cerro de San Cristóbal, separada de la población por el río Seco. La necrópolis de Velilla se halla a un km. al este del núcleo urbano y separada de él por el río Verde. La necrópolis de Puente de Noy, con tumbas púnicas de la segunda mitad del primer milenio a.C. (fig. 5), se sitúa a unos 400 metros al N-NE de Laurita y a un km. al N-NW de Sex, del que la separa el río Seco. Estas tres necrópolis conservan las características típicas de las necrópolis fenicio-púnicas, como son la lejanía del hábitat en casi un km., el aislamiento por un río o ensenada intermedia y el emplazamiento en ladera de cerro visible desde el poblado.

3. LAS FUENTES ESCRITAS SOBRE SEX.

De la antigua Sex pocas noticias nos han transmitido las fuentes clásicas grecolatinas, cuyo estudio de síntesis se debe a M. Pastor (1983). Quizás la referencia más antigua, tomada por Esteban de Bizancio en el s. VI p.C., sea la de Hecateo de Mileto, quien a principios del s. V a.C., citó y situó algunas ciudades de Iberia entre las que se halla «Sixos, ciudad de los mastienos». Conocidas por los griegos focenses y samios las costas meridionales ibéricas, éstos crearon el mito de que el reino de Tartessos se extendía hasta Mastia, situada en Cartagena y, en consecuencia, las ciudades fenicias de la costa andaluza pertenecerían a los mastienos. El nombre de «Sixos» es la helenización del topónimo semítico Sex. Esteban de Bizancio tomó también de Teopompo de Chios, del s. IV a.C., el nombre de la ciudad de Xera, situándola cerca de las columnas de Herakles. El nombre de «Xera» es una errónea transcripción de «Sexa» referida a «Sixos».

Hacia el 200 a.C. Ateneo de Naucratis, tomando la cita de Difilo de Sínope en el s. IV a.C. y refiriéndose a las salazones de pescado, afirma que «las de Iberia, llamadas sexitanas, son las más finas y suaves».

Quizás sea el geógrafo griego Estrabón, quien hacia el cambio de era nos proporcionó los datos más interesantes sobre los fenicios en Almuñécar, al referirse a la fundación de Cádiz. Aunque escribió el libro III de su Geografía en época de Augusto, sus fuentes se remontan tres siglos atrás, basadas en Eratóstenes (284-192 a.C.) y Artemidoro de Efeso (100 a.C.), entre otros más arcaicos. Estrabón sitúa a Sex al oriente de Malaca, denominándola «ciudad de los exitanos», de la cual las salazones hispanas reciben su nombre. Pero el texto fundamental para Sex se halla en su libro III (5,5) cuando relata: «Sobre la fundación de Gadeira los gadeiritas dicen lo siguiente: Que cierto oráculo envió a los tirios a fundar un establecimiento en las Columnas de Heracles. Los exploradores llegaron al Estrecho que hay junto a Calpe, creyendo que los promontorios que forman el Estrecho eran los confines de la tierra y el término de las empresas de Heracles. Suponiendo, entonces, que allí estaban las Columnas de las que había hablado de oráculo, echaron el ancla en cierto lugar al oriente de las Columnas, donde se levanta hoy la Ciudad de los Exitanos. Pero habiendo ofrecido un sacrificio a los dioses en este punto de la costa y no habiendo sido propicias las víctimas, regresaron. Algún tiempo después los enviados atravesaron el estrecho, llegando a una isla consagrada a Heracles, situada junto a Onoba, ciudad de Iberia y a unos 1500 estadios. Creyendo que estaban allí las Columnas, sacrificaron de nuevo a los dioses, pero otra vez las víctimas les fueron adversas y regresaron a su patria. En la tercera expedición fundaron Gadeira y levantaron un santuario en la parte oriental de la isla y una ciudad en la parte occidental».

De este relato de Estrabón puede deducirse que los fenicios fundadores de los primeros establecimientos coloniales en Iberia fueron los tirios, que entonces formaban una confederación con los sidonios. Los enviados por el oráculo partieron, en principio, con el objetivo de explorar las columnas de Heracles en el extremo occidente, un territorio lejano, cuyo conocimiento de fabulosas riquezas de metales de plata, oro, cobre y estaño lo tomaron probablemente de los micénicos en su fase final submicénica del s. XII y XI a.C., quienes ya habían llegado comerciar con los hispanos, según demuestran las cerámicas del Llanete de los Moros (Montoro) (fig. 37 b y d) (J.C. Martín de la Cruz, 1987, 1990), de la Cuesta del Negro (Purullena) (fig. 37 a, b, d) (F. Molina López y E. Pareja, 1975) y probablemente de Gatas (Turre, Almería), según J.C. Martín y M. Perlines (1993), y del Cerro de San Juan (Coria, Sevilla), según J.L. Escacena.

Es plausible que los fenicios hubiesen obtenido la información, sobre la navegación hacia el extremo occidente, de los submicénicos y de los eubeos de Al-Mina, puerto franco en la desembocadura del Orontes, y de Tell Sukas, puerto con fuerte influencia griega geométrica (P. J. Riis, 1979, 1982, 1991) (fig. 33).

El hecho de que fuera un oráculo, quien envió a los expedicionarios tirios, parece sugerir que se trataba de una empresa estatal, conservadora de la tradición micénica. A estos primeros exploradores de las costas meridionales ibéricas, intentando establecerse, podrían considerarse precolonizadores o tanteadores del terreno. Esta precolonización generalmente defendida debió ser efímera con una duración no superior al cuarto de siglo, correspondiente a las tres expediciones, quizás anuales, expuestas por Estrabón.

La razón de que los expedicionarios se detuvieran en Sex para celebrar el oráculo debe obedecer a que, antes de asentarse y fundar una colonia, factoría o emporio en un punto con pingües recursos metalíferos (Tarteso), tenían necesidad de crear una estrategia logística de retaguardia.

Aparte de la excusa o eufemismo de los oráculos adversos en los sacrificios de víctimas, parece plausible creer en la problemática creada para los exploradores por la densa población indígena de los entornos de Gádir y Onoba, alarmada por unos peregrinos potencialmente peligrosos.

Interpretando a Estrabón, Sex pudo ser el primer establecimiento de Iberia ocupado por los tirios, donde fundaron una colonia mixta, según parecen corroborar arqueológicamente los sondeos efectuados por F. Molina en diferentes puntos del núcleo de Almuñécar, con niveles inferiores del bronce final del s. IX y del primer cuarto del s. VIII, sucedidos por niveles fenicios desde mediados del s. VIII en adelante. Las fuentes latinas sobre Sex se reducen simplemente a citar la ciudad con sus conflictos (Tito Livio), su situación (P. Mela, C. Plinio, Itinerario Antonino, Anónimo de Rávena), su política (C. Plinio), sus salazones (M.V. Marcial, Esteban de Bizancio) o sus coordenadas geográficas (el griego Tolomeo).

Sobre la epigrafía fenicia de Sex solamente se dispone de un grafito pintado en una urna funeraria de la tumba 3 de Laurita (fig. 69 C y 75) con el nombre de Magón, y otro, grabado en un plato fenicio de barniz rojo de la tumba 16, con un antropónimo teóforo del poseedor de la pieza (fig. 27 E).

La epigrafía latina relacionada con Sex se reduce a cuatro inscripciones, de las que tres se hallaron en Almuñécar y una en Íllora (Granada), de carácter funerario u honorífico.

La numismática de Sex, similar a la de Gádir, se inicia en el último cuarto del s. III a.C., con la emisión de monedas de bronce, de las que se han establecidos seis grupos (C. Alfaro, 1983, 1986), correspondientes a tres periodos, el primero (206-133 a.C.) con epigrafía púnica, el segundo (133-105 a.C.) con epigrafía neopúnica y latina y el tercero con epigrafía latina (105 a.C.-50 p. C.), representándose en ellas la cabeza de Melkart o Hércules, atunes, delfines, símbolos astrales, proa de nave y la leyenda SKS.

El topónimo de la ciudad se transcribe como Ex o Eks por los griegos, Sex o SKS por los púnicos y Sexi o Firmun Iulium Sexitanum por los romanos. En el entorno de Almuñécar existen los topónimos del río Jete (Xete) y el Cortijo de Jate (Xate), derivaciones de Saxetanum. El topónimo Sex se ha relacionado con Tell Sukas (Suksu), establecimiento fenicio de la costa septentrional de Siria, cuyos inicios son de fines del s. IX, habiéndose propuesto que Sex pudo ser una fundación de Suksu o Suks (E. Lipinski, 1984). En los textos medievales árabes Almuñécar aparece como «Sexi Hisn al Munecab» (Fortaleza de la Colina).

III. LA NECRÓPOLIS LAURITA

1. LA EXCAVACIÓN

Descubierta la necrópolis Laurita de Almuñécar, según hemos explicado, realizamos las excavaciones en el mes de abril y julio de 1963. Antes de iniciar la excavación propiamente dicha, limpiamos un sector de 11 por 7 m, levantando la tierra vegetal de unos 0,40 m de profundidad sobre el esquisto-base, en una superficie de unos 80 m cuadrados. En esta zona limpiada, situada la periferia S., W. y NW. de la parte excavada por los obreros de la construcción, donde se hallaban las tumbas 4-11, se vertió agua abundante para tratar de localizar claramente otras tumbas en la tierra húmeda, habiéndose detectado las tumbas 12 y 13. Al W. de las tumbas 1-3 y 16 se abrieron trincheras paralelas de 0,75 m de anchura, distantes entre sí 1,50 m (fig. 12, lám. II, A), teniendo en cuenta que el diámetro de los pozos de las tumbas oscilaba entre 1,50 y 2,50 m y que la distancia mínima entre ellas era de 1,50 m. Con este procedimiento logramos detectar el resto de las tumbas de la necrópolis con el mínimo esfuerzo. Con esta técnica, habiendo abierto unas 30 trincheras, localizamos los enterramientos 12, 13, 14, 15, 19 y 20 en la parte W.-N.W. y los 17 y 18 en la parte S.-SW. (fig. 12), habiendo quedado prospeccionado el Cerro de San Cristóbal mediante excavación superficial de unos 2.800 m cuadrados por los obreros de la construcción antes de abril de 1962 y de unos 660 m cuadrados por nosotros. Las 20 tumbas de Laurita halladas se extienden en una superficie de unos 1.000 m cuadrados, habiendo quedado la necrópolis exhaustivamente excavada.

2. DESCRIPCIÓN DE LOS ENTERRAMIENTOS.

En la descripción de los veinte enterramientos, consideraremos de cada uno la situación, la excavación, la tipología, las dimensiones, las urnas cinerarias, tanto las publicadas por nosotros (1962) como las posteriormente recuperadas, con sus formas e inscripciones y los ajuares funerarios.

TUMBA 1 (fig. 14):

Fue excavada por la familia Prieto-Moreno (?), estando situada en la tercera hilera y en la parte centro-oriental de la necrópolis. Corresponde a nuestro tipo 3, de pozo de planta circular, de 1,50 m de diámetro y 5 m de profundidad, con urna cineraria en un nicho de un metro de alto, 1,10 m de profundidad y 0,90 m de ancho, orientado al N., cerrado por losa de 1,15 por 0,20 m. En el fondo del pozo se hallaba otro enterramiento en urna cineraria, protegida por piedras y cubierta por una gran losa. El pozo estaba relleno de bloques de esquisto en un medio arcilloso (fig. 14 A).

La urna cineraria A (fig. 14 B; lám. IV, B), de 0,675 m de altura, diámetro de boca 0,155 m, de tipo 3 C, es de forma ovoide alargada, pequeño gollete y borde saliente y dos asas verticales de sección circular.

En los hombros, entre las asas, aparecía una inscripción jeroglífica con cartela de Takelot II, en su interior restos humanos incinerados de un individuo adulto y un asa de aguamanil («braserillo») de bronce (fig. 14 C). La base exterior de la urna estaba teñida de ocre.

La urna cineraria B (fig. 14 D; lám. IV, C), de 0,415 m de altura y 0,075 m de diámetro de boca, tipo 6 B, es de forma alargada de alabastrón. En su interior restos humanos infantiles quemados y una laña de estaño (fig. 14 E).

A esta tumba 1, al parecer, pertenecen dos pendientes de oro con colgantes esféricos (fig. 14 F) y un colgante circular de oro con escarabeo basculante (fig. 14 G), sin que se hayan localizado el resto de los ajuares.

TUMBA 2 (fig. 15):

Fue excavada antes de nuestra intervención. Se halla situada en la tercera hilera, contigua y al N. de la tumba 1. Correspondiente a nuestro tipo 1, es un enterramiento individual, de pozo con una superficie de tendencia trapezoidal, con unos ejes de 1,90 m por 2,50 m y una profundidad de 4,50 m. El nicho, abierto al lado NW. del fondo, tiene una altura de 1,25 m, una anchura de 0,70 m y una profundidad de 0,70 m, cerrado por una gran laja de esquisto de 1,40 m de lado (fig. 15 A) y albergando una urna cineraria de alabastro (fig. 15 B; lám. V, A) de 0,40 m de altura, de tipo 3 A, de forma oval, con pequeño gollete saliente y dos asas verticales de sección circular. Contenía restos humanos incinerados y dos fragmentos de brazaletes de bronce de sección circular (fig. 15 C). La urna estaba acompañada en su exterior por varios fragmentos de platos de barniz rojo (?), de un diámetro de 267 mm y de anchura de borde 71 mm, correspondientes a un cociente de 38, además de una lucerna bicornes de barniz rojo (fig. 15 D; lám. XI, D) con un diámetro de 12 cm. por 13,5 cm. Probablemente la tumba contenía más ajuares perdidos.

TUMBA 3 (fig. 16):

Excavada antes de nuestra intervención, se sitúa en la tercera hilada y contigua a la tumba 2, al N. de ella. Se clasifica en nuestro tipo 3, con doble enterramiento en nicho y en el fondo del pozo. La superficie del pozo es rectangular, con ejes de 2 m por 1,40 m y su profundidad de 4,20 m. El nicho se abre en el ángulo N. del fondo del pozo, con una altura de 0,80 m, una anchura de 0,70 m y una profundidad de 0,50 m, cerrado por una losa de 1 m. de lado (fig. 16 A). En su interior se depositaba una urna cineraria de alabastro (fig. 16 B; lám. V, B), con una altura de 0,51 m, correspondiente a nuestro tipo 8 B, forma torpedo u ojiva, pequeña boca de 0,125 m de diámetro, y borde saliente. La urna presenta una inscripción fenicia pintada en negro y muy desvaída (fig. 75), existiendo en su centro una restauración con un fragmento de alabastro y lañas de estaño.

En la parte SW. del fondo del pozo se sitúa una especie de cista con tres bloques de esquisto, rodeando otra urna cineraria (fig. 16 C; lám. V, C), de 0,351 m de altura, correspondiendo a nuestro tipo 7 A, de cuerpo ovoide, base plana, amplia boca con diámetro de 0,195 m, borde ligeramente saliente, dos asas de cinta verticales con cuatro estrías. En el interior de la urna, además de los restos humanos incinerados, apareció un colgante de plata amovible, de sección circular de 37 mm de diámetro con escarabeo basculante (fig. 16 D) y una cuenta de collar cilíndrica de piedra verde (variscita?) (fig. 16 B), de 22 mm de larga y un cm. de diámetro. El resto del ajuar no se localizó.

TUMBAS 4, 5, 6, 7, 8 y 9 (fig. 17 A-C, E; 18 B - 20 E):

Habiendo sido destruidas estas tumbas por los obreros de la construcción antes de nuestra intervención, solamente conocemos su situación en la parte S. de la tercera hilera (tumbas 5, 6, 7 y 8) y de la cuarta (tumbas 4 y 9), desconociéndose su tipología y parte de sus ajuares perdidos.

Posteriormente a nuestras excavaciones F. Molina localizó y publicó cuatro urnas de alabastro procedentes de la necrópolis Laurita en propiedad, quizás, de D. Francisco Prieto Moreno, que deben corresponder a este lote de tumbas:

Urna de alabastro, de nuestro tipo 4 F, altura 0,579 m, de forma oval alargada, pequeño cuello troncocónico y borde ligeramente saliente (fig. 17 A) (F. Molina y J. Padró, 1983, 3, fig. 46).

Urna de alabastro de 0,45 m, de nuestro tipo 6 A, de tendencia ovoide, pequeño cuello cilíndrico, borde saliente y base semiplana (fig. 17 B) (F. Molina y J. Padró, 1983, 48, fig. 4).

Urna de alabastro de 0,447 m de altura, de nuestro tipo 4 D, forma oval, pequeño cuello cilíndrico, borde saliente y asas verticales semicirculares (fig. 17 C), restaurada mediante pequeña placa circular embutida en su parte central.

Urna de alabastro de nuestro tipo 8 C, de 0,445 m de altura, forma de torpedo, carena en los hombros, cuello cilíndrico, borde ligeramente saliente y asas semicirculares verticales (fig. 17 E; lám. XVIII, B) (F. Molina y A. Bannour, 2000, pág. 1655, fig. 5 y pág. 1662-63, lám. II y III). Los ajuares funerarios de estos enterramientos están perdidos.

Aparte de estas cuatro urnas egipcias, F. Molina y J. Padró localizaron y publicaron (1983 A), procedente de la necrópolis Laurita, un vaso de mármol gris de 0,475 m de altura, de nuestro tipo 1, de forma troncocónica invertida, base plana, hombros entrantes, pequeño cuello cilíndrico y borde saliente (fig. 17 D). En el borde superior del vaso existe una inscripción egipcia (fig. 70 A-B) y en los hombros una cartela de faraón hicsu Apofis I de la dinastía XVI (mitad s. XVII). Este sorprendente vaso pertenecía desde hacía largo tiempo a la familia de D. Antonio Jiménez Pozo, propietario del cortijo del Cerro de San Cristóbal, donde se emplaza la necrópolis, desconociéndose las circunstancias del hallazgo.

TUMBA 10 (fig. 18 A):

Excavada antes de nuestra intervención, se sitúa en la parte meridional de la segunda hilada. El pozo es de superficie sensiblemente ovalada, de un diámetro medio de 1,60 m y una profundidad de 2,30 m, correspondiendo a nuestro tipo 4 (fig. 18 A), con un enterramiento individual de incineración en urna de alabastro encajada en el fondo del pozo y protegida por bloques de esquisto.

Es probable, según pudimos colegir, que su urna funeraria sea la de la fig. 18 B y lám. V: D, incompleta, de nuestro tipo 2, con forma de ánfora o crátera de panza ovoide, manchada de ocre, amplio cuello casi cilíndrico y boca de 0,21 m de diámetro, de donde arrancan dos grandes asas acodadas, verticales de cinta con tres profundas acalanaduras, terminadas en otras cinco ranuras horizontales en la panza. También es posible que corresponda a esta tumba un huevo de avestruz conteniendo ocre, con decoración pintada roja de cenefas verticales compuestas por metopas con aspas rayadas y aves estilizadas (fig. 19).

Junto con esta urna cineraria existía, en posesión del Sr. Prieto Moreno, otro huevo de avestruz con restos de pintura y un lote de cerámicas, consistentes fragmentos de vasos a torno de perfil en S (fig. 20 A), dos fragmentos de plato o casquete esférico de cerámica gris de occidente (fig. 20 B), tres fragmentos de platos de barniz rojo (fig. 20 C), dos asas de ánfora fenicia (fig. 20 D) y un fragmento de asa de ánfora jonia (fig. 20 E), todo ello sin contexto.

TUMBA 11 (fig. 21 A-B):

Excavada igualmente antes de nuestra intervención, se sitúa en la parte meridional de la segunda hilera, correspondiendo su forma a nuestro tipo 4, con pozo de planta sensiblemente circular, de un diámetro de 1,15 m y una profundidad de 2,70 m, en cuyo fondo yacía incrustada la urna cineraria, al parecer, de la fig. 21 B y lám. V: E, de nuestro tipo 5 A, de 0,375 m de altura, de forma ovoide, teñida de ocre y fragmentada, pequeña boca, borde saliente y dos pequeñas asas semicirculares verticales de sección circular.

Sobre el ajuar de este enterramiento no tenemos garantías, pero le deben corresponder algunas cerámicas fragmentadas descritas.

TUMBA 12 (fig. 22 A-E):

Es la primera tumba que nosotros excavamos en la necrópolis, siendo la más meridional de la primera hilera. Su forma corresponde a nuestro tipo 4, con pozo de planta ovoide irregular, de ejes de 2,25 m por 1,65 y profundidad de 3,30 m, de forma troncocónica invertida (fig. 22 A)

En su fondo se situaba una cista de bloques de esquisto, conteniendo una urna cineraria de alabastro, tipo 8 A, con forma de ojiva de 0,36 m de altura, con cuello apenas indicado y boca de 0,17 m de diámetro (fig. 22 B; lám. V: F). Sobre la urna se extendía un ajuar funerario compuesto por un plato de barniz rojo, con un diámetro de 26,4 cm, y de borde vuelto de una anchura de 5,6 cm y un cociente de 47 (fig. 22 C), por un jarro de boca de seta de barniz rojo castaño, de 20,9 cm de altura, cuerpo ovoide, alto gollete, amplio borde saliente, pequeña asa de sección circular apoyada en el cuello y hombro y base ligeramente cóncava (fig. 22 D; lám. X: F) y por un oinochoe piriforme de barniz rojo castaño, de 20,1 cm de altura, hombros separados del cuerpo por un baquetón, boca trilobulada, amplia asa doble, pie ligeramente indicado y base cóncava (fig. 22 E; lám. X: B).

TUMBA 13 (figs. 23 A-E):

Situada hacia el sur de la primera hilera, corresponde a nuestro tipo 4, con pozo de planta circular de 1,80 m de diámetro y 3,50 m de profundidad (fig. 23 A; lám. II: B). En su fondo se incrustaba una urna cineraria de alabastro de tipo 4 B, de 31 cm de altura, forma ovalada con pequeño gollete cilíndrico y dos mamelones perforados como asa (fig. 23 B; lám. VI: A). La urna estaba protegida y cubierta por bloques de esquisto, fuera de los cuales se hallaba el ajuar cerámico, cubierto por un bloque de esquisto.

El ajuar cerámico estaba compuesto por un plato de barniz rojo (fig. 23 C) de 25,2 cm de diámetro, 4,7 cm de anchura de borde y 54 de cociente, por un jarro de boca de seta (fig. 23 D; lám. XI: C y XVIII: C) de engobe rojo castaño de 21,3 cm de altura, tendencia troncocónica, alto gollete, borde amplio y vuelto, pie indicado y pequeña asa vertical de sección circular, y por una oinochoe piriforme de barniz rojo castaño, muy panzuda, de 18 cm de altura y pie indicado (fig. 23 E; lám. X: C).

TUMBA 14 (fig. 24 A-F):

Situada en la parte central de la primera hilera, corresponde a nuestro tipo 2, con pozo de planta ovalada, diámetro máximo de 2,20 m y profundidad de 2,80 m, con un nicho abierto en la parte S. a 0,50 m bajo el fondo, cerrado por bloques de esquisto (fig. 24 A).

El nicho contenía una urna cineraria de alabastro (fig. 24 B; lám. VI: B) de 0,63 m de altura, de nuestro tipo 3 E, forma oval, alargada, pequeño gollete con borde ligeramente saliente y asas verticales de sección circular. La urna contenía, además de los restos humanos incinerados, dos fragmentos de brazaletes de bronce de sección circular (fig. 24 C), un estuche de amuleto de plata de forma prismática octogonal con un extremo semiesférico y el otro con un carrete o cilindro acanalado terminado en discos, de 3,2 cm de longitud (fig. 24 D), un extraño amuleto de marfil, fragmentado, ovalado, con apéndices de 2,2 cm, quizás un «oudja» (fig. 24 E) y dos cuentas esféricas de bronce de 0,6 cm de diámetro (fig. 24 F).

TUMBA 15 (fig. 25 A -26 D; lám. III: A y E):

Situada en la parte N. de la segunda hilera, corresponde a nuestro tipo 2, con pozo de planta oval, diámetro máximo N-S de 1,70 m y una profundidad de 2,70 m. En el fondo del pozo y en la pared sur se abren dos nichos contiguos y divergentes.

El nicho A penetra 0,80 m hacia el SE., excavado 0,20 m en relación con el fondo del pozo. Su altura es de 0,90 m estando cerrado por un bloque de esquisto (fig. 25 A; lám. III: E). Contenía una urna cineraria de alabastro de 0,57 m de altura, de nuestro tipo 3 D, forma ovoide, gollete troncocónico, pequeñas asas verticales de sección circular, de las que una estaba fragmentada y restaurada por lañas de estaño (lám. VI: C), mostrando a la altura de las asas una inscripción jeroglífica egipcia de un Osorkon (fig. 25 B; lám. IX: B; fig. 74 A-B). No apareció ningún ajuar funerario.

El nicho B (fig. 26 A; lám. III: A), contiguo al A, en una profundidad de 0,60 m, penetra 1,20 m hacia el interior, estando cerrado por tres bloques de esquisto. En su interior apareció una urna de alabastro de 0,46 m de altura, de nuestro tipo 7 B (fig. 26 B; lám. VI: D), tendencia troncocónica con amplio cuello cilíndrico y base plana, estando su superficie sumamente erosionada. Junto a la urna existía, como ajuar funerario, un plato de barniz rojo (fig. 26 C; lám. XI: B) de 27,5 cm de diámetro, borde ligeramente vuelto de 6,7 cm de ancho, y un cociente de 4,1, junto con una lucerna bicornes de barniz rojo con ejes de 11,2 por 12,2 cm (fig. 26 D; lám. XI: E).

TUMBA 16 (fig. 27 A-E):

Situada en el extremo N. de la tercera hilera, corresponde a nuestro tipo 4, con pozo de planta ovalada de 1,60 m de diámetro N-S y una profundidad de 3,30 m (fig. 27 A), en cuyo fondo se incrustaba una urna de alabastro de 0,475 m (fig. 27 B; lám. VII: A), protegida por bloques de esquisto.

La urna del tipo 4 C, es de forma ovalada, cuello troncocónico invertido y dos asas verticales de sección circular, de las que falta una. A la altura de las asas se extiende una inscripción seudojeroglífica ilegible (lám. IX: C) con la cartela de Chechong III entre dos flores de loto invertidas (fig. 27 C; lám. VIII: E). En el interior de la urna, junto con los restos incinerados, apareció un escarabeo basculante enmarcado en oro (fig. 27 D), y en el interior y

junto a ella un plato de barniz rojo (fig. 27 E), fragmentado, de 25 cm de diámetro, 6,9 cm de anchura de borde y 3,6 de cociente, en cuya superficie exterior ostentaba un grafito fenicio.

TUMBA 17 (fig. 28 A-F; lám. III: D):

Se sitúa en el extremo meridional de la tercera hilera, correspondiendo a nuestro tipo 1, con pozo de planta ligeramente ovalada de un diámetro de 1,55 m y una profundidad de 3,30 m. En el fondo del pozo y hacia el N.W. se abre un nicho de 0,80 m de ancho, 0,85 de alto y 0,70 m de profundo, cerrado por bloques de esquisto (fig. 28 A), donde se depositaba una urna cineraria de alabastro de 45 cm de altura (lám. VII: C), tipo 5 B, forma ovoide, cuello troncocónico invertido y asas verticales de sección circular, entre las cuales estaba grabada una cabeza estilizada de Bes entre dos cartelas de Osorkon II (fig. 28 C; lám. VIII: A y B). Junto a la urna apareció un plato de barniz rojo (fig. 28 D) de 25,6 cm de diámetro, 6,7 cm de anchura de borde y 3,8 de cociente. En el relleno del pozo se hallaron un fragmento de cerámica a torno con engobe crema y tres líneas paralelas pintadas en negro (fig. 28 E) junto con cinco fragmentos de plato de barniz rojo (fig. 28 F).

TUMBA 18 (fig. 29 A-B):

Situada en el extremo meridional de la cuarta hilera, corresponde a nuestro tipo 5, con pozo de planta ovalada con un diámetro máximo de 3 m, forma de tendencia cónica invertida con una profundidad de 5 m. En el relleno del pozo aparecieron algunos fragmentos cerámicos amorfos a mano y a torno de vasos de perfil en S (fig. 29 B), no conteniendo ningún enterramiento. Posiblemente se trata de una tumba excavada y preparada para un enterramiento que nunca se efectuó, debido, quizás, a la nueva moda de tumbas de cámara, como la E-1 de Puente de Noy (fig. 7), difícilmente excavable en el duro esquisto del Cerro de San Cristóbal, teniendo en cuenta que esta tumba 18 debe ser la más moderna de Laurita, y la E-1 de Puente de Noy la más antigua de esta necrópolis.

TUMBA 19 (fig. 30 A -31 J; lám. III: B y C; XIV: B; XVI: A):

Situada en el extremo septentrional de la primera hilera, corresponde a nuestro tipo 2, con pozo de planta muy irregular, de 1,80 m de eje máximo, en cuya parte N.E. existe un indicio de rampa. Su profundidad es de 3,30 m, con dos nichos en el fondo.

El nicho A (fig. 30 A; lám. XVI: A), abierto en la parte S-SE de la pared, con una altura de 0,80 m y una profundidad de 0,40 m, contenía una urna de alabastro color crema, vetada, de 0,50 m de altura, tipo 6 C, de forma de alabastrón, ovoide alargada, cuello troncocónico invertido, borde horizontal recto y dos asas de apéndice verticales (fig. 30 B; lám. VII: B y XVI: C), estando aserrada por la panza para facilitar la introducción de la incineración. Junto a la urna apareció un huevo de avestruz muy fragmentado, decorado con pintura roja muy desvaída con restos de ocre en su interior (fig. 30 C).

El nicho B (fig. 31 A; lám. XV: B), abierto hacia el S-SW de la pared del pozo, con una altura de 0,70 m, una anchura de 0,70 m y una profundidad de 1 m, contenía una urna cineraria de alabastro de 0,42 m de altura, tipo 3 A, forma ovoide, cuello troncocónico, borde saliente y dos asas verticales semicirculares. La urna cineraria (fig. 31 B; lám. VII: D) estaba calzada por un fragmento de borde de ánfora fenicia (fig. 31 C) y por una punta de hierro de 0,5 cm (fig. 31 D). Junto a la urna y depositados en el suelo, aparecieron restos humanos incinerados y, apoyados entre las paredes del nicho y de la urna, dos *kotylai* protocorintias, un jarro de boca de seta y una *oinochos* piriforme de barniz rojo.

Una *kotyle* es del protocorintio antiguo (fig. 31 E; 93 A; lám. XII: A) de 16,5 cm de altura, grosor de pared 0,002 m, arcilla crema amarillenta, engobe amarillento, esmalte negro con matices rojizos, en el fondo reserva de esmalte, línea blanca en la parte inferior del borde. El interior del vaso y la parte inferior exterior es de esmalte negro con una línea de reserva. La parte superior del cuerpo tiene 17 líneas paralelas. En el borde, entre paralelas horizontales, aparece una cenefa de paralelas verticales y un motivo de una serie de rombos dobles con puntos en el centro.

La otra *kotyle*, del protocorintio medio (fig. 31 F; 93 B; lám. XII: B), altura de 16,4 cm y un grosor de paredes de 0,2 cm, es de pasta de crema rosácea y sin engobe, con esmalte negro de mala calidad. En la parte inferior hay un motivo radiado de triángulos entre zonas de líneas paralelas. El centro del cuerpo está cubierto por 16 líneas paralelas. En la parte superior del borde existe una cenefa de paralelas verticales, alternando con series de SSS entre líneas paralelas.

La oinochoe piriforme es de barniz rojo castaño, de 20,9 cm (fig. 31 H; lám. X: G).

El borde de ánfora fenicia (fig. 31 C) es de labio elevado, pasta compacta, anaranjada, con inclusiones de esquistos y mica, corte grisáceo y engobe amarillento correspondiente a un tipo de ánfora de hombros carenados. Los fragmentos cerámicos hallados en el relleno de la tumba consisten en un plato sin engobe, vasos a torno globulares y amorfos, (fig. 20 A), análogos a los procedentes de las tumbas 4-10.

TUMBA 20 (fig. 32 A, B, D-G; lám. IV: A):

Situada en la parte N. de la primera hilera, corresponde a nuestro tipo 1, de pozo de planta ovalada, eje máximo de 1,50 m E-W, con las paredes irregulares, profundidad 4 m. En el fondo del pozo y hacia el E. se abre un profundo nicho de 1 m de alto, penetrando 1,50 m y conservando una urna cineraria de alabastro (fig. 32 A, B; lám. IV A y X: A) de 0,57 m de altura, tipo 3 B, forma ovoide, pequeño cuello troncocónico invertido, asas semicirculares verticales, faltándole una de ellas.

La urna de alabastro ostenta entre las asas dos cartelas grabadas de Osorkon II (fig. 32 C), análogas a las de la tumba 17 (fig. 28 C), conteniendo en su interior, entre los restos incinerados, un anillo de bronce de sección circular y de 2,4 cm de diámetro (fig. 32 D) y un escarabeo de pasta vítrea verde, perforado (fig. 32 E; lám. XIII: C).

Junto a la urna, como ajuar cerámico aparecieron una oinochoe piriforme de barniz rojo (fig. 32 F; lám. X: E) de 18 cm de altura, de pasta crema rojiza, espatulada verticalmente, y un jarro de boca de seta de barniz rojo (fig. 32 G; lám. XI: A), de 20,8 cm de altura, con ranura en la parte ancha del centro del gollete.

3. OBSERVACIONES SOBRE LA NECRÓPOLIS.

Como ya hemos señalado, siguiendo las normas generales del emplazamiento de las necrópolis fenicias respecto al poblado, la necrópolis Laurita se sitúa en la ladera de un montículo, cerca de un km. al N-NE del núcleo urbano y separada de él por un cauce fluvial, el río Seco, en la actualidad totalmente colmatado de aluviones (fig. 3; lám. I: A y B, y VX: A), presentando un emplazamiento análogo al de las otras necrópolis fenicias de la costa andaluza, como se observa en el Cerro del Mar, necrópolis arcaica de Toscanos, separada del poblado por el río Vélez, en la de Trayamar, necrópolis del Morro de Mezquitilla, separada del poblado por el río Algarrobo, en la necrópolis fenicia del s. VI de Cádiz, separada del núcleo urbano arcaico de la colonia por el Canal de La Caleta y localizada en las calles Ciudad de Santander, Tolosa-Latour y Avda. de Andalucía, en la de Lagos, supuestamente perteneciente al poblado de Chorreras, pero más probablemente a un poblado arrasado por la erosión en la Torre Vigía, al E. de la necrópolis, separado de ella por un profundo barranco, o en el Campillo de Adra (fig. 58 A), probable necrópolis de Abdera, separada del Cerro de Montecristo por el antiguo cauce del río Grande de Adra, en la actualidad colmatado y desviado dos km al E.

La necrópolis Laurita (fig. 12) (lám. II: A), de pequeñas dimensiones, se extiende en una superficie alargada, irregular, en dirección S-N por la ladera media-alta del Cerro de San Cristóbal, conteniendo 20 tumbas de pozo con 22 enterramientos de incineración en urnas de alabastro. Según los sondeos y la superficie prospectada, creemos que la necrópolis quedó exhaustivamente excavada, siempre con la posibilidad de la existencia de alguna otra tumba aislada en la periferia. Las tumbas, al carecer de superestructuras visibles, son de difícil detección sin una metodología geofísica.

El reducido tamaño de la necrópolis se debe, a nuestro juicio, a que se trata de un conjunto de enterramientos pertenecientes a una limitada clase social alta, a una élite prestigiosa de los primeros colonos de Sex, y, por otra parte, a que su encuadre cronológico corresponde como máximo, a tres cuartos de siglo, equivalente a tres generaciones. Este corto espacio cronológico no es comparable al de otras necrópolis vigentes durante largos periodos, como la vecina de Puente de Noy con dos centenares de tumbas sucesivas durante medio milenio, como la de Villaricos con dos millares de tumbas de época púnica y romana, o como la púnica de Jardín con más de un centenar de enterramientos.

Las veinte tumbas de Laurita se disponen en cuatro hileras más o menos paralelas que descienden por la colina en sentido transversal de N a S. La hilera superior consta de las tumbas 12, 13, 14, 20 y 19, la segunda hilera de las tumbas 11, 10 y 15, la tercera, de las tumbas 17, 8, 7, 6, 5, 1, 2, 3 y 16, y la cuarta hilera o inferior, de las tumbas 18, 9 y 4, distando cada tumba de su próxima entre 1 y 6 m.

Los pozos excavados en el duro subsuelo de esquisto, son de planta irregular, pero de tendencia oval, con diámetros máximos que oscilan entre 1,15 y 2,50 m y profundidades entre 2 y 5 m (fig. 13).

En la anterior publicación distinguí (M. Pellicer, 1963) cinco tipos de tumbas en función de la presencia o no de nichos para colocar las urnas cinerarias:

- Tipo 1: Pozo para enterramiento individual en nicho lateral cerrado por losas. Tumbas 2, 14, 17 y 20 (29 %).
- Tipo 2: Pozo para enterramiento doble en dos nichos laterales. Tumbas 15 y 19 (14 %).
- Tipo 3: Pozo para enterramiento doble, uno en nicho lateral y otro en el fondo del pozo, protegido y cubierto por losas. Tumbas 1 y 3 (14 %).
- Tipo 4: Pozo con enterramiento individual en urna encajada en el fondo y protegida por losas. Tumbas 10, 11, 12, 13 y 16 (36 %).
- Tipo 5: Pozo profundo no utilizado. Tumba 18 (7 %).

La orientación de los nichos es arbitraria, estando dirigida hacia el N. los de las tumbas 1, 2 y 3, hacia el NE. los de las tumbas 19 y 20, hacia el SE. el de la tumba 15, hacia el S. los de las tumbas 14 y uno de la 15, y hacia el NW. los de las tumbas 2 y 17.

Todos los enterramientos son de pozo con incineraciones en urnas de alabastro egipcias, excepto un tercer enterramiento, secundario, junto al nicho B de la tumba 19, cuyos restos cinerarios estaban depositados en el suelo. Las tumbas expoliadas o destruidas por los obreros de la construcción o por los aficionados fueron ocho, las correspondientes a los números 4-11, cuya tipología, urnas cinerarias y ajuares no pudieron determinarse con garantías, según las versiones referidas. Las tres primeras tumbas, números 1-3 fueron excavadas (?) por el Comisario de Excavaciones o por la familia Prieto-Moreno, cuya tipología, urnas y ajuares pudimos estudiar en parte. En nuestras actuaciones localizamos, excavamos y estudiamos nueve tumbas, desde la 12 a la 20 ambas inclusive.

Después de nuestro trabajo en Almuñécar, F. Molina pudo localizar, en posesión de particulares, cinco urnas funerarias más de Laurita (fig. 17 A-E) de las cuales cuatro parece que corresponden a las tumbas 4-9. En tal caso estarían sin localizar dos o tres urnas más, posiblemente en manos privadas. Por otra parte, F. Molina localizó y estudió con J. Padró (1983) otra urna cineraria con la cartela del faraón hicsu Apofis I (fig. 17 D; lám. XVII: A) que había sido hallada, tiempo atrás, en el Cerro de San Cristóbal. En total se conocen de Laurita 22 urnas cinerarias de alabastro. Es probable que el personaje que debía incinerarse en la tumba 18, vacía, fuese inhumado individualmente en la gran tumba de pozo y cámara E-1 de la próxima necrópolis de Puente de Noy, al cambiar el rito en el último cuarto del s. VII a.C. (fig. 7).

Las urnas funerarias aparecieron sin tapadera o simplemente cubiertas por una pequeña laja de esquisto, siendo de notar que las urnas de las tumbas 1, 3 A y 15 A estaban manchadas de ocre. Las urnas contenían los restos humanos incinerados, limpios y acompañados por objetos personales de ajuar más o menos quemados, como anillos y brazaletes de bronce (tumbas 2, 14 y 20) (fig. 97 H-J), colgantes anulares de plata u oro con escarabeos basculantes (tumbas 13, 16 y 20) (fig. 97 D-G; lám. XIII: B), amuletos de plata (tumba 14) (fig. 97 B; lám. XIII: D y XX: D), cuentas de bronce (fig. 97 M) o de piedra semipreciosa (fig. 97 L) (tumbas 3 y 14), asas de aguamanil de bronce (tumba 1) (fig. 97 A; y LÁM. XIII: E) y amuleto de marfil (tumba 14) (fig. 97 C).

Las urnas de las tumbas excavadas por nosotros y algunas en posesión del Sr. Prieto Moreno fueron depositadas junto con los ajuares funerarios y los restos humanos incinerados en su interior en el Museo Arqueológico Provincial de Granada. Sorprendentemente en 1990 cuando se intentó proceder al análisis de los restos y su estudio antropológico mediante ADN por el Prof. A. Czarnetzki, de la Universidad de Tübingen, las urnas estaban vacías, ignorando la dirección del Museo el paradero de los restos incinerados. Las otras cinco urnas cinerarias de Laurita, localizadas por F. Molina en Almuñécar, permanecen cuatro de ellas (fig. 17 A-C, E), al parecer, en posesión particular, y una (fig. 17D; lám. XVII: A) fue adquirida por el Ayuntamiento de Almuñécar, en cuyo Museo Local permanece. Los pendientes de oro (fig. 14 F) y el colgante de oro con escarabeo basculante (fig. 14 G) de la tumba 1 se hallan en posesión de la familia Prieto Moreno.

En las tumbas, fuera de las urnas, colocadas junto o encima de ellas y siempre protegidos por bloques de piedra, se presentaban como ajuares, diferentes cerámicas de barniz rojo, como oinochoai piriformes (tumbas 12, 13, 19 y 20) (fig. 83; Lám. X: B-E), jarros de boca de seta (tumbas 12, 13, 19, 20) (fig. 86; lám. X: F y G; XI: A), platos de barniz rojo (tumbas 12, 13, 15, 16, 17 y 19) (fig. 88; lám. XI: B y C) alguno de los cuales con huesecitos de ave y conejo (?), lucernas bicorne (tumbas 2 y 15) (fig. 92; lám. X: D y E), cerámicas fragmentadas, kotylai protocorintias (tumba 19 B) (fig. 93 A-B; lám. XII: A y B), cáscaras de huevos de avestruz pintadas llenas de ocre (tumba 10? y 19 A) (fig. 95; lám. XII: D), un vástago de hierro (tumba 19 B) (fig. 31 D) y fragmentos de ánforas (fig. 31 C, I)

IV. LAS INVESTIGACIONES DE F. MOLINA FAJARDO EN ALMUÑÉCAR

F. Molina Fajardo, colaborador de las excavaciones de Cástulo bajo la dirección de J. M.^a Blázquez, inició un proyecto arqueológico sobre Almuñécar en 1979, 17 años después de las excavaciones de la necrópolis Laurita. El proyecto era verdaderamente ambicioso, oportuno y necesario, puesto que, con la eclosión turística en la Costa del Sol y la especulación de las empresas constructoras de los años setenta, los yacimientos arqueológicos sexitanos se hallaban en grave peligro de desaparición. El panorama urbanístico de Almuñécar estaba cambiando radicalmente, de tal modo que era indispensable proteger y rescatar el patrimonio arqueológico, practicando excavaciones de urgencia y sistemáticas antes de que las destrucciones fueran irremediables y definitivas.

Para dar continuidad y eficacia a la investigación arqueológica, F. Molina creó, gracias al interés y a las subvenciones del Ayuntamiento, un «Instituto de Estudios Fenicios», abriéndose un pequeño museo local, que posteriormente fue instalado en la parte antigua de la ciudad, en la estructura romana de la «Cueva de Siete Palacios», convenientemente adecuada, donde se había obtenido una interesante estratigrafía del bronce final y del fenicio arcaico (fig. 10) hasta época árabe medieval. Los resultados de la labor arqueológica de F. Molina fueron publicados en tres volúmenes sobre «Arqueología e Historia de Almuñécar (1982, 1983, 1986).

Procedentes de las tumbas 4-9 de Laurita, saqueadas tras el descubrimiento, desde noviembre de 1962 a marzo de 1963, F. Molina localizó y publicó cuatro urnas cinerarias de alabastro (1983, 1986, 1991) y otra de mármol con inscripción jeroglífica egipcia de Apofis I (fig. 17 A-E; lám. XVII: A) (F. Molina y J. Padró, 1983; F. Molina y A. Bannour, 2000), ésta última en propiedad de A. Jiménez Pozo, antiguo propietario del Cerro de San Cristóbal, además de un colgante circular de oro con escarabeo basculante y dos pendientes de oro globulares de la tumba 1 de Laurita (fig. 97 D, K) (F. Molina y J. Padró, 1983).

1. LAS NECRÓPOLIS PÚNICAS DE VELILLA Y PUENTE DE NOY

Durante la campaña de excavaciones de 1964 del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en el yacimiento fenicio de Toscanos y del Cerro del Peñón, en la que yo participaba, H. Schubart tuvo noticia del hallazgo de un colgante de oro en el Cerro de Velilla por un vecino de Almuñécar, necrópolis situada a un km. al E. de la población. Examinado el colgante y catalogado como fenicio, fue adquirido por el Instituto y estudiado por M. Blech (1986), habiendo sido depositado en el Museo Arqueológico nacional de Madrid. Se trata de un colgante de oro en forma de U con decoración de granulado, formando cenefa con triángulos y rombos en su interior. El hallazgo iba acompañado de tres cuentas globulares con trenzado en sus orificios soldados entre sí. Sus analogías con otras piezas de la Aliseda, Setefilla, Cruz del Negro, Cortijo de Évora, etc. son evidentes, debiéndose fechar en el s. VI a.C.

Al roturarse el Cerro de Velilla para la plantación de árboles frutales, se había descubierto una necrópolis con materiales púnicos conservados por el propietario de la finca. En 1982 F. Molina visitó la finca y la colección, compuesta por cerámicas argáricas, púnicas y romanas, prospeccionando la zona de Velilla, en cuya parte alta, hacia el

N-NW., localizó la necrópolis argárica con enterramientos en cista, análogos a los del Pago del Sapo (M. Pellicer, 1964), y en la ladera W. del Cerro y junto al mar, la necrópolis púnica con enterramientos en hoyo y fosa. Los materiales cerámicos a torno de esta necrópolis se reducen a un vaso ovoide con asa geminada (fig. 4 B), un vaso biconcónico con paredes muy finas (fig. 4 A), un quemaperfumes de doble cazoleta (fig. 4 C), un vaso tipo Cruz del Negro muy evolucionado (fig. 4 D), dos vasos ovoides con borde exvasado y base cóncava (fig. 4 E, F) y fragmentos cerámicos diversos, todo ello de raíces fenicias, encuadrable en los siglos VI-IV a.C. y sincrónico a las primeras fases de Puente de Noy, Jardín y Villaricos.

La necrópolis de Puente de Noy se salvó gracias al tesón de F. Molina. Se sitúa al W. del río Seco, en una zona donde ya se habían iniciado algunas construcciones, en la colina del Instituto de Enseñanza media, a unos 500 m al NE de la necrópolis Laurita. Fue descubierta por un profesor del Instituto, quién excavó tres tumbas en 1979. Este descubrimiento alentó a F. Molina a programar una excavación sistemática de la necrópolis.

En 1979 F. Molina inició su primera campaña en la zona A (fig. 5), donde se había proyectado la construcción de una instalación deportiva. La segunda campaña consistió en un sondeo en la zona B. En 1980 se practicó una excavación de urgencia en la zona C, en la parte baja de un montículo, donde existía un proyecto de inminente construcción. En los meses de julio y agosto de 1980 se realizó la tercera campaña, ampliando el sondeo de la zona B, dirigida por C. Huertas (F. Molina y otros, 1982). En total se excavaron en la necrópolis de Puente de Noy un centenar y medio de tumbas púnicas de inhumación, aunque su número debe ser notablemente superior, habiendo quedado enterrada bajo las construcciones posteriores gran parte de la necrópolis (fig. 5).

La tipología de las tumbas de Puente de Noy es variada, habiéndose dividido en ocho tipos (fig. 6). El tipo I es de hoyo, los tipos II-VI de fosa, comprendiendo variantes con cistas, el tipo VII de cámara y el tipo VIII, de la tumba E-1, es de gran pozo de cámara (fig. 7).

La cronología de la necrópolis se inicia a finales del s. VII con la gran tumba E-1, cuyo gran pozo de planta de tendencia rectangular mide 5,60 m por 5,20 m, con una profundidad de 7,50 m, excavado en la roca, con escalinata circundante. En el lado septentrional del fondo del pozo se abre una cámara de planta trapezoidal de 3,45 m de ancha, por 1,90 m de profunda y 1,60 m de alta, con entrada de muro de sillería. Su rito es de inhumación individual, siendo su ajuar cerámico más expresivo un ánfora de tipo torpedo con hombros carenados (fig. 8 A), análoga a la nº 632 de la tumba de cámara 4 de Trayamar, fechada en la segunda mitad del s. VII, y otra de tendencia ovoide, troncocónica, hombros carenados y pequeño cuello cilíndrico (fig. 8 B), análoga a la del nº 547 de la tumba 1 de Trayamar (H. Schubart y H. G. Niemeyer, 1976), frecuente en el Cerro del Villar (A. Arribas y O. Arteaga, 1975) e igualmente de la segunda mitad del s. VII. A esta misma cronología corresponden tres platos de barniz rojo (fig. 8 C, D) con anchura de bordes entre 5 y 7,7 cm de esta tumba E-1 de Puente de Noy.

La tumba, excavada en 1981 (F. Molina y C. Huertas, 1983), estaba totalmente saqueada, en cuyo relleno aparecieron numerosos fragmentos de cerámica fenicia correspondiente a platos y copas o cuencos, como residuos de ritos funerarios de simposio o libaciones, y una lucerna griega del s. IV a.C., descontextualizada, usada por los saqueadores de la tumba.

La tumba E-1 de Puente de Noy reviste un peculiar interés respecto a la necrópolis Laurita. Parece plausible creer que esta tumba fue la sucesora de las más modernas de Laurita, tumbas 1-3 y 17 y especialmente de la tumba 18, de amplio y profundo pozo no utilizado como enterramiento. Quizás se intentó en esta tumba 18 de Laurita construir una amplia cámara para inhumación en vez de un nicho para urna cineraria, pero el duro esquisto del subsuelo del Cerro de San Cristóbal no era propicio para excavar una gran cámara lateral en el fondo del pozo, por lo que se optaría por construir la tumba en otro emplazamiento próximo, en Puente de Noy, a medio km. al N-NW de Laurita, donde la geología terciaria y cuaternaria es más blanda y donde el espacio admite una necrópolis más extensa ante una demografía más densa. Por otra parte, la tumba E-1 de Puente de Noy es claro exponente de un profundo cambio social, religioso y funerario de la sociedad sexitana, fenómeno observado igualmente en la tumba de cámara 4 de Trayamar, donde a fines del s. VII la incineración en urna es reemplaza por la inhumación.

La tumba C-4 (fig. 49) es también de inhumación en cámara de sillares, con una anchura de 3,20 m, altura de 2,20 m y profundidad de 4 m, con dromos y nicho, con una superestructura compuesta por dos leones de piedra, como la tumba de Pozo Moro (M. Almagro Gorbea, 1983). Su cronología es inmediatamente posterior a la tumba E-1, dentro del s. VI a.C.

La cronología general de la necrópolis de Puente de Noy se inicia a fines del s. VII a.C., según ya hemos indicado, como continuación de Laurita, tumbas E-1 y C-4, siendo utilizada intensamente a partir de fines del s. V, en que se impone la tumba púnica de inhumación, prosiguiendo en los siglos IV y III. En el s. II aumenta el número de tumbas, particularmente en la zona B, que van adoptando paulatinamente el rito de la incineración, coexistiendo

con el anterior de inhumación y ocupando la parte oriental de la colina en el s. I a.C. (fig. 22). Esta estadística funeraria puede servir de índice de la demografía de Sex en la segunda mitad del primer milenio a.C.

2. LOS SONDEOS EN EL NÚCLEO URBANO ANTIGUO DE ALMUÑECAR

Independientemente de las prospecciones y excavaciones de F. Molina en la necrópolis de Velilla y Puente de Noy, este investigador efectuó una serie de sondeos y cortes estratigráficos de urgencia o sistemáticos en diferentes puntos del núcleo urbano antiguo de Almuñécar, a través de los cuales es posible delimitar el perímetro del establecimiento fenicio y púnico y determinar la cronología de la evolución del yacimiento. Los siete sondeos efectuados se sitúan en El Majuelo, Cueva de Siete Palacios, Era del Castillo, Palacete del Corregidor, calle Real y Plaza de la Constitución de Almuñécar (fig. 3).

Ya en el s. XVII, junto a la Iglesia Parroquial, había sido hallado un hipogeo o cámara sepulcral, con inhumación en ataúd o sarcófago de madera rodeado de un ajuar compuesto por cerámicas, anillo con escarabeo, lanza, espada de hierro y diadema de plata (?) (R. García Serrano, 1976), además de otra tumba en un punto indeterminado de la población con un ajuar de orfebrería (?), ambas púnicas.

El Majuelo, situado en las faldas de la ladera W. del Castillo de San Miguel, se conocía por los restos que afloraban de una factoría de salazones romana imperial, excavada y publicada por M. Sotomayor (1971). Revisada la excavación, F. Molina practicó unos sondeos, apareciendo debajo de la factoría romana una estratigrafía de cuatro niveles, de los que el inferior, con una construcción de muros de piedra, pudo fecharse por cerámicas fenicias de fines del s. VIII a.C. y los tres niveles superiores por cerámicas púnicas y romanas desde el s. V al s. I a.C. (F. Molina y otros, 1983).

La Cueva de los Siete Palacios es una construcción romana considerada por M. Gómez Moreno (1889 y 1907) y por C. Fernández Casado (1972) como el «castellum aquae» o una gran cisterna terminal del acueducto. Las excavaciones en su interior (F. Molina y otros, 1983) constataron que su función no es hidráulica, sino más bien una especie de criptopórtico o infraestructura urbanística para nivelar la pendiente del cerro de la parte alta del poblado, puesto que la construcción no es de «opus caementicium» ni de «opus signinum», sino que los muros son de lajas de pizarra, interiormente revocados de estuco pintado. El edificio, en parte destruido, sería de dos plantas con bóvedas, formando en su parte superior una explanada de la acrópolis, donde se ubicaría un santuario, según la estatuaría allí aparecida, fechada en la segunda mitad del s. I p.C.

La estratigrafía obtenida en el interior de la supuesta cisterna romana (F. Molina, 1987) entregó cuatro niveles: el inferior (IV) con cerámica exclusiva del bronce final, del IX al VIII a.C., el nivel III con cerámica del bronce final mezclado con la fenicia de barniz rojo de fines del s. VIII (fig. 10) y los niveles II y I con cerámica púnica y romana imperial.

En la *Era del Castillo*, situada en una explanada al N. de la fortaleza, F. Molina practicó otro sondeo, en cuyo nivel inferior la cerámica era del bronce final en un 98 % y fenicia arcaica en un 2 %. Los dos sondeos de la parte alta de la población, el de la Cueva de Siete Palacios y el de la Era del Castillo, demuestran que, antes de la presencia fenicia, ya existía en Almuñécar una población indígena autóctona del bronce final, corroborando el relato de Estrabón sobre la «ciudad de los exitanos».

Al efectuar la reconstrucción del llamado *Palacete del Corregidor*, en la calle Escamado de Almuñécar, contigua y al S. de la Plaza de la Constitución, se efectuaron tres sondeos de 9 m cuadrados cada uno (F. Molina y C. Huertas, 1986). El sondeo A, de 3 por 3 m, emplazado en la parte más alta del solar hacia el S., en sus niveles revueltos de una potencia de 1,30 m, entregó un relleno moderno, pero en su base se mezclaba la cerámica fenicia con la terra sigillata romana y la cerámica árabe medieval.

El sondeo B se efectuó en un espacio entre el A y la calle Escamado, alcanzando una potencia de 3,50 m, con una estratigrafía invertida, como consecuencia de otras remodelaciones del edificio. Aunque F. Molina intentó obtener una estratigrafía artificial de 12 niveles, todos ellos estaban revueltos con materiales mezclados. El sondeo C se abrió, medio metro al E. del sondeo B, en una superficie trapezoidal de 3 por 1,70 m, alcanzando una potencia de 2,90 m, con niveles igualmente removidos con cerámicas fenicias desde el s. VIII a.C. (platos fenicios de barniz rojo y borde estrecho) hasta el s. XVI p.C. (cerámicas árabes y cristianas del s. XV y XVI).

Entre las abundantes cerámicas de los sondeos cabe destacar el lote de cerámicas a mano de tradición del bronce final, fenicias de barniz rojo, grises de occidente, estando bien representados los trípodes, lucernas bicórnies y las ánforas fenicias y púnicas, siendo los platos fenicios de barniz rojo, con anchura de borde entre 1,8 y 5,5 cm, los elementos cronológicos que sitúan la presencia fenicia en Almuñécar muy tempranamente.

El sondeo de F. Molina en la *calle Real* (1986), situado en la parte baja de la población, al NE. del núcleo urbano antiguo, entregó un relleno también removido, pero con platos fenicios de barniz rojo con anchura de borde de 26 cm, fechables a fines del s. VIII a.C., junto con otras cerámicas púnicas y romanas republicanas.

El sondeo de la *Plaza de la Constitución*, próximo y al NW. del de la calle Real, entregó platos fenicios de barniz rojo de borde muy estrecho, fechables en la primera mitad del s. VIII a.C. (fig. 11), junto con otras cerámicas fenicias atípicas.

Estos sondeos de la parte alta del núcleo antiguo de Almuñécar (Castillo de San Miguel y laderas) evidencian la existencia de una población indígena del bronce reciente y quizás, desde época argárica hasta el primer cuarto del s. VIII a.C., junto a la cual, hacia el NE. y en la parte baja, se instalan emigrantes fenicios probablemente en el segundo cuarto del s. VIII, extendiéndose rápidamente la población. Este primer establecimiento fenicio de Sex sería coetáneo a los otros arcaicos de la costa mediterránea andaluza. En la segunda mitad del s. VIII y en el s. VII a.C. el asentamiento de Sex debió alcanzar notables dimensiones, calculables en dos hectáreas y media, que albergaría una población mixta de cerca de un millar de habitantes, de los que los individuos de clase alta fenicia gobernante se sepultaron en la necrópolis Laurita.

V. LOS FENICIOS Y OCCIDENTE

1. EL TERRITORIO FENICIO

El territorio, donde emergió y se desarrolló la civilización fenicia, de raíces cananeas, se presenta como una franja costera en el extremo oriental del Mediterráneo, comprendida entre la cordillera del Líbano y el mar, extendida en unos 300 km de N. a S., desde Tarso al Monte Carmelo y con un treintena de km de anchura media.

Este pequeño territorio de unos 15.000 km cuadrados disponía de escasos recursos en una geología desprovista de metales, pero opulenta en la madera de los famosos cedros del Líbano, con una agricultura y ganadería de ovicápridos, insuficiente para la alimentación de una densa demografía urbana costera. Los cereales, alimento primordial, cuyo cultivo estaba sometido a la variable climatología mediterránea, eran en gran parte, producto de importación desde las tierras más aptas del interior siro-palestino. No obstante, los fenicios disfrutaban de una abundante pesca marina, obtenida con una importante flota, desde los albores de la edad del hierro.

El corredor natural que discurría, contiguo y paralelo a la costa, constituía un poderoso medio comercial para acceder al paso de la Beca y al rico valle del Orontes, a Siria y a Anatolia y por el S. hacia Palestina y al opulento Egipto.

Rodeado el territorio fenicio por tres belicosas sociedades con poderosos imperios, el final de los hititas, siro-hititas, asirios-babilonios y egipcios, sus populosas y bien defendidas ciudades eran frecuentemente sometidas, saqueadas y destruidas, cuando no aceptaban pagar fuertes tributos a los intrusos conquistadores. Si los invasores les ocasionaron continuos desastres, también les influyeron profundamente, inculcándoles nuevas tecnologías.

Ante los constantes saqueos de sus ciudades, los fenicios, dotados de un hondo sentido de la economía y de un excepcional sentido artesano y comercial, encontraron la solución en el mar, convirtiéndose desde el s. IX, o quizás antes, en los grandes navegantes, comerciantes y colonizadores del Mediterráneo meridional, rivalizando con los griegos, colonizadores del Mediterráneo septentrional.

Cuando despierta la Fenicia cananea con la edad del hierro, hacia el 1.200 a.C., no constituía políticamente un estado, sino una serie de ciudades-estado independientes entre sí, cada una con sus divinidades propias y sus monarquías dinásticas. Estas ciudades-estado frecuentemente se asociaban para aumentar su potencia económica y defensiva ante las constantes invasiones asirias. Por las fuentes escritas asirias, egipcias y griegas se conocen algunas ciudades fenicias, pero la arqueología ha descubierto más de una veintena (fig. 33) entre las que destacan de N. a S. los núcleos de Tell Sukas, Tartus, Amrit, Tell Kazel, Trípoli, Batrun, Biblos, Khaldé, Sidón, Sarepta, Tiro, Achziv, Akko, Tell Keisan, Tell Abú Hawan, etc. entre estas ciudades será Tiro, formando una asociación con su rival Sidón desde el s. XI, la principal protagonista de la colonización fenicia del Mediterráneo occidental y del Atlántico próximo a las Columnas de Hércules, con la participación de Chipre.

2. EL PROCESO COLONIAL FENICIO EN OCCIDENTE

La colonización fenicia de tipo permanente, del Mediterráneo Occidental, confirmada en el s. VIII, fue incentivada por razones económicas, como la adquisición de metales para su industria y de alimentos para nutrir una superpoblación. Esta superpoblación urbana de Tiro y Sidón debió crear problemas, ocasionando revueltas internas, agravadas por las rivalidades familiares entre la «élite» gobernante, como refiere la leyenda del exilio de Elisa, fundadora de Cartago en el 814, según las fuentes. Pero la causa determinante de la diáspora colonizadora fenicia debió ser el grave y constante peligro del acecho asirio de Salmanasar III (858-824), Senaquerib (704-681), Asharadon (680-669) y Asurbanipal (668-626), quienes percibieron onerosos tributos, hasta que el babilonio Nabucodonosor II (604-562) sometió definitivamente a Tiro en 573, paralizándose la colonización fenicia en Occidente. Otro ejemplo de exilio es el relato de la huida de Luli, rey de Tiro y Sidón, a Chipre en el 701 ante el bloqueo de Tiro por Senaquerib, representado en un relieve asirio.

Con el hundimiento del imperio micénico desde Canaán hasta Tarteso, desaparecida su talasocracia mediterránea, invadida Grecia y destruida Micenas por tribus balcánicas de dorios o heraclidas hacia el 1200 a.C., se debilitaron los contactos comerciales en el mediterráneo, asumidos, sin solución de continuidad, por los fenicio-chipriotas para proseguir la anterior empresa comercial micénica.

Posiblemente los fenicios desde los primeros momentos de su organización en el s. XII, a través de sus relaciones con los submicénicos de Al-Mina, de Tell Sukas y Chipre, aprendieron el arte de la navegación a larga distancia en grandes naves, construidas con la técnica de las cuadernas y del calafateado con betún, y las rutas marinas mediterráneas hasta el extremo Occidente, donde se situaban las Columnas de Heracles y la región donde habían surgido los mitos griegos del fabuloso Tartesos.

Mucho se ha especulado sobre la cronología de los inicios de la colonización fenicia en occidente, teniendo como base las tardías fuentes escritas greco-romanas y los datos proporcionados por la arqueología. En el S. de Italia y en Sicilia las fechas históricas de la colonización griega, según Tucídides, coinciden sensiblemente con las propuestas por J.N. Coldstream (1968) para la cerámica geométrica ática y corintia y para la protocorintia de los establecimientos coloniales excavados, pero en la cronología del geométrico de este investigador, sumamente valiosa, conviene proceder con alguna reserva, ya que utilizó las fechas históricas de las fundaciones griegas de Italia y Sicilia, aplicándolas a la cerámica geométrica y orientalizante griega, resultando en ocasiones cierto círculo vicioso (P. James, 1993).

En las colonias fenicias norteafricanas de Lixus, Útica y Cartago y en la hispana Gádir las fechas de las fundaciones históricas sorprendentemente son bastantes anteriores a las propugnadas por la arqueología. Según V. Patérculo (I, 2, 4), Gádir fue fundada por los tirios 80 años después de la caída y destrucción de Troya, y este episodio homérico, según la estratigrafía de C. W. Blegen (1958), corresponde a la base del nivel VII A, cuya escasa cerámica del micénico III C, fechada en el siglo XII a.C., obliga, según V. Patérculo, a datar la fundación de Gádir en el s. XI a.C. Según Herodoto (II, 145), la guerra de Troya aconteció 800 años antes de su época, correspondiente a unas veinte generaciones, por lo que, si este autor escribió hacia el 450 a.C., la guerra de Troya ocurriría hacia el 1250 a.C.

Los intentos de los arqueólogos por concordar sus fechas con las altas cronologías históricas de estas primeras fundaciones fenicias del Occidente han sido vanos, porque los materiales arqueológicos y especialmente los cerámicos, más arcaicos, apenas remontan la primera mitad del s. VIII a.C., si nos atenemos a las fechas de la cerámica griega de algunas colonias, y de la cerámica fenicia, análoga a la de los estratos V-IV de Tiro, fechados por M. P. Bikai entre el 760 y el 740 a.C. (M. P. Bikai, 1978, A y B, 1987).

Este lapso discordante de tres o cuatro siglos se ha querido solucionar rellenando el vacío con materiales esporádicos y descontextualizados, atribuidos a finales del II milenio y al primer cuarto del I milenio a.C., de una «precolonización» fenicia.

3. LOS FENICIOS EN IBERIA: ¿UNA PRECOLONIZACIÓN?

La precolonización oriental en Iberia ha sido argumentada con unos datos correspondientes a materiales de orígenes y cronologías imprecisos, sumamente debatidos (M. Almagro Basch, 1966; J. M. Blázquez, 1968; M. Almagro Gorgea, 1988; M. Bendala, 1990) pero conectados con los círculos del Mediterráneo oriental e itálico y del Atlántico.

El pateco de Cádiz, egíptizante y con técnica siria no parece del s. XII, sino probablemente una importación fenicia del s. VIII-VII a.C. *El cuenco de Berzocana* (fig. 37 C) hallado en un contexto del bronce final, de cronología

imprecisa, es precolonial, quizás fabricado en un taller chipriota del geométrico I (1050-950). Algunos *marfiles* de tumbas orientalistas de Los Alcores, según su contexto, no remontan el s. VII a.C. *El sello de Vélez Málaga*, aunque se le atribuye un origen sirio del s. XIV, fue importado probablemente por los fenicios de Los Toscanos en la segunda mitad del s. VIII. *La cerámica pintada geométrica y fabricada a mano, de tipo Carambolo*, según las estratigrafías, surge en el s. IX, imitando motivos decorativos del geométrico chipriota II (950-850).

Las fibulas de codo, no parecen de origen oriental sino siciliano, de Cassibile (1.100-850 a.C.) y de Pantalica Sur (850-730 a.C.) (L. Bernabo Brea, 1953-54). *Las estelas grabadas* del suroeste hispano del tipo II de Almagro (1966), con representaciones de panoplias con metalistería de escudos con escotadura en V, cascos, alabardas, espadas, lanzas y arcos, de patente tradición atlántica, junto con otros elementos mediterráneos, como carros, espejos, peines, navajas de afeitar y fibulas de codo, difícilmente puede atribuirse a una precolonización fenicia o griega, sino a las relaciones comerciales precoloniales entre los círculos atlántico y mediterráneo central.

El tholos portugués de Roça do Casal do Meio, con dos inhumaciones y un ajuar compuesto por vaso de retícula bruñida, fibula «ad occhio», broche de cinturón, pinzas de bronce y peine de marfil, delata una conexión con la fase siciliana de Cassibile, fechada entre 1000 y 850 a.C.

La precolonización fenicia en Iberia, anterior al 770 a.C., se entiende simplemente como una exploración para conocer «de visu» y directamente el territorio donde vive la población nativa, su densidad, hostilidad, los recursos económicos y, posteriormente, como una expansión para intercambios comerciales.

En el debate sobre la precolonización de Iberia, si se contemplan los recientes trabajos sobre el Mediterráneo (E. Acquaro y otros, 1988), las investigaciones sobre Cádiz (G. Frutos y A. Muñoz, 2004; I. Córdoba y D. Ruiz Mata, 2005) (fig. 40) y Huelva (F. González de Canales y otros, 2004) (fig. 39) y los hallazgos esporádicos de Paterna de la Ribera (Cádiz) (fig. 38: c-e) y de Lora del Río (fig. 38: A y B), podemos ya disponer de una novedosa documentación que parcialmente llena el supuesto vacío precolonial fenicio, aunque acaso habría que considerarlo ya colonial.

El preámbulo de la llamada precolonización de Iberia está protagonizado por la expansión micénica, anteriormente documentada en Chipre, costas siro-palestinas, Sicilia, Italia y Cerdeña. En Iberia ya han aparecido materiales del micénico III B/C en el Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) (fig. 37: b y d) (J.C. Martín, 1988, 1990, 1992), Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (fig. 37: a-c) (F. Molina y E. Pareja, 1975) y presumiblemente en Carmona (Sevilla) (M. Pellicer y F. Amores, 1985, fig. 157, V) y en Gatas (Turre, Almería) (J.C. Martín y M. Perlines, 1993).

En la precolonización oriental de Iberia, fechada entre el s. IX y mediados del s. VIII, y quizás desde antes, los protagonistas son los fenicio-chipriotas, herederos de los conocimientos de los micénicos sobre técnicas navales y rutas marinas por el mediterráneo, que prosiguen practicando un comercio «semisilencioso», perfectamente documentado con elementos descontextualizados, como el cuenco de bronce de Berzocana (Cáceres) (fig. 37: e) con estrechos paralelos en el geométrico chipriota I (1050-950) (H. G. Niemeyer, 1984, fig. 4), el ánfora siro-palestina del Cerro de San Juan (Coria del Río, Sevilla) (fig. 37: f), los vasos del geométrico chipriota II (950-850) de Paterna de la Ribera (Medina Sidonia, Cádiz) (fig. 38: c-e) y los elementos plásticos de Lora del Río (Sevilla) de estilo sirohitita asirizante del s. IX a.C. (fig. 38: a y b) y por los estratos arcaicos protocoloniales de los emporios o factorías de Cádiz y Huelva, fechables entre el 850 y el 750.

El *ánfora de Coria del Río* (fig. 37: j) procedente quizás de una necrópolis precolonial del Cerro de San Juan, presenta unas características desconcertantes, de raíces micénicas en cuanto a la forma y el barniz, y siro-palestinas en cuanto a las dos asas geminadas y en cuanto a la decoración pintada de bandas paralelas rectas y onduladas. Sus prototipos se hallan en ejemplares, siempre con una sola asa, de fines del bronce medio sirio-palestino (s. XVI a.C. !) de Ruweisé, Ugarit, Meggido, Jericó, y del bronce final III de Tell Arca (s. XIII a.C.), lo cual no ha dejado de crear un sorprendente problema cronológico.

De esta segunda fase precolonial oriental el documento más decisivo son los tres vasos procedentes de Paterna de la Ribera (fig. 38: c-e), aldea situada a 25 km al oriente de la bahía de Cádiz, y a 10 km al NE. de Medina Sidonia (fig. 36-A). Los tres vasos pertenecen a la colección Marsal, estando depositados en el Centro de Restauración de la Cartuja de Sevilla e ignorándose los pormenores del hallazgo.

La *pyxis* (fig. 38: d) pertenece al tipo «white painted II ware» del geométrico chipriota de E. Gjerstad (1948), fechado en el 950-850 a.C. La forma del vaso es una clara evolución de la *pyxis* micénica, muy frecuente en el periodo chipriota reciente II y III (1400-1050 a.C.), pero en el periodo geométrico chipriota, a partir del 1050 la forma micénica evoluciona autóctonamente, adoptando un borde indicado, sin estrangulamiento, y solamente dos asas que arrancan del cuerpo del vaso, como el de Paterna (lám. XVIII: B).

La *oinochoe* (fig. 38: c), decorada con bandas y líneas paralelas rojizas, pertenece igualmente al tipo «white painted II ware», con idéntica cronología al anterior vaso (lám. XVIII: A).

El ánfora (fig. 38: e) pertenece al tipo «plain white II» de la misma fase.

La circunstancia de que estos tres vasos de Paterna de la Ribera sean chipriotas, coetáneos, y que se hayan conservado completos, sugiere que formaban parte del ajuar de un enterramiento de una peculiar necrópolis «precolonial» fenicio-chipriota del s. X-IX a.C., cuyos ritos funerarios desconocemos. Este hallazgo, de suma importancia, rellena parcialmente el vacío de esta etapa oscura precolonial, entre la expansión micénica del s. XIII-XII y el momento de las primeras fundaciones permanentes de la colonización fenicia propiamente dicha de la primera mitad del s. VIII a.C., y quizás un siglo antes en Cádiz y Huelva.

Otros documentos arqueológicos de interés que corroboran la debatida precolonización fenicia, anterior al s. VIII a.C. pueden ser *dos piezas*, sobre las que tengo severas dudas de su autenticidad, antes de analizarlas directamente.

La *primera pieza* es una *estatuilla de caliza* (?) (fig. 38: A), ligeramente deteriorada por el fuego, representando una divinidad, al parecer, femenina, sedente en trono flanqueado por dos leones, dominados por un genio central de rostro aquiliforme, hallado en el Cortijo de las Marías de Nicomedes (Lora del Río, Sevilla). Su estilo es claramente neohitita asirizante, fechable entre el 850 y el 750 a.C. Parece un trasunto de la estatua de una divinidad (rey Atarluhas?) de la Puerta Real de Karkemish, conservada en el Museo de Ankara y en el Museo Británico.

La *segunda pieza* es un grabado en una placa de arenisca fragmentada, de muy torpe factura (fig. 38: B), representando dos guerreros asirios con barba, casco cónico y escudo circular, procedente de la Mesa del Almendro, a 2 km al NE. de la Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla), siendo un claro trasunto de parte de un relieve de Asurnasirpal II (883-859 a.C.), cazando leones, del palacio de Nimrud, conservado en el Museo Británico.

Desde principios del s. XXI, las excavaciones realizadas en Huelva (F. González de Canales y otros, 2004) y en Cádiz (G. Frutos y V. Muñoz, 2004; I. Córdoba y D. Ruiz Mata, 2005) han constatado con evidencia que antes del 770 a.C. ya estaban fundadas estas dos factorías o emporios fenicios permanentes o colonias propiamente dichas en las costas tartesias. El estudio de Huelva fue realizado por F. González de Canales sobre los materiales arqueológicos extraídos del vertedero procedente del estrato inferior de la calle Méndez Núñez, nº 7 – 13 de Huelva, no excavado anteriormente por el impedimento de una capa freática, presentando una documentación sorprendente. En el entorno de la calle Méndez Núñez las primeras excavaciones estratigráficas habían sido practicadas por J. Fernández Jurado (1990) y por J. P. Garrido y J. Ortega (1994).

Los materiales fenicio-chipriotas de Huelva se reducen a ánforas de alto y mediano borde cilíndrico (fig. 39: A; d y e), frecuentes en estratos de Tiro anteriores a los V-IV (850-800); a jarritos globulares de alto cuello cilíndrico, decorados con paralelas rojas (fig. 39: c), frecuentes en Tiro VIII (850-800), en Sarepta 2 (850-750) y en el horizonte chipriota de Salamis (850-750).

Muy abundante aparece la cerámica de Samaria o «fine ware» (fig. 39: b) del horizonte de Salamis, que perdura hasta fines del s. VIII.

Los platos, de tendencia semiesférica o troncocónica, junto con los de borde engrosado y en bisel exterior (fig. 39: a), son similares a los de Tiro IX-VIII (850-800) y a los del horizonte de Salamis.

Por otra parte, están ausentes los platos de barniz rojo con borde saliente de las colonias fenicias del Sur de España, estudiados por H. Schubart (1976), fechados en la segunda mitad del s. VIII y s. VII, las oinochoai piriformes y jarros de boca de seta de barniz rojo y lucernas bicorne, frecuentes en los establecimientos fenicios de occidente a partir del segundo cuarto del s. VIII.

La cerámica egea o griega, de gran ayuda para precisar la cronología del geométrico, representada desde hace años por un fragmento de crátera del geométrico ático medio II (800-750) (M. del Amo, 1976), ha aumentado su presencia con un gran elenco de skyphoi y platos eubeo-cicládicos subprotogeométricos de semicírculos colgantes (fig. 39: E), fechables en los siglos X-VIII, y de skyphoi y khantaroí, decorados con motivos pintados de me-topas y falsos meandros, del geométrico medio ático II (800-760). A estas cerámicas fenicio-chipriotas y egeas acompañan muestras de tipos sardos y villanovianos, fechables en los siglos IX-VIII.

La presencia en Huelva de restos artesanales, relativos a labores de alfarería y metalurgia como toberas de hornos y crisoles (fig. 39: F), de abundantes desechos de marfil, ebanistería y piezas de naves, y de ánforas con restos de pescado (salazones) y brea (vino), testifican una actividad industrial y comercial perfectamente organizada con talleres, almacenes y, naturalmente, viviendas propias de una factoría colonial permanente, ya vigente en la segunda mitad del s. IX a.C.

Cádiz, la primera fundación fenicia en Iberia, según las fuentes escritas, ha sufrido desde el s. XIX una actividad arqueológica desordenada y frecuentemente caótica, que ha impedido el conocimiento científico de la fase arcaica, exhumada en la colonia vecina de la Torre de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, 1986). Hasta principios del s. XXI no se habían descubierto o publicado contextos arqueológicos anteriores al s. VI, pero afortunadamente ya se han

documentado estratigrafías que alcanzan, como en Huelva, quizás la segunda mitad del s. IX a.C. gracias al «Proyecto Costa» (O. Arteaga y otros, 2001; Arteaga O. y Roos, A. M. 2002).

Los sondeos geoarqueológicos y las excavaciones de urgencia en el núcleo de Cádiz, en el altozano de la Torre de Tavira, calles Cánovas del Castillo, Solano, San Miguel, Ancha, Concepción Arenal, Paraguas, Plazas de Fray Félix y de la Catedral, están entregando materiales de la primera mitad del s. VIII y quizás del s. IX a.C., publicados sucintamente (G. de Frutos y A. Muñoz, 2004), destacando el estudio de las excavaciones del solar de la calle Cánovas del Castillo 38 (I. Córdoba y D. Ruiz Mata, 2005), donde fue localizado un estrato fenicio de 30 cm de potencia, sellado por dos potentes dunas, superpuestas a dos niveles de bronce pleno y calcolítico.

El estrato fenicio está formado por pavimentos de arcilla apisonada con cenizas, materia orgánica, fauna de mamíferos, ictiofauna, malacofauna y abundante cerámica fenicia e indígena del bronce final (fig. 40).

La cerámica fenicia consiste en platos de barniz rojo de borde estrecho entre 1,40 y cm (fig. 40: a-d); platos o cuencos de borde engrosado o saliente (fig. 40: g), análogos a los hallados en Huelva y en Tiro V (800-750), IV (750-740) y III (740-720) (P. M. Bikai, 1978) y a los del horizonte chipriota de Salamis (850-750); jarritos de cuerpo globular y alto cuello cilíndrico (fig. 40: h, i), precedente de los clásicos de boca de seta y barniz rojo; oinochoai de barniz rojo, cuerpo globular y cuello troncocónico del s. VIII (fig. 40: j); ampollas piriformes (fig. 40: n) y abundantes ánforas de borde recto vertical o engrosado (fig. 40: k-m), análogas a las de Huelva del s. IX-VIII, además de askoi sardos (fig. 40: s), decorados con circulitos impresos, y copas carenadas, bruñidas con geometrismos incisos o grabados rellenos de pintura roja, del bronce final, con temática que recuerda la decoración chipriota.

No deja de tener interés algunos materiales descontextualizados, como una pyxis (fig. 40: r) con estrechos paralelos en ejemplares palestinos del s. IX (E. García Alfonso, 2005), procedente, al parecer, de un enterramiento en las Playa de Santa María del Mar, y, por otra parte, cuatro urnas de alabastro, quizás funerarias, procedentes de las calles Escalzo y Santa Cruz de Tenerife y de la Plaza de Asdrúbal, análogas a algunas de la necrópolis Laurita de Almuñécar (M. Pellicer, 1963).

En resumen, es plausible admitir que el tránsito de la precolonización a la colonización propiamente dicha de carácter masivo, sucedería en Cádiz y Huelva, no en torno al 770 a.C., sino cerca de un siglo antes, hacia mediados del s. IX a.C.

4. LA COLONIZACIÓN FENICIA PROPIAMENTE DICHA

La colonización fenicia propiamente dicha, caracterizada por la fundación masiva de los establecimientos permanentes, no se aceptaba en Iberia antes del 770 a.C., según confirman las estratigrafías de Morro de Mezquitilla, Almuñécar, Torre de Doña Blanca, Fonteta, etc., prosiguiendo la implantación en fases sucesivas, en que se multiplican los núcleos coloniales hasta fines del s. VI a.C., al imponerse el horizonte púnico de la hegemonía cartaginesa.

Después de una intensa labor de prospecciones y excavaciones realizadas durante este último medio siglo por las costas meridionales hispanas y portuguesas, han llegado a contabilizarse más de una treintena de establecimientos fenicios (fig. 35, 36), de los que han sido parcialmente excavados dos docenas y suficientemente estudiados una docena, destacándose entre estos últimos el Cerro del Villar en el río Guadalhorce (M.^a E. Aubet, 1990, 1991; M.^a E. Aubet y otros, 1999; A. Arribas y O. Arteaga, 1975); Málaga en el río Guadalmedina (A. Recio, 1990; J. Aimerich, 1991; M. Pellicer, 1995); Los Toscanos, Cerro Alarcón y El Peñón, en el río Vélez (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1969; H. Schubart, H.G. Niemeyer y G. Lindemann, 1972; H.G. Niemeyer, 1986); Morro de Mezquitilla (H. Schubart, 1986) y Las Chorreras (M.^a E. Aubet, 1974; M.^a E. Aubet y otros, 1976, 1979) en el río Algarrobo; Almuñécar en los ríos Seco y Verde (M. Pellicer, 1962, 1985; F. Molina, 1983, 1987, 1991; F. Molina y otros, 1983; F. Molina y F. Huertas, 1986; F. Molina y J.A. Ocaña, 1986); Adra en el río Grande de Adra (A. Suárez y otros, 1987, 1989; J. López Castro y otros, 1991), La Montilla en el río Guadiaro (H. Schubart, 1990), Cabecico de Parra en el río Almanzora (J.L. López Castro y otros, 1987-88, 1990); La Fonteta en el río Segura (A. González Prats, 1999; A. González Prats y E. Ruiz, 2000); Castillo de Doña Blanca en el río Guadalete (D. Ruiz Mata, 1986, 1991, 1993), Huelva en los ríos Tinto y Odiel (J. Fernández Jurado, 1986; J. Fernández Jurado y otros, 1990; P. Rufete, 1988-89, 1989); Setúbal, Abul, Alcaçer do Sal en el río Sado; Almaraz, Lisboa y Santárem en el río Tajo; Santa Olaia en el río Mondego (M. Pellicer, 1998, 1999, 2000; M. Arruda, 2002) (fig. 35).

Se conoce la distribución de los asentamientos fenicios, pero se ignora, en gran parte, su superficie urbana habitada, estructura, territorio de captación de recursos, ecofactos, etc., si exceptuamos Los Toscanos (H.G. Niemeyer, 1986) y el Cerro del Villar (M.^a E. Aubet, 1991), siendo todavía prematuro el conocimiento global, suficientemente correcto, de los recursos, economía y sociedad de los establecimientos fenicios de Iberia.

La adquisición y comercio de metales fue, en efecto, un objetivo de primer orden, comprobado por las tóberas, escorias y hornos de fundición en la segunda mitad del s. VIII en Morro de Mezquitilla, Toscanos y Fonteta, en el s. VII en Toscanos, Peñón, Adra, Fonteta, los Gavilanes, etc... La plata se fundía en San Bartolomé de Almonte (D. Ruiz Mata, 1981), y en La Fonteta (A. González Prats, 1999) en los siglos VIII-VII, y en Huelva ya en el siglo IX. Históricamente la metalurgia de la plata tartesia está refrendada por los relatos de Herodoto (III, 4, 62) sobre la adquisición de 60 talentos de plata (1.500 kgs.) y su transporte al Heraion de Samos por Coleo a mediados del s. VII a.C. y la donación de plata por parte del rey tartesio Argantonio a los focenses para reparar las defensas de su metrópoli a mediados del s. VI a.C. (Estrabón, III, 2, 14).

El emporio fenicio gaditano, desprovisto de Tartessos de estaño explotable, conseguiría este metal, necesario para aleación del bronce, a través de sus factorías portuguesas de los ríos Sado, Tajo y Mondego (M. Pellicer, 2000; M. Arruda, 2002).

La metalurgia del hierro, infravalorada por las investigaciones, se presenta como una artesanía y producción fundamental en los establecimientos fenicios al oriente del Estrecho, donde este mineral es relativamente abundante (H. Schubart y O. Arteaga, 1986), ya desde el s. VIII en el Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos y Cerro del Villar, desde el s. VII en el Cerro del Mar, Peñón, Alarcón y Adra, y desde el s. VI en Los Gavilanes.

Las nuevas técnicas de la metalistería fenicia fueron transmitidas a los tartesios y nativos en general, según se comprueba en objetos de prestigio hallados en la necrópolis onubense de la Joya (J.P. Garrido, 1970, 1978, 1991) o en las abundantes oinochoai llamadas tartesias, distribuidas por todo el SW. y W. peninsular, típicas del mundo fenicio y orientalizador mediterráneo (A. García Bellido, 1969; B. Grau-Zimmermann, 1978).

La desembocadura del río Almanzora y el SE., rico en minerales de galena argentífera, cobre, hierro e incluso oro, debió albergar indudablemente un poderoso núcleo desde el s. IX, débilmente detectado, pero presentado por la existencia de metalurgia y metalistería de bronce, fíbulas de codo, brazaletes de marfil, cuentas de pasta vítrea, hierro, e incluso, por generalizarse el rito de la incineración en gran parte del territorio (A. González Prats, 2002).

M. Tarradell (1960) denominó a todo el territorio colonizado en el extremo occidente de las costas mediterráneas y atlánticas «El Círculo del Estrecho», pero en la actualidad, ante la densidad de establecimientos fenicios descubiertos y estudiados, es razonable dividir este círculo en varios subcírculos que responden a una perfecta estrategia de la colonización fenicia propiamente dicha, difundida desde las metrópolis orientales a partir del 770 a.C.

Las islas gaditanas, de una topografía antigua difícil de reconstruir actualmente a causa de las transformaciones ocasionadas por la fuerte erosión marina y por las constantes reconstrucciones de la ciudad (J. L. Escacena, 1986; R. Corzo, 1980, 1991), por fin están entregando en los niveles inferiores bajo las dunas, abundantes materiales indígenas, fenicios y mediterráneos, fechables en los s. IX y VIII a.C. (I. Córdoba y D. Ruiz Mata, 2005). Inmediatamente después de la fundación de Gádir y plausiblemente a mediados del s. VIII, los fenicios gadeiritas se establecerían en tierra firme del estuario del río Guadalete, creando una cabeza de puente sumamente estratégica en el cerro del Castillo de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, 1986, 1991, 1993), zona densamente poblada desde el calcolítico, llamada Las Cumbres, al pie de la Sierra de San Cristóbal, cuya excavación estratigráfica muestra una población mixta, tanto en la colonia como en su necrópolis, que pervivió medio milenio hasta el momento de su destrucción en el s. III a.C.

Paralelamente a Gádir, emergió Onoba, dotada de un complejo industrial metalúrgico, auténtico emporio con puerto franco.

El complejo comercial gaditano estaba, en función de la gran reserva metalífera de cobre y plata del subcírculo onubense de Riotinto, Aznalcóllar y Tejada, cuyo principal establecimiento fenicio fue Onoba (M. Pellicer, 1996) en las faldas del Cerro de San Pedro, baluarte tartesio. Estos dos subcírculos atlánticos, el gaditano y el onubense, formaron, sin duda, el círculo de vanguardia de la colonización fenicia en el extremo occidente, que pronto se expandiría por la gran arteria fluvial del Guadalquivir hacia el interior (M. Pellicer, 1998), donde fundaron el establecimiento de Spal (Sevilla) en una isleta del río, y el santuario del Carambolo, dedicado a Astarté, en una elevación con tigua, prosiguiendo la colonización por el Atlántico portugués, tras el estaño, en los ríos Sado, Tajo y Mondego.

Simultáneamente, los fenicios de Gádir fundaron puertos de comercio o factorías por la costa marroquí occidental, en el estuario del río Lucus (Lixus) en la segunda mitad del s. VIII (M. Tarradell, 1985, 1954, 1960) y más al sur, en la isla de Mogador, a mediados del s. VII (A. Jodin, 1966), con vistas a la obtención de materias primas exóticas, como marfil, huevos de avestruz y, quizás, ámbar y oro (M. Pellicer, 1998, 1999, 2000).

Al oriente del Estrecho, desde Gibraltar (Cerro del Prado) hasta el Segura (Fonteta), se acumularon por la costa dos tercios de las colonias en un círculo logístico de retaguardia con menos recursos metalíferos, pero abundantes en posibilidades agropecuarias y marinas, dotado de un ecosistema similar al de la madre patria oriental, donde fijó su residencia, probablemente una élite tiria, incinerada en las suntuosas urnas egipcias de las necrópolis Laurita, Trayamar, Toscanos y Cerro del Villar.

VI. LAS NECRÓPOLIS FENICIAS

Las investigaciones sobre las necrópolis de la edad del hierro en la región de Siria, Fenicia y Palestina, iniciadas hace siglo y medio, no han proporcionado precisamente resultados tan satisfactorios como las del Mediterráneo central y occidental. Lamentablemente todavía se echa en falta un estudio global y riguroso sobre la arqueología del mundo funerario fenicio en el Mediterráneo. La documentación disponible, a pesar de su abundancia, es sumamente concreta y parcial, diseminada en múltiples artículos antiguos, muchos de ellos de difícil consulta. La escasa garantía de las excavaciones pioneras no proporcionan datos suficientes fidedignos en que basar las investigaciones sobre el mundo funerario de Fenicia y de su colonización.

Las actuaciones arqueológicas en Oriente se ralentizaron o paralizaron con motivo de los constantes conflictos bélicos, que todavía soporta esa convulsa región, mientras que en Occidente la investigación sobre la colonización fenicia alcanza cierto apogeo.

Las necrópolis fenicias orientales han sido objeto de constantes y metódicos saqueos de comerciantes clandestinos, de destrucciones ocasionadas por las obras públicas y excavaciones por arqueólogos que frecuentemente han perseguido la acumulación de ricos ajuares funerarios para aumentar los fondos de los museos, sin haber publicado correctamente las memorias de sus trabajos de campo.

En el Mediterráneo central y en occidente las investigaciones sobre la colonización fenicia han dado en el último medio siglo un paso ingente, utilizándose una metodología mas depurada de excavación, de tal modo que se ha llegado a conocer el mundo funerario fenicio con más nitidez y profundidad que en Oriente.

1. EL RITO FUNERARIO DE LA INCINERACIÓN EN EL MEDITERRÁNEO

El rito funerario de la incineración del cadáver se atribuye en Europa occidental a los indoeuropeos, constatado en los campos de urnas del bronce reciente y del hierro inicial de Europa central y occidental y en los Balcanes, generalizándose a partir de 1200 a.C., a pesar de que esporádicamente ya existían muestras en el calcolítico del III milenio a.C. y en el bronce antiguo y medio de Hungría en el II milenio a.C.

La introducción del ritual funerario de la incineración en Fenicia se ha atribuido a razones sociales, culturales, religiosas, étnicas, de sexo o edad, sin que estas razones hayan sido plenamente satisfactorias en el Mediterráneo colonial, donde deberían reducirse simplemente a la moda reinante sucesivamente, la incineración en la primera fase de los siglos VIII y VII y la inhumación en la segunda fase, del s. VI a la romanización.

En el Próximo Oriente el rito funerario común de la edad del bronce (3100-1200 a.C.) es la inhumación, apareciendo las primeras necrópolis de incineración, como un fenómeno de importación, al final del bronce reciente II A, hacia el s. XIV-XIII en Anatolia septentrional (Troya VI) y central (Yasilikaia).

Troya VI (1800-1300 a.C.) es de claras raíces indoeuropeas (C.W. Blegen, 1963), con una necrópolis de 200 incineraciones de adultos en urnas y varias inhumaciones infantiles, fechadas al final de la fase. En Troya VII A,

la de Príamo (1300/1275-1240/1220), las influencias danubianas se constatan por la presencia de cerámicas de tipo balcánico. En Troya VII B-1 (1220-1190) prosigue la misma población con la arcaizante cerámica mynia. En Troya VII B-2 (1190-1000) tiene lugar un cambio abrupto de una cultura relacionada con el bronce reciente húngaro, según las especies de cerámica «Buckelkeramik» o «knobed ware»; indicativa de una inmigración indoeuropea incineradora a través de Tracia, sincrónica a la penetración de los pueblos del mar, quizás destructores de la ciudad.

En Anatolia central se excavó una necrópolis hitita de incineración, fechada en el s. XIV-XIII, en el santuario de Yasilikaia, contiguo a la gran metrópoli de Hatusas (Bogas Koei) donde se enterraba la clase noble, mientras que las clases inferiores practicaban el ancestral rito de la inhumación. Las incineraciones de Yasilikaia se han relacionado con las de Troya VI (J. G. Manqueen, 1975).

En Siria se ha fechado en el s. XV las necrópolis de Alalakh (Tell Atchana) (L. Wooley, 1955), en los siglos XIII-X la necrópolis de Rasm et-Tejara en el Orontes, con incineraciones en urna, y en los s. XII-VII las necrópolis de Karkemish (alto Eufrates) (R. Saidah, 1966), Hama (Orontes) (P. J. Riis, 1948) y Tell Sukas (P. Riis, 1979).

Desde el s. IX la incineración, alternando con el viejo rito de la inhumación, es ya frecuente en las necrópolis fenicias de Khaldé (Beirut), con 170 tumbas de inhumación e incineraciones en «ustrinum» (R. Saidah, 1966; M. W. Prausnitz, 1982); Tambourit (Sidón) con enterramiento colectivo de incineración en cueva (R. Saidah, 1983); Akhziv, entre Tiro y Acco, con inhumaciones e incineraciones en urnas introducidas en hoyos (M. W. Prausnitz, 1959, 1962, 1965, 1969, 1982) y Ras el Bassin con 50 tumbas de incineración (E. Lipinski, 1981). Desde el s. VIII se incinera en Tell Rachidiyeh (Tiro) con urnas cinerarias alternando con inhumaciones (Th. Macridy Bey, 1904); Atlit, con 17 enterramientos de incineración en fosa con «bustum» y de inhumación (C. N. Johns, 1933, 1938); Tell Arqa con incineraciones en «ustrinum» e inhumaciones (J. P. Thalmann, 1978, 1978-79); Bur as Simali, Qraye (Sidón), Qasmieh (Tiro), Joya (Tiro), Khirbet Silm, etc. La necrópolis de Tiro Al-Bass, recientemente excavada (M.^a E. Aubet, 2000), dispone de urnas de incineración en tumbas de fosa de menos de un metro de profundidad, señaladas por estelas, con ajuares de jarros, platos generalmente fragmentados, escarabeos y orfebrería, que dan fechas entre el s. X y el VII a.C. Al sur de Fenicia, en la zona de Gaza, se inicia la incineración en el s. XI en Azor (Jaffa), donde se excavaron 30 tumbas de incineración, e inhumación (M. Dotham, 1961, 1962; W. Culican, 1972) y desde el s. IX en Tell Farrah (Beth Pelet), con incineraciones en urna e inhumaciones (F. Petrie, 1930), Tell Ajjul con 32 urnas cinerarias en hoyo (F. Petrie, 1932) y Tell er-Ruqesh (W. Culican, 1972).

Es plausible admitir que la difusión del rito incinerador penetró en el Próximo Oriente por varias vías desde diferentes círculos culturales. La primera corriente incineradora, probablemente relacionada con los círculos culturales danubianos de los campos de urnas, penetraría hacia el S. y SE. por el Helesponto, extendiéndose esporádicamente en los siglos XV-XIII por Anatolia hasta el Eufrates y siguiendo la ruta del S. hasta el Orontes.

La segunda corriente, quizás egea y cretense, denominada de los pueblos del mar, se extendería por todo el frente costero siro-palestino desde el s. XII, concentrándose el pueblo filisteo en la región de Gaza e implantando la incineración en el s. XI, aunque en el siglo anterior practicasen la inhumación en sarcófagos antropoides de cerámica, de clara influencia egipcia.

La tercera corriente, la más efectiva, proviene del foco egeo ático y eubeo, quizás a través de los puertos francos del N. de Fenicia y Siria, Tell Sukas y Al-Mina, vigentes en época submicénica, geométrica y orientalizante y practicantes del doble rito de la incineración e inhumación.

En el Ática la incineración se atribuye a la influencia septentrional balcánica o a una reacción contra la inhumación micénica. En la necrópolis ateniense del Cerámico (A. M. Snodgrass, 1971), en el submicénico (1100-1050) el 3 % de los enterramientos son de incineración, en el protogeométrico (1050-900) la incineración alcanza el 81 %, en el geométrico inicial (900-850) la incineración es exclusiva, en el geométrico medio (850-760) el 90 % de los enterramientos son de incineración y en el geométrico final (760-700) el 25 %. En el orientalizante del s. VII gana terreno la incineración con el 70 %.

En la necrópolis del Ágora ateniense, predomina la inhumación en las fases iniciales del geométrico. En Argólida y Corinto la incineración es posterior, iniciada en el geométrico pleno, hacia el 825, y en las ciudades griegas de la costa de Asia Menor el viejo rito micénico de la inhumación prosigue exclusivamente.

La isla de Chipre mantendrá su carácter conservador y una cultura propia y peculiar con claras influencias anatolias, fenicias, siro-palestinas, egipcias y egeas. El rito funerario constante será la inhumación, con presencia esporádica de incineración en el bronce chipriota reciente III (1200-1050) en los tholoi de la necrópolis de Curium por influencia egea submicénica. La aversión chipriota a la incineración se mantendrá hasta el período cipro-geométrico III (850-750) y arcaico I (750-500), en que este rito se practicará raramente en la necrópolis real de Salamis.

Al Mediterráneo central y occidental llevarán los fenicios el rito de la incineración desde mediados del s. VIII en sus colonias norteafricanas de Utica y Cartago y desde fines del s. VIII y s. VII en Sicilia (Motia), Cerdeña (Cagliari, Nora, Tharros, Sulcis, Bitia, Monte Sirai), Ibiza (Can Partit) y sur de la Península Ibérica.

El rito de la incineración predomina en las necrópolis fenicias arcaicas de Occidente, excepto en las islas de Malta y Gozo, donde se practica la inhumación, y de Cartago donde la incineración es minoritaria, desapareciendo a finales del s. VII y en el s. VI.

La cremación del cadáver se efectúa en «ustrina», quemaderos comunes próximos a los enterramientos, siendo raro el «bustum» o la cremación en la misma fosa.

En *Cartago* se conocen mejor las necrópolis que el hábitat, habiendo sido excavadas desde la segunda mitad del s. XIX unos tres millares de tumbas, de las cuales son arcaicas cerca de dos centenares, el 6 %, (A. Delattre, 1890, 1907, 1921; P. Gauckler, 1915; A. Merlin, 1918; P. Cintas, 1970, 1976; H. Benichou-Safar, 1976, 1982 y S. Lancel, 1994, entre otros). Las necrópolis arcaicas de Cartago rodean la ciudad primitiva de la colina de Byrsa (fig. 41), por el N. la de Juno, por el NE. las de Douïmes y Dermech y por el SW. la de Byrsa. La necrópolis más arcaica, muy similar a la de Laurita, parece ser la de la ladera E. de *Juno*, con tumbas de pozo con incineraciones en urna, dos de las cuales, las de las tumbas 8 (lám. XIV: D) y 18 son de alabastro, con ajuares funerarios de cerámica de barniz rojo y kotylai protocorintias, análogas a los de la necrópolis sexitana. La necrópolis de Juno, no excavada en su totalidad, donde convive la incineración y la inhumación, con cerca de un centenar de tumbas, permanece deficientemente estudiada, habiendo sido fechada desde mediados del s. VIII por una copa eubea (A.M.^a Bisi, 1983) hasta el s. VII avanzado, aunque posiblemente algunas tumbas sin cerámica griega pudieron ser ligeramente anteriores.

P. Cintas (1976: 284-302) en 1947 excavó 19 tumbas en la necrópolis de Juno, de las cuáles el 33 % eran de incineración en urna, el 19 % de incineración en cesto o en un textil, el 38 %, aunque no indica el rito, debían ser de incineración no captada, y el 9 % de inhumación. Estos datos entregan un resultado de 95 % de incineración y 5 % de inhumación...

A unos 800 m al NE.-E. de la colina de Byrsa se extiende la necrópolis de *Demerch* con 325 tumbas excavadas, entre las que predomina la inhumación en fosa, fechada desde fines del s. VIII hasta final del s. VII las emplazadas en la ladera baja y coetáneas a las tumbas de Laurita. Entre la necrópolis de Juno y la *Demerch* se extiende la de *Douïmes*, a unos 700 m al NE. de la colina de Byrsa, habiendo sido fechadas sus 1100 tumbas de fosa y de inhumación en el s. VI a.C. (A. Delattre, 1907).

En la ladera SE. de la colina de Byrsa, primitivo emplazamiento de Cartago, arrasado por Augusto a principios de la era por razones urbanísticas, se sitúa la *necrópolis de Byrsa* con unas 100 tumbas excavadas y fechadas la mayoría en la primera mitad del s. VII, de las que solamente el 11 % son de incineración. Tanto en Juno como en Byrsa las tumbas de incineración aparecen agrupadas en sectores concretos, como si se tratase de grupos familiares compactos.

A poco más de un km. de Byrsa fue localizado el *tofet* de Cartago, cuyo relleno entregó tres niveles de enterramientos infantiles en urnas de incineración, de los cuáles el nivel inferior o Tanit I fue fechado entre el 725 y el 600 a.C., pero debajo del cual y en contacto con el suelo natural fue localizada una estructura funeraria, la «Capilla de Cintas», con cerámicas fechadas por copas griegas tipo Aetos 666 y por un ánfora geométrica tardía de Tera o Delos (P. Demargne, 1951) a mediados del s. VIII a.C. (P. Cintas, 1970-1976) y con una urna cineraria de alabastro (fig. 59 B).

Ya en Argelia, la necrópolis de *Rachgoun*, situada en una pequeña isla de la bahía Wad Tafna, al W. de Orán, excavada por G. Vuilleumot (1955), se compone de 33 tumbas de hoyo con urnas cinerarias tipo «Cruz del Negro», íntimamente relacionadas con los establecimientos fenicio-orientalizantes andaluces, además de 68 tumbas de incineración sin urna, y 9 inhumaciones infantiles, todo ello con ajuares similares a los de Laurita, como oinochoai piriformes, jarros de boca de seta y platos de barniz rojo, huevos de avestruz, etc. fechados en los s. VII y VI a.C.

Al NW. de *Sicilia*, la necrópolis arcaica mejor estudiada es la de *Motia*, en la pequeña isla de San Pantaleo, de unas 45 has., perteneciente a una próspera colonia fenicia fundada en la segunda mitad del s. VIII, en la que se ha excavado parte del establecimiento, el puerto, zona residencial, zona industrial, y muy especialmente la necrópolis y el *tofet*. Las excavaciones se iniciaron a principios del s. XX por J.I.S. Whitaker (1921), continuadas por B. Is-serling y otros (1958, 1962-63, 1970, 1974), A. Ciasca y otros (1964-1969, 1970), V. Tusa (1964-1978, 1982, 1991) y otros.

Aparte de las tumbas excavadas por Whitaker en Motia, bastante numerosas, de las que se conservan abundantes ajuares, los trabajos posteriores han sacado a la luz 163 tumbas más de incineración, con diferentes tipologías de fosas, pequeñas cistas de cuatro losas, cistas monolíticas, con urnas cinerarias, fechadas entre fines del s. VIII y mediados del s. VII y con ajuares funerarios muy similares a los de la necrópolis Laurita de Almuñécar, como kotylai

lai protocorintias, oinochoai piriformes, jarros de boca de seta y platos de barniz rojo. Una gran parte de las tumbas de Motia pertenecen a una segunda etapa, entre mediados del s. VII a fines del s. VI a.C.

Cerdeña es la isla del Mediterráneo occidental con mayor cantidad de establecimientos fenicios conocidos y estudiados (S. Moscati, 1966, 1967, 1969; F. Barreca, 1974, 1982, 1986). Los contactos egeos con la isla, al menos en el s. XII a.C., están constatados por cerámicas micénicas y por bronce figurados, pero la colonización fenicia debió iniciarse a mediados del s. VIII a.C., si se descarta la alta y dudosa cronología de la estela de Nora (F. Barreca, 1986). El primer rito funerario fenicio constatado desde fines del s. VIII es de incineración, que perdura algo más de un siglo, sucedido por la inhumación a mediados del s. VI (P. Bartoloni, 1981).

Las incineraciones se depositan en urna cineraria colocada en cista de lajas, como sucede en las necrópolis de Bitia, Nora, Tharros u Othoca, o simplemente en el suelo de una fosa o cista, como en el caso de Pani Loriga.

La extensa necrópolis de *Sulcis*, situada en el SW. de la isla, frente a Sant'Antioco y emplazada en el Monte Cresia, parece la más arcaica desde fines del s. VIII o principios del s. VII a.C. En *Nora*, situada en el SE. de la isla, los enterramientos son en urna cineraria colocada en cista, desde mediados del s. VII a.C. En *Bitia*, al S. de la isla, se excavaron 150 tumbas de incineración en urnas dentro de hoyos o cistas, y 4 tumbas de inhumación, apareciendo a mediados del s. V a.C., las grandes cistas o sarcófagos de lajas para inhumaciones. La gran necrópolis de *Tharros*, al W. de la isla, iniciada con incineraciones en urnas colocadas en cistas, fue saqueada en el s. XIX. En la extensa necrópolis de Monte Sirai, en el SW. de la isla y alejada de la costa, las incineraciones se fechan en el s. VII y VI a.C. Entre Bitia y Sulcis, al S. de la isla, se excavó la necrópolis de *Pani Loriga* con 150 tumbas de incineraciones depositadas directamente en el fondo de las fosas sin urnas y una sola tumba de inhumación, fechadas entre el 575 y el 500 a.C. A partir de la segunda mitad del s. VI a.C., la tipología de las tumbas fenicias sardas cambia en función de la introducción del nuevo rito de la inhumación, apareciendo las grandes fosas con sarcófagos de lajas o monolíticos y las amplias cámaras hipogeas con acceso de pozo, rampa o escalera, de fuerte influencia cartaginesa.

En *Ibiza* las recientes excavaciones han confirmado la veracidad dada por las fuentes clásicas sobre la fundación de Ebusus en el 654 a.C., según la revisión de la gran necrópolis de Puig des Molins (C. Gómez Bellard, 1984, 1991; C. Gómez Bellard y otros, 1990), la necrópolis de incineración de Can Partit (B. Costa, 1991; B. Costa y otros, 1991) y el descubrimiento y excavación del establecimiento fenicio arcaico de Sa Caleta (J. Ramón, 1991).

Desde el s. XIX las excavaciones de la necrópolis de *Puig des Molins* han entregado más de 4000 tumbas, de las que unas pocas, las más arcaicas, fechables desde mediados del s. VII a mediados del s. VI, son de incineración, sustituidas hacia el 550 a.C. por las inhumaciones en sarcófago dentro de una cámara.

Can Partit se descubrió en 1986, habiendo sido destruidas o excavadas 67 tumbas, de las cuales 32 son de incineración, depositados los restos en hoyos o fosas dentro de urnas o sin ellas, habiendo sido fechadas entre el 625 y el 500 a.C. Al rito de inhumación pertenecen 25 tumbas en fosa, fechadas entre el 500 y el 200 a.C. Las 10 tumbas restantes estaban destruidas.

2. LA INCINERACIÓN EN LAS NECRÓPOLIS FENICIAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

En la Península Ibérica las intensas investigaciones recientemente efectuadas están demostrando la temprana incineración de los campos de urnas en el círculo del bronce reciente del NE., en Cataluña y Aragón (G. Ruiz Zapatero, 1985; J.L. Maya y J. Barberá, 1990, 1993), remontada por el C14 hacia el 1200 a.C. La supuesta hipótesis de la distribución de los campos de urnas por Levante hasta Crevillente y Almería habría que tomarla con reservas. Sorprendentemente se ignora, por falta de pruebas fidedignas, cuál fue el rito funerario indígena del bronce final en todo el sur peninsular, desde el 1200 hasta el impacto de la colonización fenicia, hacia el 750 a.C. La ausencia o la problemática presencia de enterramientos ha creado una incomprensible confusión. Evidentemente en ese lapso temporal precolonial, de casi medio milenio, las sociedades del bronce final del S. peninsular, cuyos «hábitats» han sido excavados, enterraron sus muertos, pero se desconocen las circunstancias del dónde y cómo, lo cual no deja de ser científicamente decepcionante. Este grave vacío ha sido explicado y rellenado mediante algunas hipótesis.

Las cistas de Huelva, estudiadas por M. del Amo (1975), corresponden a un bronce medio avanzado, pero nunca al bronce final, y los túmulos con cistas de incineración del S. de Portugal (M. Varela, 1992), según sus ajuares funerarios, están influenciados por el impacto colonizador fenicios desde el s. VII a.C., sin que existan evidencias de incineraciones en monumentos auténticamente precoloniales. Algunos megalitos del altiplano granadino fueron reutilizados con inhumaciones de cronología indeterminada dentro del bronce reciente (G. y V. Leisner, 1943). El túmulo-tholos portugués de Roça do Casal do Meio (K. Spindler y otros, 1973-4) contenía dos inhumaciones.

ciones acompañadas de un ajuar típico del bronce final, destacando una fibula siciliana de tipo «ad occhio» y un peine de marfil, fechables en los siglos IX-VIII a.C.

En los Alcores sevillanos, algunos túmulos de inhumación (Acebuchal L) o de incineración (Acebuchal I, El Judío, Santa Marina), excavados por G. Bonsor (1899), con ajuares atípicos, no orientalizantes, o sin ajuares, podrían suponerse precoloniales con reservas (M. Sánchez Andreu, 1994; F. Amores, 1982).

La presencia de enterramientos de incineración, juzgados del bronce final precolonial y de influencia de los campos de urnas del NE. fechados en momentos anteriores al s. VIII, como las cistas u hoyos de incineración en urna del río Guadalentín en Murcia (M. M. Ros, 1989), de Almería y Murcia (H. y L. Siret, 1890), la necrópolis de Peña Negra de Crevillente con urnas de incineración (A. González Prats, 1990), la necrópolis del Cerro de Alcalá (Torres, Jaén) (J. Carrasco y otros, 1980) y algunos otros enterramientos esporádicos, bajo mi punto de vista, no tienen su origen en los campos de urnas del NE., sino que, según las formas de sus urnas y escaso ajuar, deben ser coetáneos a los primeros contactos colonizadores fenicios en la segunda mitad del s. IX y del s. VIII, de los que reciben el rito de la incineración.

J. L. Escacena (2000) atribuyó la ausencia de enterramientos del bronce final precolonial andaluz al fenómeno de que los restos humanos incinerados eran arrojados a las corrientes fluviales sin dejar huella, pero esta hipótesis no explica el origen de la incineración.

Durante mucho tiempo el casi centenar de estelas garbadas del SW. peninsular (M. Almagro Basch, 1966) con representaciones de elementos armamentísticos de tipología atlántica y continental del bronce final, como escudos, espadas, cascos y lanzas, y otros elementos de características del Mediterráneo central, como carros, fibulas, espejos, peines y navajas de afeitar, han sido consideradas funerarias y del s. IX-VIII, pero su distribución esporádica y la ausencia de enterramientos en los puntos de sus hallazgos han inducido a M.^a L. Ruiz Gálvez y a E. Galán (1991) a una revisión, considerándolas como hitos divisorios, señales de caminos e, incluso, como monumentos votivos, sin ninguna atribución funeraria.

Ante este cúmulo de opiniones, en el bronce final meridional de los siglos XII al VIII a.C., prosiguió probablemente el rito de la inhumación individual en simples hoyos sin superestructuras aparentes y, quizás, sin ajuares funerarios, difíciles de detectar por su dispersión, siendo sustituido el ancestral rito inhumador por la incineración de influencia fenicia.

En el S. de la Península Ibérica la incineración fue el primer rito funerario practicados en las colonias fenicias, habiéndose localizado y excavado una decena de necrópolis arcaicas con reducido número de tumbas de incineración con urna y con una cronología entre fines del s. VIII a los inicios del s. VI a.C.: Villaricos (Baria) con una veintena de tumbas, El Campillo (Abdera-Adra) con un enterramiento (?), Laurita (Sex-Almuñécar) con una veintena, Lagos (Chorreras?) con dos, Trayamar (Morro de Mezquitilla) con cinco tumbas de cámara y varias de pozo(?), Cerro del Mar (Mainake-Toscanos) con más de una treinta pozos u hoyos, Peñón (Toscanos) con varios pozos, Cortijo de Montáñez (Cerro del Villar) con varias tumbas indeterminadas, Cádiz (Gádir) con una veintena de fosas y Tavira, con dos cámaras.

El rito fenicio de la incineración, adoptado y conservado en el orientalizante e ibérico del interior peninsular, será sustituido por el de la inhumación hacia el s. VI a.C. en las necrópolis púnicas de la costa (Villaricos, Veli-lla, Puente de Noy, Jardín, Cádiz, Isla Palomas de Tarifa).

Con el nuevo rito de las necrópolis fenicias los cadáveres se incineran en «ustrinum» o quemadero común y raramente en la misma tumba de fosa («bustum»), como sucede en Cádiz (fig. 52) y en ciertas necrópolis orientalizantes. Incinerado el cadáver, las cenizas y fragmentos óseos quemados son recogidos, cuidadosamente lavados e introducidos en urnas cinerarias de cerámica (Lagos 1-B, Trayamar 1 y 3, Cortijo de Montáñez (?), Las Cumbres 1, Tavira) o de alabastro (Laurita, Adra, Lagos 1 A, Trayamar 1 y 2, Cerro del Mar, Cortijo de Montáñez o Cádiz) o depositadas las cenizas en un cesto o tejido (Laurita 19 B, Trayamar 4, Las Cumbres 1, Cádiz, Jardín). El enterramiento individual predomina en Laurita, donde raramente es doble en las tumbas 1, 3, 15 y 19. Es doble también en Trayamar 1, 2, 3 y 5, y múltiple en Trayamar 4 y Las Cumbres 1. En ocasiones se dan los dos ritos sucesivos en la misma tumba (Trayamar 4).

La necrópolis Laurita se caracteriza por su uniformidad en cuanto al rito, siempre de incineración en urnas de alabastro, en cuanto al tipo de tumba de pozo con nicho o sin él (fig. 13) y en cuanto a sus ajuares funerarios cerámicos fenicios de barniz rojo, como oinochoai piriformes (tumbas 12, 13, 19 y 20), jarros de boca de seta (12, 13, 19, 20), platos (2, 12, 13, 19, 20) y lucernas (tumbas 2 y 15) y en cuanto a otros elementos de adornos personales (tumbas 1, 2, 3, 14, 16 y 20), escarabeos (tumbas 1, 3, 14, 16 y 20), huevos de avestruz pintados (tumbas 10?, 19 A), siendo excepcionales los kotylai protocorintios de la tumba 19 B.

3. TIPOLOGÍA DE LAS TUMBAS FENICIAS DEL MEDITERRÁNEO

La tumba fenicia arcaica es simple con tendencia a la funcionalidad y al individualismo, siendo rara la colectiva. A grandes rasgos, puede dividirse la tumba en *dos tipos*: la simple excavación, más o menos amplia y profunda, originaria de los tipos en *hoyo, fosa y pozo*, según su forma y tamaño, con algunas variantes en detalles internos, y el hipogeo o cámara.

Para el rito de la incineración individual se usa el hoyo, la fosa y el pozo, y para el rito de la inhumación o para ambos ritos se emplea la fosa (fig. 6 y 43) y la cámara (fig. 42 y 44), donde es frecuente desde el s. VI el enterramiento doble o múltiple. A partir del s. VI-V a.C. la fosa puede contener el *sarcófago* de varias losas laterales y de cubierta o el sarcófago monolítico, en ocasiones antropoide de mármol (Cádiz).

El hoyo simple de incineración puede combinarse con la cista de cuatro lasas o con la cista monolítica para depositar la urna cineraria o directamente los restos quemados (Motia).

El pozo y la cámara pueden combinarse entre sí, sirviendo el primero de acceso vertical (fig. 42 y 50). Otros accesos a la cámara se efectúan mediante un dromos horizontal, en rampa (fig. 44 A y B) o en escalera tallada en la roca. En ocasiones según la topografía del terreno, se accede a la cámara directa y lateralmente (fig. 54 A y B).

En los intentos de clasificación de la tipología de las tumbas fenicias se ha llegado a una excesiva e innecesaria complejidad, combinando y mezclando elementos heterogéneos (A. Tejera, 1979). En las descripciones tipológicas existe cierta confusión entre el hoyo y la fosa, y entre ésta y el pozo, debida a las relativas dimensiones de la planta y a la profundidad de la tumba. Entre los tipos de los enterramientos fenicios los más frecuentes son el hoyo y la fosa, seguidos por la cámara, siendo el pozo simple raramente utilizado. En las grandes necrópolis con amplia cronología, como Villaricos, Puente de Noy, Puig des Molins, Jardín, el complejo cartaginés (Byrsa, Juno, Dermech, Douïmes), Motia y necrópolis sardas, la variedad tipológica es normal, incluso entre sus tumbas coetáneas, atribuida a razones de etnia o «status».

En oriente el pozo simple es frecuente en el área de Tiro-Sidón (C. N. Johns, 193, 1938), Monte Carmelo, Achziv, Azor, pero la mayor parte de las tumbas llamadas de pozo disponen de cámaras para el enterramiento propiamente dicho, siendo el pozo exclusivamente el elemento de acceso a ella, como sucede también en el Mediterráneo central y occidental (fig. 42).

En *Cartago* la tumba de pozo parece ser la primera en aparecer, ya en la segunda mitad del s. VIII en la necrópolis de Juno, oscilando su profundidad entre 1,40 m y 3 m, algo menos que en Laurita, y continuando el tipo de pozo, pero con cámara, hasta en s. III-II a.C., momento en que el pozo de acceso llega a alcanzar una profundidad de más de 20 m en una tumba de la necrópolis tunecina de Gebel Mleza. De todo el Mediterráneo fenicio, la necrópolis de Juno es la que presenta mayores analogías con Laurita en lo que respecta a la tipología de tumbas de pozo, a los ajuares, e, incluso, a la cronología.

En *Sicilia*, la necrópolis arcaica mejor conocida es la de Motia, con varios centenares de tumbas de fines del s. VIII al s. VI. En ella el rito y los ajuares funerarios son similares a los de Laurita, pero la tipología de las tumbas es bien diferente, con urnas cinerarias cerámicas, cistas de cuatro losas o monolíticas incrustadas en hoyos, sin que existan los típicos pozos profundos de Laurita.

En *Malta* no existe el rito arcaico de la incineración, ni las tumbas de pozo, sino el rito de la inhumación en cámara, aunque con ajuares funerarios análogos a los de Laurita (A. Ciasca, 1982).

En *Cerdeña*, los tipos arcaicos de las tumbas de incineración son de fosa en el s. VII, y en menor proporción los tipos de hoyo y cista, apareciendo algún ejemplo de pozo simple sin cámara en la necrópolis de Cagliari-Tuvixedu y Senorbi-Monteluna. En el s. VI la cámara de inhumación, de influencia cartaginesa púnica, suele sustituir a los tipos anteriores (F. Barreca, 1986).

4. TIPOLOGÍA DE LAS TUMBAS FENICIAS EN IBERIA

Laurita es la única necrópolis fenicia arcaica del Mediterráneo en la que todas las tumbas son de pozo con incineraciones en urnas de alabastro (fig. 13), sustituidas hacia el 600 a.C. por la gran tumba E-1, de inhumación individual en cámara de pozo de la próxima necrópolis de Puente de Noy (F. Molina, 1982).

En los pozos de las veinte tumbas de Laurita hemos distinguido cinco subtipos, según hemos indicado, atendiendo al número de nichos o a su ausencia, pero en todas las tumbas existe un elemento común, el pozo profundo con un promedio de 3,50 m. Los nichos de la mitad de las tumbas de Laurita derivan de las cámaras atrofiadas de las tumbas orientales, cumpliendo la misma función, por estar excavados en el duro esquisto con el mínimo es-

fuerzo. Las plantas de los pozos son irregulares con diámetros entre 1,50 m y 2,50 m, oscilando la profundidad de los mismos entre 2 y 5 m

Las necrópolis fenicias arcaicas de Lagos, Trayamar, Cerro del Mar, Faldas del Peñón y Tavira se han relacionado con Laurita, al ser consideradas sus tumbas como de pozo erróneamente.

En la necrópolis de *Lagos* (M.^a E. Aubet y otros, 1991), situada a unos 1.800 m al E. del establecimiento fenicio de Chorreras, en la ladera SE. del Cerro de la Molineta, en la cañada de Miguel García, se descubrieron dos tumbas, que conservaban solamente los nichos donde se depositaron las urnas cinerarias. El nicho de la tumba 1-A (fig. 54 A y B) es de forma oval con una profundidad de 0,60 m y un diámetro de planta de 0,30 m. Por la topografía del terreno sumamente inclinado, parece tratarse de una pequeña cámara o nicho, abierto en la ladera, y sin pozo, donde se depositó la urna cineraria de alabastro con el ajuar funerario. La tumba 1 B, destruida, entregó restos humanos incinerados, posiblemente en ánfora cerámica. Las dos tumbas han sido fechadas al final del s. VIII a.C.

En la necrópolis de *Trayamar*, correspondiente al próximo poblado fenicio del Morro de Mezquitilla, habían aparecido, según los obreros, en la zona de las tumbas de cámara 2 y 3 (fig. 44 A) varios pozos, posibles tumbas de fosa u hoyo, análogas a las del Cerro del Mar (H. Schubart, 1976).

En el *Cerro del Mar*, situado frente y separado de Los Toscanos por el río Vélez, H.G. Niemeyer (1979) excavó un sector de 350 m cuadrados bajo los niveles romanos, hallando 28 pozos (?) correspondientes a enterramientos seguros y 14 probables, en uno de los cuales (fig. 43) se localizó la parte inferior de una urna de alabastro con fragmentos de cerámica de barniz rojo y un fragmento de kotyle protocorintia. Esta necrópolis destruida parece que debió identificarse con la de «La Casa de la Viña», de donde proceden un jarro de boca de seta (fig. 79) (A. Fernández Avilés, 1958), una oinochoe piriforme (fig. 8 C) (F. Fernández Gómez, 1971; M. Almagro Gorbea, 1972) y cuatro urnas de alabastro (fig. 57 E-H) indudablemente funerarias (M.^a C. Pérez Díe, 1976), aparte de varios fragmentos de grandes vasos de alabastro hallados en prospecciones (L. Baena, 1978).

En las faldas del *Peñón*, junto y al W. de Toscanos, parece que se emplazó otra necrópolis, destruida, donde fue excavada una tumba de pozo con fragmentos de alabastro, de platos, de lucernas de barniz rojo, proviniendo probablemente de esta necrópolis el famoso timiaterio fenicio de bronce (H.G. Niemeyer, 1970, 1987; H.G. Niemeyer y H. Schubart, 1965).

En *Tavira* (Portugal), recientemente se ha localizado una necrópolis fenicia de incineración en urna, que, según sus materiales y el tipo de tumbas de cámara, se fecharía hacia el 600 a.C.

La tipología de las tumbas de la necrópolis del *Cortijo de Montáñez*, excavada en el s. XIX, nos es desconocida, y los cuatro vasos de alabastro recientemente localizados en *Cádiz* (G. Frutos y V. Muñoz, 2004) quizás correspondan a urnas cinerarias arcaicas del s. VIII a.C.

VII. LOS GRANDES VASOS DE ALABASTRO

1. DISTRIBUCIÓN

Los grandes vasos de alabastro egipcios solamente se reutilizaron masivamente como urnas cinerarias en las necrópolis fenicias del Sur de España y esporádicamente en la necrópolis de Juno y en el tofet de Cartago.

La necrópolis de Laurita presenta rasgos sumamente peculiares en el contexto funerario fenicio por su homogeneidad en cuanto que todas sus urnas cinerarias son de alabastro, de las cuales cinco (fig. 71 A, 73, 74 A) exhiben cartelas e inscripciones jeroglíficas de faraones de la XXII dinastía libia egipcia, datadas desde mediados del s. IX al primer cuarto del s. VIII, y otra, anómala, posee una cartela e inscripción de Apofis I (fig. 17 D; lám. XVII: A), de época hicsa, hacia el 1600 a.C.

Las veintidós urnas halladas en Laurita (fig. 56) corresponden a otros tantos enterramientos de un grupo de alto rango social y económico, sin que se haya documentado ni en Oriente ni en el Mediterráneo central otro ejemplo análogo al andaluz.

La materia prima de estos vasos es el alabastro oriental, excepto el vaso de Apofis I, de mármol gris. Según el análisis efectuado en un ejemplar de la necrópolis de Lagos (M.^a E. Aubet y otros, 1991), este alabastro se ha definido como calcita estalagmítica, carbonato de calcio (CaCO₃) o mármol ónice, proveniente del Sinaí o del desierto oriental del Nilo (A. Lucas, 1962), posiblemente fabricados en Tebas durante el imperio nuevo egipcio o en Heracleópolis Magna durante los siglos IX y VIII a.C. (J. Padró, 1991). Según Plinio, el alabastro, además de Egipto, procedía también de la región de Damasco en Siria.

De las veintidós urnas cinerarias de Laurita, correspondientes a veinte tumbas, diecisiete fueron halladas en nuestras excavaciones y cinco, posteriormente, por F. Molina, conservadas en colecciones privadas. Los vasos recuperados por F. Molina deben corresponder a las tumbas 4-10 (fig. 17 A-D), saqueadas antes de nuestra intervención.

En España, el primer vaso de alabastro con inscripción egipcia (fig. 57 A; lám. XIV: C) se descubrió en el s. XVIII, según M. Gómez Moreno (1958) en Barbate, pero, según C. Pemán (1941), en El Puerto de Santa María, dato recogido por A. García Bellido (1971), quien añade otro hallazgo reutilizado en una tumba romana de Cádiz (lám. XIV, E).

En la publicación de las excavaciones de Laurita se estudiaron diecisiete urnas, identificándose las cartelas de tres faraones de la dinastía XXII, Osorkon II (874-847), Takelot II (847-823) y Chechonq III (825-773), confundido con Chechonq II (847) y rectificado por J. Padró (1975). Posteriormente publiqué una síntesis sobre «Sexi fenicia y púnica», incluyendo los últimos hallazgos de las urnas cinerarias de Laurita y de otras actuaciones de F. Molina en el establecimiento sexitano y en otras dos necrópolis (M. Pellicer, 1985).

J. Leclant, a quién había enviado copias y fotos de las inscripciones de las urnas de Laurita, transcribió, tradujo y valoró los hallazgos de Almuñécar (1964, 1968, 1991). La inscripción fenicia de la urna de la tumba 3 A de Laurita fue transcrita por F. Díaz (1965), por M. Solá-Solé (1966) y por J. Ferrón (1970), quién la consideró cartagi-

nesa frente a la opinión de J. Leclant, W. Culican, G. Picard y otros que la consideraron fenicia. Un valioso estudio general sobre Almuñécar y la colonización fenicia del Mediterráneo occidental, incidiendo en la importancia, paralelos y significado de las urnas de alabastro de Laurita, se debe a W. Culican (1970), exponiendo agudas y ciertas interpretaciones de la presencia de estos vasos en Andalucía. Otras interesantes aportaciones sobre los vasos de alabastro egipcios de Laurita y de otras necrópolis fenicias andaluzas se deben a J. Heurgon (1965-1966), G. Clercq (1980), E. Lipinski (1984) y M.^a E. Aubet (1994).

Las precisiones y observaciones de I. Gamer-Wallert sobre materiales egipcios de la colonización fenicia en España jugaron un papel importante con la transcripción, traducción y comentarios de la inscripción de Takelet II de la urna de la tumba 1 A de Laurita (1973) y del vaso de alabastro del Puerto de Santa María o del Guadalete (1976), publicando, además, esta investigadora un estudio de conjunto sobre hallazgos egipcios y egiptizantes de la península Ibérica (1978).

La tesis doctoral de J. Padró supuso un notable avance en la investigación sobre los materiales de tipo egipcio del litoral mediterráneo de la Península Ibérica, incluyendo las urnas funerarias de Almuñécar, cuyo resumen apareció primeramente en 1976. Posteriormente otros trabajos han colocado a este investigador en un lugar preeminente de la egiptología hispana (1980, 1983 A, B y C, 1985, 1986).

Las urnas de Laurita en propiedad de particulares y rescatadas por el celo de F. Molina (fig. 17 A-E) fueron dadas a conocer por este investigador (1983 A y B, 1984, 1986, 1991) y con la colaboración de J. Padró (1983, 1983-1984) y de A. Bannour (2000), destacándose el estudio del problemático vaso con inscripción de Apofis I (F. Molina y J. Padró, 1983, A) (fig. 17 E; lám. XVII, A). Si en los años sesenta del s. xx solamente se conocía el amplio repertorio de urnas de alabastro de Almuñécar y el vaso del Guadalete, en los años setenta y siguientes continuaron los hallazgos en las necrópolis fenicias de las desembocaduras de los ríos Vélez, Algarrobo, Guadalhorce, y de Lagos, Adra y Cádiz, habiéndose localizado ya treinta y nueve urnas cinerarias de alabastro (fig. 55).

De las excavaciones en el río Algarrobo las tres urnas cinerarias de alabastro (fig. 57 B-D) aparecieron en las tumbas 2 y 3 de la necrópolis de *Trayamar* (H. Schubart y H. G. Niemeyer, 1976). En el río Vélez, H.G. Niemeyer (1979-1982) localizó y excavó en el *Cerro del Mar* restos de la necrópolis arcaica de Los Toscanos con fragmentos de urnas de alabastro (L. Baena, 1978), de donde proceden cuatro urnas completas de los viejos fondos del Museo Arqueológico Nacional (fig. 57 E-H) (M.C. Pérez Díe, 1976). Igualmente, de otra necrópolis arcaica de Los Toscanos, situada en las faldas del Peñón (H.G. Niemeyer, 1965, 1987) proceden fragmentos de urnas de alabastro hallados en superficie (L. Baena, 1978). Del *Cortijo de Montáñez*, necrópolis del Cerro del Villar, en la desembocadura del río Guadalhorce, procede un lote de materiales cerámicos fenicios con tres urnas de alabastro, pertenecientes a la colección Loring de Málaga, de las que solamente se ha conservado una (M. Rodríguez de Berlanga, 1903; M.C. Pérez Díe, 1983; M.^a E. Aubet, 1945) (fig. 57 I).

En la desembocadura del barranco de *Lagos*, a unos 1800 m del complejo fenicio Morro-Chorreras, aparecieron dos tumbas de nicho o pozo, en las que una de las urnas funerarias era de alabastro (fig. 57 J) (M.^a E. Aubet y otros, 1991). Recientemente en posesión particular fue localizada otra urna de alabastro en *Adra* (fig. 58 B) (E. García Alfonso, 1998), hallada, al parecer, no en el Cerro de Montecristo, donde se sitúa la antigua Abdera, sino al oriente del antiguo cauce del río Grande de Adra, en la colina del Campillo, donde debió emplazarse la necrópolis arcaica de la colonia fenicia (fig. 58 A), y en *Cádiz* se han localizado cuatro urnas más (G. Frutos y V. Muñoz, 2004).

Un vaso canopo de la dinastía XXVI egipcia, de la colección Canivell, comprado a un anticuario de Málaga (I. Gamer-Wallert, 1972) y otro, procedente quizás de la necrópolis de Montáñez (L. Baena, 1979), además de los fragmentos de alabastro hallados en las excavaciones de los establecimientos fenicios de *Toscanos*, *Morro de Mezquitilla*, *Cerro del Villar*, *Fuengirola*, *La Loma*, *la Fonteta*, y de otros vasos pequeños, completos, usados como ajuar funerarios de las tumbas tartesias del Acebuchal (Alcores), La Joya (Huelva) (fig. 64, 68 A-B), Las Cumbres Torre de Doña Blanca) (fig. 65), El Palmarón (Niebla), Osuna, etc., completan el repertorio de vasos de alabastro egipcios de Iberia.

Fuera de la Península Ibérica, en *Cartago*, las tumbas 8 (fig. 59 A; lám. XIV, D) y 18 de la necrópolis de Juno entregaron urnas cinerarias de alabastro (A. Merlin, 1918; A. Delattre, 1921; P. Cintas, 1970-1976), habiendo sido localizadas otras dos, una en el nivel inferior del tofet (Tanit I) (fig. 57 B) y otra, reutilizada, en una villa romana (A. Delattre, 1907; P. Cintas, 1970-1976).

En *Egipto*, sede de la industria y del comercio de alabastro, es frecuente la presencia de estos grandes vasos, contenedores de selectos vinos y aromáticos ungüentos, en las necrópolis reales y de nobles, desde el imperio antiguo (F.W. von Bissing, 1904; H. Bonnet, 1952; P. Montet, 1947, 1951, 1960), pero fue la necrópolis real de Tanis, de la XXII dinastía, la que entregó ejemplares análogos y coetáneos a los de Almuñécar.

En el *Próximo Oriente* se han hallado vasos de alabastro egipcios en los palacios de Sidón, Samaria (fig. 60) (G.A. Reisner y otros, 1924; J. W. Crowfoot y otros, 1975), Assur y Nimrud (fig. 61) (W. Andrae, 1983; C. Preusser, 1955; F.W. Bissing, 1940; W. Culican, 1970) y en Minet el Beida, junto a Ugarit. En el *Egeo* se localizó uno en Katsamba (Creta) (V. Grace, 1956).

De todos los hallazgos de vasos de alabastro egipcios, el más sorprendente es el de Orsk, en la cuenca media del río Ural, a 500 km al NE. del Mar Caspio (J. Leclant, 1991). La presencia del vaso de Orsk debe interpretarse como un producto del comercio escita con Urartu, Fenicia o Asiria. Es plausible creer que en el siglo VIII-VII los escitas traficasen con los urartios de Armenia, quienes, a su vez, comerciaban con Fenicia y Asiria, aportando metales de cobre y estaño y productos de metalistería, según se constata en los calderos de bronce con prótomos animalísticos, presentes en la región siro-palestina, Chipre, Egeo e, incluso, Etruria. La ruta seguida por el vaso de alabastro de Orsk discurriría desde el delta del Nilo a los palacios de Tiro y Sidón y desde Fenicia a la región de Urartu, desde donde, por el Cáucaso y bordeando el W. y el N. del mar Caspio alcanzaría la vía natural del río Ural, rica en metales (fig. 60).

2. TIPOLOGÍA DE LAS URNAS CINERARIAS DE ALABASTRO DE LAURITA

Las veintidós urnas cinerarias de Laurita (fig. 56) responden mayoritariamente a formas cerámicas cananeas y egipcias. En Canaán, donde la cerámica común se ha analizado y estudiado con mucha mayor intensidad y precisión que en Egipto, se encuentran claramente los prototipos de las formas de las urnas de Laurita (fig. 62 A, B), concretamente los tipos 3, 4, 5, 7 y 8, mientras que los tipos 1, 2 y 6 son de tradición egipcia.

Para nuestro estudio es lamentable que de los tres círculos de intercambio mercantil del Mediterráneo oriental, donde se inicia profusamente el transporte de alimentos sólidos (cereales) y líquidos (vino y aceite), solamente se conozca con cierta solvencia y garantía las cerámicas comunes del círculo siro-palestino y, entre ellas, las ánforas de transporte. En Egipto y en el Egeo, ante la monumentalidad de la arqueología minoico-micénica y egipcia, el estudio de la cerámica común y, por supuesto, de las ánforas de transporte ha sido totalmente marginado con la consiguiente deficiencia de la visión económica.

El *ánfora de transporte* y almacén fabricada en cerámica surge en el bronce medio egeo, en la primera mitad del II milenio a.C., en un contexto de la talasocracia minoico-micénica, acrecentándose en el bronce final micénico. En el *bronce egeo* son comunes las ánforas con asas, distribuidas tripartitamente en los hombros. En *Canaán* las ánforas de cerámica común no decorada presentan bases redondeadas y dos robustas asas semicirculares (fig. 62 A), mientras que en *Egipto* los vasos de transporte carecen de asas, ostentando bases planas. Canaán será el inventor de los prototipos generales de las ánforas de transporte fenicias, uno llamado «canaanite jar» (fig. 62 A), nuestro tipo 5 (fig. 56), iniciado en el bronce medio II B (1730-1550), con apogeo en el bronce reciente (1550-1200), y otro, de forma cónica, llamado vulgarmente de «torpedo» (fig. 62 B), nuestro tipo 8 (fig. 56), iniciado en el bronce reciente II A (s. XIV), con pervivencias en la edad del hierro (s. XII-VI). El origen cananeo de estos dos prototipos está avalado por la relación con la unidad métrica de capacidad cananea de 22,66 litros.

Estos dos prototipos de ánforas cerámicas y sus derivaciones evolucionadas se distribuyen comercialmente desde los inicios del hierro, hacia el 1.200 a.C., por las costas e «hinterland» de Siria, Fenicia, Palestina, Egipto y Chipre, llegando al Egeo (A. Zemer, 1977). A partir de mediados del s. VIII y quizás antes, su distribución alcanza con la colonización fenicia la cuenca central del mediterráneo, originando la «canaanite jar» el ánfora etrusca, y el extremo occidente con diversidad de variantes en Cádiz y Huelva desde el s. IX a.C.

Para el estudio de las formas de las urnas de alabastro de Laurita hemos distinguido ocho tipos con variantes (fig. 56), encuadrados cronológicamente desde el s. XVI a la segunda mitad del s. VIII, imitando formas de ánforas cerámicas orientales.

Tipo 1 (fig. 56; fig. 17 D; lám. XVIII, A): forma ovoide invertida, base plana, cuello estrangulado y amplio labio horizontal saliente. La forma es típicamente egipcia, realizada en alabastro o mármol, frecuente en el imperio medio de las dinastías XI-XII (2133-1786), segundo periodo intermedio de las dinastías XIII-XVI (1786-1650) e imperio nuevo, dinastías XVII-XX (1650-1085). Una forma análoga, pero de pequeño tamaño, de 4,5 cm de altura, con función de vaso de tocador, fue hallado en la tumba 75 de nuestras excavaciones de la necrópolis de Mirmad (Nubia Sudanesa), fechado a finales del imperio nuevo egipcio, hacia el s. XIII a.C. (F. Presedo, R. Blanco y M. Pellicer, 1970; fig. 117, 3). El vaso de Laurita del tipo 1, totalmente diferente al resto del repertorio y hallado sin contexto, ha podido fecharse por la inscripción jeroglífica egipcia del labio y por la cartela del faraón hicso Apofis I hacia el 1600 a.C.

Tipo 2 (fig. 56, 63 A; lám. V, D): vaso crateroide hallado sin contexto, de cuerpo ovoide invertido, amplio cuello troncocónico invertido, grandes asas verticales en L, con acanaladuras, borde recto saliente, base ausente probablemente plana. Sus paralelos de alabastro egipcio son de época amarniana de la primera mitad del s. XIV.

Tipo 3 (fig. 56): es la forma más corriente de Laurita, ovoide normal, cuello troncocónico invertido, pequeño borde saliente y asas semicirculares verticales bajo los hombros. Aparecieron seis ejemplares, el tipo 3 A en la tumba 2 (fig. 69 E; lám. V, A), el 3 B en la 20 (fig. 71 A; lám. X, A y XVI, B), el 3 C en la 1 A (fig. 71 C; lám. IV, B), el 3 D en la 15 A (fig. 74 A; lám. VI, C), el 3 E en la 14 (fig. 69 F; lám. VI, B) y el 3 F sin contexto (fig. 58 A). Generalmente la base es redondeada (tipos 3: A, B, C y E) o de tendencia cónica (tipos 3: D y F). Tres de estas urnas presentan inscripciones jeroglíficas y cartelas de faraones de la XXII dinastía, de Osorkon II (tipo 3 B) (fig. 71 A; lám. XVI, B), de Takelot II (tipo 3 C) (fig. 71 C; lám. IV, B) y de un Osorkon sacerdote (tipo 3 D) (fig. 74 A; lám. VI, C).

El tipo 3 es una derivación del ánfora cananea de cerámica (tipo 5), apareciendo sus paralelos andaluces de alabastro en las necrópolis fenicias del Cerro del Mar (fig. 57 F) (M.C. Pérez Díe, 1976) y de Trayamar 3 (fig. 57 D) (H. Schubart y H.G. Niemeyer, 1976), como urnas cinerarias, y en la necrópolis púnica de Jardín, como rico ajuar (H. Schubart, H.G. Niemeyer y G. Maas, 1972; H. Schubart, 1995; H. Schubart y G. Maas, 1995). En Cartago, la urna de alabastro de la tumba 8 de la necrópolis de Juno (lám. XIV, D) (A. Merlin, 1918; A. Delattre, 1921; P. Cintas, 1970-1976) corresponde a este tipo, estando también presente en el palacio de Asurnasirpal II y de Asaradón en Asur, y en las tumbas de Osorkon II y de Takelot III en Tanis (W. Culican, 1970). La forma del tipo 3 es frecuente en la dinastía XXV egipcia.

Tipo 4 (fig. 56): forma ovalada, pequeño cuello, borde saliente, base redondeada (tipos 4 A y B) o cónica (tipos 4 C y D), asas verticales semicirculares (tipos A, C y D) u horizontales con apéndice perforado en los hombros (tipo 4 B).

El subtipo 4 A corresponde a la tumba 19 B de Laurita (fig. 63 B; lám. VII, D), el 4 B a la tumba 13 (fig. 63 C; lám. VI, A), el 4 C a la tumba 16 (fig. 27 B; lám. VII, A) y el subtipo 4 D a una de las tumbas 4-11 (fig. 17 C). La urna del subtipo 4 C presenta entre las asas una inscripción pseudoegipcia ilegible y la cartela de Chechonq III (fig. 73; lám. VIII, E). La forma es una variante derivada del ánfora cananea. En Andalucía, sus paralelos, más próximos son las urnas funerarias del Cerro del Mar (fig. 57 F) (M.C. Pérez Díe, 1976) y de Trayamar 2 (fig. 57 C) (H. Schubart y G. Maas, 1995), junto con los vasos de los ajuares tartesios de las tumbas 9 de La Joya (fig. 68 A) (J.P. Garrido, 1970) y 1 de Las Cumbres (fig. 65) (D. Ruiz Mata, 1991). Fuera de la Península Ibérica sus analogías en Cartago son las urnas de alabastro de la tumba 18 de la necrópolis de Juno y del nivel inferior del tofet (fig. 59 B) (P. Cintas, 1970-1976), en el Próximo Oriente una urna del palacio de Asurnasirpal II en Asur, y en Egipto varias de la necrópolis real de Tanit (W. Culican, 1970).

Tipo 5 (fig. 56): ánfora ovoide invertida, pequeño cuello cilíndrico, borde ligeramente saliente y dos robustas asas semicirculares bajo los hombros. El subtipo 5 A procede de una tumba saqueada de Laurita, probablemente la 11 (fig. 66 B; lám. V, E), y el 5 B, con dos cartelas de Osorkon II y cabeza de Bes grabadas (fig. 71 B; lám. VII, C), apareció en la tumba 17.

Su forma corresponde a la típica ánfora cananea de cerámica, muy abundante en el círculo fenicio-palestino desde el bronce medio II B hasta el hierro II (1730-600) (fig. 62 A), distribuida por Chipre, Egipto y Egeo desde principios del I milenio a.C. y por el Mediterráneo desde mediados del s. VIII. En alabastro esta forma de «hebenet» es frecuente desde la dinastía XVIII, estando también presente en la costa siria en Minet el Beida.

Tipo 6 (fig. 56): forma ovoide alargada, cuello troncocónico invertido y borde saliente, con dos pequeños apéndices perforados horizontalmente (subtipo 6 B) o sin perforar (subtipos 6 A y C). El subtipo 6 A procede de una de las tumbas 4-11 de Laurita (fig. 17 B), el 6 B de la tumba 1 B (fig. 66 A; lám. IV, C) y el 6 C de la 19 A (fig. 30 B, 67; lám. VIII, B y XVI, C9). Esta forma se identifica con el «alabastrón» egipcio, asimilado en cerámica por el orientalizante corintio, distribuido abundantemente por todo el Mediterráneo. El alabastrón servirá de urna cineraria en la tumba 3 de Trayamar (fig. 57 D) y, algo reducida, en la necrópolis del Cerro del Mar (fig. 57 G). Como parte del ajuar para contener ungüentos fue localizada en las tumbas 9 y 17 de la necrópolis tartesia de La Joya (fig. 64, 68 A-B). En el Próximo Oriente fue hallada en el palacio de Asurnasirpal II y Asaradón, siendo muy frecuente en tumbas de la dinastía XXV egipcia. En alabastro y en cerámica, y de pequeño tamaño, proseguirá arcaizante en el Egeo y en todo el Mediterráneo como ajuar funerario en necrópolis del s. VI y V a.C.

Tipo 7 (fig. 56): la forma es ovoide invertida, base plana, amplio cuello, asas verticales semicirculares en los hombros y borde saliente (subtipo 7 A) o sin asas, con cuello cilíndrico (subtipo 7 B). La urna 7 A procede de la tumba 3 A de Laurita (fig. 16 C; lám. V, C) y la 7 B (fig. 69 A; lám. VI, D) de la tumba 15 B. La forma es de origen egipcio, derivada del «hebenet» (tipo 5). Los paralelos en cerámica son muy comunes como urnas cinerarias en necrópolis fenicias de los siglos VIII y VII de Achziv, Khaldé, Rachidiye, etc. y de Cartago (W. Culican, 1970).

Tipo 8 (fig. 56): forma con amplia boca, de tendencia cónica, borde indicado y sin asas (subtipo 7 A), cuello indicado y sin asas (subtipo 7 B) o cuello cilíndrico, borde saliente y con asas semicirculares desde la carena (subtipo 7 C). Vulgarmente se denomina la forma de «torpedo» u «obús». El subtipo 8 A procede de la tumba 12 de Laurita (fig. 69 B; lám. V, F), el 8 B con inscripción pintada fenicia con el nombre de Magón (fig. 69 C, 75; lám. V, B) de la tumba 3 A y el subtipo 8 C, de una de las tumbas 4-11 (fig. 69 D; lám. XVII, B).

La forma es típica cananea, muy frecuente en cerámica desde el bronce final II hasta el hierro II (1400-s. VII) (fig. 62 B), estando distribuida por el Mediterráneo en los siglos VIII y VII. Fabricada en cerámica, está presente en la tumba 1-E de la necrópolis sexitana de Puente de Noy (fig. 8 A), fechada hacia el 600 a.C. y en la tumba 4 de Trajamar, de la segunda mitad del s. VII.

Sus paralelos andaluces como urnas funerarias de alabastro con asas, se encuentran en ejemplares de las necrópolis del Cortijo de Montáñez (fig. 57 I) (M. C. Pérez Díe, 1983), de la tumba 1-A de Lagos (fig. 57 J) (M.^a E. Aubet y otros, 1991) y en la urna con inscripción egipcia del Guadalete (fig. 57 A) (A. García y Bellido y otros, 1971). Paralelos orientales en alabastro aparecieron en el Palacio de Asaradón en Asur y en el de Asurnasirpal en Nimrud (fig. 61) (W. Culican, 1970). Otros ejemplares fueron hallados en la tumba de Takelot II en Tanis y en la tumba nua de la esposa de Pianki en el Kurru (J. Leclant, 1964).

3. INSCRIPCIONES DE LAS URNAS CINERARIAS DE LAURITA

De las veintidós urnas cinerarias de Laurita, siete de ellas presentaban inscripciones (32 %), correspondientes a los faraones egipcios Apofis I de la dinastía hicsa XVI, hacia el 1600 a.C., a faraones de la dinastía XXII libia, Osorkon II (874-850), Takelot II (850-825) y Chechonq III (825-773) y Osorkon sacerdote, sepultado hacia el 785 de la tumba 3 A de Laurita, la urna funeraria presentaba un grafito pintado en negro con el nombre de Magón en escritura fenicia.

La dinastía XXII corresponde a los militares libios, mercenarios instalados en Heracleópolis, que gobernaron Egipto desde el 945 hasta el 772, estableciendo su capital en Bubastis, en el Delta del Nilo, cuya necrópolis real, en parte saqueada a mediados del s. VIII, fue localizada en Tanis (J. Leclant, 1961) y excavada por P. Montet (1947, 1951, 1960).

El vaso de Apofis I (fig. 17 D; lám. XVII, A), procedente sin duda de Laurita, ostenta una inscripción jeroglífica en el amplio labio horizontal (fig. 70 A), cuya traducción, según J. Padró (F. Molina y J. Padró, 1983) es: «El Dios bueno, Señor del Doble País, cuyo poder alcanza la frontera de las fortalezas victoriosas, puesto que Tuab no está al servicio de él, el Rey del Alto y Bajo Egipto, Auserre, el Hijo de Re, Apofis, dotado de vida, y la Hermana Real Charudyet viviente». Según J. Padró, las fortalezas del texto se refieren a las que defendían Egipto del reino de Tuab o Napata y de Dyebel Barkal o reino de Kush en Sudán. Apofis, a quien se refiere la inscripción es Apofis I, el cuarto monarca de la dinastía XV, siendo el primer rey hicsa que utilizó un nombre egipcio.

En los hombros del vaso aparece la cartela de Apofis (fig. 70 B): «El Dios bueno Auserre/El Hijo de Re, Apofis/La Hermana Real Charudyet viviente». Auserre, Apofis I, El Hijo de Re, Apofis I fue probablemente, según J. Padró, el sucesor de Seuserende Jyan, monarca de las dinastías XV-XIV, durando su reinado unos cuarenta años, desde fines del s. XVII a comienzos del s. XVI. El vaso de Laurita pertenecería a la primera parte de su reinado, antes de la independencia de Tebas en el Alto Egipto. Es virtualmente imposible que el vaso de Apofis hubiese llegado a Almuñécar en el s. XVI a.C., sino traído por los fenicios junto con el lote de los otros vasos de la dinastía XXII, a mediados o en la segunda mitad del s. VIII a.C.

Con cartelas de *Osorkon II* se hallaron en Laurita dos urnas cinerarias, de las que una en la tumba 29 (fig. 71 A; lám. X, A y VIII, C) y otra en la tumba 17, cuya inscripción se acompaña de una cabeza de Bes grabada (fig. 71 B; lám. VIII, C), estudiadas ambas por J. Leclant (1964, 1968) y J. Padró (1976) con la siguiente transcripción: «Usimare Setepenamon/Osorkon Meryamon Si-Bastet».

Otros vasos de alabastro con inscripción jeroglífica de *Osorkon II* proceden del palacio de Ahad (874-853) en Samaria (W. Culican, 1970), de Abydos (Amelineau, 1895-96, 1897-98) y de Katsamba (Creta) (V. Grace, 1956).

Bes, divinidad egipcia de la alegría y de la danza, participante del cortejo ebrio de la diosa Hathor, señora de los muertos, y protector del sueño y de la muerte contra los malos espíritus, se representa como una figura grotesca de un enano barbudo con la lengua fuera. La representación de Bes en el vaso de *Osorkon II* de la tumba 17 de Laurita es claro exponente de su carácter funerario, usado primeramente como ajuar probablemente en la tumba de este faraón en la necrópolis real de Tanis y reutilizado secundariamente como urna cineraria en la tumba 17 de Laurita.

Con inscripción jeroglífica de *Takelot II*, la tumba 1 A de la necrópolis Laurita entregó una urna (fig. 71 C-D, 72 A; lám. IV, B; VIII, D; IX, A), estudiada por I. Gamer-Wallert (1973, 1978), cuya traducción es: «He llegado de mi País Extranjero, he pasado por los países y he oído hablar de tu Ser, Tú del estado primordial de los Dos Países que ha engendrado lo existente. En ti brillan tus dos ojos. Tu palabra es el hálito de la vida que hace respirar a las gargantas. Ahora estoy en el horizonte inundado por la alegría de Baharya y El Kargah como un acompañante. En mí hay una fuente de salud y de vida y la serpiente Mehen se ha sentado sobre su orilla».

La traducción de la misma inscripción (fig. 72 B), según J. Padró (1976), es: «Hedyjeperre Setepenre, dios y gobernador de Tebas (Tacetotis Meryamon Saisis)». «He venido de mi país extranjero, después de haber recorrido muchos países. He oído hablar de tu ser, Dios Primordial del Doble País, que ha creado lo que existe. Tus dos ojos brillan gracias a ti. Tu palabra es el hálito de la vida que hace respirar las gargantas. Ahora estoy en el horizonte lleno de alegría de los oasis de Baharya y Jargah como un acompañante. En mí hay una fuente de salud y de vida y el Ureo se posa sobre su margen».

Según J. Padró (1976), los dos cartuchos contienen el nombre de *Takelot II* y el texto está redactado en egipcio clásico con ciertos términos de época avanzada. Quien habla es el faraón o un personaje anónimo propietario del vaso o el mismo vaso (I. Gamer-Wallert, 1973, 1978). El Dios primordial puede ser el mismo faraón *Takelot II* y el personaje acompañante debe referirse al difunto, no muerto sino embriagado (I. Gamer-Wallert, 1973, 1978; J. Leclant, 1964).

Una inscripción similar a la de la tumba 1 A de Laurita, pero con cartelas de *Takelot III* (764-757), representada en un vaso de alabastro de nuestro tipo 8, procedente del palacio de Asurnasirpal II y de Asaradón en Asur y traducida por F.W. von Bissing, dice: «He venido y regresado del oasis de Bahria con cantidad de buena leche, oh Hentkan, deberías traer algo del desembarcadero del Sacerdote de Harsaptes, Rey del Bajo y Alto Egipto, Príncipe de la Casa del Poder de Kheper-re, hijo real de Ramesses, *Takelothis*».

Este mismo vaso de *Takelot III* de Asur ostenta igualmente una inscripción cuneiforme asiria, cuya traducción es: «Palacio de Asarhaddon, el Gran Rey, el poderoso Rey de Sumer y Akkad. Vaso de aceite, grande y lleno, que llegó con rico botín de toda especie del tesoro del Príncipe Abdimilkuti, Rey de Sidón, que mi fuerte brazo capturó». Las inscripciones egipcia y asiria de este vaso de Asur aportan un valioso documento explicativo de la presencia de urnas funerarias en Almuñécar. El vaso de Asur, fabricado en Egipto hacia el 757 a.C. y procedente de la tumba de *Takelot II* en Tanis, fue quizás robado, adquirido por los fenicios y depositado en el palacio real de Sidón en la segunda mitad del s. VIII. Posteriormente el rey asirio Asaradón lo capturó, como botín de guerra, en el palacio de Abdimilkuti, al conquistar, saquear y destruir Sidón el año 676 a.C., llevándolo, junto con otros tesoros, a su palacio de Asur. Del primitivo lote de vasos de alabastro egipcios de la dinastía XXII, conservados como tesoros en los palacios fenicios de Tiro y Sidón, una parte, en la segunda mitad del s. VIII, fue trasladada esporádicamente a Cartago y mayoritariamente a las colonias fenicias de la costa andaluza, rescatada del saqueo asirio y reutilizada como urnas cinerarias, y otra parte reducida de los vasos permaneció en el Palacio de Sidón, hasta ser capturada por Asaradón y llevada a su palacio de Asur en el 676 a.C.

De la tumba 16 de Laurita procede una urna de alabastro de nuestro tipo 4 C (lám. VII, A), con una inscripción seudojeroglífica ilegible (fig. 73) con función simplemente decorativa, ejecutada probablemente en Fenicia por un inexperto, ignorante del jeroglífico egipcio. La inscripción está colocada sobre la cartela del faraón *Chechonq III* (825-773) entre dos flores de loto invertidas, cuya traducción es: «*Chechonq Meryamon Si-Bastet*, gobernador y Dios de Heliópolis» (J. Leclant, 1964, 1968; J. Padró, 1975, 1976).

La urna de la tumba 15 A (fig. 74 A; lám. VI, C) presenta una inscripción de un personaje llamado *Osorkon*, transcrita, traducida e interpretada por J. Leclant (1964), I. Gamer-Wallert (1973, 1978) y J. Padró (1976, 1983) (fig. 74 B), cuya traducción, según I. Gamer-Wallert, sería: «Tu corazón se embriagará para hacer incesantemente lo que le place. Embriágate para la eternidad. Colócate en una disposición agradable. La plena felicidad es lo que ella desea incesantemente. Ata y trenza guiraldas. Colócalas en tu cabeza. Úntala con óleos. Haz, según tu deseo. Protege en Bubastis al Ka de *Osorkon*».

Según J. Padró, la traducción sería: «Tu corazón se embriagará para hacer lo que le place constantemente. Embriágate hasta la eternidad. Sé feliz estando sobrio. Lo que ella (Hathor) constantemente ama es la embriaguez. Trenza una corona y colócala sobre tu cabeza, después que ella se haya ungido con incienso. Actúa constantemente de acuerdo con tu corazón. Protege en Bubastis al Ka de *Osorkon*».

Según I. Gamer, la inscripción está copiada de un texto hierático inconexo. El *Osorkon* aludido no es el faraón, sino probablemente un gran sacerdote de Amón en Tebas, hijo de *Takelot II*, muerto hacia el 785 y propietario del vaso.

La urna de la tumba 3 A de Laurita (fig. 69 C; lám. V, B), de nuestro tipo 8 B, ostenta una *inscripción fenicia pintada* en negro (fig. 75) que, según F. Díaz (1965), significa: «Restos quemados de Magón, hijo de HLS». J. Ferrón

(1970) afirmó que el personaje incinerado es un cartaginés y que, según la paleografía, corresponde al s. VIII, basándose en que el nombre «Magón» sólo se halla en el mundo púnico, siendo la fórmula típica de Cartago, análoga a las dos incineraciones de la necrópolis cartaginesa de Santa Mónica. J. Leclant (1964), H. Donner y W. Röligh (1966), por el contrario, creen que el nombre «Magón» es fenicio oriental. Según W. Culican (1970) el nombre Magón es común en Oriente desde el s. XIII a.C. hasta el s. I, y, según E. Lipinski (1984), en Cartago aparece desde el s. VI por influencia de los Magónidas.

Otras traducciones de la inscripción del vaso de la tumba 3 A son: «Este sepulcro es de MGN, hijo de BDS, hijo de HLS» (J.M. Solá-Solé, 1966) e «Hipogeo de Magón, hijo de Hanni-Melkart» (E. Lipinski, 1984).

Otra inscripción fenicia estudiada por F. Díaz (1965) procede de un plato de barniz rojo de la tumba 16 de Laurita (fig. 27 E) y se refiere a un antropónimo teóforo, posiblemente propietario de la pieza.

La inscripción jeroglífica del vaso de alabastro de nuestro tipo 8 C, hallado en el Guadalete (fig. 57 A; lám. XIV, C), relacionado, quizás, con el poblado o con la necrópolis de Castillo de Doña Blanca, fue estudiado por I. Gamer-Wallert (1979), cuya traducción es: «Haz algo bueno en el interior de mi casa (tumba), mata al orix y moja tus miembros con el que se encuentra en el estanque de la verdad. Tú, dorada (Hathor), pon tus brazos sobre él (el muerto propietario del vaso) en (toda) la eternidad. Que no tenga que pronunciar ninguna carencia (?). Pon el Ka del sacerdote de Kamutef (nombre de Amun-Min de Luxor) Djed-Hor-juf-ankh». Este vaso del Guadalete, según la inscripción y el nombre del difunto, debe provenir de una tumba de la región de Tebas de la XXII dinastía, coetáneo a las urnas de Laurita.

4. SÍNTESIS

Las urnas cinerarias de alabastro de las necrópolis fenicias andaluzas fueron fabricadas en Egipto, en Tebas, quizás, el aparecido en el Guadalete, y el resto de las urnas procedentes de las necrópolis fenicias del Cortijo de Montañez, Cerro del Mar, Trayamar, Lagos, Laurita y Adra, junto con los fragmentos hallados en los establecimientos fenicios del Castillo de Fuengirola, Cerro del Villar, La Loma de Benagalbón, Los Toscanos, Morro de Mezquitilla y La Fonteta, fueron fabricados probablemente en el delta del Nilo (Bubastis) o en el Bajo Egipto (Heliópolis, Menfis, Heracleópolis). La fecha de su fabricación sería hacia el 1600 a.C. para el vaso de Apofis I, y durante la dinastía XXII (945-722 a.C.) para el resto de los vasos, existiendo la posibilidad de que algunos hubiesen sido fabricados en la misma Fenicia con alabastro de la región de Damasco.

Los vasos de alabastro son muy comunes en *Egipto* desde el imperio antiguo, pero su generalización se incrementa en el imperio nuevo y progresivamente en la dinastía bubástica XXII del tercer periodo intermedio, al que corresponden los frecuentes hallazgos del Próximo Oriente y del Mediterráneo, especialmente representados en la necrópolis Laurita y en otras necrópolis fenicias de Andalucía (fig. 60).

En principio, la *función* de estos vasos es de contenedores o lujosos envases para productos de calidad, primordialmente vino y ungüentos aromáticos, según se deduce de sus inscripciones, destinados al suntuoso ajuar funerario en las tumbas de los faraones o funcionarios nobles, según se constata en la necrópolis real de Tanis (P. Montet, 1945, 1951, 1960), en los textos de los jeroglíficos y en las representaciones grabadas de Bes y Hathor en los vasos. Los vasos sirvieron también de valiosos productos de exportación comercial o de apreciados regalos a los soberanos siro-palestinos y fenicios, pero la mayor parte de los vasos de la dinastía XXII hallados en Oriente y el Mediterráneo se atribuye a los saqueos de algunas tumbas reales y de nobles de la necrópolis de Tanis en momentos de anarquía de la segunda mitad del s. VIII y del s. VII, saqueos atribuidos a piratas griegos o a comerciantes poco escrupulosos.

Los fenicios de *Tiro* y *Sidón* debieron sentir una especial predilección por estos vasos, conservados como tesoros o como «sacra aegyptiaca» en sus palacios. Según una inscripción en cuneiforme de un vaso de Takelot III (764-757) hallado en el palacio de Asaradón (681-670) en *Asur* (W. Andrae, 1938; F.W. von Bissing, 1940; C. Preusser, 1955), el vaso contenía aceite (óleo aromático), habiendo llegado a Asiria procedente del botín del palacio sidonio de Abdimilkuti, capturado por Asaradón el año 676 a.C. Los otros vasos hallados en los palacios asirios de *Nimrud* y *Asur* provienen igualmente de los saqueos de ciudades fenicias por parte de los asirios.

Si en Egipto los vasos de alabastro se utilizaron como contenedores de vino y ungüentos de calidad, componentes del ritual funerario, como productos de exportación comercial o como prestigiosas donaciones a los soberanos orientales, y si en los palacios de Fenicia, Siria, Palestina, Asiria, Escitia y Creta serán objetos de prestigio y lujo, por otra parte, en las necrópolis fenicias del Mediterráneo occidental y concretamente de Cartago y de la Península Ibérica estos vasos cambiaron su función, convertidos en urnas cinerarias de personajes de alto rango social, especialmente en Laurita.

Posiblemente las veintidós urnas cinerarias de alabastro de Laurita llegaron a Almuñécar a mediados o en la segunda mitad del s. VIII a.C., traídas simultáneamente, en un solo lote, por un grupo de los primeros colonos tiro-sidonios establecidos en Sex.

Del medio centenar de los grandes vasos de alabastro egipcios hallados fuera de Egipto, en yacimientos orientales y mediterráneos, treinta y nueve de ellos (fig. 55), el 71 %, reutilizados como urnas cinerarias, proceden de las necrópolis fenicias arcaicas andaluzas. De esas treinta y nueve urnas, veintidós ejemplares, el 57 %, provienen de la necrópolis Laurita. Esta concentración de urnas cinerarias de alabastro, masiva en Laurita y esporádica en las otras necrópolis fenicias arcaicas de la costa andaluza, parece indicar que fueron importadas a unas colonias, ya perfectamente organizadas en la segunda mitad del s. VIII a.C., por una clase de alto rango social y de fuerte poder económico.

VIII. LOS AJUARES FUNERARIOS DE LAURITA (I): LA CERÁMICA FENICIA DE BARNIZ ROJO

1. LOS AJUARES FUNERARIOS

Las tumbas fenicias desde sus inicios en Oriente, a fines del II milenio a.C., hasta su ocaso en Oriente y Occidente mantuvieron un *ajuar funerario variado*, compuesto esencialmente de vasos cerámicos con formas y funciones diversas, comunes o decorados, adornos de orfebrería, amuletos, huevos de avestruz decorados, ocre, etc. analizados estos ajuares, suele repetirse insistentemente un servicio funerario acorde con el ritual fenicio de ofrendas y libaciones, dirigidas a la protección del difunto en la vida de ultratumba.

Los recipientes suelen consistir en cerámicas de barniz rojo con formas de oinochoe piriforme para vino o agua (fig. 81-85 C; lám. X, B-E), de jarro de boca de seta para aceites aromáticos (fig. 85 D-87; lám. X, F y G; XI, A), de cuenco o kotyle para beber (fig. 93 A-B; lám. XII, A y B), de plato o pátera para comer y recoger el agua de las abluciones (fig. 88-89 B; lám. XI, B y C) y de ánfora común de transporte para almacenar agua en el largo camino de ultratumba (fig. 8 A-B). Como contenedores para alimentos sólidos se utilizan ciertas formas de ollas globulares o de perfil en S (fig. 4 E-F), ánforas de transporte de amplia boca (fig. 8 A-B), platos y cuencos. Otras cerámicas rituales son la lucerna de uno o dos mecheros o picos (fig. 15 D, 26 D, 92; lám. XI, D y E), y el pebetero o quemaperfumes con dos cazoletas superpuestas, de barniz rojo (fig. 4 C).

El ajuar funerario aparece colocado junto a la urna cineraria, pero los adornos personales y amuletos (fig. 97 B-M; lám. XIII) se depositan, quemados, dentro de la urna cineraria. Entre los objetos personales se catalogan cajas de madera, objetos de tocador, cuentas de collar de pasta vítrea, de piedras semipreciosas o metálicas, colgantes, anillos, brazaletes, fíbulas, etc. En occidente las tumbas arcaicas desde fines del s. VIII hasta el s. VI suelen ser más ricas que las púnicas de la segunda mitad del I milenio.

En la necrópolis Laurita, aparte de las urnas de alabastro presentes en todos los enterramientos, las tumbas 2, 12, 13, 15, 16 y 17 contenían platos de barniz rojo (fig. 88, lám. XI, B, C), las tumbas 12, 13, 19 B y 20, oinochoai piriformes (fig. 83; lám. X, B-E) y jarros de boca de seta (fig. 86; lám. X, F y G; lám. XI, A), de las cuales la 12 y la 13 tenían, además, platos. Las lucernas de dos mecheros aparecen en las tumbas 2 y 15 B (fig. 92; lám. XI, D y E), las dos kotylai protocorintias en la 19 B (fig. 93 A-B; lám. XII, A y B), los tres huevos de avestruz pintados en la 10 (?) y 19 A (fig. 95; lám. XII, D), los escarabeos en las 1, 3, 16 y 20 (fig. 97 D-G; lám. XIII, F), las cuentas de collar de piedra verde (fig. 97 L) y de bronce (fig. 97 M) en las 3 y 14 respectivamente, las pulseras de bronce en las tumbas 2 y 14 (fig. 97 I, J), el asa de bronce de aguamanil en la 1 (fig. 97 A), los pendientes de oro (fig. 97 K) en la 1, el estuche porta-amuletos de plata (fig. 97 B) en la 14, y los colgantes anulares con escarabeo basculante (fig. 97 D-F) en las tumbas 1, 3 B y 16.

No deja de ser lamentable que de las ocho tumbas (4-11), saqueadas antes de nuestra intervención, no se hayan podido recuperar los ajuares completos, sino algunos materiales sin contexto (fig. 20 A-E), además de cuatro urnas cinerarias de alabastro.

2. LA CERÁMICA DE BARNIZ ROJO

La más característica de las cerámicas fenicias, al menos en Occidente, es la especie llamada de barniz rojo. Su origen remoto no parece fenicio sino anatolio y chipriota, siendo muy común en el bronce antiguo del III milenio a.C. La cerámica de barniz rojo se manifiesta débilmente en el bronce final siro-palestino (1500-1200), para afianzarse en Fenicia con la edad del hierro (1200-600). La colonización fenicia en la primera mitad del s. VIII será el vector transmisor de esta especie cerámica por el Mediterráneo hasta el Atlántico (fig. 77).

La *nomenclatura* aplicada a esta especie de cerámica fenicia por los diferentes investigadores ha sido muy variada, prevaleciendo la de barniz rojo (red slip ware), pero la diferente calidad de los tratamientos ha obligado a definirla también como engobe y pintura roja. Los intentos de precisar la cronología en función de la calidad del tratamiento han resultado inútiles, puesto que se ha constatado la coetaneidad de barnices rojos de aspecto esmalado y aguado, aunque la mejor calidad predomina en la fase más arcaica.

En Oriente la cerámica de barniz rojo había sido tratada por R. Saidah en Khaldé (1966-1967), en Athlit por C.N. Johns (1933, 1938), por J. du Plat Taylor en Al Mina (1959), por J. Birmingham en Chipre (1963), por R. Amiran en Palestina en general (1969), por S.V. Chapman en las necrópolis de Khirbet Silm, Joya, Qrayé y Qasmieh (1972), por W. Culican en Reqeish (1972) y Achziv (1982), por M.W. Prausnitz en Achziv (1972, 1982) (fig. 81), por J.B. Pritchard (1975, 1978) y por W.P. Anderson (1979) en Sarepta, por P.M. Bikai en Tiro (1978) (fig. 180) y Chipre (1981, 1987).

Estos estudios ciertamente valiosos, son excesivamente parciales por referirse a los datos suministrados por yacimientos específicos o zonas muy concretas, echándose en falta un estudio monográfico global sobre esta especie de cerámica del mundo fenicio oriental y occidental.

La cronología de la cerámica fenicia de barniz rojo se ha precisado en Oriente con un margen de aproximación mucho más amplio que en Occidente. En Sarepta, al norte de Fenicia, según J.B. Pritchard (1975, 1978) el barniz rojo aparece débilmente en los siglos XI-X, siendo ya abundante en el s. IX, para ir declinando en los siglos VIII y VII. En Ashdod, territorio filisteo del S., esta cerámica está igualmente presente, según M.W. Prausnitz (1982), en el s. IX. En la necrópolis de Hama, en el Orontes, según P. J. Riis (1948), no es anterior al 925 a.C. Según W. Culican (1982), en la costa fenicia es muy común y característica desde mediados del s. IX.

Perteneciente a esta especie cerámica, se ha individualizado un tipo de gran calidad, muy fina, de barniz rojo intenso, llamada «fine ware» o de Samaria, por haber sido estudiada primeramente en este establecimiento palestino, fechada en Azor IV y Tiro III-II en el s. VIII, y en Tell Keisan 5 entre el 720 y el 650 a.C. Esta cerámica de Samaria en Occidente ha sido localizada en Cartago (Ch. Briese y R. Doctor, 2002), en Los Toscanos, Morro de Mezquitta (G. Maas-Lindemann, 1986, 1990, 1999), en Huelva (J. Fernández Jurado, 1986, 1990; F. González de Canales y otros, 2004), sin haberse detectado incomprensiblemente en otras colonias fenicias.

Según las subespecies de la cerámica de barniz rojo, M.W. Prausnitz (1982) ha distinguido tres provincias en la región siro-palestina. La provincia central, correspondiente a Fenicia propiamente dicha con núcleo en Tiro, está estrechamente ligada a Chipre, cuyo yacimiento más característico en Kition. En la provincia meridional o Philistia predominan las subespecies denominadas «burnished monochrome red» y «black on red», fechadas ampliamente entre el s. XI y VI. En la provincia del «hinterland» de Fenicia, correspondiente a la región de Israel-Samaria, las formas cerámicas son análogas a las de la costa fenicia de Tiro-Sidón, pero tratadas con un barniz de peor calidad.

Entre las excavaciones estratigráficas de los establecimientos fenicios orientales ocupa un lugar preeminente la efectuada por P.M. Bikai en Tiro (1978 A y B), cuya precisión arqueológica ha servido de paradigma para el estudio de la colonización fenicia en Occidente, siendo de capital importancia los estratos IX-VIII, fechados en la segunda mitad del s. IX, los estratos VII y VI en la primera mitad del s. VIII, los V-IV fechados entre el 750 y el 730 a.C. y los estratos III y II, fechados entre el 730 y el 700 a.C. (fig. 78).

Las formas de las cerámicas de barniz rojo de la estratigrafía de Tiro, de donde derivan las cerámicas arcaicas fenicias de Occidente, parecen constatar que las primeras fundaciones masivas no pueden ser anteriores a las fechas dadas por los estratos V-VI de Tiro, es decir, no pueden remontar la mitad del s. VIII, o acaso muy ligeramente, excepto en Cádiz y Huelva, donde comienzan antes del 770 a.C.

Son de origen fenicio o fenicio-chipriota las especies «bichrome», «red slip» y «black on red», la especie «bichrome burnished» y «neck decorated ware» es claramente de origen fenicio o norpalestino.

La cronología propuesta por V. Karageorghis para la cerámica de barniz rojo de la necrópolis chipriota de Salamis (1967, 1970, 1974), tomada por E. Gjerstad (1948, 1960, 1977), fue revisada con más precisión por P.M. Bikai (1987), según las fechas aportadas por las estratigrafías del círculo siro-fenicio-palestino, basadas en los datos de las fuentes bíblicas y asirias, habiéndose establecido dos periodos. El periodo I (1070/1050-850 a.C.), con pre-

dominio de la cerámica bícroma, y el periodo II (850-690 a.C.), con predominio de la cerámica de barniz rojo propiamente dicha.

En el Mediterráneo Central fue P. Cintas, quien basándose en los datos proporcionados por las cerámicas de las necrópolis de Cartago, publicó la primera síntesis sobre cerámica fenicia y púnica (1950), aprovechando la documentación, entonces existente, sobre Motia y Cerdeña. La obra de P. Cintas, ciertamente valiosa, fue el antecedente de otros trabajos más metódicos como los de A. Bisi (19867, 1969, 1970, 1983, 1984) sobre cerámica fenicia en general y sobre colonización fenicia en Sicilia y en España, los de A. Pesserico sobre los jarros de boca de seta (1996), los de P. Bartolini sobre la cerámica fenicia de Cerdeña (1983, 1991, 2000) y la publicación del Seminario de Temas Fenicios (Universidad de Alicante) sobre la producción y comercio de la cerámica fenicia en Occidente (VV.AA., 1999).

Si en Oriente las estratigrafías con materiales fenicios se fecharon por las fuentes bíblicas y asirias, en Occidente la cronología ha ido deduciéndose a través de las fechas de fundación de las colonias griegas de la Magna Grecia y Sicilia dadas por Tucídides, siendo fundamentalmente las fechas de 750 para la fundación de Megara Hyblaea, 733 para la de Siracusa y 628 para la de Selinonte (J.N. Coldstream, 1968, 1979). Estas fechas, por otra parte, han sido decisivas para establecer la cronología de las cerámicas griegas de los periodos del geométrico medio y reciente, del orientalizante y especialmente del protocorintio y corintio.

La cerámica griega, con su detallada evolución de formas, tratamientos y motivos decorativos y con su variedad de estilos, inexistentes en las cerámicas fenicias, ha servido como utilísimo fósil-guía para la cronología de los yacimientos protohistóricos mediterráneos, particularmente de la colonización fenicia y griega. En esta importante labor de determinación de la cronología de la cerámica griega caben destacarse los trabajos de H.G.G. Payne (1933, 1949), G. Vallet y F. Villard (1955, 1964), F. Villard (1948), S.S. Weinberg (1941), J.N. Coldstream (1968, 1979, 1982) y D.A. Amyx (1988), entre otros.

Cerdeña ha sido una de las áreas mejor estudiadas por lo que respecta a la cerámica fenicia y púnica, gracias a las intensas investigaciones de P. Bartolini de tipo general (1981, 1983, 1991, 2000), sobre ánforas (1988), y sobre los yacimientos de Bithia (1983), Monte Sirai (1985) y S. Antioco (1990).

En el extremo occidente atlántico fue pionero M. Tarradell, excavando estratigráficamente Lixus, de donde publicó unos avances (1951, 1954, 1960), quedando inéditas algunas estratigrafías actualmente en estudio por C. Aranegui y otros (2001). El establecimiento marroquí de la isla de Mogador, excavado por A. Jodin (1958, 1966) marcó la ruta de la colonización fenicia más meridional del Atlántico.

En la Península Ibérica fue E. Cuadrado, quien durante una veintena de años (1953 A y B, 1961, 1962 B, 1969) se interesó reiteradamente sobre la cerámica de barniz rojo a raíz de sus excavaciones arqueológicas en la necrópolis ibérica del Cigarralero (Mula), del s. IV-III a.C., equiparando dos horizontes culturales heterogéneos, el ibérico del SE. y levantino, de los siglos V-III a.C., y el fenicio meridional de los siglos VIII-VI.

El jarro de boca de seta de barniz rojo del Museo Arqueológico Nacional, exhibido como visigodo y proveniente de la Casa de la Viña (Cerro del Mar) (A. Fernández Avilés, 1958) (fig. 79), fue el primer vaso fenicio estudiado en España. Con las publicaciones de la necrópolis Laurita (M. Pellicer, 1962, 1963, 1985), del Carambolo (J.M. Carriazo, 1970), de los cabezos de Huelva (J.M. Blázquez, 1968, 1981), de la necrópolis de La Joya (J.P. Garrido, 1970, 1978), de Los Toscanos (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1969), de Trayamar (H. Schubart y H.G. Niemeyer, 1976), del Morro de Mezquitilla (H. Schubart y H.G. Niemeyer, 1969-1970), de Las Chorreras (M.^a E. Aubet y otros, 1979), del Cerro del Villar (A. Arribas y O. Arteaga, 1975), del Castillo de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, 1986, 1993), de Huelva (J. Fernández Jurado y otros, 1990; P. Rufete, 1984, 2000) y de la Fonteta (A. González Prats, 1999, 2000), se ha obtenido una extensa documentación sobre la cerámica fenicia de barniz rojo, en la que se han basado H. Schubart sobre la tipología y cronología de los platos (1976) (fig. 90 A-B), M. Almagro Gorbea (1972) e I. Negueruela (1979-80, 1983, 1985) sobre las oinochoai piriformes y jarros de boca de seta (fig. 83, 86), y G. Maas-Lindemann (1986, 1995, 1999) sobre la tipología y cronología de los vasos fenicios del Mediterráneo central y de la Península Ibérica.

En el estado actual de las investigaciones puede afirmarse que se conoce con más precisión, la tipología y cronología de la cerámica fenicia de barniz rojo del Mediterráneo central y occidental que la del Próximo Oriente, donde el margen de error se aproxima a un siglo.

3. OINOCHOAI PIRIFORMES

La oinochoe piriforme de boca trilobulada y gran asa geminada (fig. 80), atendiendo al detalle del resalte de la unión de la panza con el cuello, está inspirado en la oinochoe de bronce próximo-oriental de Siria, Fenicia y Chi-

pre (B. Grau-Zimmermann, 1978). Estas oinochoai metálicas de bronce o plata, serán especialmente apreciadas en el orientalizante etrusco y en el occidente ibérico, donde su frecuencia indujo a A. García Bellido a considerarlas tartésicas (1956, 1957, 1960, 1964, 1969), opinión generalmente aceptada sin una base sólida.

El prototipo de las oinochoai de cerámica de barniz rojo se documenta en Oriente desde fines del II milenio, evolucionando su forma desde el s. IX con los tipos arcaicos del grupo 1, de cuerpo globular, hombros o cuello troncocónico cóncavo, fechados en los siglos IX-VIII (fig. 81), hasta los tardíos, del grupo 2, con el cuello cónico rectilíneo convexo, del siglo VII, típicos del Occidente (I. Birmingham, 1963; M.W. Prausnitz, 1969, 1982; E. Culican, 1982; I. Negueruela, 1989-90, 1983, 1985). Según P.M. Bikai (1978), la oinochoe del grupo 1 aparece en el nivel IX de Tiro, fechada en la segunda mitad del s. IX y el del grupo 2 en el nivel IV, fechada en el 760-740 a.C.

Su distribución por el Mediterráneo central se concentra densamente en Cartago, en la necrópolis de Byrsa, Juno, Dermech, Douïmes y Saint Louis, de la segunda mitad del s. VIII y s. VII y en las necrópolis de Útica, Malta (fig. 82), Sicilia (Motia y Palermo), Cerdeña (necrópolis de Monte Sirai y Chia), donde perdura hasta el s. V, y en Rachgoun, Mogador e Ibiza, donde aparece en la segunda mitad del s. VII con pervivencias muy evolucionadas hasta el s. IV.

La oinochoe piriforme es frecuente en los yacimientos fenicios de Iberia al oriente del Guadalquivir, habiendo sido hallados cuatro ejemplares completos en la necrópolis Laurita (fig. 83, 85 A; lám. X, B-E; XIII, A), una en Toscanos, ocho en la necrópolis de Trayamar (fig. 84) y una en el Cerro del Mar (fig. 85 C). En los establecimientos fenicios de Morro de Mezquitilla, Chorreras, Cerro del Villar, Torre de Doña Blanca, Adra y la Fonteta solamente se han encontrado fragmentos, sucediendo lo mismo en yacimientos tartesios como el Carambolo y Carmona. La forma, sin barniz rojo, pervive en necrópolis púnicas, como Jardín y Puente de Noy (fig. 80).

Se debe a I. Negueruela (1983) un minucioso estudio sobre este tipo de oinochoe, en el que relaciona tipológicamente los ejemplares de las tumbas 13 y 20 de Laurita (fig. 83) con las orientales de Azor, fechadas por Y. Yadin (1955, 1958) en el s. VIII, y con las de la necrópolis de Trayamar (nº 551 y 603) (fig. 84), fechadas en la segunda mitad del s. VII. El ejemplar de la tumba 12 de Laurita (fig. 83), de galbo más estrecho y con el diámetro máximo de la panza desplazado hacia abajo, análoga al nº 552 de Trayamar (fig. 84), es más moderna, dentro de la segunda mitad del s. VII. De la oinochoe de la tumba 19 B de Laurita (fig. 85 A; lám. X, D), de cuerpo alargado y hombros marcados por una carena, fechada por kotylai protocorintias entre el 690 y el 670, solamente hallamos un paralelo, proveniente de la necrópolis cartaginesa de Juno (fig. 85 B) (P. Delattre, 1907), fechado en la primera mitad del s. VII por un kotyle protocorintia.

Las oinochoai más arcaicas de la Península Ibérica son la nº 131 de Chorreras (M.^a E. Aubet y otros, 1975) y la de la signatura 81/1231/1 de Morro de Mezquitilla (H. Schubart, 1983, p. 41, D), fechadas en la segunda mitad del s. VIII, la nº 822 del nivel IV a de Toscanos (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1969, lám. XV), fechada hacia el 700 a.C. y la del Cerro del Mar (fig. 85 C). Las oinochoai más modernas peninsulares, sin barniz rojo, proceden de la tumba 2 de Jardín, del s. VI-V (fig. 80) y de la tumba 7 de Puente de Noy, del s. V (F. Molina y otros, 1982; p. 52) (fig. 80 E).

4. JARROS DE BOCA DE SETA

Esta forma cerámica (fig. 86, 87; lám. X, G y F), tiene amplio labio fungiforme, cuello alto y estrecho, cuerpo globular u ovoide, base ligeramente cóncava y una pequeña asa semicircular de sección circular, situada en la parte inferior del cuello y hombros. Su función es contener ungüentos o aceites aromáticos, frecuentemente utilizado en el ajuar funerario como elemento apotropaico y ritual para limpieza y purificación del cadáver.

Se designa como «bilbil» u «oinochoe á bobéche» por los investigadores franceses, siendo esta última terminología incorrecta, puesto que no sirvió para contener vino. En español se conoce como jarro de boca de seta y, excepcionalmente, como jarro de arandela, gola o trompeta.

Su origen permanece en discusión, habiendo aparecido sus prototipos en el bronce reciente de Chipre, Siria y Palestina, en la segunda mitad del II milenio a.C., como una evolución de ciertos vasos micénicos y, según P. M. Bikai (1978), como una derivación de los «pilgrim flasks» o botellas de peregrino fenicio-chipriotas de finales del II y principios del I milenio a.C., perdurando la forma hasta el 600 a.C. y en Chipre hasta el 500 a.C. También ha podido surgir la forma como una derivación de ciertos vasos de tocador egipcios.

El jarro de boca de seta ha sufrido, por su parte, una evolución durante 600 años, desde fines del II milenio a.C. hasta el s. VI. Las formas más arcaicas presentan el cuerpo globular (fig. 85 D), para evolucionar hacia formas ovales, ovoides o acampanadas (fig. 86). Respecto al cuello, este aparece primeramente cilíndrico alargado, en-

sanchándose paulatinamente en el centro con una arista o acanaladura que va descendiendo hacia los hombros (M.W. Prausnitz, 1972, 1982; W. Culican, 1970, 1982; M. Almagro Gorbea, 1972; I. Negueruela, 1979-80, 1981, 1983, 1985; A. Pesserico, 1996) (fig. 39 A, c; fig. 40 h, i).

En Oriente sus formas más arcaicas, del s. XIV-XIII, proceden de Ugarit (C.F.A. Schaeffer, 1948), del s. X-IX se hallaron en Tell-Beit-Mirsim, Ain Shems y Jericó, del s. IX en Meggido (R.S. Lamon y G.M. Shipton, 1939) y Lakish (O. Tufnell, 1953), del s. IX-VIII en Khaldé, Achziv y Tiro (R. Amiran, 1969; P.M. Bikai, 1978) y del s. VII-VI en Athlit.

En Chipre la forma «bilbil» es frecuente con el cuello decorado en el estilo «black on red», de bandas o líneas negras sobre el barniz rojo, de donde pasa al Mediterráneo central y occidental, sin que aparezca en Iberia, excepto en Huelva (fig. 39 A, C).

M. Almagro Gorbea (1972) estableció una división de cuatro tipos y fases para los vasos de boca de seta españoles, basándose en la altura del ensanche del cuello. El tipo I de cuerpo simétrico con acanaladura en el cuello fechado en la segunda mitad del s. VIII en Toscanos III (?) y en la tumba 20 de Laurita (fig. 86 B; lám. XI, A). El tipo II, de cuerpo piriforme, sin acanaladura en el cuello pero con ensanche de arista en su mitad, ha sido fechado por M. Almagro en el primer tercio del s. VII, hallado en las tumbas 13 y 19 B de Laurita (fig. 86, A, C; lám. X, G), en la tumba 4 B de Trayamar (fig. 87) y en el estrato IV de Toscanos. El tipo III, de cuerpo piriforme y con el ensanche en la parte baja del cuello, fechado en la segunda mitad del s. VII, se localiza en las tumbas 12 de Laurita (?) (fig. 86 D; lám. X, B), 1 B de Trayamar (fig. 87 B) y del Cerro del Mar (fig. 79). El tipo IV, de cuerpo ovoide y ensanche en la parte baja del cuello, formando un zócalo cilíndrico, de las tumbas 1 B (fig. 87 D) y 4 de Trayamar (fig. 87 E), se fecha igualmente en la segunda mitad del s. VII. Los resultados cronológicos de la tipología de M. Almagro no concuerdan con las fechas dadas por las medidas de los platos, según H. Schubart, ni con las de otros elementos con fechas bastante precisas de las estratigrafías y de los conjuntos cerrados sepulcrales.

Según I. Negueruela, en la segunda mitad del s. VIII habría que fechar los vasos de boca de seta con cuerpo globular y alto cuello cilíndrico hallados en Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos I/II, necrópolis del Cortijo de Montáñez (fig. 85 D) y el Carambolo. Los jarros de las tumbas 13, 19 B y 20 de Laurita (fig. 86 A, C, D) y del Cerro del Villar se fecharían a fines del s. VIII y primera mitad del s. VII. Los ejemplares de las tumbas 12 de Laurita (fig. 86 D) y de las de Trayamar (fig. 87) se fecharían en la segunda mitad del s. VII.

La cronología estimada por I. Negueruela se basa en las fechas dadas por los ejemplares orientales y por los aparecidos en el Mediterráneo occidental en conjuntos sepulcrales, cuyos contextos han sido datados con cierta precisión, llegando a la conclusión de que en la segunda mitad del s. VIII predomina el jarro de panza globular, en la primera mitad del s. VII el cuerpo es piriforme con arista en la parte baja del cuello y en la segunda mitad del s. VII la parte baja del cuello es amplia y cilíndrica.

Según la clasificación de Pesserico (1996), en su estudio de tipo general de los jarros de boca de seta del Mediterráneo, a su periodo I (750-700) corresponderían los vasos de cuerpo globular del Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos I-II, Cortijo de Montáñez, Castillo de Doña Blanca, Carambolo e, incluso, el de la tumba 13 de Laurita; a su periodo II (700-620) corresponderían algunos ejemplares de Laurita (?), Trayamar, Toscanos III-IV, Castillo de Doña Blanca, Cerro del Mar y Carambolo y a su periodo III (620-580) (?) otros vasos y fragmentos del Cerro del Villar, Trayamar e Ibiza.

Resulta altamente difícil precisar las cronologías de estas formas porque en cada círculo mediterráneo, incluso de España, los galbos de los vasos evolucionan diferentemente, siendo imposible admitir una evolución uniforme. Es plausible admitir que la tipología de los vasos de boca de seta hispanos evoluciona según el patrón oriental, mientras que en el Mediterráneo central la evolución es más autóctona, con cuellos más robustos y formas más vulgares. Por otra parte, el jarro de boca de seta apenas atraviesa el Estrecho de Gibraltar, habiendo sido hallados dos fragmentos en Huelva (P. Rufete, 1989), uno en la necrópolis portuguesa de Tavira y otro en Lixus (C. Arane-gui y M. Tarradell, 2001).

5. PLATOS

El plato de barniz rojo, utilizado en la mesa y como parte del ajuar funerario para contener alimento o como aguamanil, forma un componente constante en las tumbas fenicias, combinado con la oinochoe piriforme. Los platos aparecieron completos en las tumbas de Laurita 2, 12, 13, 15, 16 y 17 (fig. 88) y fragmentados en las tumbas 4-11 y 17 (fig. 20 C, 28 F).

Su tipología tiende exteriormente a la forma troncocónica muy abierta, cóncava, y con el borde ligeramente vuelto y base cóncava. En su interior el borde se marca con una carena más o menos acusada que lo separa del

fondo del plato. En las formas primitivas del s. VIII, halladas en Morro de Mezquitilla, Chorreras, Castillo de Doña Blanca y Huelva y en las tumbas 13 de Laurita y 1 A de Lagos, el perfil exterior, convexo con borde vuelto, es muy similar al de los platos orientales de Tiro V-IV, fechado por P.M. Bikai entre el 750 y 730 (1978 A). A través de las estratigrafías de Toscanos, Castillo de Doña Blanca, Peñón, Málaga, Huelva o Carmona y de las tumbas de Trayamar 1, Jardín y 1-E de Puente de Noy, se ha confirmado que hacia fines del s. VII y principios del s. VI el labio horizontal del plato termina en una ranura (fig. 89 A-B).

H. Schubart (1976) dedujo la cronología de los platos en función de la anchura del borde y del cociente del diámetro del plato dividido por la anchura del borde, comprobándose que la mayor antigüedad corresponde a la menor anchura del borde, y al mayor cociente, habiendo contrastado estas medidas con la cronología precisada por la cerámica griega y por la sucesión estratigráfica del Morro de Mezquitilla, Toscanos y otros yacimientos fenicios andaluces situados al oriente del Estrecho de Gibraltar (fig. 90 A-B).

En las Chorreras, fechados en la segunda mitad del s. VIII, la anchura del borde de los platos oscila entre 19/17 y 42 mm, siendo la oscilación más frecuente entre 25 y 35 mm, y, en cuanto al cociente, éste oscila entre 58 y 105, siendo el más frecuente entre 69 y 90.

En los Toscanos la anchura de los bordes de los platos de los niveles I/II, anteriores al 700 a.C., oscila entre 33 y 51 mm, la del nivel II entre 33 y 54 mm, la de Toscanos III, correspondiente al almacén fechado hacia el 700, entre 38 y 52 mm, y la de Toscanos IV, de la segunda mitad del s. VII, entre 45 y 75 mm.

En la tumba 4 de Trayamar, fechada en la segunda mitad del s. VII, la anchura del borde de los platos oscila entre 53 y 90 mm.

En la estratigrafía del Morro de la Mezquitilla, la anchura de los bordes de los platos oscila entre 31 y 60 mm.

La necrópolis Laurita, fechada entre el 700 y 620 a. C, entregó platos con una anchura de borde entre 47 y 71 mm y con un cociente entre 36 y 54. En el Cerro del Prado, fechado desde mediados del s. VII al s. IV, la anchura del borde oscila entre 54 y 74 mm y el cociente entre 38 y 44. En la necrópolis Jardín, fechada en los siglos VI-IV, la anchura de los bordes de los platos se concentra entre 63 y 73 mm y el cociente entre 27 y 31. Los platos de Mogador, fechado entre los siglos VII y V, tienen una anchura de borde entre 32 y 80 mm y un cociente entre 36 y 48.

Un caso anómalo es Huelva, donde la anchura del borde de los platos oscila entre 17 y 62 mm y el cociente entre 45 y 113. Por otra parte, los platos de la necrópolis tartesia de La Joya (Huelva), fechada entre el 650 y el 550, presentan una anchura de borde entre 20 y 30 mm y un cociente entre 57 y 108.

Efectivamente, la cronología de los platos, según la fórmula de H. Schubart, en principio es aceptable, pero tomada con reservas ante ciertas anomalías observadas, especialmente al occidente del Estrecho. Huelva, según la anchura del borde de los platos y del cociente, se convertiría en el complejo fenicio más arcaico de Occidente, pero el hecho de que en el s. IV aparezcan en Huelva bordes de una anchura entre 20 y 30 mm, teóricamente del s. VIII, junto con otros de una anchura de 60 mm, de fines del s. VI, debe explicarse como un fenómeno de arcaísmo de las formas de los platos, paralelo y sincrónico a una evolución, análoga a la de otros yacimientos al oriente del Estrecho.

Comparando los platos de Laurita con los de otros yacimientos fenicios occidentales y atendiendo a la anchura de los bordes y a los cocientes, tendríamos las siguientes relaciones:

- Tumba 2: anchura de borde (71 mm), cociente (38) = Toscanos IV, Cerro del Villar I/II (A. Arribas y O. Arteaga, 1975) y Trayamar, hacia mediados del s. VII.
- Tumba 12: anchura de borde (56 mm), cociente (47) = Toscanos IV y Trayamar, hacia mediados del s. VII.
- Tumba 13: anchura de borde (47 mm), cociente (54 mm) = Toscanos III, hacia el 700.
- Tumba 15: anchura de borde (67 mm), cociente (41) = Toscanos IV, mediados del s. VII.
- Tumba 16: anchura de borde (69 mm), cociente (36) = Cerro del Prado, Trayamar, Jardín, Mogador, de finales del s. VII.
- Tumba 17: anchura de borde (67 mm), cociente (38) = tumba 16 de Laurita de fines del s. VII.

Las anomalías y desfases cronológicos observados en la tipología y medidas de los bordes y de los cocientes de los platos se deben a una serie de fenómenos imponderables, muy frecuentes en arqueología, relacionados con los talleres, alfareros y modas particulares, pero indudablemente la fórmula de H. Schubart marca un índice cronológico de suma importancia que siempre habrá que tener en cuenta. H. Schubart sigue investigando sobre este tema, partiendo de una documentación más completa que la publicada en 1976 y cuyos resul-

tados definitivos no dudamos que aportarán abundante luz para la cronología de los yacimientos fenicios del extremo occidente.

6. LUCERNAS

La lucerna o recipiente con función de iluminación, usando como combustible grasa animal o aceite con una mecha vegetal, ya es común en el próximo Oriente durante el bronce antiguo, en el III milenio a.C., pero será en el bronce medio, hacia el 1800 a.C., cuando se inicie la forma típica cananea, de pequeño cuenco o plato de base plana o convexa con uno o más picos o mecheros, formados por presión de los dedos en el borde, sobre el barro tierno. La forma evoluciona en el bronce final y el hierro hasta el s. III a.C., definitivamente sustituida por la lucerna helenística, cerrada y con mechero tubular cerrado.

En el área fenicia oriental y en Chipre, la lucerna se caracteriza por el predominio casi absoluto de un solo mechero, por no tener tratamiento de barniz rojo y por ser de menores dimensiones que las de occidente, donde prevalece abrumadoramente la lucerna bicorne o de dos mecheros tratada con barniz rojo.

Frente al conservadurismo oriental de la forma, en Occidente la lucerna fenicia evoluciona, disminuyendo el tamaño del diámetro desde 16 cm hasta 10 cm y con la modificación de la forma. Los mecheros pequeños de los siglos VIII/VII se hacen más profundos en los siglos VI/V, por efecto de la mayor presión de los dedos en el barro tierno hacia el interior del recipiente, llegando a unirse los mecheros que se cierran en los siglos IV-III.

Las lucernas fenicias aparecen tanto en los establecimientos como en las necrópolis. Si las tumbas son de cámara, como las de Trayamar, para enterramientos sucesivos, la función de la lucerna es de iluminación, pero si las tumbas son de pozo, como las de Laurita, su función es simplemente ritual, como generador de luz en la vida de ultratumba.

En la necrópolis Laurita aparecieron dos ejemplares de dos mecheros, de barniz rojo y de tamaño mediano (fig. 92) en las tumbas 2 y 15 B (lám. XI, D y E). El diámetro máximo de la lucerna de la tumba 2 es de 13,5 cm y el de la tumba 15 B, de 12,2 cm.

Según la forma y el diámetro, la lucerna de la tumba 2 sería ligeramente anterior a la de la tumba 15 B, aunque ambas podrían fecharse a mediados del s. VII a.C.

IX. LOS AJUARES FUNERARIOS DE LAURITA (II):CERÁMICA COMÚN Y GRIEGA. ADORNOS Y OBJETOS RITUALES

1. CERÁMICA COMÚN

Las cerámicas comunes fenicias de Laurita son escasas y fragmentadas. El lote principal procede del saqueo anterior a la excavación de la necrópolis, reduciéndose a dos fragmentos de asas de ánforas fenicias (fig. 20 D) de forma y sección circular, un fragmento de asa recta y sección romboidal, perteneciente, quizás, a una ánfora de Grecia del Este (fig. 20 E), dos fragmentos de platos de cerámica gris de Occidente con forma de casquete esférico (fig. 20 B) y tres fragmentos de vasos cerrados, ovoides con borde exvasado (fig. 20 A), análogos a otro fragmento de la tumba 17, todo ello de cronología poco precisa dentro del s. VII a.C.

Por otra parte, en el nicho B de la tumba 19, donde aparecieron dos kotylai protocorintias, la urna de alabastro estaba calzada por otro borde de ánfora (fig. 31 C), posiblemente de forma cónica, análoga a las aparecidas en las tumba 1-E de la contigua necrópolis de Puente de Noy (fig. 8 A) y en la tumba 4 de la de Trayamar, fechadas en la segunda mitad del s. VII.

Finalmente en el relleno de la tumba 17 se halló un fragmento de un gran vaso a torno de forma indefinida, cuya superficie exterior se decoraba con tres líneas paralelas negras sobre fondo crema (fig. 28 E).

2. LAS KOTYLAI PROTCORINTIAS

Afortunadamente la tumba 19 de la necrópolis Laurita entregó, entre el ajuar funerario de su nicho B, dos kotylai protocorintias (fig. 93 A-B: lám. XII, A y B), apoyadas en la parte superior de la urna de alabastro (lám. XV, B), junto con una oinochoe piriforme (fig. 85 A; lám. X, D), un jarro de boca de seta de barniz rojo (fig. 86, C; lám. X, G), fragmentos de un ánfora fenicia, de platos de barniz rojo y una punta de hierro. Las dos kotylai, fechadas, en principio, en la primera mitad del s. VII, sirvieron de exponente cronológico de la necrópolis.

Posteriormente a la publicación de la memoria, las investigaciones sobre la cerámica geométrica y orientalizante griega distribuida por el Mediterráneo y la Península Ibérica arrojaron abundante luz sobre los vasos protocorintios de Almuñécar, precisando su origen y cronología. Naturalmente la cronología de la tumba 19 no era estrictamente aplicable al resto de las tumbas de Laurita, puesto que era plausible la existencia de tumbas anteriores y posteriores, como parece suficientemente demostrado (I. Negueruela, 1985).

En la memoria sobre Laurita de 1963 se fecharon las dos kotylai protocorintias, según las publicaciones de J.I.S. Whitaker sobre Motia (1921), de H. Payne sobre Corinto (1931, 1933), de W. Kreiker sobre Egina (1951) y de P. Cintas sobre Cartago (1950). A partir de 1963 las investigaciones sobre la cerámica geométrica griega y concretamente sobre la protocorintia fueron altamente fecundas, disponiéndose en la actualidad de cuantiosa documentación sobre la kotyle protocorintia, debida a C. Brokaw (1964), a G. Vallet y F. Villard (1964), sobre la cerámica griega arcaica de Megara Hyblaea, y a A. Ciasca y otros (1964-1969, 1970, 1973, 1978) sobre Motia. Pero el gran

investigador del geométrico y subgeométrico griego fue J.N. Coldstream (1968, 1979, 1982), quien creó un paradigma, analizando minuciosamente diferentes estilos según las formas y decoraciones cerámicas, definiendo círculos culturales del Egeo y del Mediterráneo y estableciendo cronologías, basadas en sucesiones estratigráficas y en las fechas históricamente conocidas de la fundación de las colonias griegas del Mediterráneo y muy especialmente de la Magna Grecia. De gran interés son las aportaciones de A.M. Bisi, sobre la cerámica griega de Occidente (1983) y de D.A. Amyx sobre la cerámica arcaica corintia (1988), siguiendo muy de cerca de J.N. Coldstream, cuya cronología propuesta fue revisada por D. Ridway (1984, 1992).

La cerámica protocorintia de las necrópolis de Cartago, tratada en trabajos generales por P. Cintas (1970-1976) y por S. Lancel (1979-1982), necesitaría una monografía específica. Un establecimiento eubeo de particular interés para el conocimiento y comprensión de la colonización griega y del orientalizador del mediterráneo central y occidental es Pitecusa, con abundante cerámica protocorintia, excavado y publicado por D. Ridway (1979) y G. Büchner (1982).

En la Península Ibérica después de las excavaciones de la necrópolis Laurita, se investigó el yacimiento fenicio de los Toscanos, cuya estratigrafía fue fechada con cierta precisión por la cerámica griega arcaica y particularmente por la protocorintia (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1969; H.G. Niemeyer, 1979-80, 1979, 1982, 1983, 1984, 1985, 1988). Sobre la cerámica protocorintia de Laurita es necesario tener en consideración las sutiles y certeras opiniones de W. Culican (1970) y de B.B. Shefton (1982).

La kotyle protocorintia rivalizó ventajosamente con el resto de los vasos griegos arcaicos desde el tránsito del geométrico al orientalizador antiguo y medio. Su elegancia y fina factura se puso de moda en todo el Mediterráneo, como el vaso más popular y lujoso para beber. En sus inicios, hacia el 720 a.C., su forma troncocónica, profunda e invertida, con dos asas horizontales, presenta unas proporciones similares de altura y diámetro de boca, evolucionando en el s. VII hacia un perfil más esbelto y un pie indicado más estrecho.

En el protocorintio inicial o antiguo, fechado entre el 720 y el 690 a.C., la decoración, simple y restringida, frente a la complicada temática del orientalizador ático y argivo, heredaría la sobriedad del geométrico griego, con cierta elegancia monótona y poco variada a base de líneas y bandas paralelas negras en su parte superior, junto al borde, combinadas con series de SSS, derivadas de estilizaciones de aves del geométrico final, acompañadas de metopas, rombos con punto central y trazos verticales y conservando en la parte inferior del cuerpo el barniz griego (black bottom) (fig. 93 A; lám. XII, A).

En el protocorintio medio I (fig. 93 B; lám. XIII, B) (690-670 a.C.) y II (670-650 a.C.) desaparece el barniz negro de la parte inferior del cuerpo, sustituido por una cenefa radiada de una corona de triángulos, motivo decorativo arcaico de origen y de larga tradición egipcia.

La kotyle protocorintia deriva del skyphos de estilo Aetos 666, así llamado por haber sido primeramente estudiado ese yacimiento de la isla occidental griega de Ítaca. De procedencia corintia o eubea, su forma es de amplia boca, hombros convexos, parte inferior cónica invertida y base plana, con dos asas semicirculares en los hombros ligeramente inclinadas hacia arriba. Su decoración negra en los hombros forma metopas con paralelas verticales y horizontales, siendo toda la parte inferior de barniz negro. Estos skyphoi de estilo Aetos 666, fechados en el tercer cuarto del s. VIII, se distribuyeron ampliamente por el Egeo y por las colonias griegas arcaicas de la Magna Grecia, como Pitecusas, Capua, Porto Cesareo, y de Sicilia, como Siracusa, Módica, Megara y Villasmundo.

Generalmente se acepta la cronología propuesta por J. N. Coldstream para la kotyle protocorintia, basada en las fechas dadas por Tucídides para las fundaciones de las colonias griegas de la Magna Grecia y Sicilia, como Naxos (734 a.C.), Siracusa (733 a.C.), Leontini (729 a.C.), Megara Hyblaea (728 a.C.) y Sibaris (720 a.C.), arqueológicamente confirmada en la necrópolis etrusca de Tarquinia, donde el protocorintio antiguo fue datado por el famoso vaso de pasta vítrea con la cartela del faraón Bocchoris, de la dinastía XXIV, quién reinó durante cinco años, desde el 720 al 715 a.C., de la misma manera que en la tumba 325 de la necrópolis eubea pitecusana del Valle di San Montano, donde el protocorintio antiguo aparece asociado con un escarabeo de ese mismo faraón (D. Ridway, 1992).

Según Coldstream, la secuencia cronológica de la cerámica protocorintia sería:

- Geométrico tardío (750-720).
- Protocorintio antiguo (720-690).
- Protocorintio medio I (690-670).
- Protocorintio medio II (670-650).
- Protocorintio reciente (650-630).
- Transición al corintio (630-615).

Siendo las dos kotylai del ajuar de la tumba 19 B de Laurita de cronología diferente, uno del protocorintio antiguo (fig. 93 A; lám. XII, A), datado en 720-690 a.C. y el otro del protocorintio medio I (fig. 93 B; lám. XII B), datado en 690-670 a.C., la tumba debe fecharse en función de la kotyle más moderna, hacia el 670 a.C.

La kotyle protocorintia antigua fue comercializada por los corintios en las postrimerías del s. VIII, primeramente en el Egeo, siendo imitado por los eubeos probablemente en el emporio internacional de Al-Mina, en la desembocadura del Orontes, convertido en centro de intercambio y distribución hacia el Mediterráneo Occidental desde finales del s. VIII, tanto por griegos como por fenicios. Otras imitaciones de la kotyle protocorintia parece que se efectuaron en Ática, Argólida, Creta y Rodas.

En el Mediterráneo central el gran centro distribuidor y, quizás, fabricante fue la colonia eubea de Pithekoussai, cuyas perfectas imitaciones se comercializaron en el Sur de Italia, Etruria y Sicilia por los mismos eubeos, mientras que los fenicios, adquiridos los productos en Pithekoussai, los distribuyeron por sus colonias de Sicilia occidental, Malta, Cerdeña, Cartago, Útica e Iberia.

Según Shefton (1982), las kotylai de Laurita son imitaciones eubeas procedentes de Pithekoussai o de Cumas, transportadas por naves fenicias, porque parece que los primeros viajes de las naves griegas al extremo Occidente no fueron anteriores al 640 a.C. fecha probable del viaje del samio Coleo a Tartessos.

En el Egeo, las kotylai protocorintias auténticas se han localizado en Corinto, Atenas (Phaleron, Ágora, Cerámico), Eleusis, Argólida, Eubea (Lefkandi, Eretria, Calcis), Creta y Rodas, principalmente, y hacia el Oeste aparecen en Ítaca.

En el Mediterráneo central, los principales yacimientos donde se han documentado kotylai del protocorintio antiguo son Pithekoussai (tumbas 152, 159, 325, 483, 622) (fig. 94 A), Motia, Mtarfa (Malta), Megara Hyblaea y en las necrópolis cartaginesas de Juno y Douïmes.

Las kotylai del protocorintio medio han aparecido con mayor frecuencia en las necrópolis de las colonias griegas de Megara Hyblaea, Cumas (tumba 18), Pithekoussai, en algunas tumbas etruscas, en las necrópolis cartaginesas de Juno (tumba 7, 15) (fig. 94 B), Byrsa (tumbas 136, 142, 143, 183, 191, 192, 195, 326) (Lancel, 1979/1982), Dermech (tumbas 43, 431) y Douïmes, y por supuesto, en la necrópolis de Motia.

En Iberia el establecimiento fenicio de Los Toscanos ha proporcionado cantidad suficiente de fragmentos cerámicos griegos de la segunda mitad del s. VIII y s. VII y especialmente protocorintios para poder fechar su estratigrafía con cierta precisión. En menores proporciones el protocorintio está presente en Huelva, Castillo de Doña Blanca, Morro de Mezquitilla y la Fonteta. Solamente dos necrópolis fenicias hispanas han entregado kotylai protocorintias, la tumba 19 de Laurita con dos vasos completos y la del Cerro del Mar, correspondiente a Los Toscanos, con algún fragmento.

3. HUEVOS DE AVESTRUZ

El uso de las cáscaras de los huevos de avestruz, como recipientes exóticos de lujo o como elemento ritual funerario, se remonta al epipaleolítico sahariano, donde se presenta con profusas y complicadas decoraciones grabadas (G. Camps, 1974). En el predinástico egipcio las piezas halladas en tumbas a partir del VI milenio se decoran con motivos pintados en rojo (M. Botto, 1996). En las tumbas reales de Ur del III milenio (C.L. Woolley, 1934) los huevos de avestruz, originarios del desierto sirio, forman parte de los ajuares funerarios, del mismo modo que en las tumbas del bronce medio y reciente, del II milenio a.C., de Siria, Palestina y Chipre, desapareciendo las últimas importaciones en el s. X (A. Finet, 1982; D.S. Reese, 1985).

En el Egeo los huevos de avestruz se importan en el minóico y heládico reciente de la segunda mitad del II milenio, tanto en los palacios, donde se usan como lujosos vasos decorados, como en los enterramientos con función ritual y apotropaica. A partir del s. VIII estas piezas, de procedencia africana a través de Egipto, son frecuentes en los santuarios griegos de Afaia en Egina, de Apolo en Corinto y de Hera en Samos y Argos, apareciendo igualmente en las necrópolis de Rodas.

Según los análisis efectuados en los huevos de avestruz, existen dos focos de origen y distribución, el africano y el sirio. El foco africano o nubio los exporta a Egipto desde la época predinástica hasta fines del II milenio, alcanzando desde allí Chipre en la segunda mitad del II milenio, y el Egeo. El foco sirio es el origen de los ejemplares de Sumer en el III milenio, y de los ejemplares de Siria y Palestina en el II milenio.

A principios del I milenio cesa el comercio de los huevos de avestruz en Oriente y el Mediterráneo, reapareciendo en el s. VIII y poniéndose de moda en el ritual funerario de la colonización fenicia hasta la época púnica avanzada.

Una síntesis sobre la distribución de estas piezas por el Próximo Oriente y el Mediterráneo se debe a M. Botto (1996). En el Norte de África aparecen en las necrópolis de Cartago desde mediados del s. VII hasta el s. II a.C. (M. Astruc, 1956; E. Acquaro, 1980), estando también presentes en la tumba 19 de la necrópolis fenicia de Rachgoun, del s. VII-VI (G. Vuillemot, 1955), en las necrópolis de Tipasa (S. Lancel, 1956), Guraya, Ain el Turc, Ain el Djennan y Ras Achakar (M. Ponsich, 1967), del s. VI a.C., y de Djidjeli, del s. V.

En Italia los hallazgos de huevos de avestruz se concentran desde el s. VII en las necrópolis etruscas de Caere, Tarquinia, Vulci, Vetulonia, Palo, etc. (A. Rathje, 1979), y en Cerdeña en las necrópolis de Tharros, Cagliari y Bithia, de los siglos VI-IV (E. Acquaro, 1981; E. Acquaro y P. Bartolini, 1986).

En Ibiza la necrópolis fenicio-púnica de Puig des Molins entregó casi un centenar de cáscaras de huevos de avestruz pintadas en tumbas de los siglos VI-III, analizadas por J. Mañá (1947), por M. Astruc (1957) y por M.P. San Nicolás (1975), quien presentó un minucioso estudio de tipología, decoraciones y cronología de cerca de un millar de piezas halladas en territorio español, especialmente de las necrópolis de Puig des Molins y Villaricos.

En la Península Ibérica los primeros hallazgos de huevos de avestruz fueron documentados por G. Bonsor (1899) en los túmulos funerarios tartesios de los Alcores sevillanos y Carmona (Acebuchal, Puerto Judío, Santa Marina, La Harinera, Santa Lucía y Cruz del Negro), del s. VII-VI, publicados algunos por D. Oliva y M. Puya (1982). La necrópolis púnica de Villaricos, del s. VI-II a.C., excavada por L. Siret (1908) y más extensamente publicada por M. Astruc (1951), con cerca de ochocientos ejemplares entre sus ajuares, entregó el mayor conjunto de estas piezas de todo el Mediterráneo.

En la necrópolis Laurita, fechada en los tres primeros cuartos del s. VII, aparecieron huevos de avestruz en las tumbas 1, 2, 10 (?) y 19 A (fig. 95; lám. XII, D), continuando los hallazgos en la contigua necrópolis púnica de Puente de Noy, del s. VI-II a.C. (F. Molina Fajardo, 1982, 1994). Otros ejemplares proceden de las necrópolis orientalizantes de Boliche (M. Osuna y J. Remesal, 1981), del s. VII y VI, de La Joya, del s. VII-VI (J.P. Garrido y E. Orta, 1978), de las púnicas de Jardín (H. Schubart y G. Maas-Lindemann, 1979, 1995) y de la Albufereta, del s. V-III (J. La Fuente, 1934; F. Figueras, 1952, 1956) y de la necrópolis griega de Ampurias, del s. V (M. Almagro Basch, 1955).

Los huevos de avestruz aparecen fragmentados en establecimientos fenicios como Morro de Mezquitilla (H. Schubart, 1986), Toscanos (H.G. Niemeyer, 1971), Alarcón (H. Schubart, H.G. Niemeyer y G. Maas, 1972), Cerro del Villar (M.^a E. Aubet y otros, 1999), Abdera (M. Fernández-Miranda y L. Caballero, 1975) y La Fonteta (A. González Prats, 1999), en el tartesio del Carambolo (J.M. Carriazo, 1970) y en el ibero-púnico del Tossal de Manises.

El huevo de avestruz siempre ha estado revestido de un carácter sagrado, por lo que suele hallarse en santuarios como elemento votivo y en necrópolis con función apotropaica, como germen de vida y de recuperación. En las tumbas suele contener ocre, que es otro elemento con el mismo significado simbólico de la sangre y de la vida. Aparecen completos con una o dos perforaciones para extraer el contenido, pero es más frecuente hallarlos recortados a dos tercios de altura para servir de recipientes. El borde es liso (forma A 6 de M.P. San Nicolás) o dentado, siendo más común el primero.

Los motivos decorativos pintados en rojo adoptan los temas de moda en cada horizonte cultural, fenicio, griego o púnico, del Mediterráneo, siendo los más primitivos (s. VIII-VI) los temas geométricos como los de Laurita, a base de metopas o rectángulos con aspas inscritas (fig. 95), análogas a las del vaso 193 de la necrópolis carmonense de la Cruz del Negro (G. Bonsor, 1899; fig. 115; M. Pellicer, 1968; fig. 1: 4), fechado en el s. VII y de clara tradición del geométrico chipriota y siro-palestino.

El tema geométrico de los ejemplares de Laurita está acompañado por la representación de aves esquemáticas (fig. 95), comunes en cerámicas, estelas y pinturas tumbales del mundo orientalizante mediterráneo, bien representado en cerámicas orientalizantes del Cabezo de San Pedro de Huelva, del Picacho de Carmona, de los Saldares de Orihuela, de la necrópolis de Mesas de Asta, etc. (M. Pellicer, 1982).

En la escatología fenicia es fundamental la creencia en la existencia del alma, como un principio o hálito que se eleva en la atmósfera con forma de ave, equivalente al «Ruah» de los textos ugaríticos (M. Fantar, 1970). En Laurita las aves pintadas en los huevos de avestruz corresponden a gallos. En la representación de aves de la iconografía funeraria fenicio-púnica, el gallo de las pinturas murales de la tumba VIII de la necrópolis púnica de Jebel Mleza (fig. 96) (P. Cintas y D. Gubert, 1939) es símbolo de valor apotropaico, según G. Camps, una víctima ofrecida en sacrificio, según G. Picard, o la evocación del alma del difunto, según M. Fantar (1970). Las aves funerarias evocan el viaje del alma, siendo un símbolo de la resurrección del muerto, quién, después de permanecer en la tumba, su espíritu se dirige a la región de ultratumba.

A partir del s. V a.C. el ave, en forma de paloma, símbolo del alma del difunto, sostenida en la mano por una divinidad telúrica femenina, identificada con Artemis, Deméter, Perséfone o Tanis, como sucede en la estatua de la

tumba 155 de la necrópolis de Baza (F. Presedo, 1972), se pondrá de moda en el Mediterráneo por influencia helénica, desde Rodas hasta Iberia, pero los orígenes serán anteriores, como se constata en Laurita.

La decoración pintada de los huevos de avestruz a partir del s. v adopta los temas florales de la cerámica griega de figuras rojas.

Los huevos de avestruz de los yacimientos fenicios del Mediterráneo central y occidental proceden en época arcaica de Nubia y del desierto occidental del Nilo, distribuido por Egipto en el s. VIII y por Cartago desde el s. VII. Con la expansión colonizadora fenicia por el Atlántico marroquí, las colonias de Lixus y Mogador distribuirían probablemente la mercancía sahariana hacia Gádir, pero la excesiva abundancia de piezas de las necrópolis púnicas de Villaricos y de Puig des Molins parece indicar que el emporio de transacciones continuó siendo Cartago. Los huevos de avestruz fueron imitados en las cerámicas funerarias de las necrópolis ibero-púnicas del Cortijo de las Sombras de Frigiliana (s. VI) (A. Arribas y J. Wilkins, 1969), de Villaricos (s. IV) (M. Astruc, 1951), de Tutugi (s. IV) (J. Cabré, 1921), y del Cabecico del Tesoro (s. II a.C.) (D. Fletcher, 1956).

4. METALISTERIA Y AMULETOS

En los millares de enterramientos fenicios y púnicos excavados en el Mediterráneo, se ha comprobado que las tumbas más ricas en ajuares son las de época arcaica de los s. VIII-VI. A partir del s. V los ajuares se empobrecen por razones económicas o por la transformación de las creencias escatológicas.

En Iberia la necrópolis Laurita entregó ajuares funerarios variados, pero no ricos en comparación con las de algunas tumbas tartesias, como La Joya o El Palmarón de Huelva, o fenicias como las de Trayamar. Entre los ajuares funerarios de Laurita se distinguen una asa de aguamanil de bronce de la tumba 1 A (fig. 97 A), un estuche porta-amuletos de plata de la tumba 14 (fig. 97 B), un amuleto de marfil representando un «oudja» de la tumba 14 (fig. 97 C), unos anillos o colgantes de bronce, plata y oro con escarabeo basculante de las tumbas 1, 3, 16 y 20 (fig. 97 D-G), un anillo de bronce de la tumba 20 (fig. 97 H), brazaletes de bronce de las tumbas 2 y 14 (fig. 97 I, J), unos pendientes de oro en la tumba 1 (fig. 97 K), cuentas de piedra verde de la tumba 3 (fig. 97 L) y de bronce de la tumba 14 (fig. 97 M), además de lañas de estaño de las tumbas 1 B y 3 A y una punta de hierro de la tumba 19 B (fig. 31 D).

La metalistería, adornos personales y amuletos de Laurita, probablemente importados de Egipto y Fenicia, se hallaron en mal estado de conservación por haber sufrido los efectos del fuego del «ustrinum» junto con el cadáver.

Del aguamanil de la tumba 1 A, solamente apareció un asa (fig. 97 A; lám. XIII, e), probablemente porque el resto debió ser eliminado por el fuego o porque pasó desapercibido por los obreros. E. Cuadrado dedicó varios trabajos (1956, 1957, 1966) a estos aguamaniles fenicios, tartesios, púnicos e ibéricos, erróneamente llamados «braserillos», con forma de grandes recipientes de bronce o plata, con una o dos asas móviles, sujetas a sendas anillas, fijadas a láminas terminadas en manos, unidas al recipiente con remaches de rosetas. El asa móvil de Laurita consiste en una varilla cilíndrica con forma de U con los extremos vueltos.

E. Cuadrado distinguió dos tipos de «braserillos», el arcaico u oriental de los s. VII-VI, al que corresponde el de Laurita, caracterizado por ser poco profundo con base plana o ligeramente convexa, ancho borde horizontal, asas en forma de U con los extremos vueltos, soportes de mano fijadas en la parte inferior del borde horizontal con remaches de roseta y un diámetro total de 40 a 45 cm. Este primer tipo, fenicio, aparece en las necrópolis orientales de Biblos, Chipre (tumba 34 de Marión, del s. V a.C.) y en Anatolia (necrópolis de Gordión de finales del s. VIII). En Etruria destaca el de la tumba Regolini Galassi del s. VII, y en la tumba de Yadamilk de Cartago (P. Delattre, 1897) apareció un asa similar a la de Laurita.

En España el aguamanil arcaico es frecuente en las tumbas orientalizantes del s. VII (Cañada de Ruiz Sánchez, Aliseda, El Palmarón, La Joya) y en poblados célticos de influencia orientalizante del s. VI, como el Berrueco (Salamanca), Sanchorreja (Ávila) y Santa Olaia (Figueira da Foz). El tipo 2 de Cuadrado, ibero-púnico de los siglos V-III a.C., se considera una evolución local del tipo 1, ampliamente distribuido por las provincias de Sevilla, Málaga, Granada, Jaén, Alicante, Valencia, Murcia, Teruel, Tarragona, Salamanca, Ávila y Baleares (E. Cuadrado, 1966; J.M. Blázquez, 1975).

El estuche porta-amuletos de la tumba 14 de Laurita (fig. 97 B; lám. XIII, X; XX, D) tiene dos paralelos exactos, en el establecimiento fenicio del Castillo de Doña Blanca (D. Ruiz Mata, 1988) y en la tumba de Yadamilk en la necrópolis de Douimes en Cartago (P. Delattre, 1897). Estos estuches contienen en su interior una lámina metálica, de papiro o tejido con representaciones de símbolos mágicos o personajes sagrados y con función profiláctica o protectora. Su origen es egipcio, existiendo ya en la dinastía XII tebana (s. XX-XVIII) y en la necrópolis de Beni-Hassan, de donde pasaron a Fenicia y al Mediterráneo occidental.

Los estuches más arcaicos se fabricaron con metales nobles de plata y oro y partir del s. VI hasta el III suelen ser de bronce e, incluso, de plomo, adoptando forma cilíndrica o prismática con cabeza de animal sagrado de la mitología egipcia (J. Vercouter, 1945; P. Cintas, 1946, 1970-1976; B. Quillard, 1970-71). El ejemplar de Laurita es de plata con forma de prisma octogonal, terminado el extremo inferior en semiesfera y el superior en superficie plana sobre la que se supone el engarce de carrete. En España abundan en las necrópolis púnicas de Cádiz, Villarcos y Puig des Molins.

Procedente también de la tumba 14 de Laurita, existe una pieza de marfil fragmentada (fig. 97 C) con forma de óvalo con apéndice, que podría identificarse como un amuleto de tipo «Oujda» u ojo de Horus, muy frecuente en las necrópolis fenicias y púnicas del Mediterráneo occidental (G. Clerc, 1980; J. Padró, 1980, 1983, 1985).

La necrópolis Laurita entregó varios escarabeos procedentes de las tumbas 1, 3, 16 y 20 (fig. 97 D-G). El de la tumba 1, perdido y hallado posteriormente en colección particular, está engarzado en un aro amorcillado de oro, asemejándose a un anillo con escarabeo basculante (fig. 97 D). El ejemplar de la tumba 3, de pasta vítrea con jeroglífico ilegible por el fuego, se engarza en un colgante basculante de plata (fig. 97 E). El de la tumba 16, de pasta vítrea marrón oscuro, de dos cm (fig. 97 F; lám. XIII, A), enmarcado en oro e ilegible, carece del aro del colgante. El de la tumba 20, de pasta vítrea verde, de 1,35 cm, exento y sin anillo colgante (fig. 97 G; lám. XIII, C), conserva en el reverso una inscripción jeroglífica, cuya traducción, según J. Padró (1976) es: «Jonsu, Rey del Alto y Bajo Egipto, Señor del Doble País».

Los colgantes con escarabeo basculante de Laurita, según Padró, son de origen egipcio, fechados en los siglos VIII-VII, siendo sus paralelos más próximos los de las necrópolis fenicias hispanas de Lagos, Trayamar, Cádiz, Jardín y la púnica de Puente de Noy.

El escarabeo egipcio se utiliza como símbolo del Dios creador y generador del Universo (I. Gamer, 1975), adoptando en el anverso la forma del escarabajo del Dios Jepry, como símbolo de resurrección, y en el reverso algunos símbolos o inscripción jeroglífica.

El anillo de la tumba 20 (fig. 97 H; lám. XIII, F) y los brazaletes de las tumbas 2 y 14 de Laurita (fig. 97 I; lám. XIII, G) son muy simples, fabricados con una varilla de sección circular de bronce.

Procedentes de la tumba 1 de Laurita, se conservan en colección particular unos pendientes de oro (fig. 97 K), formados por un óvalo amorcillado para sujeción a la oreja, en cuya parte inferior está soldada una anillita de la que pende una esfera, cuyos paralelos más próximos proceden de las necrópolis de Trayamar, La Joya 9 y Aliseda.

Dentro de la urna cineraria de la tumba 3 de Laurita se halló una cuenta de collar cilíndrica de piedra verde (variscita?) de 2,2 cm y, dentro de la urna de la tumba 14, dos cuentas esféricas de bronce (fig. 97 M).

No deja de tener interés una punta de hierro de 5 cm (fig. 31 D), hallada en el nicho B de la tumba 19 de Laurita, fechada hacia el 670 a.C. La elevada cronología de este objeto de hierro y los hornos con escorias de este metal excavados en los establecimientos fenicios de Morro de Mezquiti (H. Schubart, 1999), Chorreras (M.^a E. Aubet, 1974, 1991) y Toscanos (H.G. Niemeyer y otros, 1983), fechados en la segunda mitad del s. VIII a.C., y del Cerro del Villar, del s. VII a.C. (M.^a E. Aubet y otros, 1999) parecen constatar, que la siderurgia, exponente de la edad del hierro, se inició en las colonias fenicias del Sur de la Península Ibérica en un momento anterior a los primeros testimonios de los campos de urnas del noreste hispano.

X. LAS BASES CRONOLÓGICAS DE LAURITA

En la publicación de 1963, con los datos obtenidos en la excavación de la necrópolis Laurita, propuse una cronología dentro de la primera mitad del s. VII a.C., basándome en las fechas entonces aplicadas a las kotylai protocorintios del Mediterráneo, análogas a los de la tumba 19 B (W. Kreiker, 1951; H.G.G. Payne, 1933; F. Villard y G. Vallet, 1956; P. Cintas, 1950; D.B. Harden, 1937) y a la tipología de las cerámicas de barniz rojo fenicio de las necrópolis de Chipre (E. Gjerstad, 1948, 1960), Cartago (P. Cintas, 1950; D.B. Harden, 1937) y Motia (J.I.S. Whitaker, 1921) y del establecimiento fenicio de Mogador (A. Jodin, 1958).

Las excavaciones estratigráficas de Toscanos en 1964, con cerámicas análogas a las de Laurita, fechadas por cerámicas griegas arcaicas, confirmaron la cronología propuesta (H. Schubart, H.G. Niemeyer y M. Pellicer, 1964, 1965, 1966, 1969), siendo generalmente aceptada. La alta cronología de las urnas cinerarias de alabastro egipcias de los siglos IX y VIII, según sus inscripciones, indujeron a algunos investigadores a elevar las fechas de Laurita a pesar de las dataciones seguras de los ajuares de las tumbas dentro del s. VII.

1. LAS KOTYLAI PROTOCOLINTIAS

Según la clasificación de J.N. Coldstream (1968) y las observaciones de B.B. Shefton (1982), las dos kotylai protocorintias del enterramiento 19 B de Laurita son de cronología sucesiva, catalogándose uno de ellos (fig. 93 A; lám. XII, A; XI, A) en el protocorintio antiguo, entre el 720 y el 690 a.C., con posibilidad de haber prolongado la cronología hasta el 650 a.C.

Ante la circunstancia de haber aparecido ambas kotylai en el mismo contexto, sería plausible creer que el ejemplar más moderno podría haberse aproximado a la fecha del más antiguo. Si se admiten fechas medias, el momento de fabricación de la kotyle más antigua en Pitecusas podría situarse hacia el 700 a.C. y el de la más moderna hacia el 680 a.C. Por otra parte, dando un margen de diez años a la deposición de las kotylai en el nicho B de la tumba 19 de Laurita, el enterramiento se fecharía hacia el 670 a.C. El nicho A de esa misma tumba 19 sería ligeramente posterior por ser lateral y secundario.

2. CERÁMICA DE BARNIZ ROJO

Según las diferentes formas de la cerámica de barniz rojo de Laurita, estudiadas por I. Negueruela (1985), la cronología de la necrópolis sería: tumba 13 (710-695 a.C.), tumba 20 (705-690 a.C.), tumba 19, con las kotylai protocorintias (680-665 a.C.), tumba 12 (675-650 a.C.), tumba 15 (665-640 a.C.), tumba 2 (650-625 a.C.), tumba 16 (635-625 a.C.), y tumba 17 (635-620 a.C.).

Atendiendo a la cronología de los platos de barniz rojo deducida por H. Schubart (1976), los siete ejempla-

res, completos o fragmentados, podrían fecharse, el de la tumba 13 (fig. 23; lám. XI, C), con una anchura de borde de 45 mm y un cociente de 65, hacia el 700 a.C. El plato de la tumba 12 (fig. 22 C), con un borde de 55 mm y un cociente de 50, se fecharía hacia mediados del s. VII. El plato de la tumba 19 B, con anchura de borde de 62 mm y un cociente de 35, se dataría a fines del s. VII, fecha que no se corresponde con la proporcionada por las kotylai, mucho más segura. Los platos de las tumbas 2, 15 B, 16 y 17 (fig. 88), con anchura de bordes de unos 68 mm y cociente de 30, se fecharían hacia mediados del s. VI.

Como puede observarse, el método de H. Schubart para la datación de los platos fenicios de Occidente no es absolutamente seguro, sino simplemente orientativo, fenómeno claramente observado en los platos de Huelva, donde la reducida anchura de sus bordes permanece casi constante desde el s. VIII hasta el s. VI, lo cual es explicable, porque cada círculo o yacimiento puede seguir sus reglas propias.

En su minucioso estudio, I. Negueruela (1983) comparó las oinochoai de barniz rojo de las tumbas 13 y 20 de Laurita (fig. 83) con las del yacimiento palestino de Hazor (Y. Yadin, 1955, 1958), caracterizadas por unas anchas paredes que rebasan el cuello del vaso y datadas a fines del s. VIII. También los compara con dos oinochoai de Trayamar (nº 551 y 603) (fig. 84), que, indudablemente, según el contexto, son casi medio siglo más modernas que las de Laurita. La anómala oinochoe de la tumba 19 B de Laurita (fig. 85 A; lám. X, D), de cuerpo piriforme alargado y hombros marcados por una carena, fechable, según las kotylai protocorintias del contexto, hacia el 670 a.C., es idéntica a otro ejemplar de la necrópolis de la Colina de Juno en Cartago (fig. 85 B) (P. Delattre, 1907), datado igualmente en la primera mitad del s. VII a.C. por una kotyle del protocorintio medio.

El jarro de boca de seta formaba parte del ajuar de las tumbas 13, 19 B y 20 de Laurita (fig. 86). La forma, originada en el bronce final de Siria, Palestina y Chipre en la segunda mitad del II milenio a.C. por influencia egipcia o micénica, evolucionó en Oriente (M.W. Prausnitz, 1972, 1982; W. Culican, 1970, 1982) y en las colonias fenicias de Occidente hasta el s. VI a.C. (M. Almagro Gorbea, 1972; I. Negueruela, 1979-80, 1981, 1983, 1985; A. Pessierico, 1996).

En el estudio de la evolución, tipología y cronología de estos vasos, M. Almagro (1972) estableció cuatro tipos. Según este autor, al tipo I, de cuerpo simétrico con acanaladura en el cuello, de la segunda mitad del s. VIII a.C., pertenecería el jarro de la tumba 20 de Laurita (fig. 83; lám. IX, A). Al tipo II, de cuerpo piriforme, sin acanaladura en el cuello pero con ensanche de arista en su mitad, fechado en el primer tercio del s. VII a.C., pertenecerían los de los jarros de las tumbas 13 y 19 B de Laurita (fig. 83; lám. X, G). Al tipo III, de cuerpo piriforme y con ensanche en la parte baja del cuello, fechado en la segunda mitad del s. VII a.C., pertenecería el jarro de la tumba 12 de Laurita (fig. 83; lám. X, F), sin que exista en nuestra necrópolis el tipo IV de Almagro, de cronología posterior.

Comparando la cronología atribuida por Almagro a los jarros de boca de seta con la aplicada por Schubart a los platos de barniz rojo, se observan claras discrepancias.

Según I. Negueruela (1979-80, 1981, 1983, 1985), los jarros con cuerpo piriforme y con arista en la parte baja del cuello de las tumbas 13, 19 B y 20 de Laurita (fig. 86) habría que fecharlos en la primera mitad del s. VII a.C. y el jarro con la parte baja del cuello cilíndrica de la tumba 12 habría que datarlo en la segunda mitad del s. VII a.C.

A. Pessierico (1996) a su periodo I, anterior al 700 a.C. asigna el ejemplar de la tumba 13 de Laurita. A su periodo II, fechado entre el 700 y el 620 a.C., atribuye los jarros con cuerpos piriformes alargados de las tumbas 12, 19 B y 20 de Laurita (fig. 86), sin que existan en nuestra necrópolis jarros de boca de seta de su periodo III, con fechas entre el 620 y el 580 a.C.

Conjugando estas clasificaciones de los jarros de boca de seta, según estos tres autores, pese a las discrepancias, la tumba más arcaica de Laurita sería la 13, quizás de finales del s. VIII a.C., seguida por la 20, de principios del s. VII a.C., por la 19 B, de hacia el 670 a.C. y por la 12, de mediados del s. VII a.C.

La evolución de las lucernas está en función del diámetro y de la modalidad de los mecheros, de manera que cuanto mayor es el diámetro y cuanto más abiertos y menores son los mecheros, la pieza es más antigua. En Laurita aparecieron dos ejemplares de barniz rojo de dos mecheros en las tumbas 2 y 15 B (fig. 92, 26 D; lám. XI, D y E), cuyos diámetros son de 13, 5 cm en la primera y de 12,2 en la segunda, dimensiones que apuntan al s. VII a.C., datación a la que también corresponden la abertura y tamaño de los mecheros.

3. LOS HUEVOS DE AVESTRUZ

De los huevos de avestruz decorados de Laurita, hallados en las tumbas 1?, 2?, 10? y 19 A, el de la tumba 10 (fig. 95; lám. XII, D) es el más significativo por conservar la decoración pintada en rojo con motivos de franjas verticales paralelas, rectángulos con aspas inscritas formando metopas y aves esquemáticas. Los motivos en aspas son similares

a los del vaso 193 de la necrópolis de la Cruz del Negro de Carmona, excavada por G. Bonsor (1899, fig. 115), fechada en el s. VII a.C. Las aves esquematizadas tienen sus paralelos meridionales en cerámicas pintadas o grabadas del s. VII, provenientes de poblados orientalistas, como el Cabezo de San Pedro de Huelva, el Picacho de Carmona, los saladares de Orihuela y de la necrópolis de Mesas de Asta (M. Pellicer, 1982).

4. AMULETOS Y METALISTERÍA

La escasez de amuletos y metalistería de Laurita no proporciona gran precisión cronológica a la necrópolis aunque plausiblemente todo el conjunto puede enmarcarse en el s. VII a.C. Los escarabeos egipcios engarzados en colgantes anulares basculantes de las tumbas 1, 3, 16 y 20, quemados con el cadáver, al ser ilegibles, excepto el de la tumba 20, no son capaces de aportar cronología precisa, aunque J. Padró (1976) los fecha en el s. VIII a.C.

El asa de bronce de la tumba 1 A (fig. 87; lám. XIII E) pertenece a un aguamanil del tipo I de Cuadrado (1956, 1957, 1966), de tradición oriental, fechable en el s. VII a.C. con paralelos en Oriente, Etruria, Cartago y Península Ibérica (Alcores sevillanos, Huelva, Salamanca, Ávila y Figueira da Foz).

El estuche porta-amuletos de plata de la tumba 14 (fig. 97 B; lám. XIII, E) es idéntico a los hallados en la tumba de Yadamilk de la necrópolis de Douïmes (Cartago) (P. Delattre, 1897) y del establecimiento fenicio del Castillo de Doña Blanca (lám. XX, C), fechado erróneamente por D. Ruiz Mata (1989) en el s. V a.C., cronología que, según Laurita y la tumba de Yadamilk, con una kotyle del protocorintio medio, habría que datarlo dos siglos antes, hacia el 660 a.C.

El anillo de bronce de la tumba 20 (fig. 97 H; lám. XIII, F) y los brazaletes de las tumbas 2 y 14 de Laurita (fig. 97 I-J; lám. XIII, G) son tan simples y elementales que no son fechables con precisión.

Los pendientes de oro con esferas colgantes (fig. 97 K) tienen similitudes con los de tumbas de las necrópolis de Cartago, Trayamar, La Joya y la Aliseda, del s. VII a.C. Las cuentas de collar cilíndricas de piedra verde, las esféricas de bronce y la punta de hierro informe (fig. 97 M, 31 D) no obedecen a ninguna cronología precisa.

5. URNAS DE ALABASTRO E INCINERACIÓN

Si parte de las urnas de alabastro de Almuñécar, procedentes, quizás, de las tumbas reales de Tanis, se fabricaron entre la fecha de la muerte de Osorkon II (850 a.C.) y la de Chechonq III (773 a.C.) y, suponiendo que alguna de estas tumbas reales fueron saqueadas algunos años después, a mediados del s. VIII a.C., estos vasos, primeramente transportados desde Egipto al palacio de Sidón, debieron llegar a Sex desde Fenicia en el tercer cuarto del s. VIII a.C., traídos por los colonos tiro-sidonios, para ser reutilizados en Laurita como sagradas urnas cinerarias, durante dos o tres generaciones en los tres primeros cuartos del s. VII a.C.

El primer rito funerario introducido por los fenicios en el Mediterráneo central y occidental fue el de la incineración, constatado desde el 700 a.C., o antes, en Laurita, siendo sustituido en el último cuarto del siglo o hacia el 600 a.C. por el rito de la inhumación, según se observa en la gran tumba de cámara 1-E de la necrópolis contigua púnica de Puente de Noy (F. Molina, 1982). El mismo fenómeno se repite en la tumba 4 de cámara de la necrópolis de Trayamar (H. Schubart, 1976), donde a finales del s. VII la incineración es reemplazada por la inhumación.

Habiéndose intentado establecer una sucesión cronológica en función de la tipología de las tumbas de Laurita, el resultado fue negativo, sin que existiese ninguna evolución de las infraestructuras, según las dataciones de los contextos, pero sería plausible admitir que en las tumbas de Laurita con doble enterramiento en dos nichos o en nicho y fondo del pozo, los enterramientos no fueron simultáneos sino sucesivos, siendo anterior el del nicho dirigido según el eje mayor del pozo (enterramientos 1 B, 3 B, 15 B y 19 A) y posterior el del nicho lateral y el del fondo del pozo (enterramientos 1 A, 3 A, 15 A y 19 A).

6. TUMBAS DE POZO

La tipología de las tumbas de pozo profundo, entre 2 y 5 m, con o sin nicho lateral, es un síntoma de arcaísmo, siendo sustituido el pozo, en otras necrópolis, por la fosa o el hoyo, y el nicho, en la segunda mitad del s. VII y VI, por una cámara más o menos espaciosa, para depositar sucesivamente los cuerpos de los inhumados, como sucede en Trayamar, Puente de Noy, Jardín y Villaricos.

7. LA ESTRATIGRAFÍA HORIZONTAL DE LAURITA

El criterio topográfico de P. Cintas (1970-1976) para fechar las necrópolis de Cartago no es aplicable a Laurita. Si en las necrópolis de Cartago parece confirmado que las tumbas más arcaicas son las más próximas al hábitat y, si en estas necrópolis, emplazadas en las colinas que rodean la ciudad, las tumbas más modernas son las más alejadas y en cotas más altas, por el contrario, examinados los ajuares de las tumbas de Laurita, en esta necrópolis, las tumbas más arcaicas se emplazan en cotas superiores y más alejadas del poblado de Sex (tumbas 12, 13, 14, 20 y 19), por lo cual cabe admitir en la necrópolis Laurita una estratigrafía horizontal con la siguiente sucesión cronológica: tumba 20 (710-700 a.C.), tumba 14 (700-670 a.C.), tumba 19 (670 a.C.), tumba 13 (660-650 a.C.), tumba 12 (660-640 a.C.), tumbas 5, 10 y 11 (640 a.C.), tumbas 16 y 3 (630 a.C.) y tumbas 1, 2, 17 y 18 (625 a.C.).

Según P. Cintas (1970-1976), la parquedad de ajuar en las tumbas fenicias, reducido a uno o dos objetos, es signo de arcaísmo del s. VIII, aumentando el número de objetos en el s. VII, con oinochoai, jarros de boca de seta, platos, lucernas, kotylai protocorintias, etc., como sucede en ciertas necrópolis de Cartago y la Península Ibérica.

XI. LA SOCIEDAD FENICIO-PÚNICA SEXITANA

1. EL RELATO DE ESTRABÓN

Los datos históricos y arqueológicos disponibles para poder penetrar en la sociedad sexitana arcaica, relacionada con la reducida necrópolis Laurita, son verdaderamente escasos. El relato de Estrabón (Geografía, III, 5, 5) a propósito de la fundación de Gádir, escrito en el cambio de era y tomado de otras fuentes griegas anteriores, tiene un valor de primer orden.

Del relato de Estrabón, al describir los viajes de los tirios hacia Occidente, se deduce que los fenicios, enviados por un oráculo a fundar colonias a las Columnas de Hércules, junto al mítico y opulento Tartesos, se detuvieron primeramente en un punto donde, se situaba «la ciudad» de los exitanos (Almuñécar) y desde donde regresaron a Fenicia, no por la adversidad del oráculo allí efectuado, sino posiblemente por las suspicacias o animadversión de las poblaciones indígenas del bronce final. Podría admitirse que un pequeño grupo de estos intrépidos exploradores permanecieron en el territorio sexitano, negociando y esperando una próxima oleada de colonos orientales.

Este primer contacto precolonial de los tirios con los sexitanos nativos pudo suceder en la segunda mitad del s. IX a.C., antes que con los onubenses y gadeiritas. En su segundo viaje exploratorio, algún tiempo después, traducible por varios años, otro grupo de tirios atravesó las Columnas de Heracles, desembarcando en una isla junto a Onoba (Huelva), quizás en Saltés, de donde, celebrado otro oráculo con resultado negativo, regresaron de nuevo a Fenicia. Es posible que un pequeño grupo de exploradores permaneciera en la isla y en las playas de Onoba, negociando pacíficamente con los tartesios, asentados en los Cabezos de Huelva, las condiciones de la fundación de la colonia y de las futuras transacciones de metales de Ríotinto. En la tercera exploración los tirios abordaron directamente el archipiélago gadeirita en la segunda mitad del s. IX a.C., fundando una ciudad fortificada, Gádir, en una isla de la parte occidental y un santuario dedicado a Melkart en otra isla más oriental, en Sancti Petri.

Con estos tres viajes, en principio exploratorios, los tirios habían iniciado en el s. IX una estructura colonial de vanguardia con dos estratégicos establecimientos principales, Onoba, centro de extracción, adquisición y tratamiento de metales, y Gádir, emporio de transacción y distribución, ampliado en tierra firme, como cabeza de puente, con la fundación de la colonia del Castillo de Doña Blanca a mediados del s. VIII.

Otro gran círculo logístico de retaguardia surgiría en el segundo cuarto del s. VIII a.C., emergiendo una serie continua de colonias al oriente del estrecho en los estuarios de los ríos de la costa andaluza y hasta el Segura, entre los que destacó Sex. Simultáneamente desde Gádir la flota tiria exploraría las costas portuguesas siguiendo las antiguas rutas del estaño del noroeste peninsular.

Estos primeros viajes » precoloniales » fenicios de Oriente a Occidente se efectuarían, por razones climáticas, desde marzo a octubre, durando cada trayecto de ida y vuelta unos tres meses cada uno, lo que supone que en cada viaje completo, más el tiempo dedicado a la exploración terrestre, se invertirían dos años. Plausiblemente esta primera expansión comercial fenicia, supuesta precolonización, debió durar un siglo, desde mediados del s. IX a

mediados del s. VIII, independientemente de que desde los primeros momentos de la expansión emergieran dos núcleos coloniales propiamente dichos, Onoba, como factoría y Gadir como emporio o centro de transacciones, avalado por el santuario de Melkart.

Las naves componentes de las expediciones fenicias serían de tipo hipos, alargadas y marineras, en las primeras exploraciones del s. IX, y de tipo gaulós, redondeadas, espaciosas, con gran vela cuadrada y tripuladas por una veintena de remeros, transportando unos treinta colonos en la expansión colonial del s. VIII a.C.

2. LAS SUPUESTAS OLEADAS FENICIAS EN SEX

En estos viajes prospectores se entrevé el primer punto de amarre de la precolonización fenicia peninsular fue Sex, como punto de apoyo del plan estratégico comercial, pero la colonia permanente se fundaría, según corroboran los sondeos efectuados por F. Molina en Almuñécar, hacia mediados del s. VIII, formada por un núcleo poblacional mixto.

Independientemente del principal objetivo fenicio, generalmente propugnado, de la adquisición y comercio de metales de plata, oro, estaño, y cobre (M. Pellicer, 2000), se ha esgrimido, como causa de la emigración fenicia hacia occidente, la presión militarista y tributaria asiria de Tiglatpileser III (745-727 a.C.), quien en su conquista de Fenicia rindió a Tiro y a su rey Hiram II (739-730 a.C.), deportando la población a Asiria y permitiendo a Tiro, por propio interés recaudatorio, la prosecución comercial y colonizadora de Occidente a cambio de fuerte tributo. Los tributos en plata y oro exigidos por los asirios a los fenicios eran tan excesivos que el rey de Tiro Mattan II (730-729 a.C.) se vio obligado a pagar a Tiglatpileser III ciento cincuenta talentos de oro, equivalentes a unas tres toneladas y media de ese precioso metal, de origen egipcio y posiblemente también tartesio. La presión económica, las destrucciones y las deportaciones producidas por Salmanasar V (727-722 a.C.) y por Sargón II (722-705 a.C.) crearon tal malestar entre la población fenicia, que el ambiente se convirtió en insoportable, de tal modo que el rey Luli de Tiro (729-694 a.C.) se vio obligado a emigrar, huyendo del rey asirio Senaquerib (705-681 a.C.), a su colonia chiota de Kition el año 701 a.C.

En estos momentos turbulentos de la segunda mitad del s. VII a.C., quizás en tiempos de Hiram II de Tiro (739-730 a.C.), tendría lugar una masiva emigración fenicia a Sex y a otras fundaciones fenicias de Iberia. El número de inmigrantes que recibió Sex en esta diáspora, podría estimarse, con grandes reservas, en unos doscientos colonos, de los cuales unos cincuenta corresponderían a una veintena de familias nobles y un centenar de colonos de clase social media y baja, dedicados a la artesanía y a tripulación naval.

Probablemente esta importante oleada emigratoria fenicia a Sex transportaría consigo parte de sus riquezas, especialmente los preciosos vasos de alabastro egipcios, rescatados del palacio de Sidón, amenazado por los asirios, para ser reutilizados como urnas cinerarias en los veintidós enterramientos de la necrópolis Laurita entre fines del s. VIII y el tercer cuarto del s. VII a.C. Es admisible creer que la masiva oleada del s. VIII estaría compuesta por una clase social de alto rango, perteneciente a un clan o grupo social de parentesco, perfectamente organizado, con el propósito de permanecer definitivamente en la incipiente colonia propiamente dicha.

Otra oleada migratoria, auténtica diáspora, sería la más densa y la que más profunda y positivamente afectó al auge, no sólo de Sex, sino del cúmulo de establecimientos fenicios situados al oriente del Estrecho, en los que aparecen las urnas cinerarias de alabastro, iniciándose hacia el 700 a.C. y prosiguiendo hasta el tercer cuarto del s. VII a.C., como efecto de los asedios de Senaquerib (705-681 a.C.), destructor de la confederación tiro-sidonía de Asaradón (671-667 a.C.) y de Asurbanipal (668-626 a.C.).

El rango social de estos últimos colonos inmigrantes fenicios sería inferior a los de la oleada anterior correspondiendo a una clase media de una burguesía mercantil y artesana, compuesta por metalúrgicos, carpinteros, tejedores, arquitectos, constructores de naves, que revitalizarían profundamente la demografía y la economía industrial y comercial de las colonias.

Hacia el 600 a.C. parece que se inicia otra inmigración de población heterogénea, relacionada con las amplias redes comerciales púnicas de Cartago y greco-etruscas, extendidas por el mediterráneo central y occidental, cuyas necrópolis sextanas de inhumación se localizan en Puente de Noy y en Velilla.

3. SOCIEDAD Y ECONOMÍA DE LA SEX FENICIO-PÚNICA

Ante el primer contacto del reducido grupo de tirios con la población indígena, se iniciaría el mestizaje a mediados del s. VIII a.C., siendo el primer establecimiento un simple fondeadero. Con la oleada de orientales de la segunda

mitad del s. VIII Sex alcanzaría la categoría de factoría y con la copiosa oleada del s. VII Sex se convertiría en una auténtica colonia fenicia de población mixta oriental e indígena orientalizada.

La revitalización y auge de Sex en el s. VII fue un fenómeno análogo al de los otros establecimientos coloniales fenicios de Occidente y especialmente de las costas hispanas al oriente del Estrecho, desde el Cerro del Prado a La Fonteta, territorio convertido en una de las mayores concentraciones de población fenicia del Mediterráneo occidental.

Los fenicios sexitanos del s. VII ejercerían un control territorial, monopolizando el acceso a los recursos madereros y alimenticios del hinterland hacia la sierra costera y el valle del Genil, según se desprende de las estratigrafías del bronce final y del orientalizante del Cerro de la Mora (J. Carrasco y otros, 1981, 1985) del Cerro de los Infantes (F. Molina González y otros, 1983; A. Mendoza y otros, 1980) y de Crevillente (A. González, 1990).

Según los sondeos de F. Molina Fajardo en Almuñécar (fig. 3) (1983 A y B, 1987, 1991; F. Molina y otros, 1983, 1986), la Sex del s. VII debió ocupar una superficie de unas seis hectáreas, equivalente demográficamente a un millar de habitantes de población mixta, con predominio de indígenas. La escala superficial de seis hectáreas y la demografía de un millar de habitantes está por encima de otros establecimientos fenicios, como el Cerro del Prado, La Montilla y el Cerro del Villar, de tres hectáreas y unos seiscientos habitantes cada uno, o como el Morro de Mezquitilla y Abdera, ambos con unas dos hectáreas y unos cuatrocientos habitantes. Los establecimientos fenicios de mayor escala son Onoba y Gádir, ambos con casi diez hectáreas y cerca de dos mil habitantes, el complejo de Toscanos, con doce hectáreas y más de dos mil habitantes, y la Fonteta, con ocho hectáreas y unos mil quinientos habitantes, teniendo la misma extensión el Castillo de Doña Blanca y Málaga (fig. 3 C).

El territorio o «chora» de recursos de Sex, extendida por las cuencas bajas de los ríos Verde y Seco, se extendería por una superficie de unos cuatro km cuadrados. A pesar de que se poseen muy pocos datos urbanísticos por la reducida superficie de los sondeos, la colonia contaría de una acrópolis en la parte alta de la población, extendida por el promontorio del Castillo de San Miguel, de una zona residencial en la ladera media y baja y de una zona industrial hacia la playa. Los accesos principales debieron ser dos, correspondientes, el oriental a la ensenada del río Verde, y el occidental, a la del río Seco. La pequeña y arcaica necrópolis Laurita se emplazaba en el promontorio de San Cristóbal, a 800 m al oeste de la población (fig. 3).

La economía de Sex, como la de las otras colonias fenicias de la costa andaluza, se basaba en los productos agropecuarios y marinos, habiéndose introducido por los colonos cultivos de olivos para aceite y viñas para vino como complemento de los cereales tradicionales. Los extensos pastizales alimentarían una notable cabaña ganadera bovina y ovicaprina, según la fauna obtenida en los sondeos. Gran fama obtuvo la pesca del atún y de la caballa, importante base de la dieta sexitana, famosa desde el s. V a.C. hasta época romana imperial, exportada en ánforas de salazones a gran parte del Mediterráneo, arqueológicamente constatada en las abundantes ánforas de los pecios hallados en el entorno marino (F. Molina y G. Huertas, 1983) y especialmente en la factoría romana del Muelle (M. Sotomayor, 1971). Probablemente dispondría la colonia de industrias de hierro, tejidos de lana, salinas y, quizás, de astilleros, generadoras de un activo comercio marítimo, hacia Gádir y hacia el Mediterráneo central, y un comercio terrestre hacia el «hinterland».

La sociedad sexitana desde época arcaica sería clasista, dividida en varios estamentos, el alto, de fenicios nobles en cuyas manos estaría el gobierno de la colonia, el medio, de artesanos e industriales orientales, y el bajo, de indígenas dedicados a labores agropecuarias de pesca y transportes. Posiblemente existiría una cuarta clase, de esclavos.

La necrópolis Laurita solamente refleja una parte mínima de la sociedad sexitana más arcaica, la de la clase dominante, de «status» social elevado, inmigrada en la segunda mitad del s. VIII directamente de Tiro y Sidón, y unida por lazos de parentesco, hipótesis no constatada con análisis de ADN, por haber desaparecido los restos incinerados de las urnas de Laurita en el Museo Arqueológico de Granada y en las colecciones privadas. El carácter clasista de la sociedad sexitana a partir del s. VI a.C. se observa mejor en la necrópolis de Puente de Noy. Los ritos funerarios de las necrópolis de Sex se acogieron al mismo ritmo del resto de las necrópolis fenicios-púnicas del sur peninsular con el rito de la incineración en el s. VII, sustituido por el de la inhumación desde finales del siglo VII o principios del s. VI hasta el s. III. Por otra parte, las incineraciones en urnas de alabastro egipcias en las necrópolis de Abdera, Laurita, Lagos, Trayamar, Cerro del Mar, faldas del Peñón, Gádir y Cortijo de Montáñez, confieren a este grupo fenicio arcaico de la costa andaluza, una homogeneidad peculiar y diferente a la de los otros grupos del Mediterráneo central y occidental.

BIBLIOGRAFÍA

Acquaro, E.

1980 Uova dipinte a Cartagine. *Archeologia e Cultura*, 1.40 – 44.

1981 Uova di struzzo dipinte da Bitia. *Oriens Antiquus*, 20, 57-65

Acquaro, E. e Bartolini, P.

1986 Interazioni fenicie nel Mediterraneo Centrale: L'Africa e la Sardegna. Congr. Int. «Gli scambi culturali e socio-economici. Amalfi. Napoli, 191-218.

Acquaro, E. y otros (edit.)

1988 Momenti precoloniali del Mediterraneo Antico. *Convengo Internazionale*. Roma.

Alfaro, C.

1983 Las monedas de Seks del Museo Arqueológico Nacional. *Bol. M. A. N.*, I, 2, Madrid, 191-197.

1986 Observaciones sobre las monedas de Seks, según la colección del M. A. N. Almuñécar, *Arqueología e Historia*, III, Granada, 75-103.

Almagro Basch, M.

1955 Las necrópolis de Ampurias. Barcelona.

1966 Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular. *Bibl. Praeh. Hispana*, VIII. Madrid.

Almagro Gorbea, M.

1972 Los dos jarros paleopúnicos del M. A. N. hallados en la Casa de la Viña (Torre del Mar). *Madr. Mitt.* 13, 172-183.

1977 El bronce final y el periodo orientalizante en Extremadura. *Bibl. Praeh. Hispana*, XIV. Madrid.

1983 Los leones de Puente de Noy. Un monumento turriforme funerario en la Península Ibérica. Almuñécar. *Arqueología e historia*. Granada, 89-106.

1988 Representaciones de barcos en el arte rupestre de la Península Ibérica. Aportación a la navegación precolonial desde el Mediterráneo oriental. I Congr. Int. «El Estrecho de Gibraltar». Ceuta. Madrid, 389-398.

Almagro Gorbea, M.^a J.

1984 La necrópolis de Baria (Almería). *Exc. Arq. España*, 129. Madrid.

Alvar, J.

2000 Comercio e intercambio en el contexto precolonial. I Col. C.E.F.Y.P., Llerena (Badajoz), 27-34.

Amaro, C.

1993 Vestígios materiais orientalizantes do claustro da Sé de Lisboa. *Est. Orientais IV*, Lisboa, 183-192.

Amelineau,

1985-1898 Nouvelles fouilles d'Abydos. (?).

Amiran, R.

1969 Ancient pottery of the Holy Land. Masada press.

Amo, M. Del

1975 Enterramientos en cista de la provincia de Huelva. *Huelva Preh. y Ant.* Madrid, 109 y ss.

- 1976 Restos materiales de la población romana de Onuba. Huelva Arqueológica II. Amores, F.
- 1982 Carta arqueológica de los Alcores (Sevilla). Sevilla.
- Amyx, D.A.
- 1998 Corinthian vase-painting of the archaic period. Univ. California Press.
- Anderson, W.P.
- 1979 A stratigraphic and ceramic analysis of the late bronze and iron age strata of soundig Y at Sarepta (Safarand, Lebanon). University Microfilms, Ann. Arbor. Michigan.
- Andrae, W.
- 1938 Das wiederstandene Assur. Leipzig.
- Aranegui, C y Tarradell, N.
- 2001 Lixus, colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Saguntum, Extra 4. Valencia, 15-34.
- Arribas, A. y Wilkins, J.
- 1969 La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga). Pyrenae 5. Barcelona, 185-244.
- Arribas, A. y Arteaga O.
- 1975 El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga). Cuad. Preh. Univ. Granada. Serie Mon.2.
- Arruda, A.M.
- 1987 Alcaçova de Santarem. Inform. Arq. 8, Lisboa, 75-77.
- 1993 A ocupação da idade do ferro da Alcaçova de Santarem no contexto da expansão fenicia para a fachada atlantica peninsular. Est. Orientais IV, Lisboa, 193-213.
- 2002 Los fenicios en Portugal. Cuad. Arq. Mediterránea 5-6. Barcelona.
- Arruda, M. y Gonçalves, S.V.
- 1995 Presença fenicia no territorio portugues. III Congr. Int. Etudes Pheniciennes et Puniques. Tunis.
- Arteaga, O y Hoffmann, G.
- 1987 Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía Mediterránea. An. Arq. Andalucía, 1986, II, Sevilla, 194-195.
- Arteaga, O. y otros
- 1988 Geologisch-archäologische Forschungen zum Verlauf der andaluzischen Mittelmeerküste, Mdr. Beitr. 14, 107 y ss.
- 2001 El Puerto de Gádir. Investigación geoarqueológica en el casco antiguo de Cádiz. Rev. Atlántica-Mediterránea de Preh. Arq. Social, 4. Cádiz, 345-415.
- Arteaga, O. y Roos, A.M.
- 2002 El puerto fenicio-púnico de Gádir. Una nueva visión desde la geoarqueología urbana de Cádiz. Spal, 11, II, Sevilla, 21-39.
- Astruc, M.
- 1951 La necrópolis de Villaricos. Inf. Mem. 25. Madrid.
- 1956 Traditions funéraires de Carthage. Cahiers de Byrsa 6, 29-58.
- 1957 Exotisme et localisme. Etude sur les coquilles d'oeufs d'autruch décorés d'Ibiza. Arch. Preh. Levantina. Valencia, 47-112.
- Aubet, M.^a E.
- 1974 Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla, Málaga). Pyrenae, X. Barcelona, 79-108.
- 1987 Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Barcelona.
- 1990 Cerro del Villar. Inf. 1ª Campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce. An. Arq. Andalucía, 1987. II, Sevilla, 310-316.
- 1991A El asentamiento fenicio del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga). I-IV Jorn. Arq. fenicio-púnica. Ibiza, 101-108.
- 1991B El Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga). El asentamiento fenicio y su interacción con el hinterland. IV Jorn. Arq. Andalucía. Jaén, 100-104.
- 1991C Notas sobre las colonias del Sur de España y su función en el marco territorial: ejemplo del Cerro del Villar. II Congr. Int. Studi Fenici e Punici, II. Roma, 617-626.
- 1994 Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edit. Crítica.
- 1999A Excavaciones recientes en la necrópolis fenicia de Tiro. Eridu 2, 2-4.
- 1999B La secuencia arqueo-ecológica del Cerro del Villar. La cerámica fenicia de Occidente. Alicante, 41-67.
- Aubet, M.^a E. y otros
- 1957 Chorreras. Eine phönizische Niederlassung östlich Algarrobo Mündung. Madr. Mitt. 16, 37-178.
- 1979 Chorreras. Un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo. Not. Arq. Hisp. 6, 89-138.
- 1991 Sepulturas fenicias en Lagos (Vélez Málaga). Sevilla.

- 1995 La necrópolis del Cortijo de Montáñez. Cuad. Arq. Medit. I. Sabadell, 217-240.
- 1999 Cerro del Villar, I: el asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland. Sevilla.
- 2000 The phoenician cemetery of Tyre al-Bass. BAAL 3, 267-294
- Baena, L.
 - 1978 Fragmentos de vasos de alabastro en yacimientos fenicios de la provincia de Málaga. Baetica, 1. Málaga, 159-163.
 - 1979 Sobre un antiguo vaso canopo en Málaga. Jabega 27, 15-20.
- Barreca, F.
 - 1974 La Sardegna fenicia e punica. Sassari.
 - 1982 Nuove scoperte sulla colonizzazione fenicio-púnica in Sardegna. Madr. Beitr, 8. 181-184.
 - 1986 La civiltà fenicio-punica in Sardegna. Sassari.
- Barros, L. y otros
 - 1993 Fenicios na margem sul o Tejo. Economia e integraçao cultural no povoado do Almaraz-Almada. Est. Orientais IV. Lisboa, 143-182.
- Bartolini, P.
 - 1981 Contributo alla cronologia delle necropoli fenicie e puniche di Sardegna. Riv. Studi Fen. IX. Supl. 13-32.
 - 1983A Studi sulla ceramica fenicia e punica in Sardegna. Roma.
 - 1983B La ceramica fenica di Bithia: Tipologia e diffusione areale. Congr. Studi Fen. e Punici, 1. Roma, 491-497.
 - 1985 Monte Sirai, 1984. La necropoli (camp. 1983-84). Riv. Studi Fenici, 18.oma. 37-79.
 - 1988 Le anfore fenicie e puniche di Sardegna. Studia Punica 4. Roma.
 - 1990 San Antioco. Area del Cronicario (campagna 1983-86). I recipienti chiusi d'uso domestico e commerciale. Riv. Studi Fen. 18. Roma, 37-79.
 - 1991 La ceramica fenicia tra Oriente e Occidente. II Congr. Intern. Studi Fen. e Punici, II. Roma. 641-654.
- Bartolini, P. e Campanella, L.
 - 2000 La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti. Roma.
- Belén, M.
 - 1993 El yacimiento tartesio de Niebla (Huelva). Tartessos 25 años después. Jerez, 359-389.
- Bendala, M.
 - 1979 Las más antiguas navegaciones griegas e España y el origen de Tartessos. A. E. Arq., 52. Madrid, 33-38.
 - 1990 Tartessos hoy a la luz de los datos arqueológicos y literarios. La cultura tartésica y Extremadura. Mérida, 11-27.
- Benichou, H.
 - 1976 Carte des nécropoles puniques du Carthage. Karthago, 17.5 y ss.
 - 1982 Les tombes puniques du Carthage. Cons. Nat. Rech. Paris.
- Bernabo Brea, L.
 - 1953 La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y la Península Ibérica. Ampurias XV-XVI. Barcelona.
- Bikai, P.M.
 - 1978A The pottery of Tyre. Warmister
 - 1978B The late phoenician pottery complex and cronology. B.A.S.O.R. 229, 48-56.
 - 1981 The phoenician imports. Excavations at Kition. Nicosia.
 - 1987 The phoenician pottery of Cyprus. Nicosia.
- Birmingham, J.
 - 1963 The cronology of some early and middle iron-age Cypriot sites. A.J.A. 67, 15-ss.
- Bisi, A.M.
 - 1967 Fenici e micenei in Sicilia nella seconda metà del II milenio a.C. I Congr. Int. di Micenologia. Roma, 1156-1168.
 - 1969 La ceramica di tradizione fenicio-punica della Sicilia occidentale. Africa, 3-4.
 - 1970 La cerámica púnica: aspetti e problemi. Napoli.
 - 1983A Importazioni e imitazioni greco-geometriche nella piu antica ceramica fenicia d'Occidente. I Congr. Int. Studi Fen. e Pun., III. Roma, 89-95.
 - 1983B L'espansione fenicia in Spagna. Fenici e arabi nel Mediterraneo. Roma.
 - 1984 Imports and borrowings of greek geometric pottery. Symposium Amsterdam.
- Bissing, F.W. von,
 - 1907 Steingefässe. Catalogue General du Musée du Caire. Wien, 1904.
 - 1940 Aegyptische und ägyptisierende Alabastergefässe aus den deutschen Ausgrabungen in Assur. Z.A. (N.F.), 12 (BD 46), (Zeitschrift für Assyriologie), 149-182.

- Blanco, A.
 1953 El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del mediodía español. A.E. Arq. XVI. Madrid, 235-249.
 1956 Orientalia I. A.E. Arq. XIX. Madrid, 3-51.
 1960 Orientalia II. A.E. Arq. XXXIII. Madrid, 3-43.
- Blázquez, J.M.
 1968 y 1975 Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente. Salamanca.
 Blázquez J.M. y otros
 1981 Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña 1977. Exc. Arq. España, 102. Madrid.
- Blech, M.
 1986 El colgante de Almuñécar. Almuñécar, Arqueología e Historia III. Granada, 43-60.
- Blegen, C.W.
 1963 Troy and the Trojans. London.
 Blegen, C.W. y otros
 1958) Troy IV-1. Princeton Univ. Press.
- Bonnet, H.
 1952 Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte. Berlin.
- Bonsor, G.
 1899 Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis. Revue Archéologique, 35. París.
- Bosch, P.
 1928 Fragen der phönizischen Kolonisation in Spanien. Klio, 22. Leipzig.
- Botto, M.
 1996) Le uova di struzzo. Bartolini, P: La necropoli di Bitia I. Roma, 145-158.
- Briese, CH. y Docter, R.
 2002 El skyphos fenicio: la adaptación de un vaso griego para beber. Cuad. Arq. Medit. 4, Barcelona.
- Buchner, G.
 1982 Pithekoussai (Ischia). La ceramique grecque... Naples, 103-107.
- Brokaw, C.
 1964 The dating of the protocorinthian kotyle. Essays in Memory of Karl Lehmann. New York, 49-58.
- Cabre, J.
 1921 La necrópolis de Tutugi. Bol. Soc. Esp. Exc., XIX, Madrid.
- Cabrera, P.
 1985 Nuevos fragmentos de cerámica griega en Huelva. Mon. Ampuritanas VII. Barcelona, 43-58.
 1986 Los griegos en Huelva: los materiales griegos. Hom. a L. Siret. Sevilla, 575-583.
 1990 El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía. Huelva Arq. X-XI, 3. Huelva, 41-101.
 1994 Importaciones griegas arcaicas del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga). Huelva Arq. XIII. Huelva, 97-121.
 1995 El comercio de productos griegos de época geométrica en el Sur de la Península Ibérica: nuevos elementos. III Congr. Int. Etudes Fen. et Pun., I. Tunis, 222-229.
 1999 Comercio, intercambios, esferas de interacción. El comercio griego en la Península Ibérica. Ceramiques et peintures grecques. Paris, 357-363.
- Cahiers Du Centre Jean Berard III: La ceramique grecque ou de tradition grecque au VII siècle en Italie central et méridional. Naples, 1982.
- Camps, G.
 1974 Les civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara. París.
- Carrasco, J. y otros
 1980 Hallazgos del bronce final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá. Cuad. Preh. Univ. Granada, V. 221-236.
 1981 Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares del corte 4. Cuad. Preh. Univ. Granada, 6. 307-354.
 1985 Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). Cuad. Preh. Univ. Granada, 10. 265-333.
- Carriazo, J. de M.
 1970 El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo (Camas, Sevilla). Exc. Arq. España, 68. Madrid.
- Capman, S.V.
 1972 A catalogue of iron age pottery from cemeteries of Khirbet Slim, Joya, Qrayé and Qasmieh of South Lebanon. Berytus, 21. 55-194.

- Ciasca, A.
 1982 Insediamenti e cultura dei fenici a Malta. *Madr. Beitr.*, 8. 133-150.
- Ciasca, A. y otros
 1964-1969 Rapporti degli scavi dell'Università di Roma: Mozia, I-IV.
 1970-1978 Mozia (VI, VIII, IX).
- Cintas, P.
 1946 Amulettes puniques. Tunis.
 1950 Ceramique punique. Tunis.
 1970-1976 Manuel d'Archeologie punique. Paris.
- Cintas, P. et Gobert, D.
 1939 Les tombes de Jebel Mlezza. *Revue Tunicienne*, 135-198.
- Clerc, G.
 1980 Les «aegyptiaca» de la Peninsule Ibérique. *Journal des Savants*. Paris, 9-18.
- Coldstream, J.N.
 1968 Greek geometric pottery. London.
 1979A Geometric Greece. London.
 1979B Geometric skyphoi in Cyprus. Report of the Department of Antiquities of Cyprus. 255-269.
 1982 Greeks and the phoenicians in the Aegean. *Phoenizier im Western*. Mainz, 261-272.
- Colloque Centre Berard
 1978 Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident. Naples.
- Córdoba, I. y Ruiz Mata, D.
 2005 El asentamiento fenicio arcaico de la calle Cánovas del Castillo (Cádiz). Un análisis preliminar. III Simp. Int. Protohistoria Mediterránea W. Mérida, 1269-1322.
- Corzo, R.
 1980 Paleotopografía de la Bahía Gaditana. Gades, 5. Cádiz, 5-14.
 1991 Cádiz fenicia. I-IV Jornadas Arq. Fen. Pun. Ibiza. 79-88.
- Costa, B.
 1991 Las excavaciones arqueológicas en el solar nº 38 de la Vía Romana (Can Partit). I-IV Jornadas Arq. Fen. Pun. Ibiza, 29-57.
- Costa, B. y otros
 1991 Ibiza fenicia: la primera fase de la colonización de la isla (s. VII-I a.C.). II Congr. Int. Sudi Fen. Pun., II. Roma, 759-796.
- Crowfoot, J.W. y otros
 1957 Samaria-Sebaste III: the objects. *Palestine Expl. Fund.* London.
- Cuadrado, E.
 1953A Materiales ibéricos. Cerámica roja de procedencia incierta. *Monogr. Arq. Univ. Salamanca*, I.
 1953B Cerámica exótica de barniz rojo. *Zephyrus IV*. Salamanca, 119-ss.
 1956 Los recipientes rituales metálicos llamados braserillos púnicos. *A. E. Arq.*, 29. Madrid, 52 y ss.
 1957 Braserillos metálicos del mundo ibérico. IV Congr. Nac. Arq. Zaragoza.
 1961 El momento actual de la cerámica de barniz rojo. VI Congr. Nac. Arq., Zaragoza, 177-196.
 1962 La cerámica occidental de barniz rojo y su ámbito geográfico. VI Congr. Int. Ciencias Preh. y Protoh., Roma.
 1966 Repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de manos de la Península Ibérica. *Trab. Preh.* 21. Madrid.
 1969 Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartesio. V Symp. Int. Preh. Pen., Barcelona.
- Culican, W.
 1970 Almuñécar, Assur and phoenician penetration of the Western Mediterranean. *Levant II*, 28-36.
 1972 The graves at Tell er-Reqeish. *Australian Journal of Biblical Archaeology*, II. 66-10.
 1982 The repertoire of phoenician pottery. *Madr. Beitr.* 8. 45-77.
- Delattre, A.
 1890 Les tombeaux puniques á Carthage. Lyon, 8-32.
 1897 Tombeau d'Iadamelek découvert le 2 octobre 1894. *Cosmos* 46.
 1907 Fouilles de Carthage, Douïmes et la colline dite de Junon. *Bul. Arch. Com. Trav. Hist. et Scient.*, Paris, 443-453.
 1921 Tombeaux puniques de la colline de Junon á Carthage. *C.R.A.I.*, 95-100.
- Díaz, F.
 1965 Dos nuevas inscripciones púnicas hispanicas. *Sefarad* 25, 283-287.
- Donner, H. y Roellig, W.
 1966 Kanaäische und aramäische Inschriften, I. Wiesbaden.

- Dothan, M.
 1961 Excavation at Azor, 960. I. E. J., 11, 171-175.
 1962 Azor. Revue Biblique 69, 197-399.
- Escacena, J.L.
 1986 Gádir. Los fenicios en la Península Ibérica, I. Sabadell, 39-58.
 2000 La arqueología protohistórica del Sur de la Península Ibérica. Madrid.
- Fantar, M.
 1970 Escatologie phenicienne et punique. Tunis.
- Fernández Avilés, A.
 1958 Vaso oriental de Torre del Mar (Málaga). Arq. e Historia, VIII. Lisboa, 39-42.
- Fernández Casado, C.
 1972 Acueductos romanos en España. Madrid.
- Fernández Gómez, F.
 1971 Otro jarro paleopúnico de Vélez Málaga en el Museo Arqueológico Nacional. Trab. Preh. 28. Madrid, 339-348.
- Fernández Jurado, J.
 1986 La influencia fenicia en Huelva. Los fenicios en la Pen. Iber., II. Sabadell, 211-225.
 1990 Excavaciones arqueológicas en el solar nº 8 de la calle Méndez Núñez de Huelva. A.A.A. III (1987), Sevilla.
- Fernández Jurado J. y otros
 1990 Tartessos y Huelva. Huelva Arq. X-XI.
- Fernández Jurado, J. y García Sanz, C.
 2001 Excavaciones arqueológicas en el solar 7-13 de la calle Méndez Núñez y 12 de la Plaza de las Monjas (Huelva). A.A.A., 1997, III. 336-339.
- Fernández Miranda y Caballero, L.
 1975 Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería). Exc. Arq. España, 5. Madrid.
- Ferrón, J.
 1970 La inscripción cartaginesa pintada en la urna de Almuñécar. Trab. Preh. 27. Madrid, 177-190.
- Figueras, F.
 1952 La necrópolis cartaginesa de Alicante. Ar. Preh. Lev. III.
 1956 La necrópolis ibero-púnica de la Albufereta de Alicante. Est. Ibéricos 4. Valencia.
- Finet, A.
 1982 L'euf d'autruche. Studi Paul Naster Oblata, 2. Louvain, 69-77.
- Fletcher, D.
 1956 Sobre el origen y cronología de los vasos ibéricos de borde dentado. IV Congr. Int. Cienc. Preh. y Protoh. Madrid.
- Frutos, G. y Muñoz, A.
 2004 La incidencia antrópica del poblamiento fenicio-púnico desde Cádiz a Sancti Petri. (Chic, S. edit.) Gádir-Gades. Nueva perspectiva disciplinar. Sevilla. 5-61.
- Gamer-Wallert, I.
 1972 El vaso canopo de la Col. R. Fernández Canivell (Málaga). Trab. Preh. 29. Madrid, 267-270.
 1973 La inscripción del vaso de alabastro de la tumba nº 1 de Almuñécar (Granada). XII Congr. Nac. Arq. Zaragoza. 401-408.
 1976 Hieroglyphenschrift auf den Alabastergefäß in Puerto de Santa María. Habis, 7. Sevilla, 223-228.
 1978 Aegyptische und aegyptisierende Funde von der Iberischen Halbinsel. Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B 21. Wiesbaden.
- García Alfonso, E.
 1998 Un vaso de alabastro procedente de Adra, conservado en el Museo de Almería. A.E. Arq. 71. Madrid, 243-248.
 2005 Consideraciones sobre la pyxis de la Playa de Santa María del Mar (Cádiz). III Simp. Int. Protohist. Medit., II. Mérida, 1323-1333.
- García Bellido, A.
 1942 Fenicios y cartagineses en Occidente. Barcelona.
 1948 Hispana graeca. Barcelona.
 1954 Las colonizaciones púnica y griega en la Península Ibérica. IV Congr. Int. Cien. Preh. y Protoh. Madrid.
 1956 Materiales de arqueología hispano-púnica: Jarros de bronce. A.E. Arq., 29. Madrid.
 1957 El jarro ritual lusitano de la Colección Calzadilla. A.E. Arq. 30. Madrid.
 1960 Inventario de los jarros púnicos-tartésicos. A.E. Arq. 33. Madrid, 44-63.
 1960 El mundo de las colonizaciones fenicias. Historia de España, 1 (2). Madrid.

- 1964 Nuevos jarros de bronce tartesios. A.E. Arq. 37. Madrid. 50-80.
- 1969 Los bronces tartesios. V Symp. Int. Preh. Pen. Barcelona, 163-172.
- García Bellido, A. y otros
- 1971 Espagne. L'expansion fenicia nel Mediterraneo. Roma, 145-160.
- García Pereira, M.
- 2000 Tavira fenicia. O territorio para Occidente do Guadiana nos inicios do I milenio a.C. Fenicios y Territorio. Alicante. 121-150.
- 2001 Tumulos do poço de camara no estabelecimento fenicio de Tavira. II Congr. Esp. Est. Próximo Oriente. Cádiz.
- García Serrano, R.
- 1976 Hallazgo de un enterramiento púnico en Almuñécar a comienzos del s. XVII. Rev. Arc. Bibl. y Mus. 79, 3. Madrid. 633-651.
- Garrido, J.P.
- 1970 Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva. (1ª b y 2ª campaña). Exc. Arq. España, 71. Madrid.
- 1991 Influencias foráneas en el círculo fenicio del Atlántico. El complejo cultural de Huelva en el periodo orientalizante. II Congr. Int. Studi Fenici e Punici, III. Roma, 897-900.
- Garrido, J.P. y Orta, E.
- 1978 Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva, II. (3ª y 4ª campaña) Exc. Arq. España, 96. Madrid.
- Garrido, J.P. y Ortega, J.
- 1994 A propósito de unos recientes hallazgos cerámicos griegos arcaicos y orientalizantes en Huelva. Huelva Arq. XIII, I. 49-65.
- Gauckler, P.
- 1915 Nécropoles puniques de Carthage, I y II. París.
- Gjerstad, E.
- 1934 The Swedish Cyprus Expedition, 1927-1931. Stockholm, I. 416-438.
- 1948 The cypro-geometric, cypro-arcaic and cypro-classical periods. The Swedish Cyprus Expedition, IV, 2. Stocokolm.
- 1960 Pottery types. Cypro-geometric to Cypro-classical. Opuscula Atheniensa III. Lund, 105-122.
- 1974 The stratification of Al-Mina (Syria) and his chronological evidence. Acta Archaeologica 45. 107-123.
- 1977 Pottery of various parts of Cyprus (greek geometric and arcaic pottery found at Cyprus). Acta Instituti Regni Sueciae, 4, XXVI. 23-60.
- Gómez Bellard, C.
- 1984 La necrópolis de Puig des Molins (Ibiza). Campaña de 1946. Exc. Arq. España, 132. Madrid.
- 1991 La fondation phenicienne d'Ibiza et son developement aux VII et VI siècles a.C. II Cong. Int. Studi Fen. e Pun. I. Roma, 109-112.
- Gómez Bellard, C. y otros
- 1990 La colonización fenicio-púnica en la isla de Ibiza. Los siglos VII-VI a.C. Exc. Arq. España. Madrid.
- Gómez Moreno, M.
- 1989 Monumentos romanos y visigóticos de Granada. Granda.
- 1907 Monumentos arquitectónicos de España. Granada y su provincia. Madrid.
- 1958 Adam y la Prehistoria. Madrid.
- González De Canales, F.
- 2004 Del occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso. Madrid.
- González De Canales, F. y otros
- 2004 El emporio fenicio precolonial de Huelva. Madrid, 2004
- González Prats, A.
- 1990 Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste. Universidad de Alicante.
- 1999 La Fonteta 1996-1998. Emporio fenicio en la desembocadura del río Segura. Alicante.
- González Prats, A. y Ruiz, E.
- 2000 El yacimiento fenicio de la Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante). Real Acad. Cult. Valenciana, 4. Valencia.
- Grace, V.
- 1956 The Aegean and the Near East Studies presented to Hetty Goldman. (Ed. Weinberg), 80-109.
- Gran-Aimerich, J. y otros
- 1991 Malaga phenicienne et punique. Ed. Rech. Civil. Paris.
- Grau-Zimmermann, B.
- 1978 Phönizische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes. Madr. Mitt. 19. 161-218.

- Harden, D.B.
1937 The pottery of the precinct of Tanit at Salambo, Carthage. *Iraq* 4, 59-ss.
- Heurgon, J.
1965-1966 A propos des feuilles récentes á Almuñécar (Sexi, Espagne). *Bul. Arc. Com. Trav. Hist. et Scient.*, 1-2. 165-166.
- Hoffmann, G.
1988 Holozänstratigraphie und Küstelinienverlagerung an der andalusischen Mittelmeerküste. *Berichte aus dem Fachbereich Geowissenschaften der Universität Bremen*, 2. 54-63.
- Isler, H.P.
1978 Samos: la cerámica arcaica. *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*. Paris. 71-83.
- Isserling, B.S.J. y otros
1958 Motia, 1955. *Trail excavations at Motya near Marsala*. *Papers of the British School at Rome*, 26. 1-26, 19-28.
1962-1963 Motya, a phoenician-punic site near Marsala (Sicily). *Ann. Leeds Univ. Oriental Soc.*, IV. 94-100, 118-127.
1970 Motya (1961-1965). *N. Sc.*, 560-ss.
- Isserling, B.S.J. y Plat Taylor, J. Du
1974 Motya, a phoenician and carthaginian city in Sicilia (1961-1965), I. Leyden.
- James, P.
1993 Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo. Barcelona.
- Jiménez Flores, A.M.
1996 Ritual funerario y sociedad en las necrópolis fenicias de época arcaica de la Península Ibérica. Écija.
- Jodin, A.
1958 Note préliminaire sur l'établissement pré-romain de Mogador. *Bull. Arch. Marocaine* II, 9-10.
1966 Mogador, Comptoir phénicien du Maroc atlantique. *Etudes et Trav. Arc. Marocaine* II. Rabat.
- Johns, C.N.
1933 Excavations at Atlit (1930-1931); the south-east cemetery. *Q.D.A.P.*, II. 41-104.
1938 Excavations at Pilgrim Castle Atlit (1933). Cremated burials of phoenician origin. *Quarterly Dept. Ant. in Palestine*, 6. 121-152.
- Kargeorghis, V.
1967 Excavations in the necropolis of Salamis, I, III. Nicosia.
1970 Excavations at the necropolis of Salamis, II, IV. Nicosia.
1974 Excavations at the necropolis of Salamis, III, V. Nicosia.
- Kraiker, W.
1951 Aigina. *Die Vasen (des 10 bis 7 Jahrhunderts)*. Berlin.
- Lafuente, J.
1934 Excavaciones en la Albufereta de Alicante. *Mem. Jun. Sup. Exc. Ant.* 126. Madrid.
- Lamon, R.S. y Shipton, G.M.
1939 Megiddo I. Chicago.
- Lancel, S.
1968 Tipasitana III. La necropole pre-romaine occidentale de Tipasa. *Bul. Arch. Algérienne* 3. 55-166.
1979-1982 Byrsa I/II. *Coll. Ecole Française de Rome*, 41.
1980 La céramique phénicio-punique de la nécropole arcaïque de Byrsa. *Coll. Sur la ceramique antique. Carthago. C.E.D. a.C.* I. 1-7.
1994 Cartago. Barcelona.
- Leclant, J.
1964 *Orientalia*, 33. 403-404.
1968 Les relations ente l'Egypte et la Phenicie. The role of the phoenicians in the interrelations... *American Univ. of Beirut*.
1991 Les pheniciens et l'Egypte. *II Congr. Int. S. F. et P.* 7-17.
- Leisner, G. und V.
1943 Die Megalithäber de Iberischen Halbinsel. *Der Süden*. Berlin.
- Lipinsky, E.
1981 Ahat, Milki-reine d'Ugarit et la guerre de Mukis. *O.L.P.* 12.
1984 Vestiges phéniciens d'Andalusie. *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15. 81-132.
- López Castro, J.L. (1992): La colonización fenicia de la Península Ibérica: 100 años de investigación. *La colon. Fen. en el Sur de la Pen. Ibérica*. Almería. 11-80.

- López Castro, J.L. y otros (1983-87): La colonización fenicia en el estuario del Almanzora. El asentamiento en el Cabecico de Parra. Cuad. Preh. Univ. Granada, XII-XIII. 157-169.
- 1990 Excavación en el Cabecico de Parra de Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería). An. Arq. Andalucía (1988) III, Sevilla. 7-11.
- 1991 La colonización fenicia en Abdera: nuevas aportaciones. II Congr. Int. S. F. e Pun. III. Roma, 181-990.
- Lucas, A.
- 1962 Ancient egyptians materials and industries. London.
- Maas-Lindemann, G.
- 1975 Westphönikische Keramik des 7 und 6 Jhs. Mard. Forsch. VI, 3. Berlin.
- 1982 Toscanos, die westphönizische Niederlassung an der Mündung des Río Vélez. Madr. Forsch. 6, 3. Berlin.
- 1986 Los vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del mundo fenicio occidental. Los fenicios en la Península Ibérica, I. Sabadell, 227-240.
- 1990A Orientalische Importe von Morro de Mezquitilla. Madr. Mitt. 31, 169-177.
- 1990B Die Phoenikische Keramik von Lixus im Vergleich mit südandalusischer Keramik. Madr. Mitt. 31, 186-193.
- 1995 Catálogo Necrópolis Jardín. Cuad. Arq. Médit. I. Sabadell, 65-116.
- 1999 La cerámica de las primeras fases de la colonización fenicia en España. La cerámica fenicia en Occidente. Alicante, 129-147.
- MacQueen, J.G.
- 1975 The hittites and their contemporaries in Asia Minor. London.
- Macridy, T.
- 1904 A travers les necropoles sidoniennes. R.B. 13, 31-44.
- Maña, M.J.
- 1947 Huevos de avestruz cartagineses con decoración grabada o pintada. M.M.P. 8, 45-53.
- Martín, J.C.
- 1987 Cerámicas micénicas en Andalucía?. Rev. Arq. 78. Madrid, 62-64.
- 1990 Die erste mykenische Keramik von der Iberischen Halbinsel. Prähistorische Zeitschrift. 65, 1. 49-52.
- Martín, J.C. y Perlines, M.
- 1993 La cerámica a torno en los contextos culturales de fines del II milenio a.C. en Andalucía. I Con. Arq. Pen. II. Oporto, 335-349.
- Maya, J.L.
- 1990 Primera edad del hierro. Los campos de urnas. Historia de España, 1. Barcelona, 294-378.
- Maya J.L. y Barberá, J.
- 1993 Etnogénesis y etnias prerromanas en Cataluña. Complutum 2-3. Madrid, 167-184.
- Mayet, F. y Tavares, C.
- 1992 Abul. Um establecimiento orientalizante do século VII no Baixo Vale do Sado. Setúbal Arq. IX-X.
- 2000 Le site phénicien d'Abul, comptoir et sanctuaire. Paris.
- Mendoza, A. y otros
- 1980 Cerro de los Infantes (Pinos Puente, prov. Granada). Madr. Mitt. 22, 171-197.
- Merlín, A.
- 1918 Tombeaux de la colline dite de Junon. B. a.C., 288-314.
- Molina Fajardo, F.
- 1983A Nuevos hallazgos fenicios en Almuñécar. Almuñécar, Arqueología e Historia, II. Granada, 89-120.
- 1983B Almuñécar en el marco de la cultura fenicia. Almuñécar, Arq. e Hist. II. Granada, 1-10.
- 1983C El bronce final y la colonización fenicia. Almuñécar, Geogr. e Historia. Granada, 21-34.
- 1984 Sexi, colonia fenicia y romana. R. Arq. XXXIV, Madrid. 38-45.
- 1986A Almuñécar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios. Los fenicios en la Pen. Ibér. Sabadell. 193-216.
- 1986B La tumba 18 de la zona B de la necrópolis de Puente de Noy. Almuñécar, Geogr. e Historia. III. Granada. 65-73.
- 1987 La excavación realizada en el yacimiento de la Cueva de Siete Palacios (Almuñécar, Granada). An. Arq. Andalucía (1986), II. Sevilla, 366.
- 1991 Almuñécar fenicio púnica. I-IV Jornadas Arq. Fen. Pun., Ibiza. 13-20
- Molina Fajardo F. y otros
- 1982 Almuñécar en la antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy. Granada.
- 1983A Excavaciones en el casco histórico de Almuñécar. Almuñécar, Geogr. e Hist. II. Granada, 121-183.
- 1983B Hallazgos púnicos en el Majuelo. Almuñécar, Geogr. e Hist., II. Granada, 275-289.

- Molina Fajardo F. y Padró, J.
 1983 El vaso con inscripción jeroglífica del rey egipcio Apofis I hallado en Almuñécar. *Almuñécar, Geogr. e Hist.*, II. Granada, 79-87.
 1984 Nuevos materiales procedentes de la necrópolis del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada). *Ampurias*, 45-46. 284-293.
 Molina Fajardo, F. y Huertas, C.
 1983A Tipología de las ánforas fenicio-púnicas. *Almuñécar, Geogr. e Hist.*, II. Granada, 131-157.
 1983B La tumba fenicia 1 E de Puente de Noy. *Almuñécar, Geogr. e Hist.*, II. Granada, 57-88.
 1986A Vasos cerámicos de la necrópolis fenicio-púnica del Cerro de Velilla. *Almuñécar, Arq. e Hist.*, III. Granada, 33-42.
 1986B La tumba 18 de la zona B de la necrópolis de Puente de Noy. *Almuñécar, Geogr. e Hist.*, III. Granada, 65-74.
 1986C Excavaciones de urgencia en el solar del Palacete del Corregidor. *Almuñécar, Arq. e Hist.*, III. Granada, 105-130.
 Molina Fajardo, F. y López J.L.
 1983 Numismática antigua en Almuñécar. *Arq. e Hist.*, II. Granada, 179-204.
 Molina Fajardo, F. y Molina Ocaña, J.A.
 1986 Estado actual de la investigación sobre la colonia fenicio-púnica de Ex. *Almuñécar, Geogr. e Hist.*, III. Granada, 13-32.
 Molina Fajardo, F. y Bannour, A.
 2000 Almuñécar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios, IV Congr. Int. Inst. Est. Fen. y Pun., 4. 1645-1663.
 Molina González, F. y Pareja, E.
 1975 Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). *Exc. Arq. España*, 86. Madrid.
 Molina González, F. y otros (1983): Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía: la campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes. XVI Congr. Nac. Arq. Zaragoza. 689-707.
 Montet, P.
 1947 Les constructions et le tombeau d'Osorkon II á Tanis. La necropole royale de Tanis. I. París.
 1951 Psousenés. La necropole royale de Tanis. II. París.
 1960 La necropole royale de Tanis. III. Les constructions et les tombes de Chechonq III á Tanis. París.
 Moscati, S.
 1966 La penetrazione fenicia e punica in Sardegna. *Rendic. A. Naz. Lincei. Serie 8ª*, XII. 215-250.
 1967 Consideración sulla cultura fenicio-punica en Sardegna. *Rendic. A. Naz. Lincei*, XIII. 129-152.
 1969 Fenici e cartaginesi in Sardegna. Milano.
 Neeft, C.W.
 1982 Corinthian hemispherical kotylai, Thapsos panel-cups and the west. La céramique grecque ou de tradition grecque au VIII siècle en Italie central et meridional. Naples, 39-43.
 Negueruela, I.
 1979 Sobre la cerámica de engobe rojo en España. *Habis* 10-11. Sevilla, 335-360.
 1981 Zur Datierung der westphönizischen Nekropole von Almuñécar, *Madr. Mitt.* 22. Mainz, 211-228.
 1983 Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica. *Hom. Prof. M. Almagro*, II. Madrid, 259-279.
 1985 Sobre la fecha de la necrópolis Laurita de Almuñécar. *Not. Arq. Hisp.*, 22. Madrid, 193-210.
 1991 La necrópolis fenicia Laurita de Almuñécar. *Jorn. Arq. Fen. Pun. Ibiza*, 199-205.
 Niemeyer, H.G.
 1970 Zum Thymiaterion von Cerro del Peñón. *Madr. Mitt.* 11, Mainz, 96-101.
 1979 Toscanos. Campañas 1973 y 1976-78. *Not. Arq. Hisp.* 6. Madrid, 219-258.
 1982 El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación 1964-1979. *Huelva Arq.* 6. 101-127.
 1983A La cerámica griega de Toscanos. Coloquio de cerámicas griegas. *Ampurias*.
 1983B La cronología de Toscanos y los yacimientos fenicios en las costas del Sur de la Península Ibérica. I Congr. Int. Studi Fen. e Punici. Roma, 33-636.
 1984A Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers. *Jahrbuch des Röm. German. Zentralmuseums*.
 1984B Griechische Keramik in phönizischen Faktoreien. Der Befund der Kampagne 1967 in Toscanos (Málaga). *Ancient greeks and related pottery*. Amsterdam, 212-217.
 1986A El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función. Los fenicios en la en. Ibérica. *Sabadell*, I. 109-126.
 1986B Phoenician Toscanos as a settlement model ?. *Proc. of the British Academy*, 67-88.
 1987 Trabajos arqueológicos realizados en las faldas Este del Cerro del Peñón, yacimiento de Toscanos, Torre del Mar (Vélez Málaga). *An. Arq. Andalucía* (1986), II. Sevilla, 422-424.
 1988 Cerámicas griegas en factorías fenicias. Un análisis de los materiales de la campaña de 1987 en Toscanos (Málaga). *Cerámiques grecques i Hellenistiques á la Pen. Iber.* Barcelona, 27-36.

- Niemeyer, H.G. y Schubart, H.
 1965 Ein östphoenikisches Thymiaterron von Cerro del Peñón (Almayate, Málaga). *Madr. Mitt.* 6. 74-87.
 1975 Trayamar. Die westphönizischen Kammergräber und die Niederlassung an der Algarrobo-Mündung. *Madr. Nitr.* 4. Mainz.
 Niemeyer, H.G.; Schubart, H. und Pellicer, M.
 1969 Toscanos 1964. *Madr. Forschungen*, 6. Berlin.
 Oliva, D. y Puya, M.
 1982 Los huevos de avestruz de los Alcores de Carmona. *Hom. A C. Fernández-Chicarro*. Madrid, 95-105.
 Olmos, R.
 1988 Los recientes hallazgos griegos de Málaga y su enmarque del Sur peninsular. *A.E. Arq.* 61. Madrid, 222-225.
 Osuna, M. y Remesal, J.
 1981 La necrópolis de Boliche (Villaricos, Almería). *Arch. Preh. Levantina*. Valencia, 373-411.
 Osuna, M. y otros
 2000 El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva). *Cerámiques jonies d'epoca arcaica*. Barcelona, 177-188.
 Padró, J.
 1975 Precisiones sobre la identificación del cartucho de un rey Sheshong en Almuñécar. *XIII Congr. Nac. Arq. Zaragoza*, 751-758.
 1976 Los materiales de tipo egipcio del litoral mediterráneo de la Península Ibérica. Barcelona.
 1977 Datos para una valoración del factor egipcio y su incidencia en los orígenes del proceso de iberización. *Simp. Int. Mundo Ibérico*. Barcelona, 487-510.
 1980 *Egyptian type Documents*, I. Leiden.
 1983A Materiales egipcios del Cerro de San Cristóbal, Almuñécar (Granada). *Hallazgos de la campaña 1963*. Almuñécar, *Geogr. e Hist.* II. Granada, 11-78.
 1983B Los fenicios y la distribución de objetos egipcios en el extremo occidente del Mediterráneo. *I Congr. Int. Studi Fen. e Punici*, I. Roma, 67-76.
 1983C Las inscripciones egipcias de la dinastía XXII, procedentes de Almuñécar (provincia de Granada). *Aula Orientalis*, 2. 215-226.
 1983D *Egyptian type. Documents from the Mediterranean Littoral of Iberian Peninsula before the roman conquest*, II. Study of the material from W. Languedoc to Murcia. Leiden.
 1985 *Egyptian type III. Study of the material*. Andalusia. Leiden.
 1986 Las importaciones fenicias en Almuñécar y los orígenes de la colonización fenicia en la Península Ibérica. *Hom. AL. Si-ret*. Sevilla, 526-529.
 1991 Découverte de céramiques phéniciennes á Héracleopolis Magna (Egypte). *II a.C.P. Roma*, III, 1003-1108.
 Pastor, M.
 1983 Fuentes antiguas sobre Almuñécar (Sexi Firmun Iulium). Almuñécar, *Arq. e Hist. Granada*, 205-235.
 Payne, H.G.G.
 1933 *Protokorintische Vasenmalerei*. Berlín.
 1949 *Necrocorinthia. A study of corinthian art in the archaic period*. Oxford.
 Pellicer, M.
 1962 Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada). *Exc. Arq. España*, 17. Madrid.
 1963A Ein altpunisches Gräberfeld bei Almuñécar (prov. Granada). *Madr. Mitt.*, 4. 9-58.
 1963B La necrópolis meroítica de Nag-Shayeg, Argin (Sudán). *Mem. Misión Arq. Esp. en Nubia*, II. Madrid.
 1964A Actividades de la Delegación de Zona de la provincia de Granada durante los años 1957-1962. *Not. Arq. Hisp.* VI. Madrid, 304-350.
 1964B El neolítico y el bronce de la cueva de la Carigüela de Piñar (Granada). *Trab. Preh.* XV. Madrid.
 1968 Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas. *A.E. Arq.*, 41. 60-90.
 1982 La influencia Orientalizante en el bronce final-hierro del nordeste hispano. *Habis*, 13. Sevilla, 211-237.
 1983 Los yacimientos orientalizantes del bajo Guadalquivir. *I Congr. Int. Studi Fen. e Punici*, III. 825-836.
 1985 Sexi fenicia y púnica. *Aula Orientalis* 3. Barcelona, 85-107.
 1995A Distribución y función de los establecimientos fenicios en Iberia. *II Congr. Int. Etudes Phen et Pun.*, II. Tunis, 297-310.
 1995B A propósito de la obra «Málaga phenicienne et punique». *Riv. Studi Fen.* XXIII, 1. Roma, 101-117.
 1996A Estrategia de los asentamientos fenicios en Iberia. *Bol. Real Acad. Bellas Artes de Sevilla.*, XXIV. 143-167.

- 1996B Huelva tartesia y fenicia. Riv. Studi Fen. XXIV, 2. Roma, 119-140.
- 1998A La emergencia de Sevilla. Spal, 5. Sevilla, 87-100.
- 1998B La colonización fenicia en Portugal y la orientalización del Occidente de la Península Ibérica. Festschrift für H.G. Niemeyer. Hamburg, 531-538.
- 1999 La colonización fenicia en Portugal. Spal, 7. Sevilla, 93-105.
- 2000 El proceso Orientalizante en el Occidente ibérico. Huelva Arq. 16. 89-134.
- Pellicer, M. y Acosta, P.
- 1997 El neolítico y calcolítico de la Cueva de Nerja en el contexto andaluz. Trab. C. de Nerja, 6. Málaga.
- Pellicer, M. y Amores, F.
- 1985 Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B. Not. Arq. Hisp., 22. Madrid, 55-195.
- Pemán, C.
- 1941 El paisaje tartésico de Avieno. Madrid.
- Perdigones, L.
- 1991 La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz (s. VI-IV). I-IV Jorn. Arq. Fen. Pun. Ibiza, 221-232.
- Perdigones, L. y otros
- 1990 La necrópolis púnica de Cádiz. Studia Púnica 7. Roma.
- Pereira, I.
- 1993 Figueira da Foz. Santa Olaia. Est. Orientais, IV. Lisboa, 285-304.
- Pérez Díe, M.^a C.
- 1976 Notas sobre cuatro vasos egipcios de alabastro procedentes de Torre del Mar (Málaga), conservados en el M.A.N. Rev. Arch. Bibl. y Museos, LXXIX. Madrid, 902-918.
- 1983 Un nuevo vaso egipcio de alabastro en España. Hom. al Prof. Almagro, II. Madrid, 237-244.
- Pessierico, A.
- 1996 Le brocche a fungo fenicie nel Mediterraneo. Roma.
- Petrie, F.
- 1930 Beth-Pelet I (Tell Fara). Londres.
- 1932 Ancient Gaza II. Tell el Ajjul. London.
- Plat, J. Du
- 1959 The cypriot and syrian pottery from Al-Mina, Syria. Irak XXI, 62-92.
- Polanyi, K. y otros
- 1973 Comercio y mercado en los imperios antiguos. R. B. Revere. Tierra de nadie; Los puertos comerciales del Mediterráneo Oriental. Barcelona.
- Ponsich, M.
- 1967 Necropoles pheniciennes de la region de Tanger. Tanger.
- Prausnitz, M.W.
- 1959 Achziv. I. E. J., 9,271.
- 1962 Achziv. Revue Biblique LXIX, 404-405.
- 1965 Akhziv. Revue Biblique LXXII. 544-547.
- 1969 Israelite and sidonian burial rites at Akhziv. Proc. V th. World Congr. Of Jewish Studies. Jerusalem, 85-89.
- 1972 Red polished and black-on-red wares at Akhziv and Cyprus in the early-middle iron age. Praktika tou proton diethnous Kyprologikou Synedrion. Nocisa, 151-156.
- 1982 Die Nekropolen von Akhziv und die Entwicklung der Keramik vom 10 bis 7 Jh. V. Chr. In Akhziv, Samaria und Ashdod. Madr. Beitr. 8. mainz, 31-44.
- Presedo, F.
- 1972 La Dama de Baza. Bellas Artes, 72. Madrid.
- Presedo, F.; Blanco, R. y Pellicer, M.
- 1970 La necrópolis de Mirmad (Argin Sur, Nubia Sudanesa). Misión Esp. en Egipto, XI. Madrid.
- Preusser, C.
- 1955 Die Pälaste in Assur. Berlin.
- Pritchard, J.B.
- 1975 Sarepta. Excav. Univ. Pennsylvania, 1970-72. Filadelfia.
- 1978 Recovering Sarepta. A phoenician city. Princeton. N. J.
- Quillard, B.
- 1970 Les étuis porte-amulettes carthaginois. Karthago 16, 5-ss.

- Quintero, P.
1917-1934 Excavaciones en Cádiz. Mem. Junta Sup. Exc. Ant. Madrid.
- Rakob, F.
1991 Neue Forschungen zur archaischen Siedlungstopographie Karthagos. II Congr. Int. Studi Fen. e Pun., III. Roma, 1161-1164.
- Ramón, J.
1991 El yacimiento fenicio de Sa Caleta. I-IV Jorn. Arq. Fenicio-púnica. Ibiza, 177-196.
- Ramos, M.^a L.
1988 El culto funerario en el mundo fenicio-púnico peninsular. C. P. A. Universidad Autónoma. Madrid, XI-XII. 217-224.
1986 Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica. Univ. Autónoma de Madrid.
- Rathje, A.
1979 Oriental imports in Etruria in the eighth and seventh centuries B. C. Their origins and implications. Italy before the romans. London-N. Y. San Francisco.
- Recio, A.
1990 La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del Sondeo de San Agustín (Málaga). Málaga.
- Reese, D.S.
1985 Shells, ostrich eggshells and other exotic faunal remains from Kition. Excavations at Kition V. The pre-phoenician levels II. Nicosia, 371-382.
- Reisner, G.A. y otros
1924 Harvard excavations in Samaria I. Cambridge. Massachussets.
- Ridgway, D.
1979 Pithekoussai I. La necropoli: tombe 1-723 (1952-1961). Monum. Ant. Lincei.
1982 The eight century pottery at Pithekoussai: an interim report. La ceramique grecque. Naples, 69-101.
1984 L'alba della Magna Grecia. Milano.
1992 The first western greeks. Cambridge.
- Riis, P.J.
1948 Hama. Fouilles et recherches 1931-1938: Les cimetières á cremation. Copenhagen.
1970 Sukas I. The north East sanctuary and the first settling of greeks in Syria and Palestine. Kovenhavn.
1979 Sukas IV. The greco-phoenician cemetery and sanctuary at the southern harbour. Copenhagen.
1982 Griechen in Phönizien. Madr. Beitr. 8, 237-255.
1991) Les problemes actuels de l'établissement pré-hellenistique de grecs sur la cote phenicienne. II Congr. Int. Studi Fen. et Pun., I. Roma, 203-212.
- Rodero, A. y otros
2000 La necrópolis de Villaricos (Almería). IV Congr. Int. Estudios Fen. y Pun., IV. Cádiz, 1723-1729.
- Rodríguez de Berlanga, M.
1891 El nuevo bronce de Itálica. Málaga.
1903 Catálogo del Museo Loringiano. Málaga.
- Ros, M.^a M.
1989 Dinámica urbanística y cultura material del hierro antiguo en el valle del Guadalentín. Univ. Murcia.
- Rouillard, P.
1977 Fragmentos griegos de estilo geométrico y de estilo corintio en Huelva. Huelva Arq. III, 395-401.
- Rufete, P.
1988-89 La cerámica con engobe rojo en Huelva. Tartessos y Huelva. Huelva Arq. X-XI, 3, 9 y ss.
1989 La cerámica de barniz rojo en Huelva. Tartessos. Sabadell, 9-41.
- Ruiz Gálvez, M.^a L. y Galán, E.
1991 Las estelas del Sureste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. Trab. Preh., 48. Madrid, 257-273.
- Ruiz Mata, D.
1981 El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte. Madr. Mitt. 22. 150-170.
1986A Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). Aula Orientalis, 3. Sabadell, 241-263.
1986B Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, prov. Cádiz). Stratigraphische Untersuchung einer orientalisierenden Ansiedlung. Madr. Mitt. 27. 87-115.
1988 El Castillo de Doña Blanca, yacimiento clave de la protohistoria peninsular. Rev. Arq. 85. Madrid, 36-48.
1991A El túmulo 1 de Las Cumbres. I-IV Jorn. Arq. Fen. Pun. Ibiza, 207-220.

- 1991B Los fenicios en la bahía de Cádiz según el Castillo de Doña Blanca. I-IV Jorn. Arq. Fen. Pun. Ibiza. 88-99.
- 1993A Los fenicios de época arcaica s. VIII-VII a.C. en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión. Estudios Orientais IV. Lisboa, 23-72.
- 1993B Fenicios en la bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). Metalurgia en la Península Ibérica. Murcia, 167-188.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C.
- 1989 El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz). Tartessos. Barcelona, 287-295.
- Ruiz Rodríguez, A. y otros. 1986): Arqueología en Jaén. Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente. Jaén.
- Ruiz Zapatero, G.
- 1985 Los campos de urnas del Noreste de la península Ibérica. Universidad Complutense. Madrid.
- Saidah, R.
- 1966-1967 Fouilles de Khaldé (1961-62). Bull. Musée de Beirouth, XIX-XX.
- 1983 Nouveaux éléments pour la datation de la céramique de l'âge du fer en Levant. I Congr. Int. Stud. Phen. Pun. Roma, 213-216.
- San Nicolás, M.ª P.
- 1975 Las cáscaras de huevo de avestruz fenicio-púnicas en la Península Ibérica y Baleares. Cuad. Preh. y Arq. Univ. Auton. Madrid, 2. 75-100.
- Sánchez Andreu
- 1994 Las necrópolis tumulares de los Alcores (Sevilla). Univ. De Cádiz.
- Schaeffer, C.
- 1948 Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie Occidentale (III et II millenaire). Londres.
- Schubart, H.
- 1975 Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de las colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica. Pap. Lab. Arq. Univ. Valencia, 11. 199-206.
- 1976 Westphönische Teller. Riv. Tudi Fenici, IV, 2. Roma, 179-196.
- 1982 Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica. Huelva Arq. 6. 71-99.
- 1983A Morro de Mezquitilla. Vorbericht uber die Grabungskampagne 1981 auf dem Siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung. Madr. Mitt. 23. 33-45.
- 1983B Morro de Mezquitilla. Kampagne 1982. Madr. Mitt. 24. 104-131.
- 1986 El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla. Aula Orientalis 3. Sabadell, 59-83.
- 1987 Hallazgos fenicios y del bronce final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz). An. Arq. Andalucía (1986), II. Sevilla, 200-227.
- 1991 Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea. II Congr. Int. Studi Fen. Pun. Roma, 1245-1251.
- 1999 La forja fenicia del hierro en Morro de Mezquitilla, la cerámica fenicia de Occidente. Alicante, 241-255.
- Schubart, H.; Niemeyer, H.G. y Pellicer, M.
- 1965 Una colonia paleopúnica en la desembocadura del río Vélez (Málaga). Not. Arq. Hisp. VII, 1-3. Madrid, 150-153.
- 1969 Toscanos, la factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Exc. Arq. España, 66. Madrid.
- Schubart, H. y otros
- 1972 Toscanos, Jardín y Alarcón. Excavaciones 1971. Not. Arq. Hisp., 1. Madrid, 12-41.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G.
- 1976 Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo. Trayamar. Exc. Arq. España, 90.
- Schubart, H. y Arteaga, O.
- 1986 El mundo de las colonias fenicias occidentales. Hom. a L. Siret. Sevilla, 499-525.
- Schulten, A.
- 1939 Mainake, eine griechische Kolonie in Spanien. Fu F., 15. 17-19.
- Shefton, B.B.
- 1982 Greeks and greek imports in the south of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence. Madr. Beitr. 8. 337-367.
- Siret, E. y L.
- 1890 Las primeras edades del metal en el Sudeste de España. Barcelona.
- Siret, L.
- 1908 Villaricos y Herrerías. Mem. Real. Acd. Historia, 14. Madrid, 381-478.
- Snodgrass, A.M.
- 1971 The dark age of Greece (XI-VIII cent.). Edimburg.

- Solá-Solé, M.
 1966 Nueva inscripción fenicia en España. *Riv. Studi Orientali* XLI, 97-108.
- Soler, J.M.^a
 1965 El tesoro de Villena. *Exc. Arq. España*, 36. Madrid.
- Sotomayor, M.
 1971 Nueva factoría de salazones de pescado en Almuñécar (Granada). *Not. Arq. Hisp.*, 15. Madrid, 145-178.
- Spindler, K. y otros
 1973 Le monument de l'âge du bronze final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz). *Com. Serviços Geológicos de Portugal*. 57. 91-154.
- Suárez, A.
 1987 Memoria Excavaciones Urgencia efectuadas en el Cerro de Montecristo. Adra (Almería). *An. Arq. Andalucía* (1986), III. Sevilla, 16-19.
- Suárez, A. y otros
 1989 Abdera, una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica. *Madr. Mitt.* XXX, 135-148.
- Tarradell, M. (1950): Dos sepulturas púnicas en Lixus. *Bol. Soc. Cient. Hispano-marroquí. Alcazarquivir*, II. 3-18.
- 1951 Las excavaciones en Lixus. *Ampurias* XIII, 186-190.
- 1952 El presente de la arqueología púnica. *Zephyrus* 3. Salamanca.
- 1954 Las excavaciones en Lixus y su aportación a la cronología de los inicios de la expansión fenicio-cartaginesa en el Extremo Occidente. *II Congr. Int. Ciencias Preh. y Protoh.* Madrid. 789-796.
- 1960A Marruecos púnico. Tetuán.
- 1960B Nuevos datos sobre la cerámica prerromana de barniz rojo. *Hesperis-Tamuda* I. Rabat, 237.
- 1960C El impacto colonial de los pueblos semitas. *I Symp. Preh. Pen. Ibérica.* Pamplona, 257-272.
- Tejera, A.
 1979 Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental. Sevilla.
- Thalman, J.P.
 1978A Tell Arqa (Liban Nord). *Campagnes I-III (1972-1974).* Syria LV, 1-144.
- 1978B Tell Arqa, 1978-79. *Bull. Musée de Beyrouth*, XXX, 61-75.
- Tufnell, O.
 1953 Lachish III (tell el Duweir). Oxford.
- Tusa, V.
 1973 La statuetta fenicia del Museo nazionale di Palermo. *Riv. Studi Fenici* 1. Roma, 173-179.
- 1982 La presenza fenicio-púnica in Sicilia. *Madr. Beitr.*, 8. 95-108.
- 1983 La Sicilia fenicio-púnica. *Stato attuale delle ricerche e degli studi e prospettive per il futuro.* I Congr. Int. Studi Fen. e Punici. Roma, 187-198.
- 1991 Fenici e punici in Sicilia. *Stato presente e prospettive per il futuro degli studi e delle ricerche.* II Congr. Int. Studi Fen. e Pun, I. Roma, 217-228.
- Tusa, V. y otros
 1964-1978 Mozia I-IX. *Rapporto preliminaries delle campagne di scavi 1964-1974.* Studi Semitici. Roma.
- Vallet, G. y Villard, F.
 1955 Megara Hyblaea, V. Lampes du VII s. et chronologie des coupes ioniennes. *Melanges ecole Fran.* Rome, 67. 7-34.
- 1964 Megara Hyblaea, 2. La céramique archaïque. Paris, 155 y ss.
- Varela, M.
 1992 Proto-historia do Sul de Portugal. *Proto-historia de Portugal.* Universidade Aberta. Lisboa, 199-275.
- Vercoutter, J.
 1945 Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois. Paris.
- Villard, F.
 1948 La chronologie de la céramique protocorinthienne. *Melanges Ecole Fran.* Rome, 60. 7-34.
- 1982 La céramique géométrique importée de Megara Hyblaea. *La céramique grecque...* Naples, 181-185.
- Vuillemot, G.
 1955 La nécropole punique du phare dans l'île de Rachgoun. *Libya Arch. Epigraph.*, II, 7-76.
- V.V. A.A.
 1999 La cerámica fenicia en occidente: centros de producción y áreas de comercio. *I Seminario Int. Sobre temas fenicios.* Alicante.
- Weinberg, S.S.
 1941 What is Protocorinthian Geometric ware? *A.J.A.G.* 30-44.

Whitaker, J.I.S.

1921 Motya, a phoenician colony in Sicily. London.

Woolley, C.L.

1934 Ur excavations II: the royal cemetery. London.

1955 Alalakh. Tell Atchana. Oxford.

Yadin, Y. y otros

1955-1958 Hazor, I, II, III, IV. Jerusalem.

Zemer, A.

1977 Storage jars in ancient sea trade. Haifa.

FIGURAS

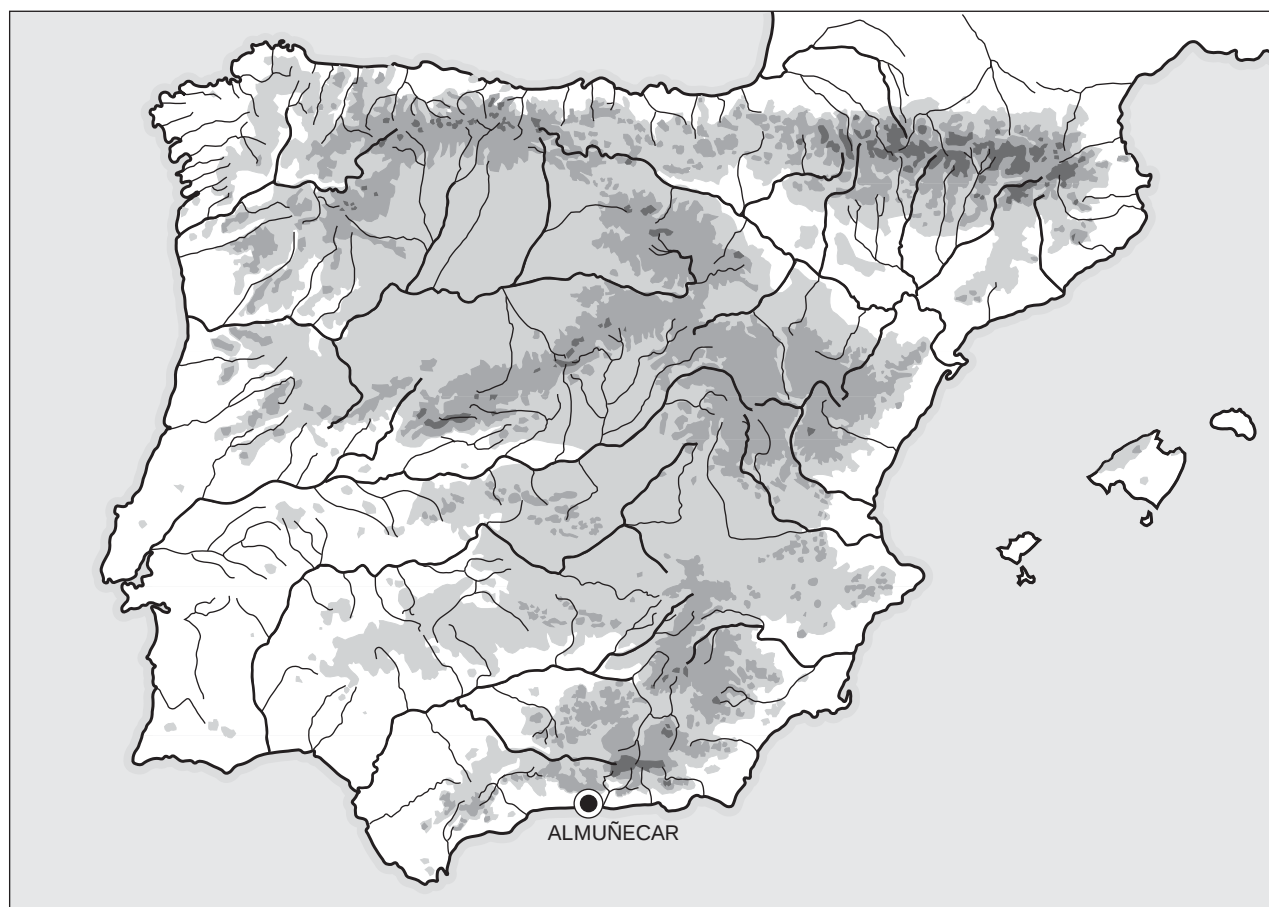


Figura 1. Situación de Almuñécar.

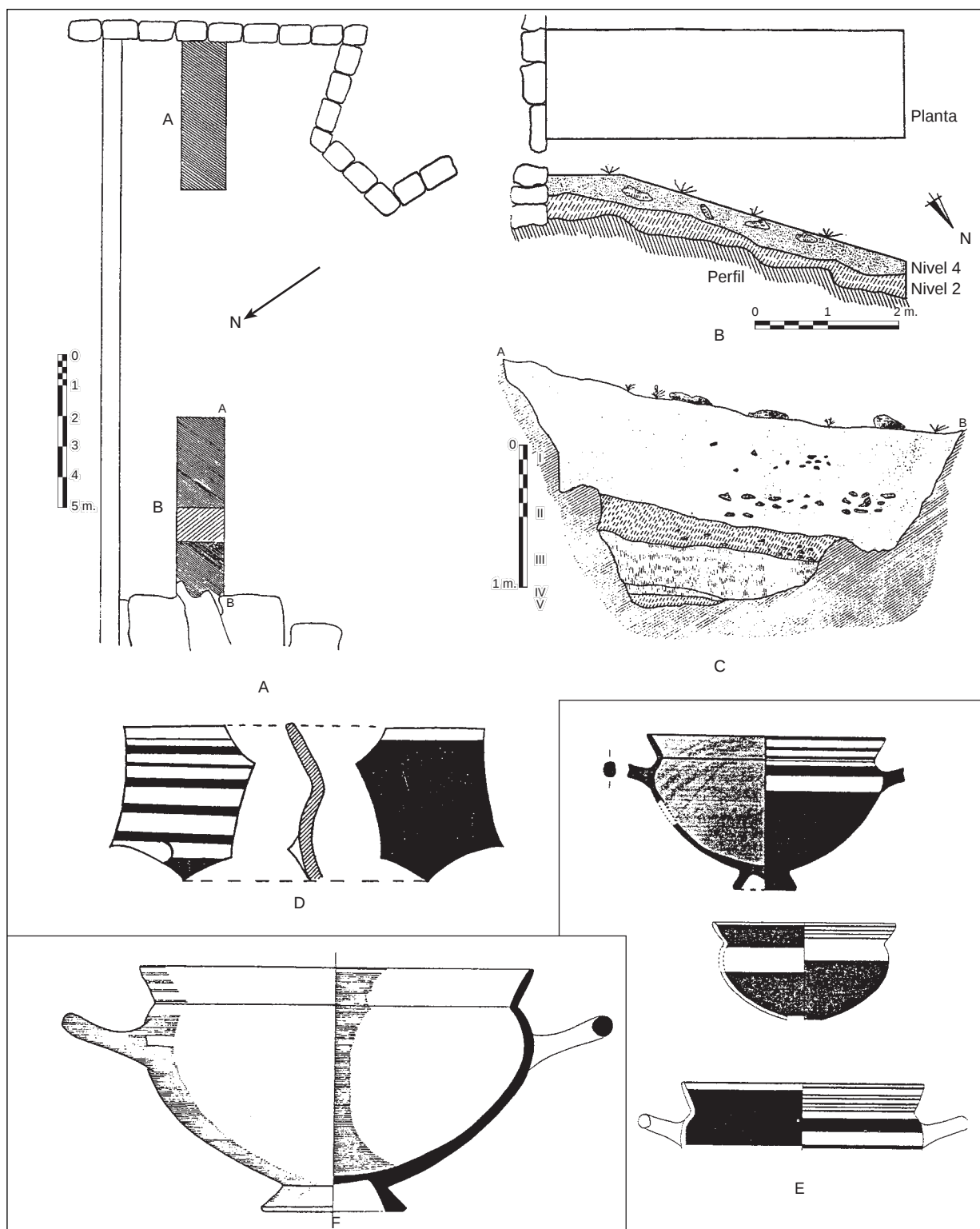


Figura 2. A: Sondeos al SW. Del Castillo de Almuñécar; B: Sondeo A del SW del Castillo de Almuñécar; C: Sondeo B del SW del Castillo de Almuñécar; D: Copa samia del sondeo B; E: Copas jonias del Cerro del Villar (Guadalhorce) (según Aubet); F: Copa jonía de tipo A (según Isler).



Figura 3. Excavaciones en el entorno de Almuñécar; 1: necrópolis de Puente de Noy; 2: necrópolis Laurita; 3: Majuelo; 4: Castillo de San Miguel; 5: Cueva de Siete Palacios; 6: Calle Real; 7 y 8: Plaza de la Constitución; 9: Palacete del Corregidor; 10: Necrópolis de Velilla. (Según Molina).

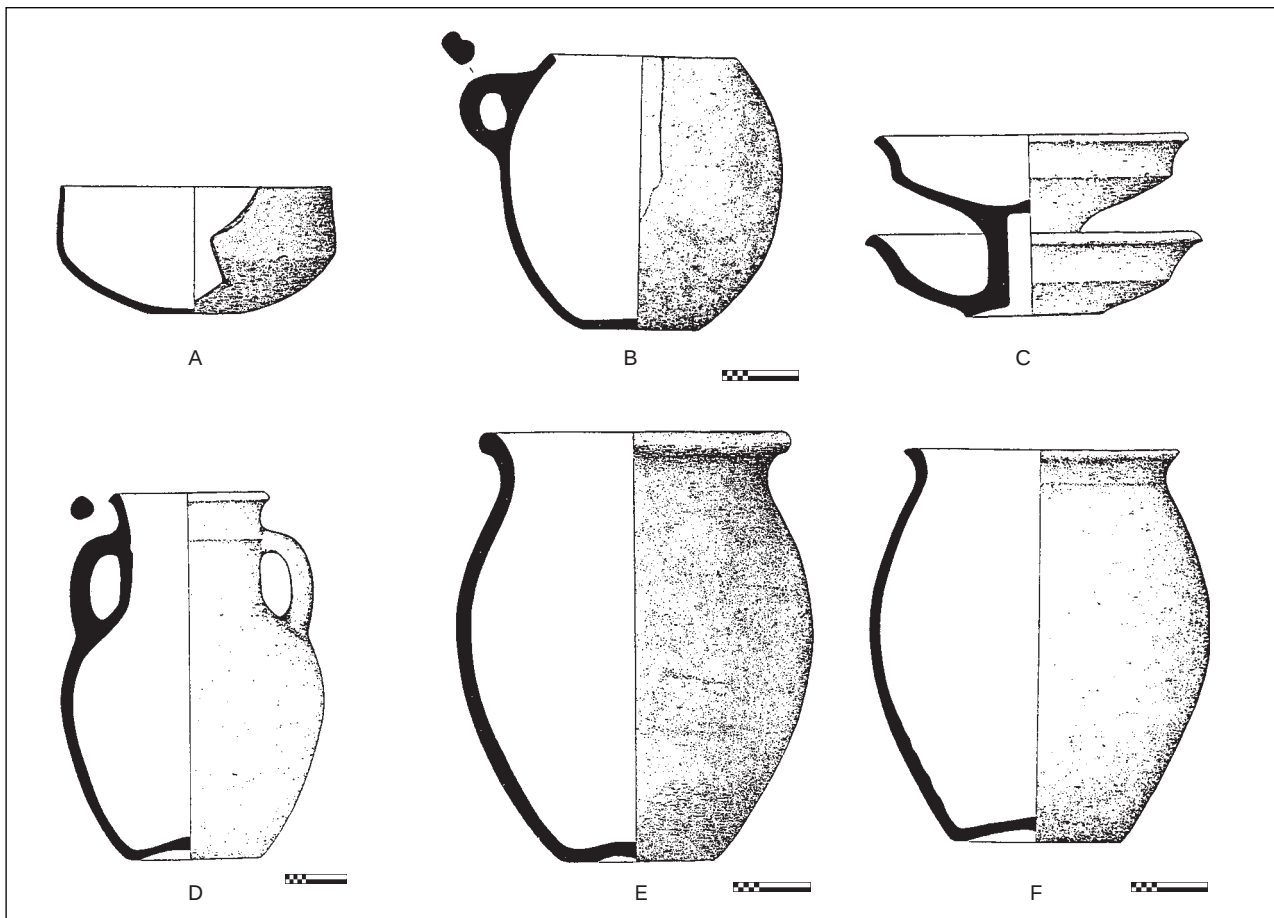


Figura 4. Cerámicas de tradición fenicia de la necrópolis de Velilla (según Molina).



Figura 5. Necrópolis de Puente de Noy (según Molina).

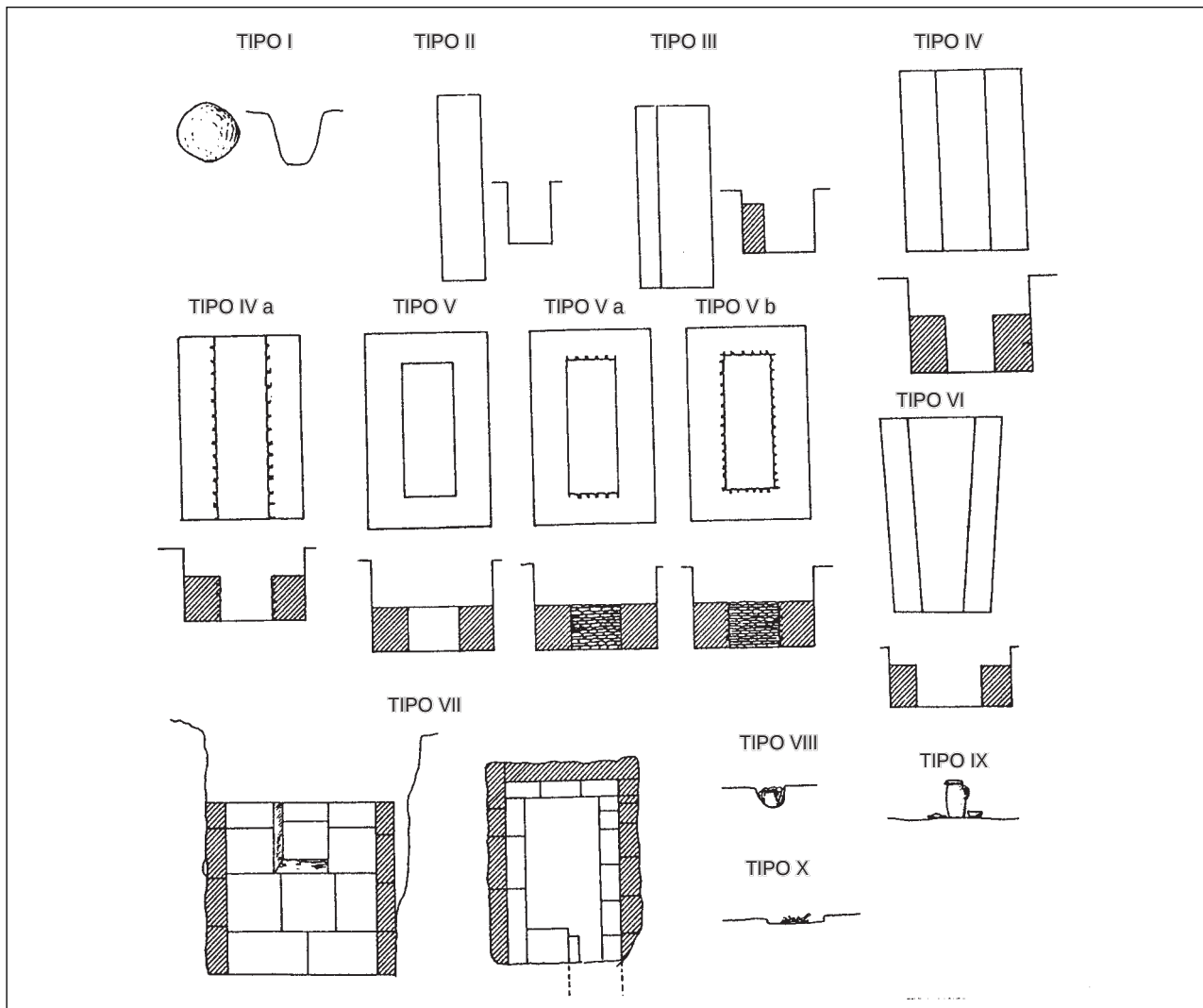


Figura 6. Tipología de las tumbas de Puente de Noy (según Molina).

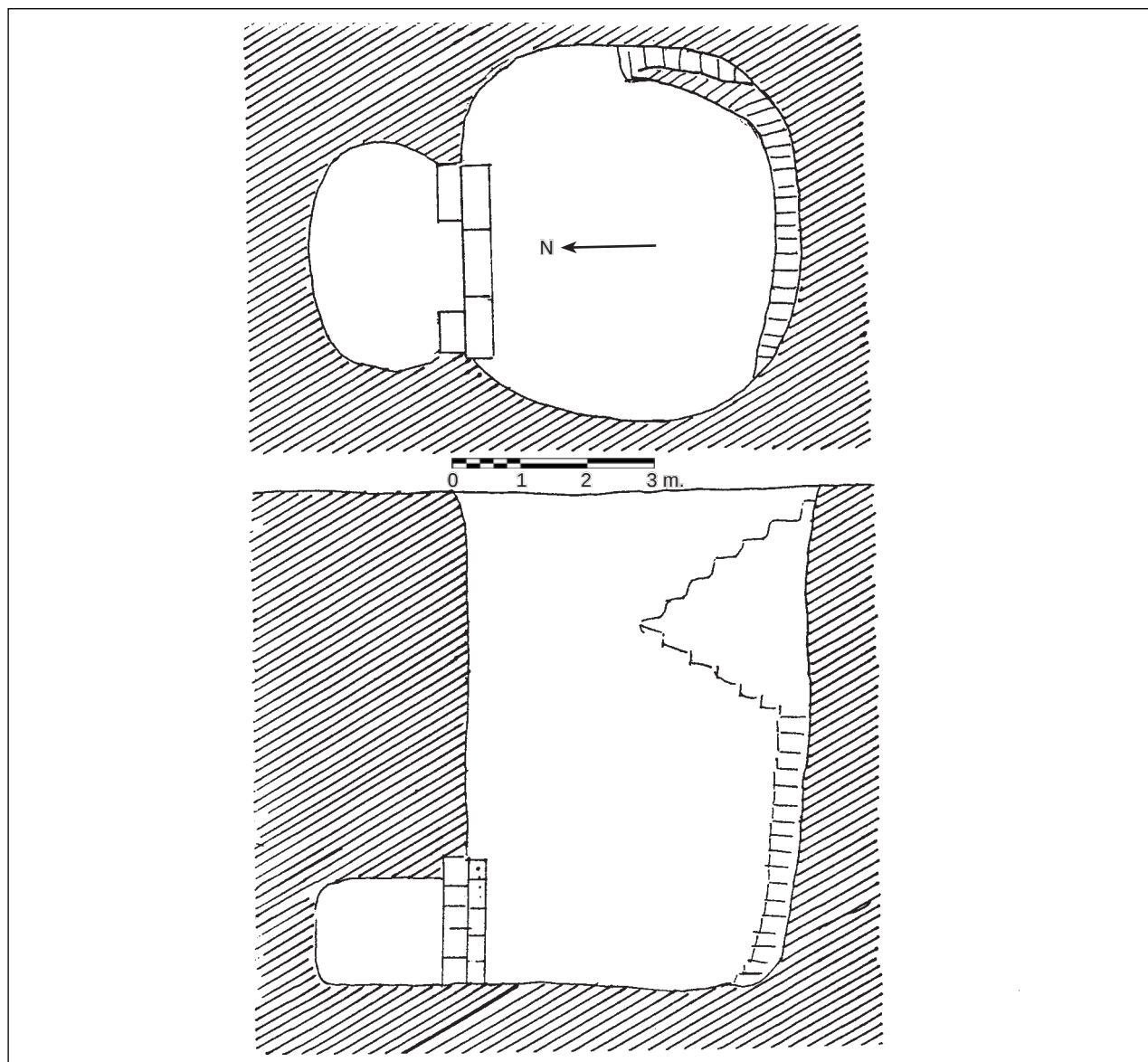


Figura 7. Tumba E-1 de Puente de Noy (según Molina y Pellicer).

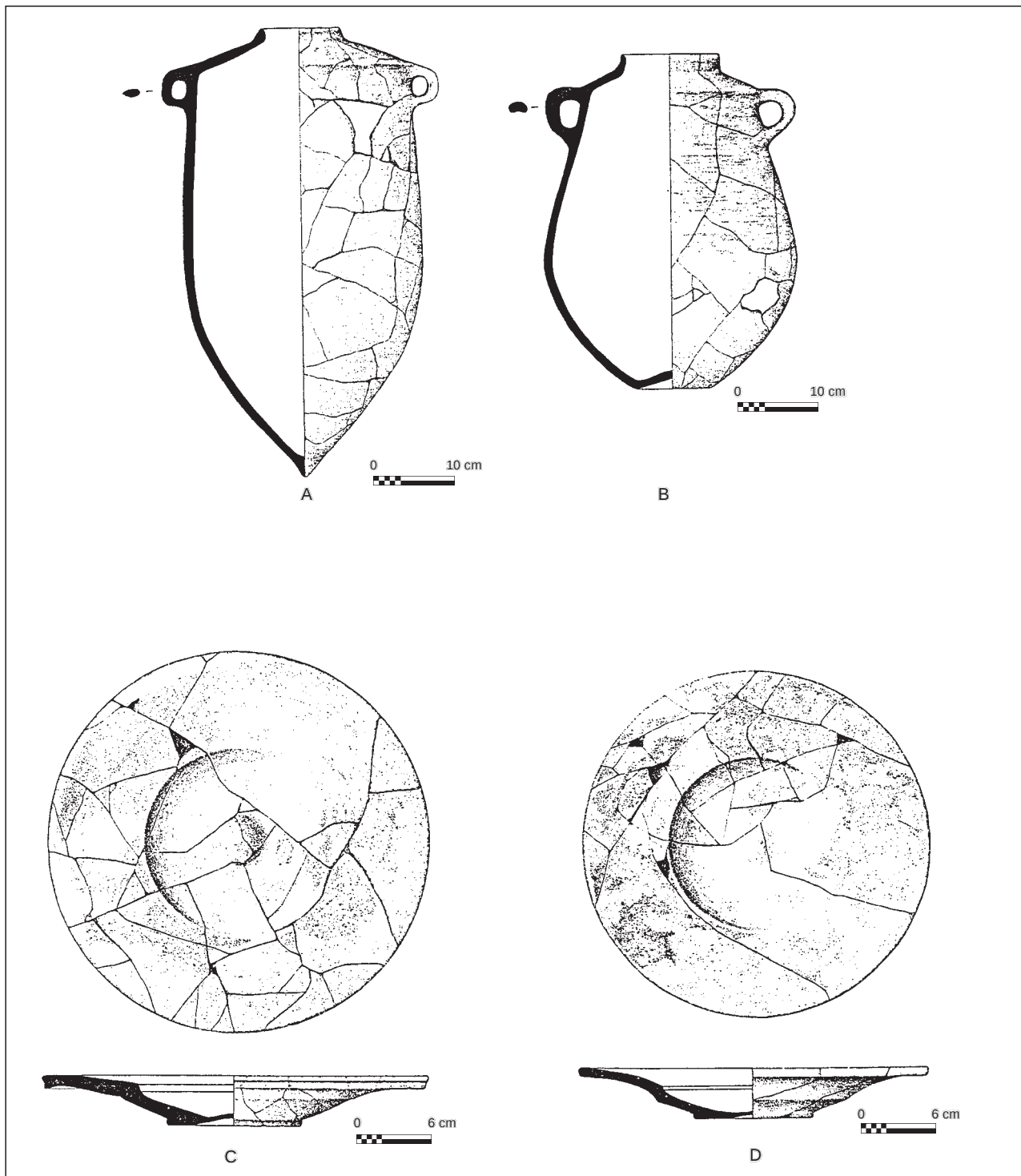


Figura 8. A, B: Ánforas fenicias de la tumba E-1 de Puente de Noy (según Molina); C, D: Platos de barniz rojo de la tumba E-1 de Puente de Noy (según Molina).

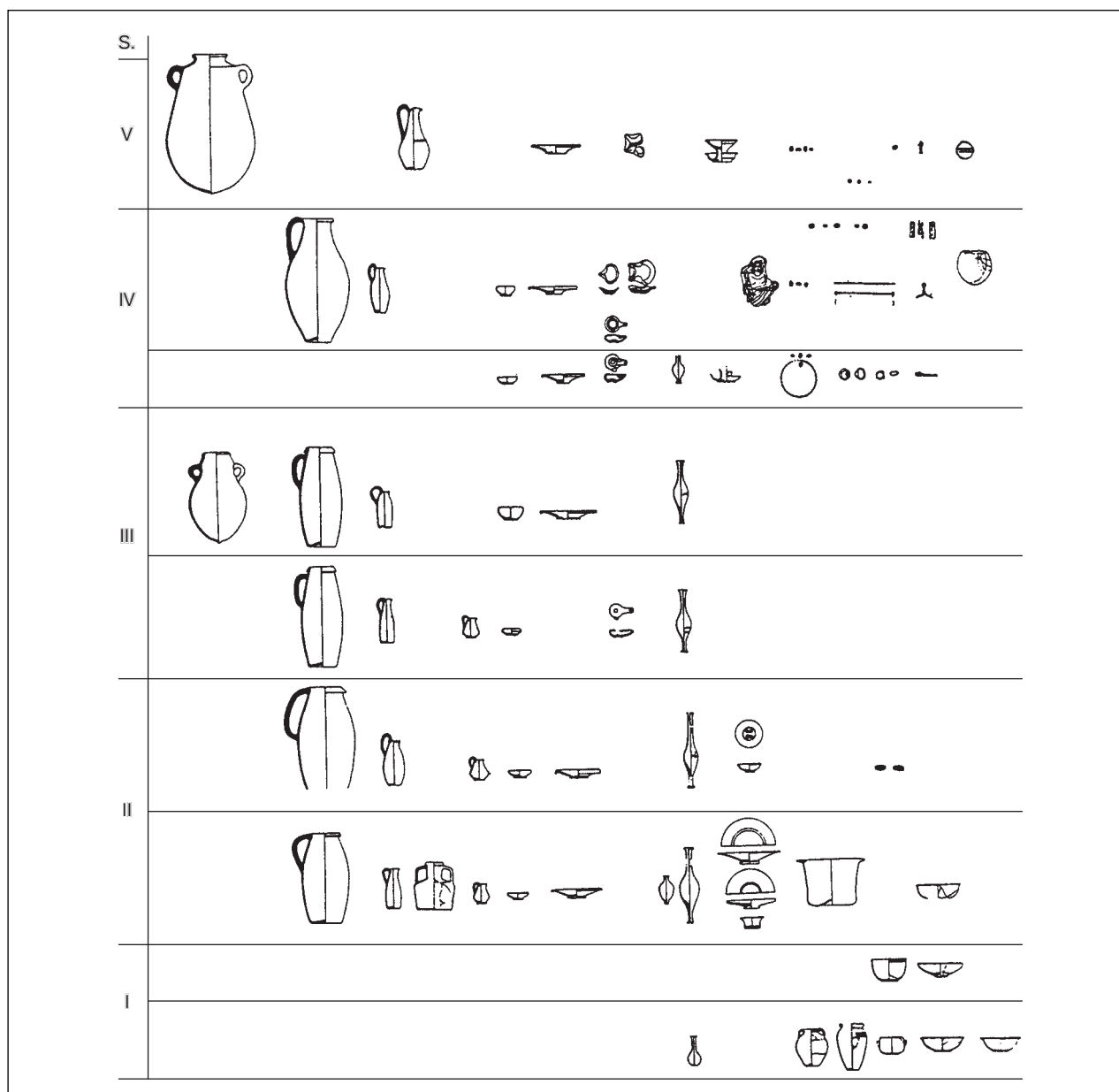


Figura 9. Ajueres y cronología de las tumbas de Puente de Noy (según Molina).

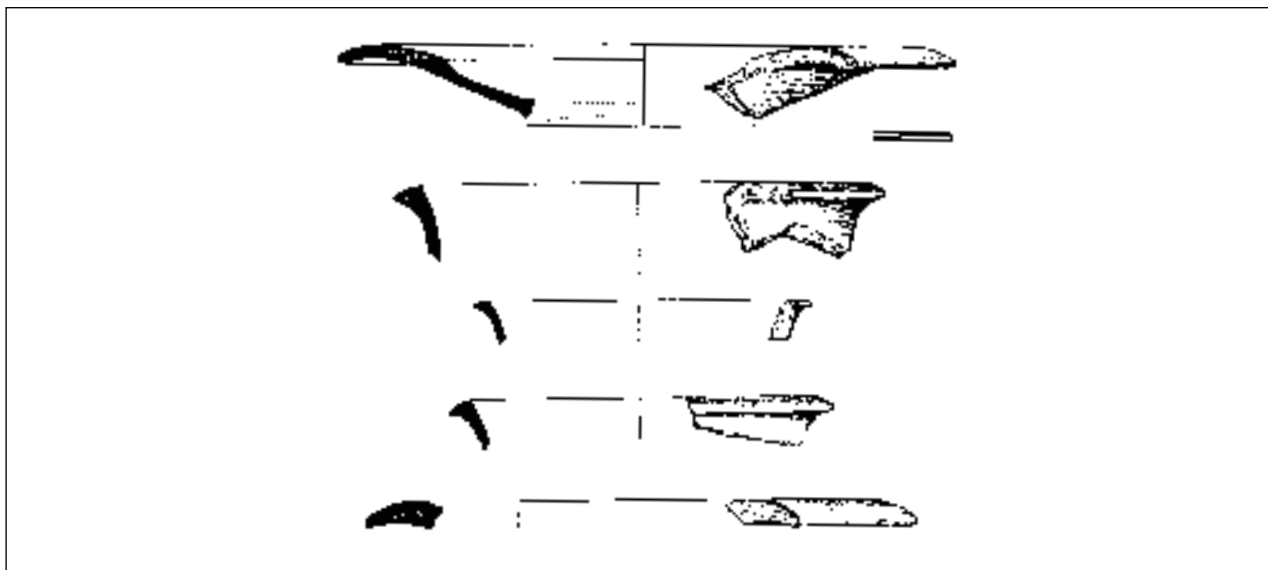


Figura 10. Cerámicas de barniz rojo de la Cueva de los Siete Palacios (según Molina).

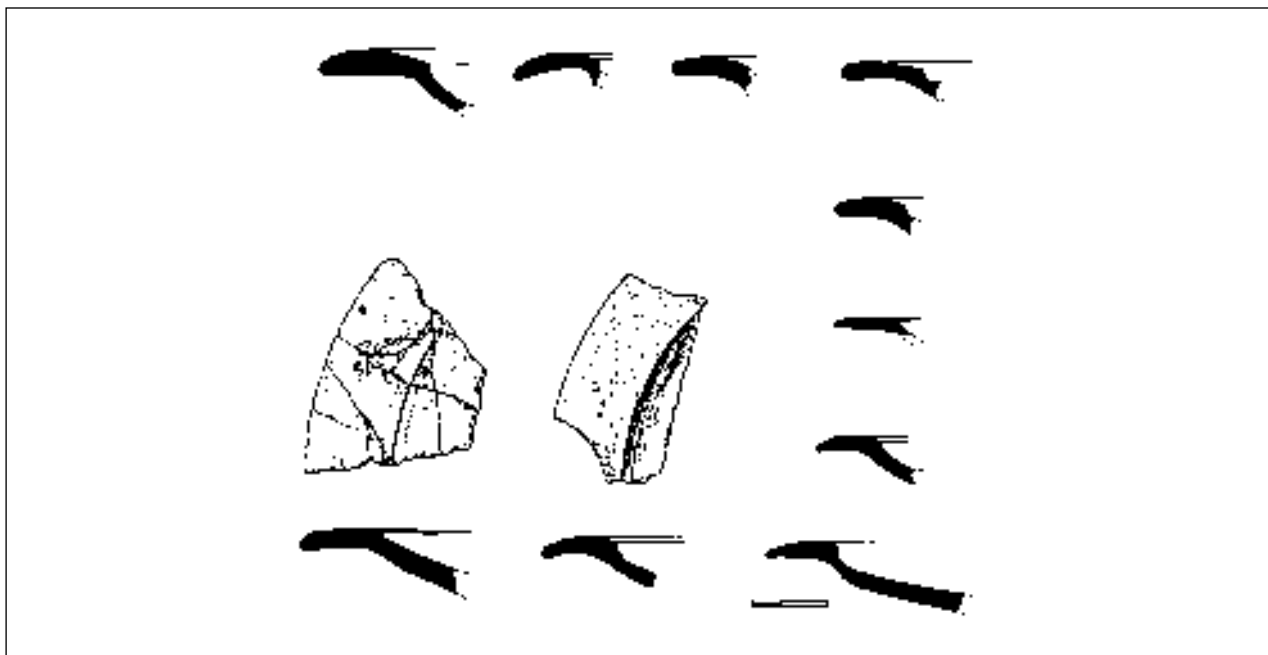


Figura 11. Platos de barniz rojo de la Plaza de la Constitución de Almuñécar (según Molina).

105

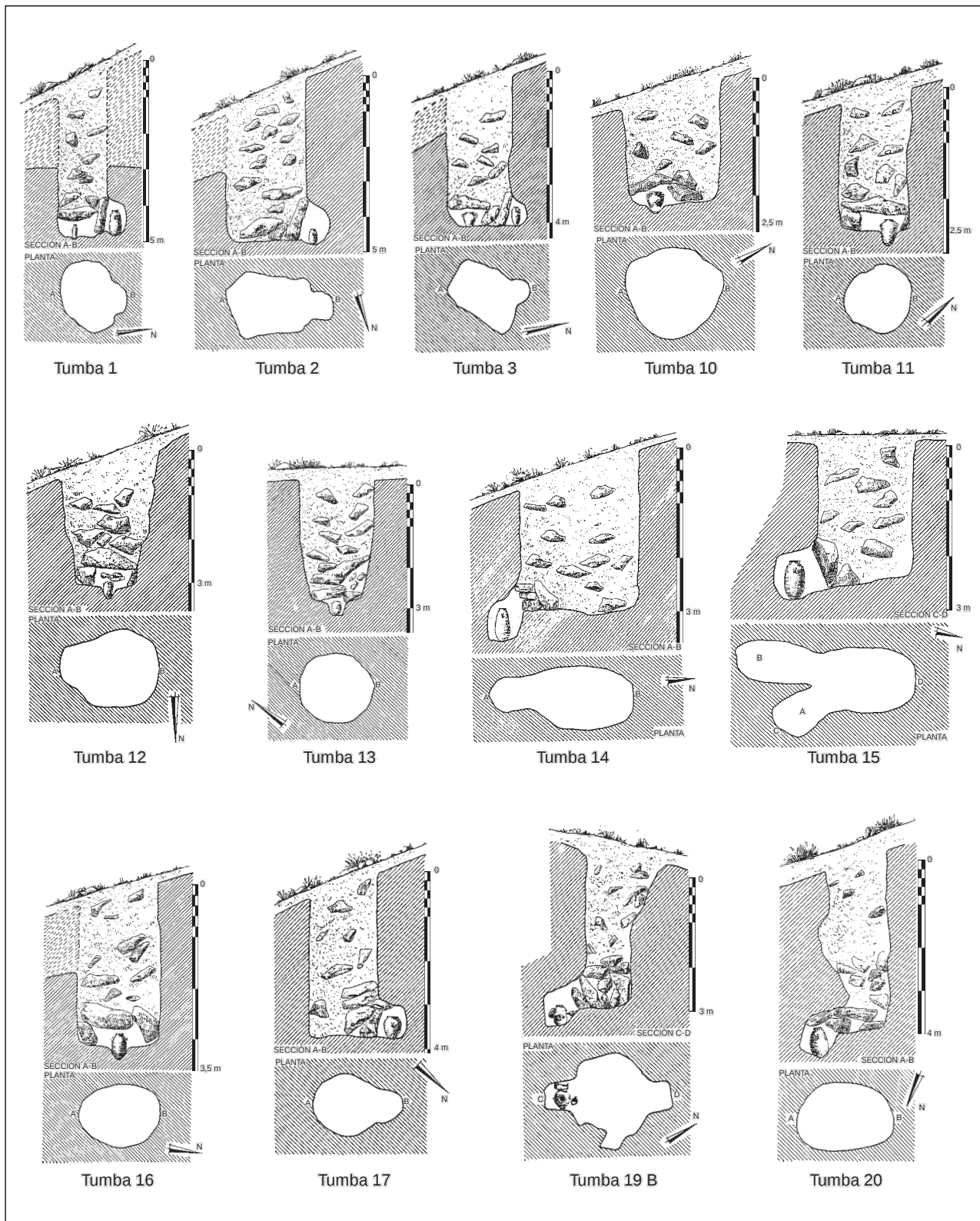


Figura 13. Tipología de las tumbas de Laurita.

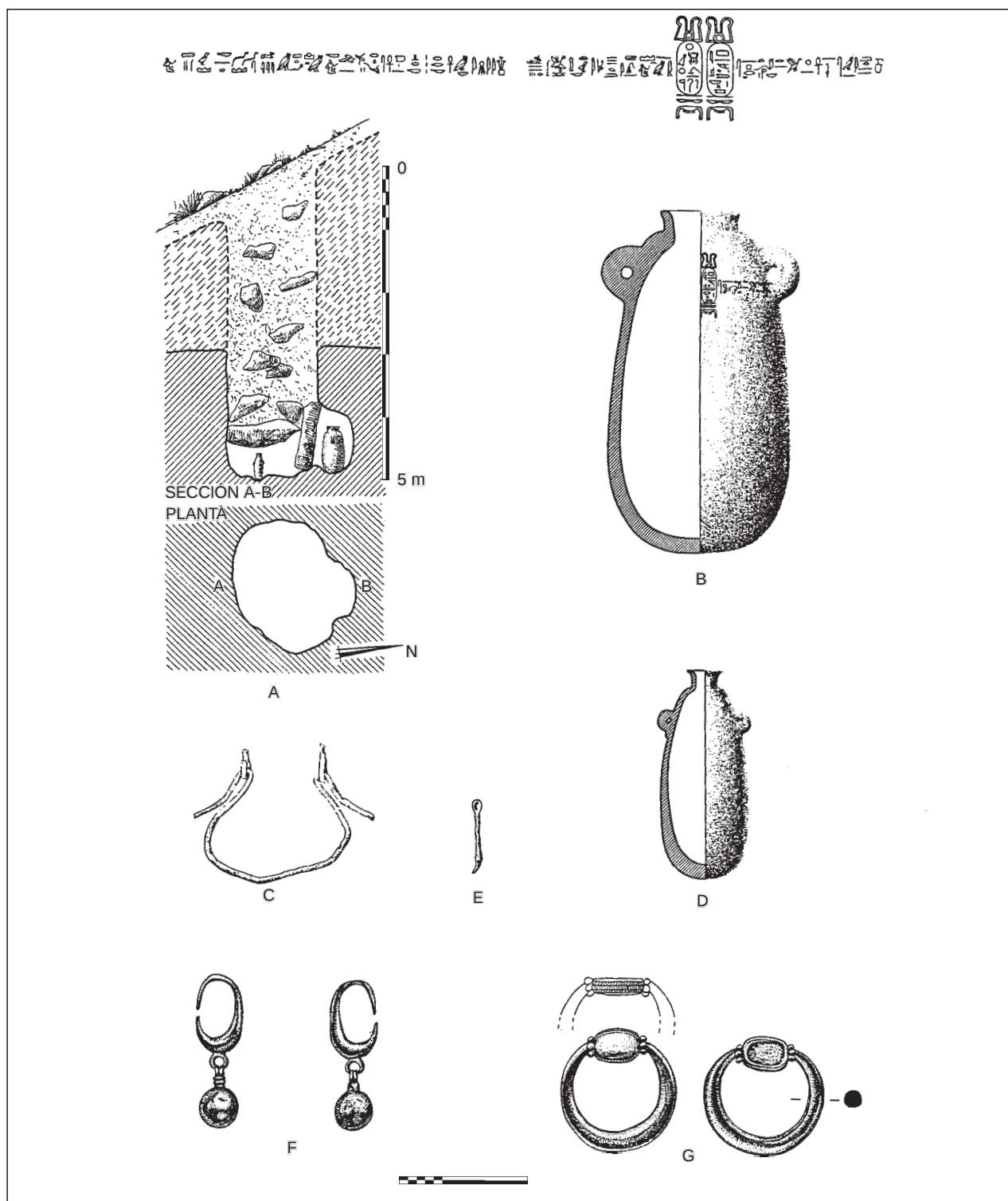


Figura 14. A: Planta y perfil de la tumba 1 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro con cartela de Takelot II de la tumba 1 A de Laurita; C: Asa de bronce de aguamanil de de la tumba 1 A de Laurita; D: Urna cineraria de alabastro de de la tumba 1 B de Laurita; E: Laña de estaño de la tumba 1 B de Laurita; F: Pendientes de oro de de la tumba 1 de Laurita (según Molina); G: Colgante de oro con escarabeo basculante de de la tumba 1 de Laurita (según Molina).

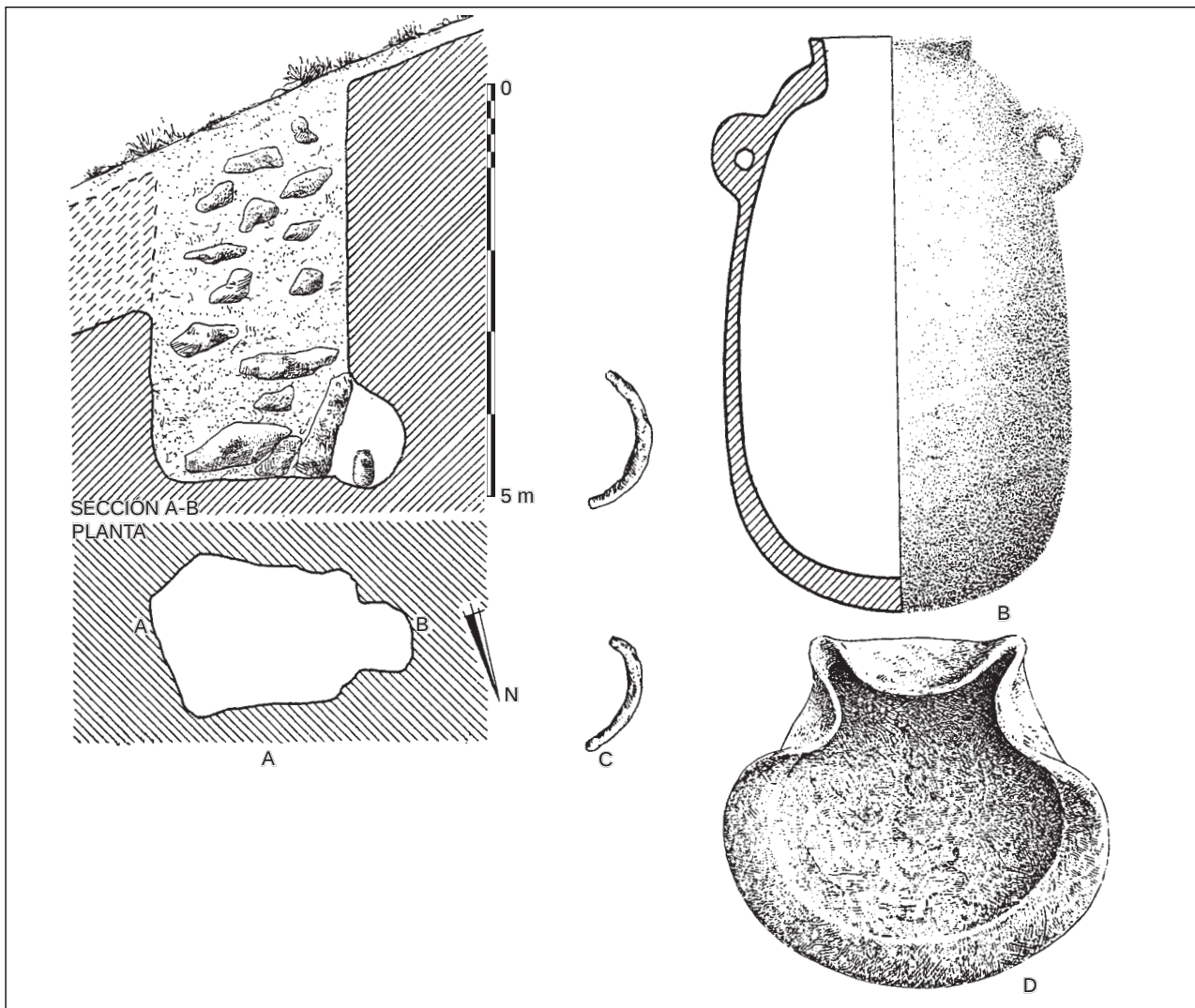


Figura 15. A: Planta y perfil de la tumba 2 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 2 de Laurita; C: Brazaletes de bronce de la tumba 2 de Laurita; D: Lucerna bicorne de barniz rojo de la tumba 2 de Laurita.

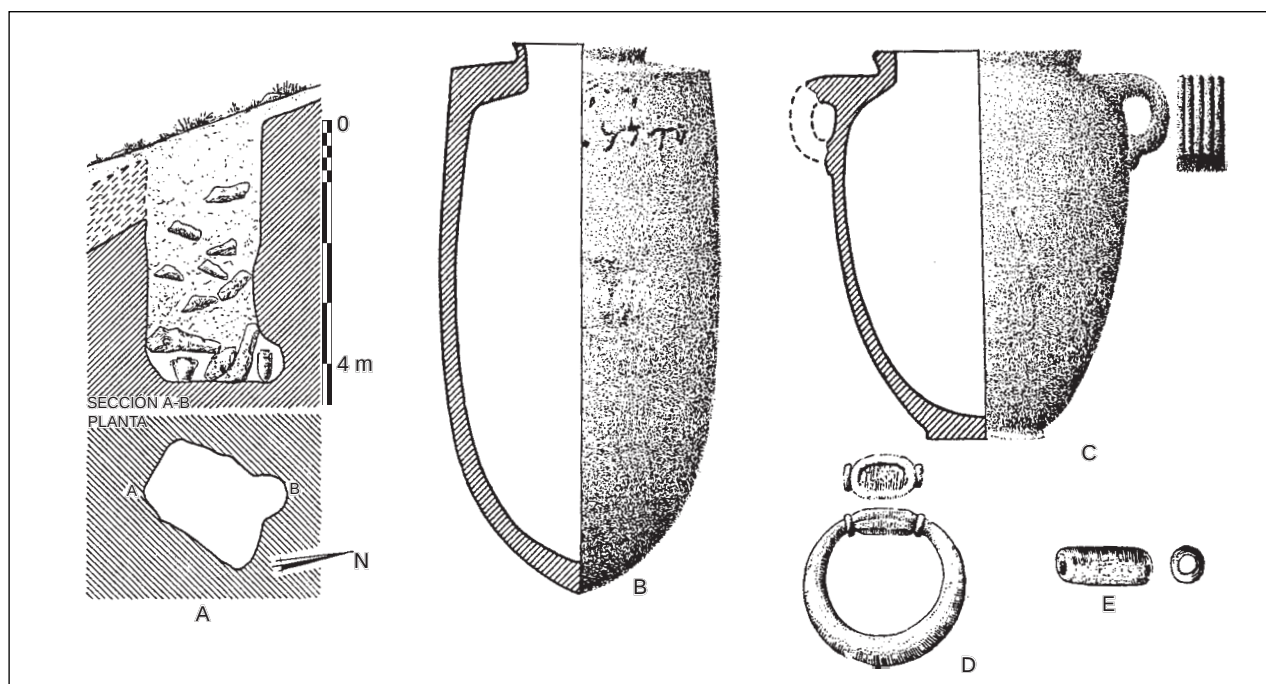


Figura 16. A: Planta y perfil de la tumba 3 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro con inscripción pintada fenicia de la tumba 3 A de Laurita; C: Urna cineraria de alabastro de la tumba 3 B de Laurita; D: Colgante de plata con escarabeo basculante de la tumba 3 B de Laurita; E: Cuenta de variscita (?) de la tumba 3 de Laurita.

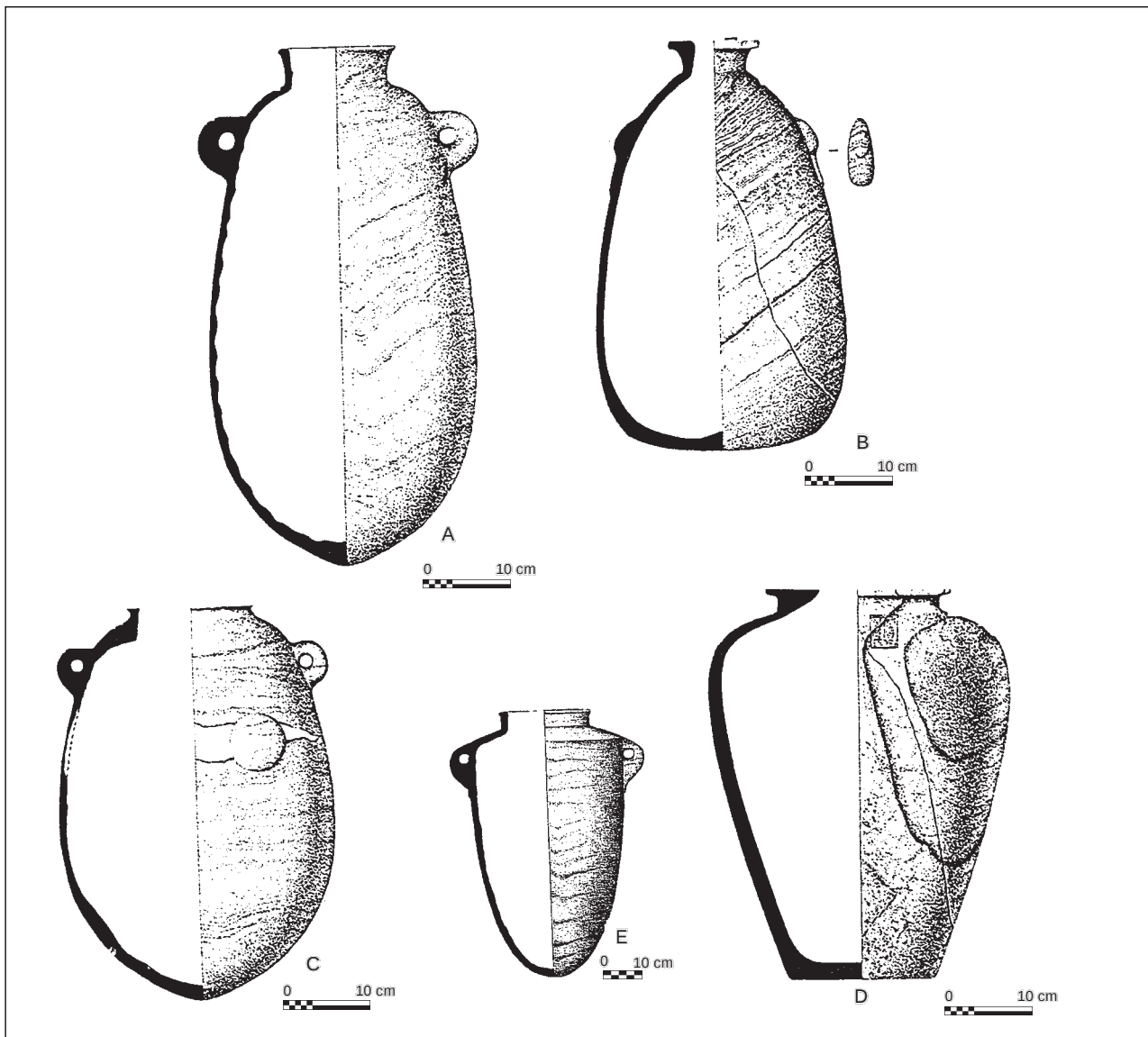


Figura 17. A-C: 44 Urnas cinerarias de alabastro de las tumbas 4-10 de Laurita (según Molina); D: Urna cineraria de mármol gris de Laurita con cartela de Apofis I (según Molina); E: Urna cineraria de alabastro de las tumbas 4-10 de Laurita (según Molina).

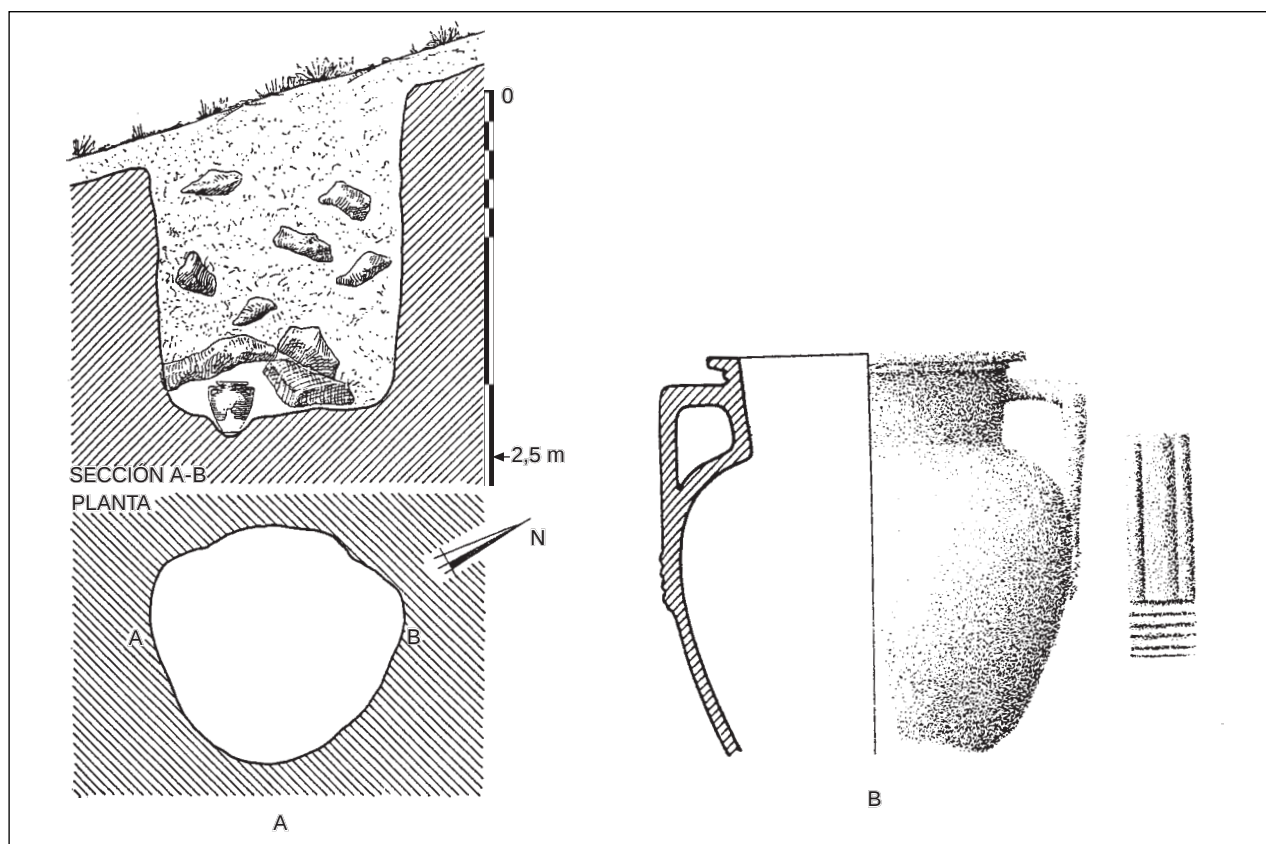


Figura 18. A: Planta y perfil de la tumba 10 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de las tumbas 8-10 (?) de Laurita.

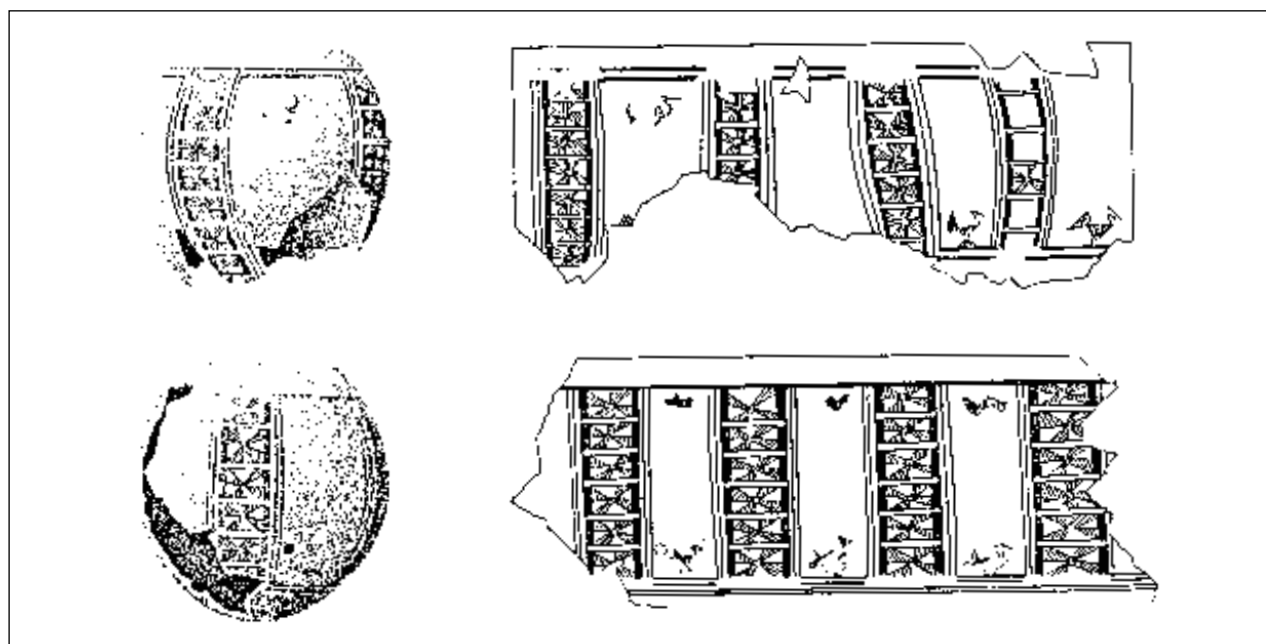


Figura 19. Huevos de avestruz pintados de las tumbas 4-10 de Laurita.

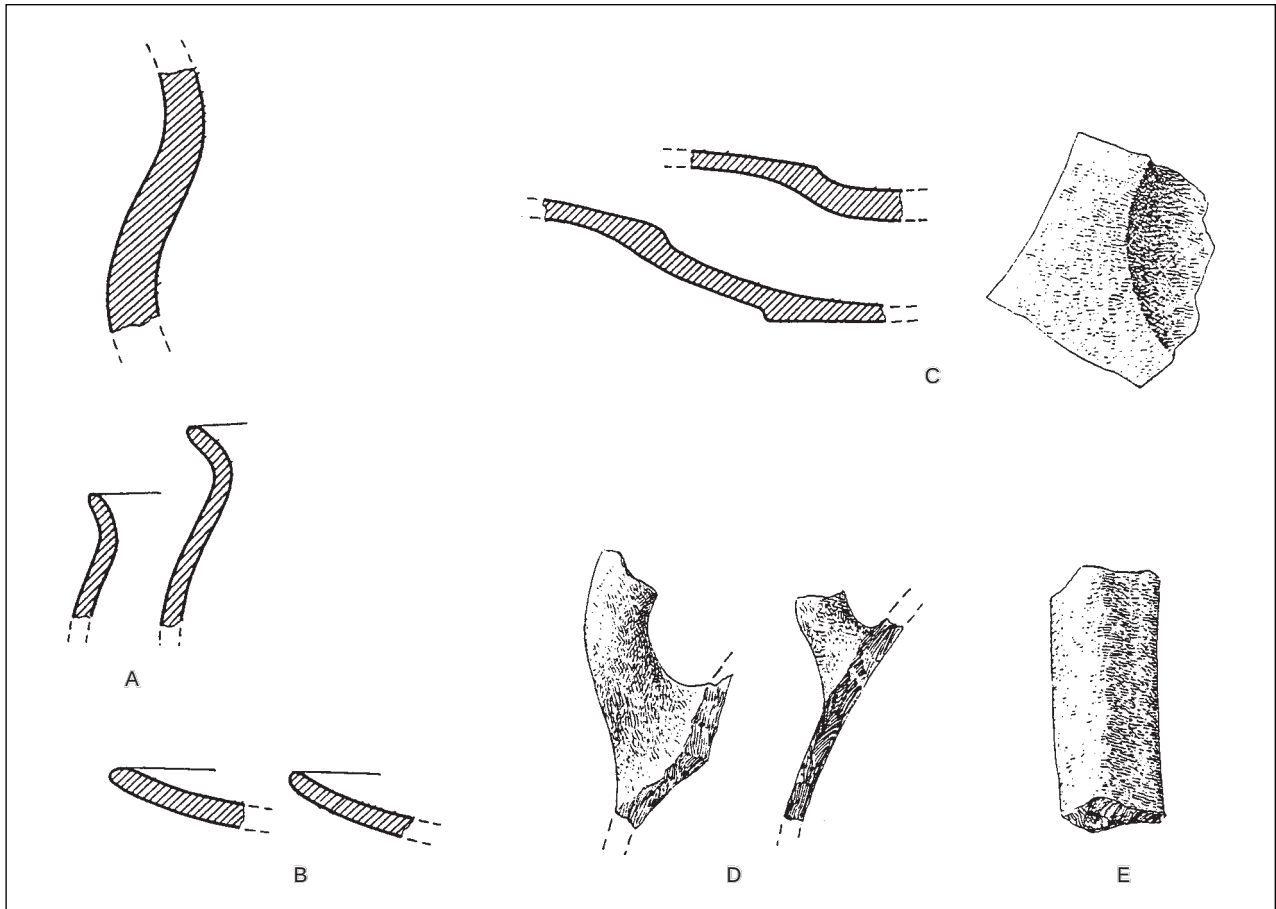


Figura 20. A: Vasos de cerámica común a torno de Laurita (tumbas 4-10?); B: Cuencos de cerámica gris de occidente de Laurita (tumbas 4-10?); C: Platos de barniz rojo de Laurita (tumbas 4-10?); D: Asas de ánforas fenicias de Laurita (tumbas 4-10?); E: Asa de ánfora jonia de Laurita (tumbas 4-10?).

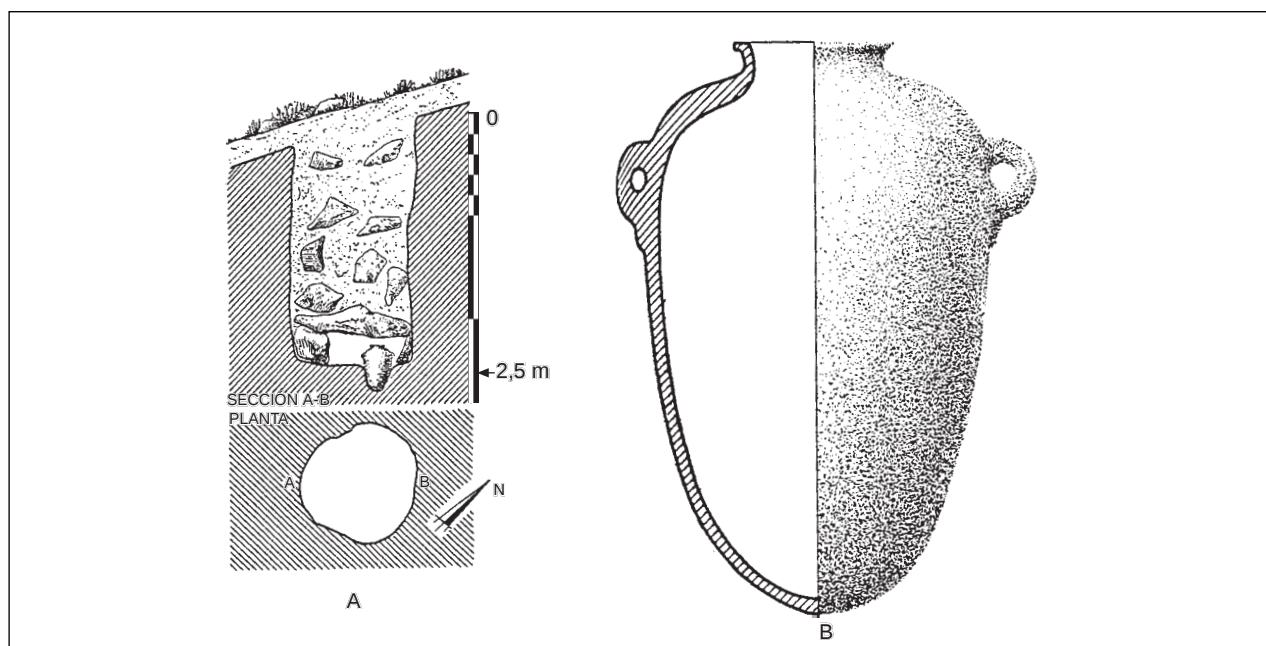


Figura 21. A: Planta y perfil de la tumba 11 de Laurita; B: Urna de alabastro de la tumba 11 (?) de Laurita.

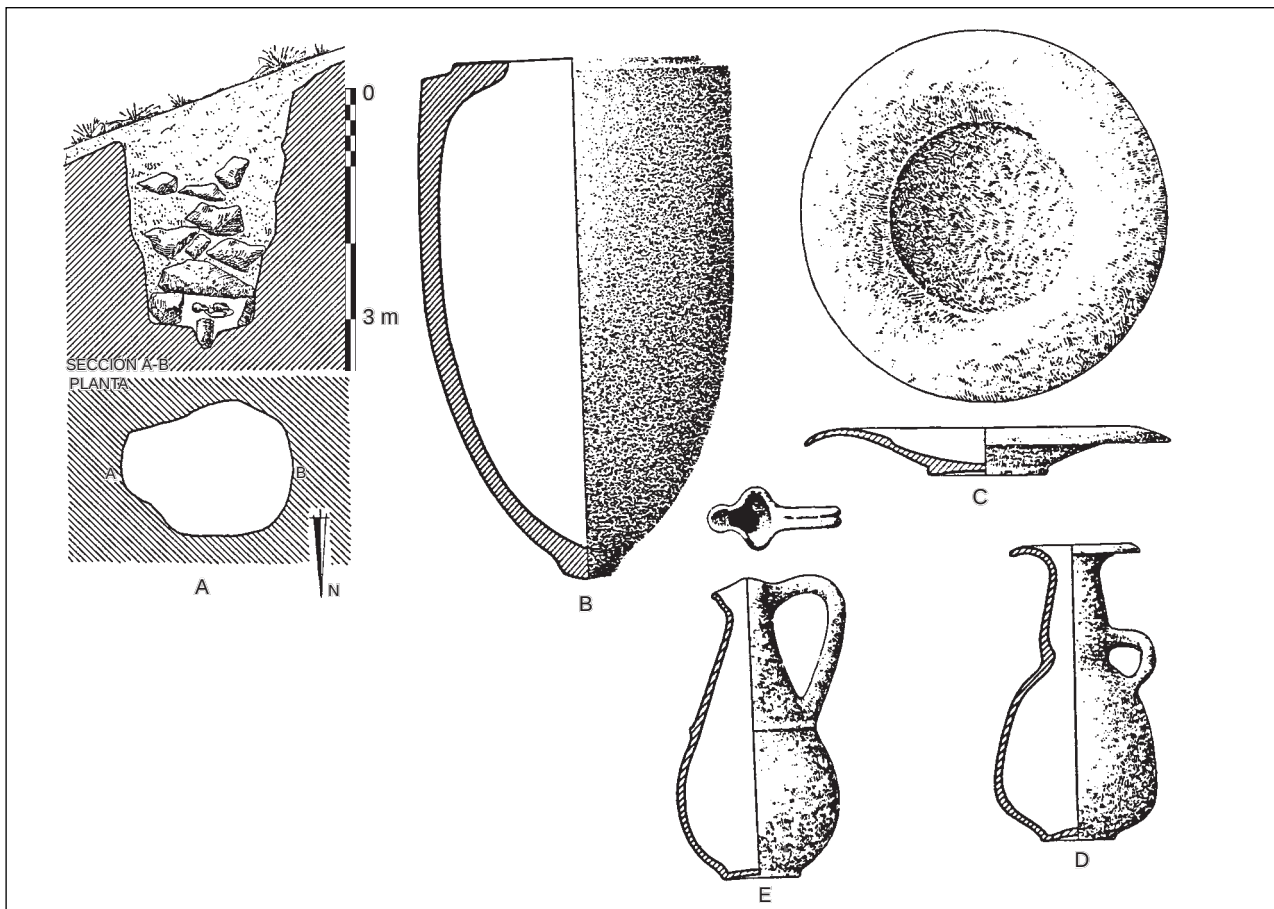


Figura 22. A: Planta y perfil de la tumba 12 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 12 de Laurita; C: Plato de barniz rojo de la tumba 12 de Laurita; D: Jarro de boca de seta de la tumba 12 de Laurita; E: Oinochoe piriforme de la tumba 12 de Laurita.

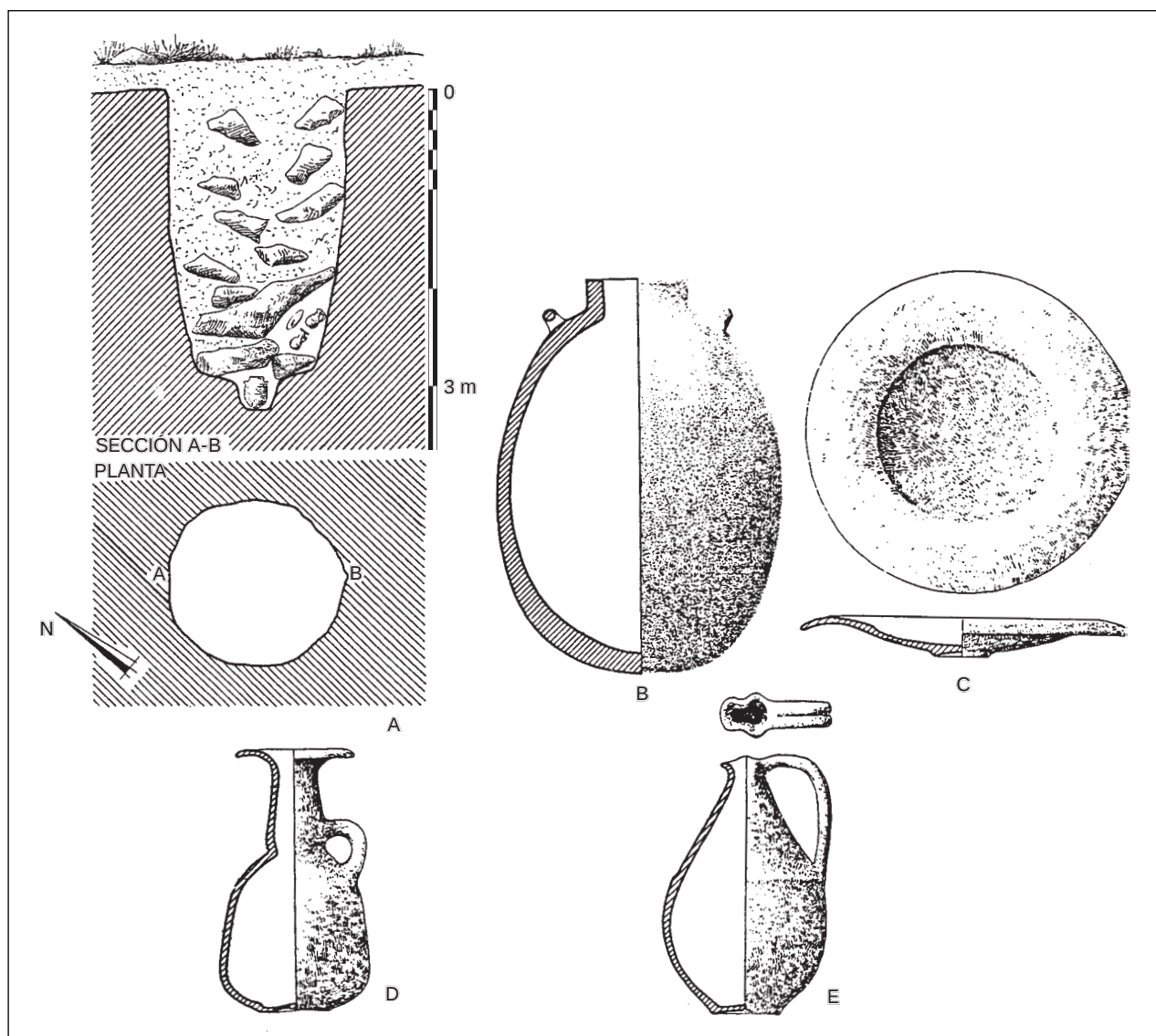


Figura 23. A: Planta y perfil de la tumba 13 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 13 de Laurita; C: Plato de barniz rojo de la tumba 13 de Laurita; D: Jarro de boca de seta de la tumba 13 de Laurita; E: Oinochoe piriforme de la tumba 13 de Laurita.

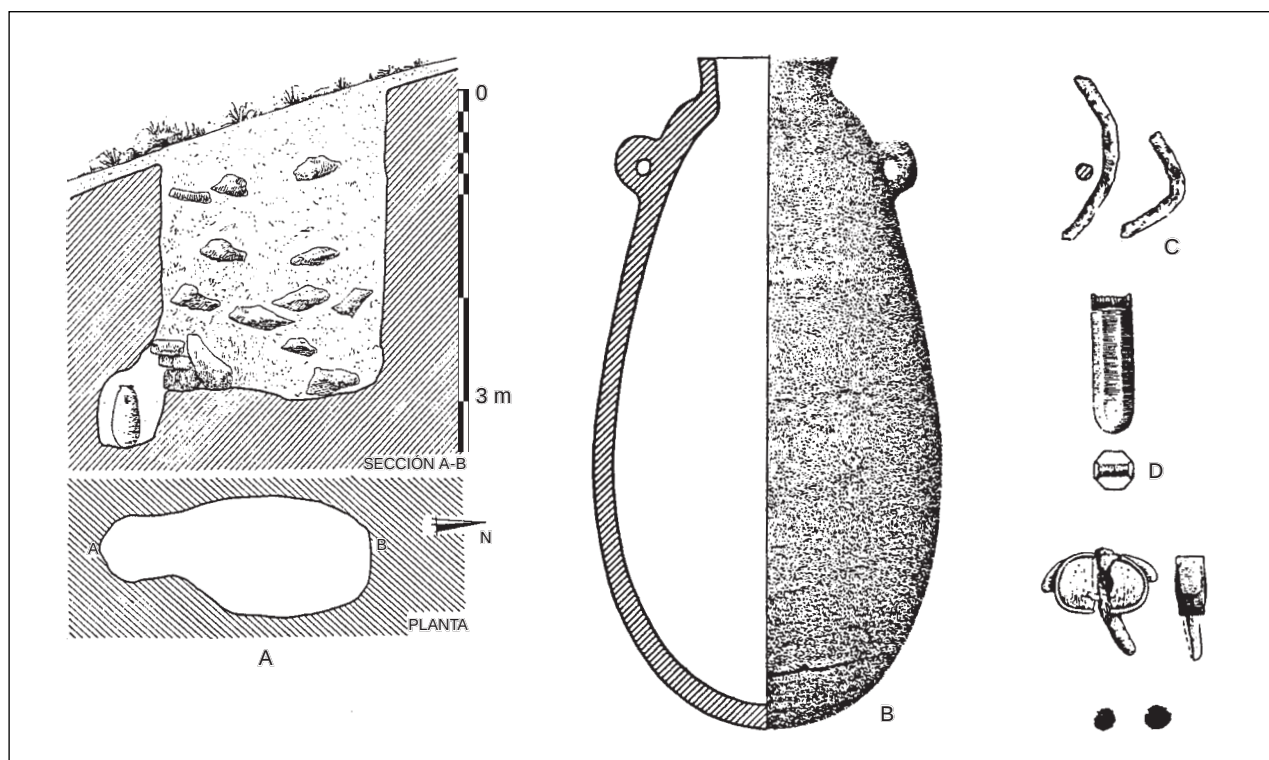


Figura 24. A: Planta y perfil de la tumba 14 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 14 de Laurita; C: Brazalete de bronce de la tumba 14 de Laurita; D: Estuche de amuleto de plata de la tumba 14 de Laurita; E: Amuleto de hueso o marfil (oudja?) de la tumba 14 de Laurita; F: Cuentas de collar globulares de bronce de la tumba 14 de Laurita.

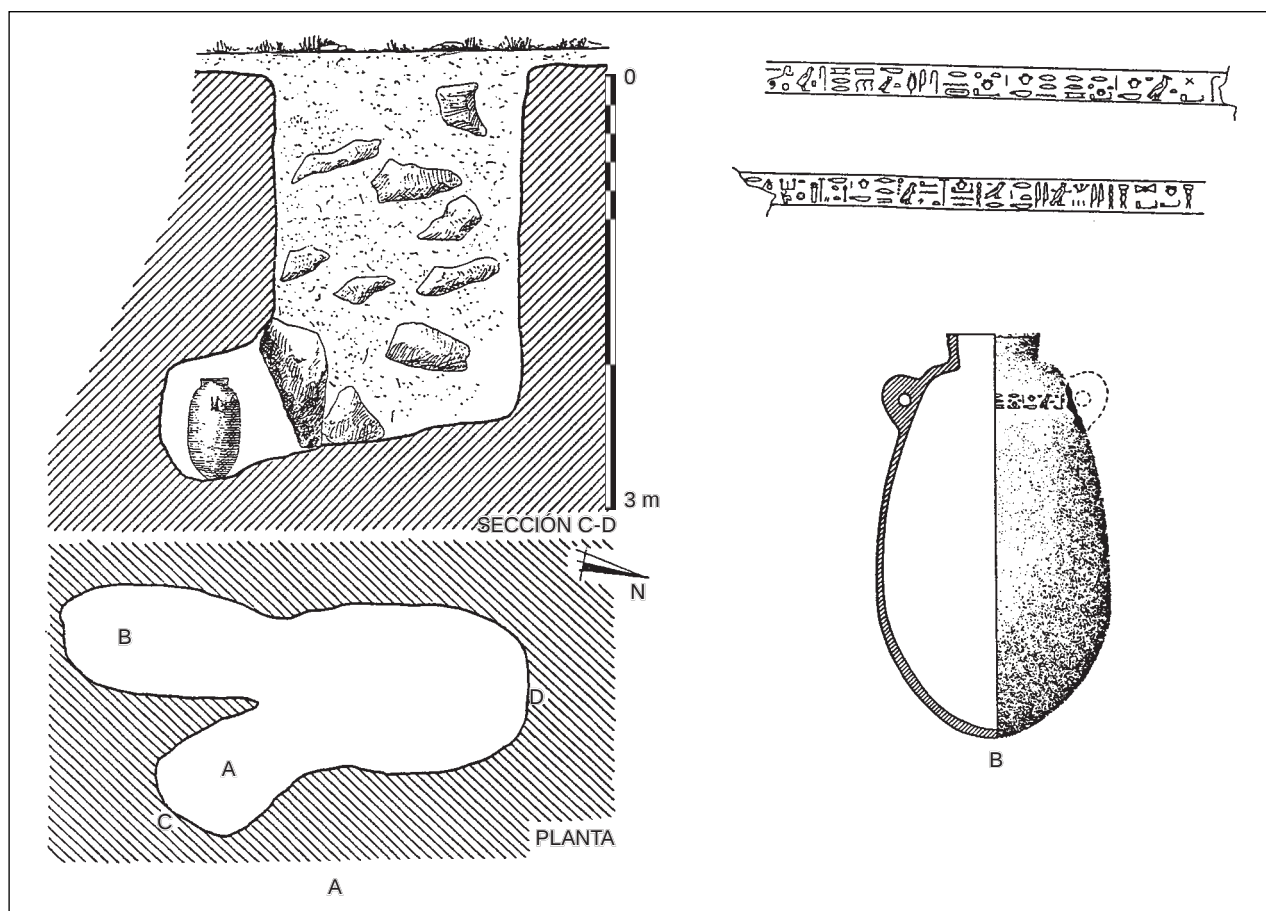


Figura 25. A: Planta y perfil de la tumba 15 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro con inscripción jeroglífica de «Osorkon sacerdote» de la tumba 15 A de Laurita.

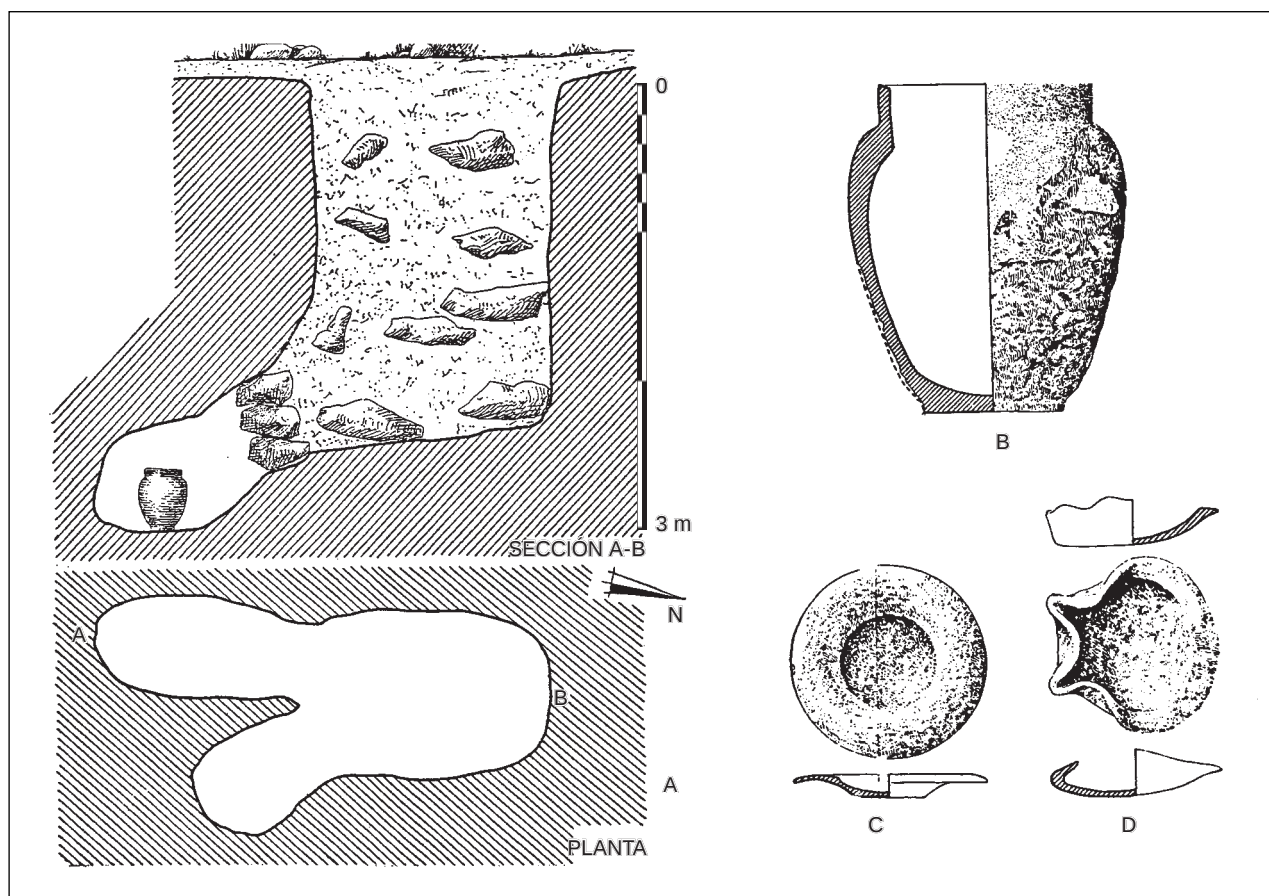


Figura 26. A: Perfil de la tumba 15 B de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 15 B de Laurita; C: Plato de barniz rojo de la tumba 15 B de Laurita; D: Lucerna bicornes con barniz rojo de la tumba 15 B de Laurita.

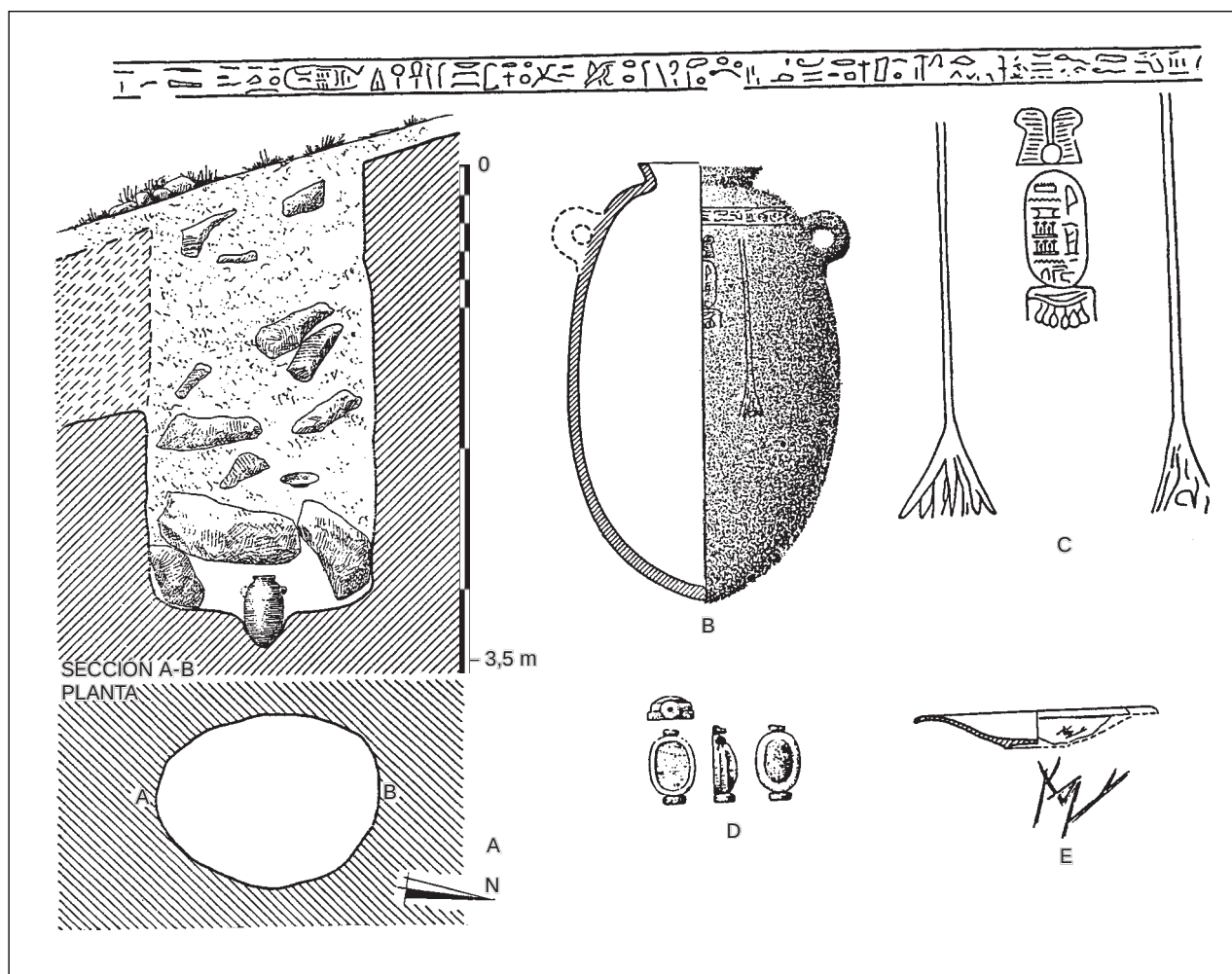


Figura 27. A: Planta y perfil de la tumba 16 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 16 de Laurita; C: Cartela de Chechonq III y pseudo jeroglífico de la urna de la tumba 16 de Laurita; D: Escarabeo basculante enmarcado en oro de la tumba 16 de Laurita; E: Plato de barniz rojo con grafito fenicio de la tumba 16 de Laurita.

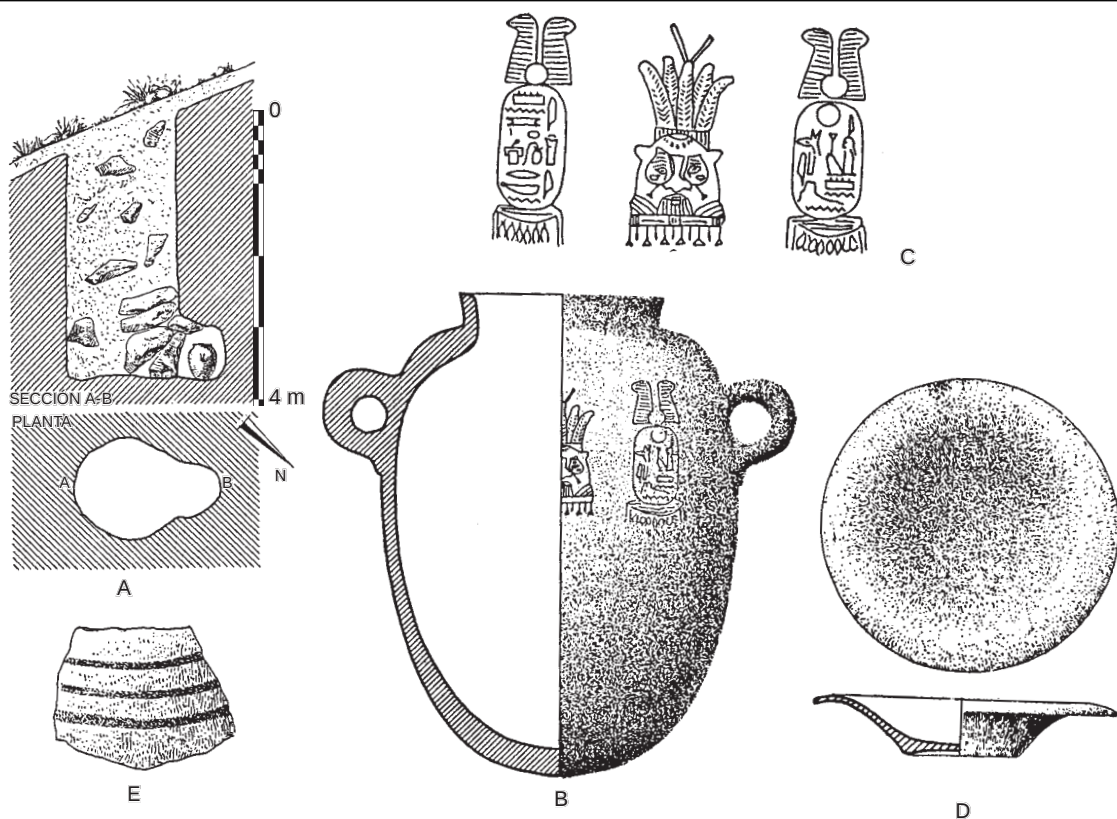


Figura 28. A: Planta y perfil de la tumba 17 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro con cartela de Osokon II de la tumba 17 de Laurita; C: Rostro de Bes entre cartelas de Osokon II de la urna de la tumba 17 de Laurita; D: Plato de barniz rojo de la tumba 17 de Laurita; E: Fragmento cerámico a torno con paralelas pintadas en negro de la tumba 17 de Laurita; F: Fragmentos de platos de barniz rojo de la tumba 17 de Laurita.

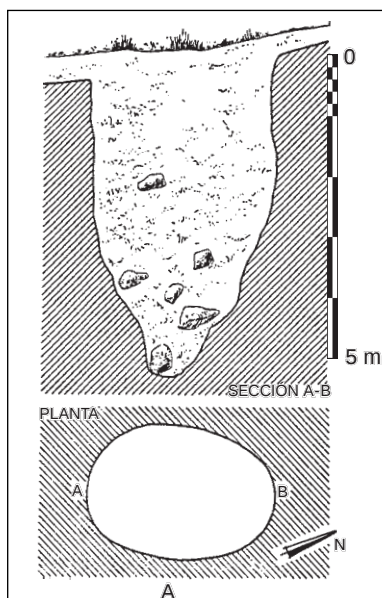
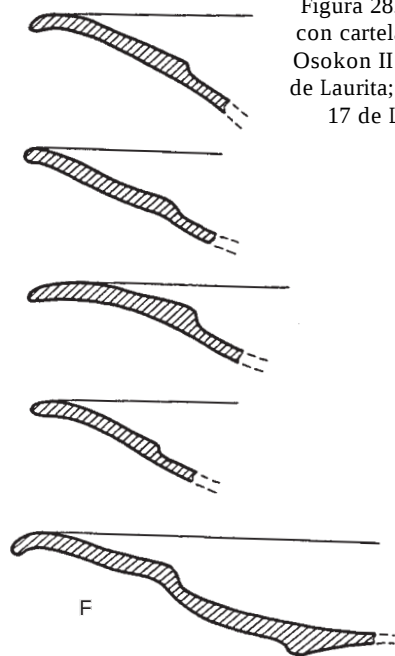
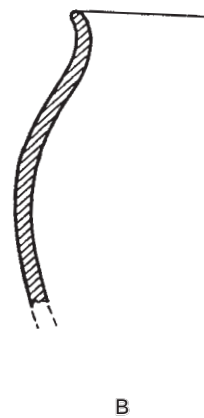


Figura 29. A: Planta y perfil de la tumba 18, no utilizada, de Laurita; B: Vaso común a torno de la tumba 18 de Laurita.



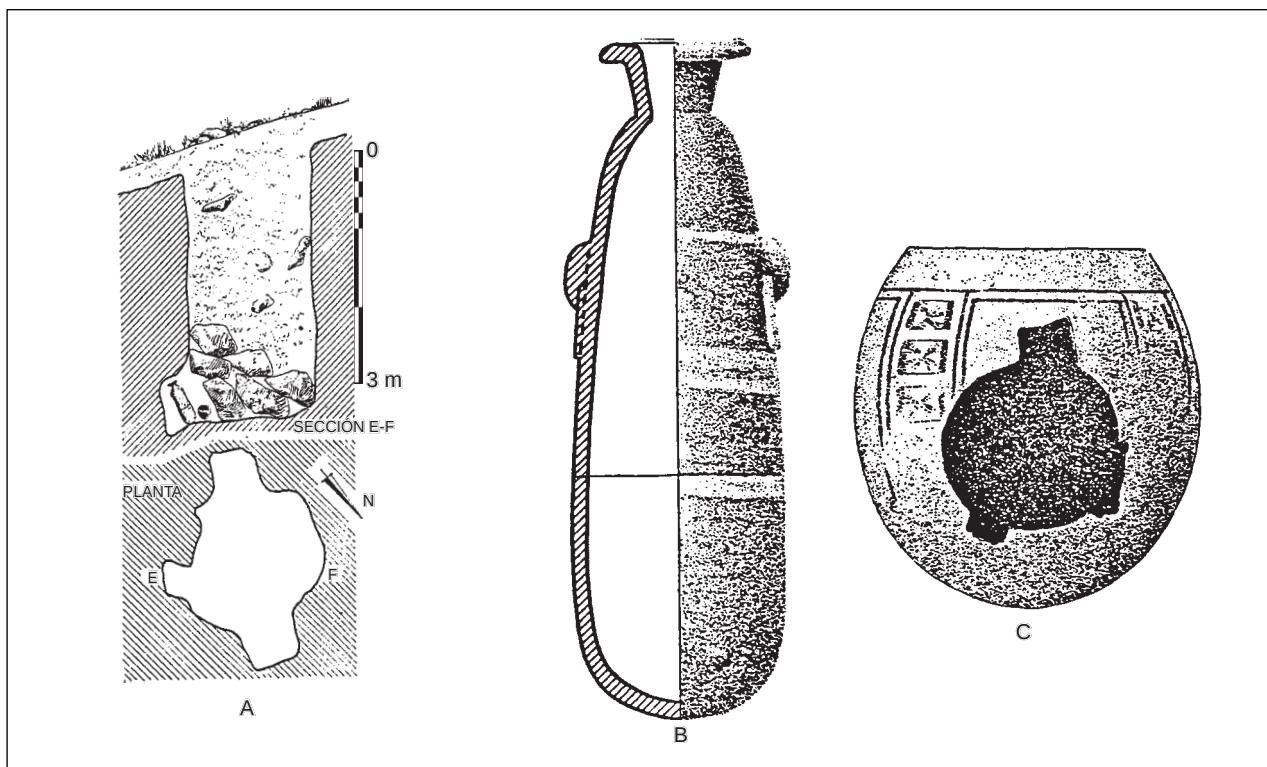


Figura 30. A: Planta y perfil de la tumba 19 A de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 19 A de Laurita; C: Huevo de avestruz pintado de la tumba 19 A de Laurita.

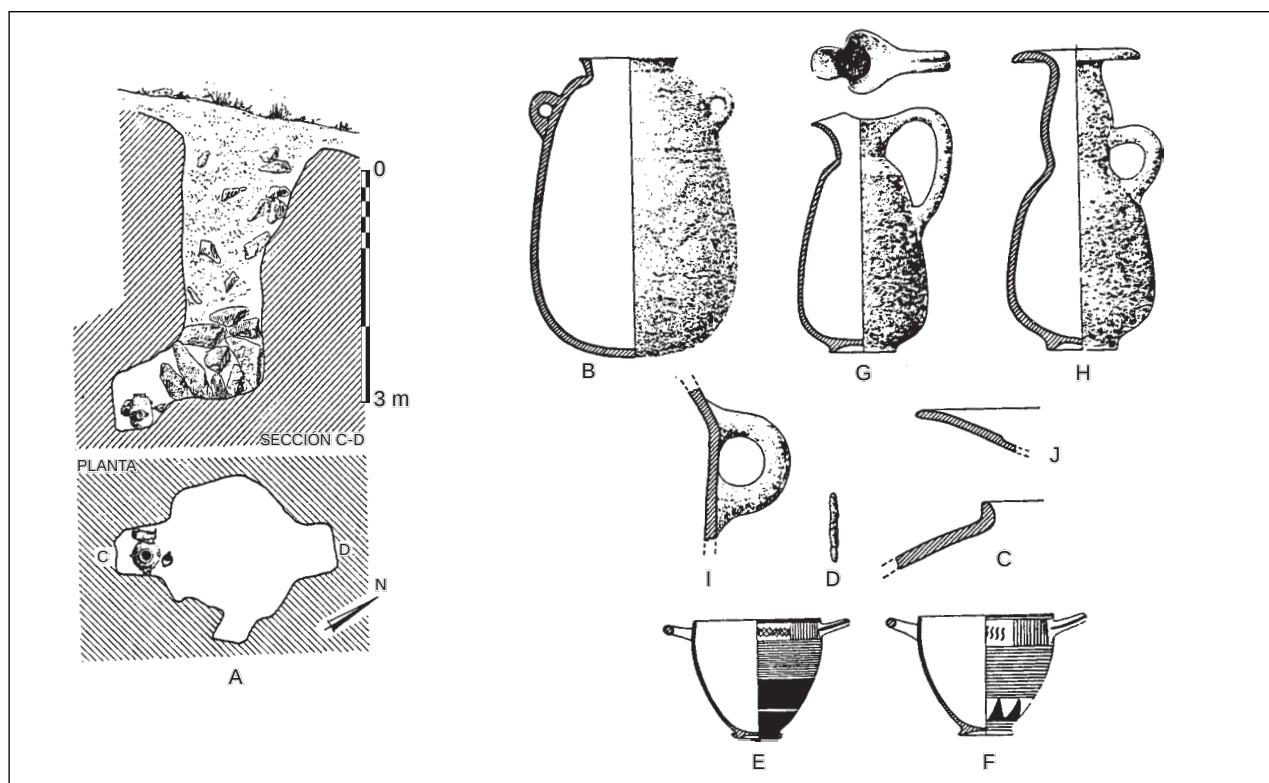


Figura 31. A: Planta y perfil de la tumba 19 B de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro de la tumba 19 B de Laurita; C: Borde de ánfora fenicia de la tumba 19 B de Laurita; D: Punta de hierro de la tumba 19 B de Laurita; E: Kotyle del protocorintio antiguo de la tumba 19 B de Laurita; F: Kotyle del protocorintio medio I de la tumba 19 B de Laurita; G: Oinochoe de barniz rojo de la tumba 19 B de Laurita; H: Jarro de boca de seta de barniz rojo de la tumba 19 B de Laurita; I: Asa de ánfora fenicia de la tumba 19 de Laurita; J: Plato de barniz rojo de la tumba 19 B de Laurita.

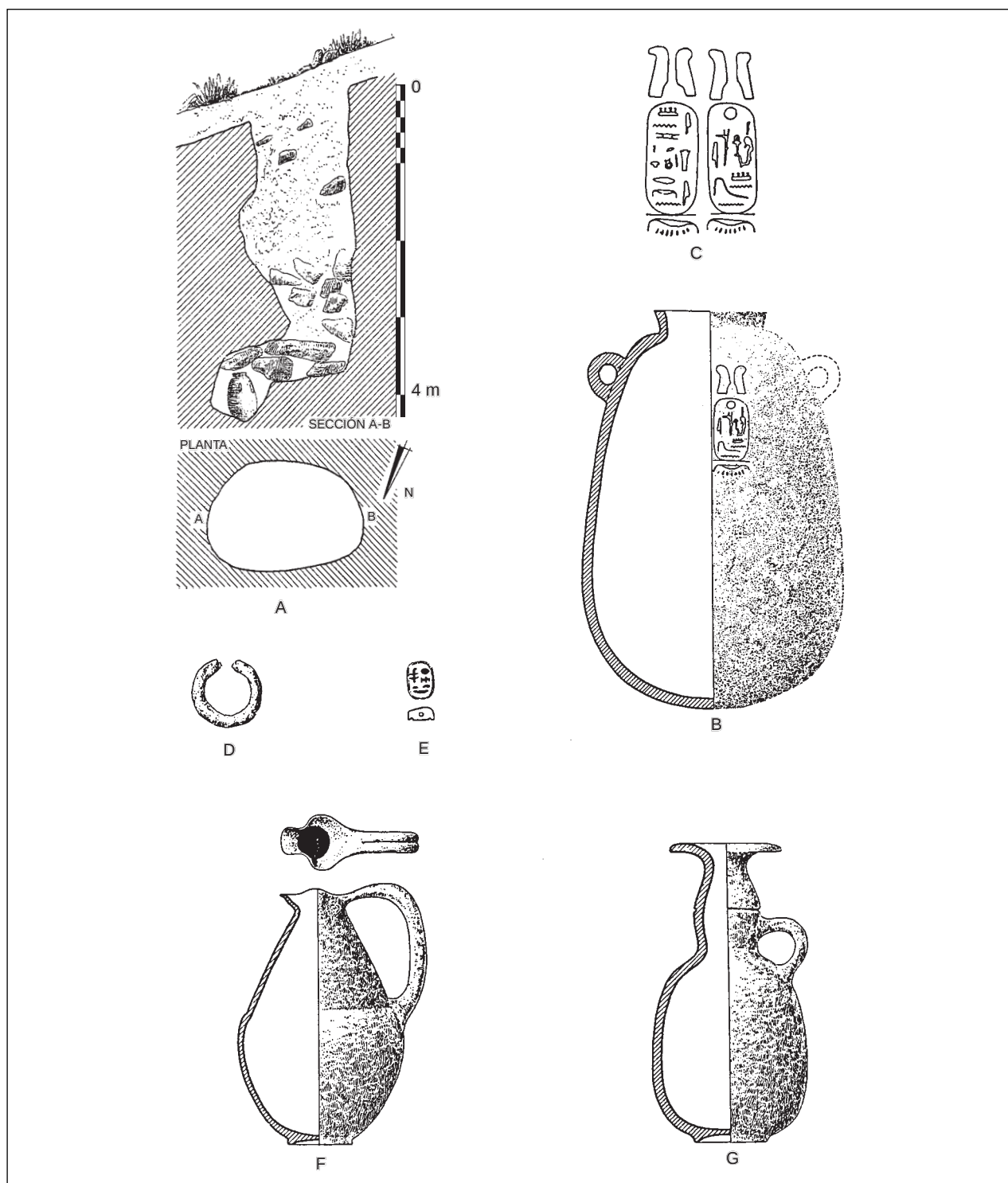


Figura 32. A: Planta y perfil de la tumba 20 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro con cartela de Osokon II de la tumba 20 de Laurita; C: Cartelas de Osorkon II de la urna de la tumba 19 B de Laurita; D: Anillo de bronce de la tumba 20 de Laurita; E: Escarabeo de la tumba 20 de Laurita; F: Oinochoe piriforme de barniz rojo de la tumba 20 de Laurita; G: Jarro de boca de seta de barniz rojo de la tumba 20 de Laurita.

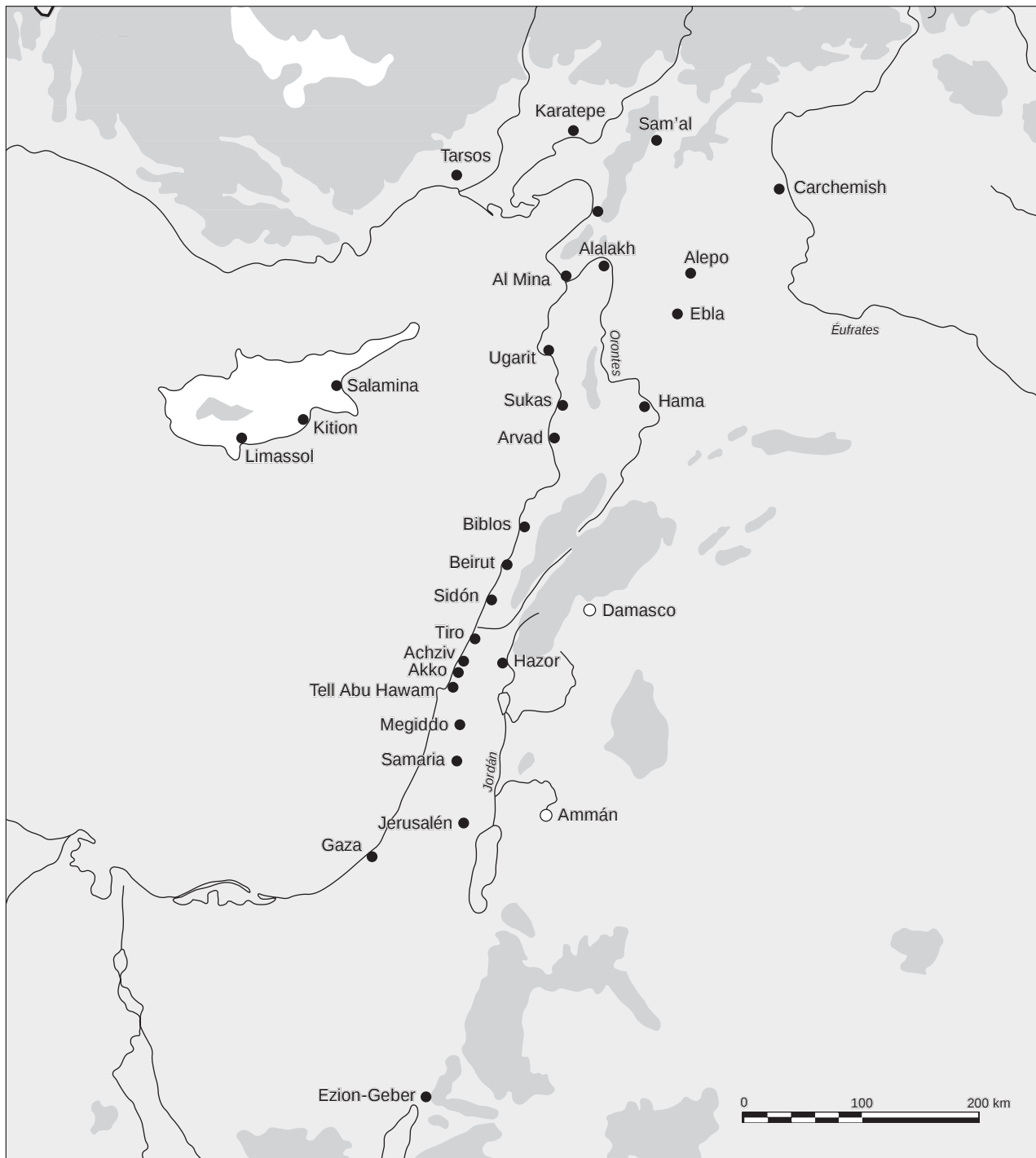


Figura 33. Territorio de los fenicios (según Aubet).



Figura 34. Principales establecimientos fenicios del Mediterráneo y Atlántico.

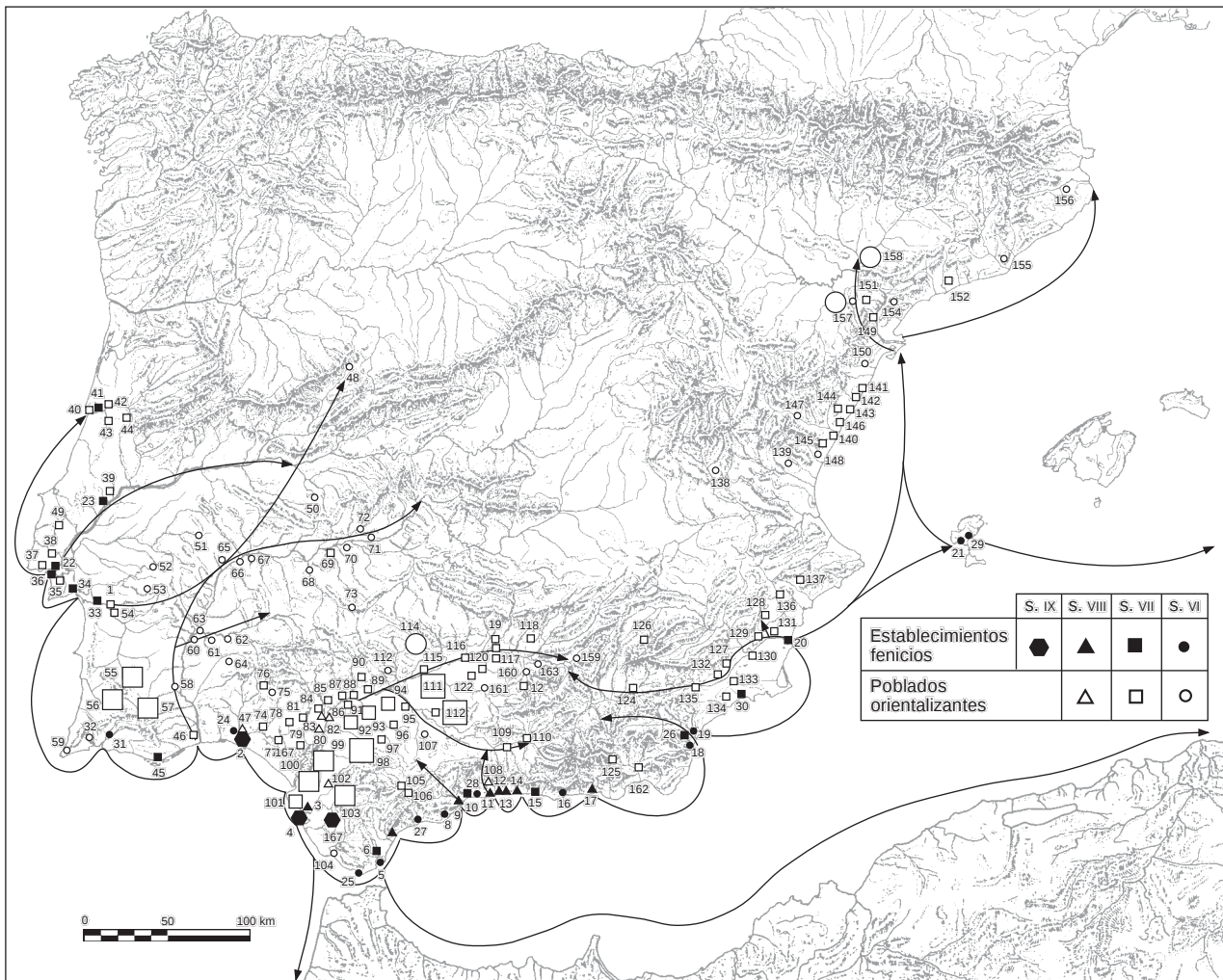


Figura 35. Yacimientos fenicios y orientalizantes y sus comunicaciones en la Península Ibérica:

- 1: Alcácer do Sal (Sado); 2: Huelva (ríos Tinto-Odiel); 3: Torre de Doña Blanca (río Guadalete); 4: Cádiz; 5: Gibraltar; 6: Cerro del Prado (río Guadarranque); 7: La Montilla (río Guadiana); 8: Castillo de Sohail (río Fuengirola); 9: Cerro del Villar (río Guadalhorce); 10: Málaga (río Guadalmedina); 11: Toscanos-Peñón-Alarcón (río Vélez); 12: Morro de Mezquitilla (río Algarrobo); 13: Las Chorreras (río Algarrobo); 14: Almuñécar (ríos Seco y Verde); 15: Salobreña (río Guadalfeo); 16: Castell de Ferro (Granada); 17: Cerro de Montecristo (río Adra); 18: Garrucha (río Antas); 19: Villaricos (río Almanzora); 20: La Fonteta (río Segura); 21: Sa Caleta (Ibiza); 22: Sé de Lisboa (Tajo); 23: Alcáçova de Santárem (río Tajo); 24: Aljaraque (río Odiel); 25: Tarifa (Cádiz); 26: Cabecico de Parra (río Almanzora); 27: El Torreón (río Guadalmansa); 28: La Loma de Benagalbón (Málaga); 29: Ibiza; 30: Punta de Gavilanes (Mazarrón, Murcia); 31: Rocha Branca (río Odeluca-Arade, Algarve); 32: Monte Moliao (Lagos, Algarve); 33: Abul (río Sado); 34: Setúbal (río Sado); 35: Cacilhas-Pedrada (río Tajo); 36: Almaraz (río Tajo); 37: Outorela (Oeiras, Lisboa); 38: Mohino de Atalaya (Amadora, Lisboa); 39: Choes de Alompé (Santárem, Ribatejo); 40: Tavarade (río Mondego, Beira Litoral); 41: Santa Olaia (río Mondego, Beira Litoral); 42: Montemor o Velho (río Mondego, Beira Litoral); 43: Castro de Soure (río Mondego, Beira Litoral); 44: Conímbriga (Conímbriga, Beira Litoral); 45: Faro (Algarve); 46: Castro Marim (río Guadiana, Algarve); 47: Cabezos de Huelva (ríos Tinto-Odiel); 48: Villanueva de la Vera (Cáceres); 49: Pragança (Cadaval, Lisboa, Extremadura); 50: Almorquí (Cáceres); 51: Cabeço de Viamonte (Monforte, Alto Alentejo); 52: Monte de Castelo (Arraiolos, Ribatejo); 53: Coroa do Frade (Evora, Alto Alentejo); 54: Casteijos (Alcácer do Sal, río Sado); 55: Poblados de Castro Verde (Bajo Alentejo); 56: Poblados de Ourique (Bajo Alentejo); 57: Poblados de Almodóvar (Bajo Alentejo); 58: Mértola (Bajo Alentejo); 59: Sagres (Algarve); 60: Azougada (Moura, Bajo Alentejo); 61: Castelo (Moura, Bajo Alentejo); 62: Castelo Velho de Safara (Moura, Bajo Alentejo); 63: Castro de Ratinhos (Moura, Bajo Alentejo); 64: Poblados de Aroche (Huelva); 65: Segovia (Elvas, Alto Alentejo); 66: Cerro de San Cristóbal (Badajoz); 67: Santa Engracia (Badajoz); 68: Alange (Badajoz); 69: Medellín (Badajoz); 70: Valdegamas (Badajoz); 71: Navalvillar de Pela (Badajoz); 72: Gargáldas

(Badajoz); 73: Cancho Roano (Zalamea la Serena, Badajoz); 74: Niebla (Huelva); 75: Cortalago (Nerva, Huelva); 76: Cerro Salomón-Quebrantahuesos (Riotinto, Huelva); 77: San Bartolomé (Almonte, Huelva); 78: Tejada (Escacena del Campo, Huelva); 79: Chillar (Villamanrique, Sevilla); 80: Coria del Río (Sevilla); 81: Cerro de la Cabeza (Sanlúcar la Mayor, Sevilla); 82: Sevilla; 83: El Carambolo (Camas, Sevilla); 84: Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla); 85: Alcalá del Río (Sevilla); 86: Cerro Macareno (S. José de la Rinconada, Sevilla); 87: Mesa de Villaverde (Sevilla); 88: Alcolea del Río (Sevilla); 89: Lora del Río (Sevilla); 90: Setefilla (Lora del Río, Sevilla); 91: Carmona (Sevilla); 92: Poblados de los Alcores (Sevilla); 93: Poblados del río Corbones (Sevilla); 94: Poblados de Fuentes de Andalucía (Sevilla); 95: Écija (Sevilla); 96: Osuna (Sevilla); 97: Montemolín (Marchena, Sevilla); 98: Poblados de la Campiña Suroriental Sevillana; 99: Poblados de Lebrija (Sevilla); 100: Poblados de Sanlúcar de Barrameda y Trebujena (Cádiz); 101: Poblados de Chipiona (Cádiz); 102: Mesa de Asta (Jerez); 103: Poblados de Arcos de la Frontera (Cádiz); 104: Barbate (Cádiz); 105: Acinipo (Ronda, Málaga); 106: Ronda (Málaga); 107: Estepa (Sevilla); 108: Cerca Niebla (Vélez-Málaga); 109: Cerro de la Mora (Granada); 110: Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada); 111: Poblados de la campiña cordobesa; 112: Poblados de la Subbética cordobesa; 113: Hornachuelos (Córdoba); 114: Poblados de la Sierra de Córdoba; 115: Los Quemados (Córdoba); 116: El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba); 117: Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén); 118: Cástulo (Linares, Jaén); 119: Los Villares (Andújar, Jaén); 120: Los Alcores (Porcuna, Jaén); 121: Plaza de Armas (Puente Tablas, Jaén); 122: Torreparedones (Córdoba); 123: Aguilar de la Frontera (Córdoba); 124: Cerro del Real (Galera, Granada); 125: Peñón de la Reina (Albolodúy, Almería); 126: El Macalón (Nerpio, Albacete); 127: El Castellar (Librilla, Murcia); 128: Peña Negra (Crevillente, Alicante); 129: Los Saladares (Orihuela, Alicante); 130: Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia); 131: Benimaquia (Denia, Alicante); 132: Las Cabezuas (Totana, Murcia); 133: La Fuente Amarga (Mazarrón, Murcia); 134: Cabezo Pequeño del Estany (Guardamar, Alicante); 135: Lorca (Murcia); 136: Monastil (Elda, Alicante); 137: Alcoy (Alicante); 138: Los Billares (Caudete de las Fuentes, Valencia); 139: San Miguel (Liria, Valencia); 140: Vinarragell (Burriana, Castellón); 141: Puig de la Misericordia (Vinaroz, Castellón); 142: Puig de la Nau (Benicarló, Castellón); 143: Els Castellets (Peñíscola, Castellón); 144: Tossal de Valterra (Santa Magdalena, Castellón); 145: El Palau (Alcalá de Xivert, Castellón); 146: Mas del Pi (Benicasim, Castellón); 147: Mas del Plano (Arañuel, Castellón); 148: La Torrasa (Vall d'Uxó, Castellón); 149: Aldovesta (Benifallet, Tarragona); 150: Ferradura (Ulldecona, Tarragona); 151: Coll del Moro (Gandesa, Tarragona); 152: Timbe de Santa Bárbara (La Gornal, Tarragona); 153: Coll del Moro (Piñeras, Tarragona); 154: Coll Alt (Tivisa, Tarragona); 155: Sant Just Desvern (Barcelona); 156: Illa d'en Reixac (Ullastret, Gerona); 157: Poblados del Bajo Aragón; 158: Poblados del Bajo Segre (Lérida); 159: Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén); 160: La Guardia (Jaén); 161: Bobadilla (Jaén); 162: El Chuche (Almería); 163: La Obispalía (Jaén); 164: Islas Casitérides (Galicia); 165: Capilla (Badajoz); 166: Tavira (Algarve); 167: Paterna de la Ribera (Cádiz).

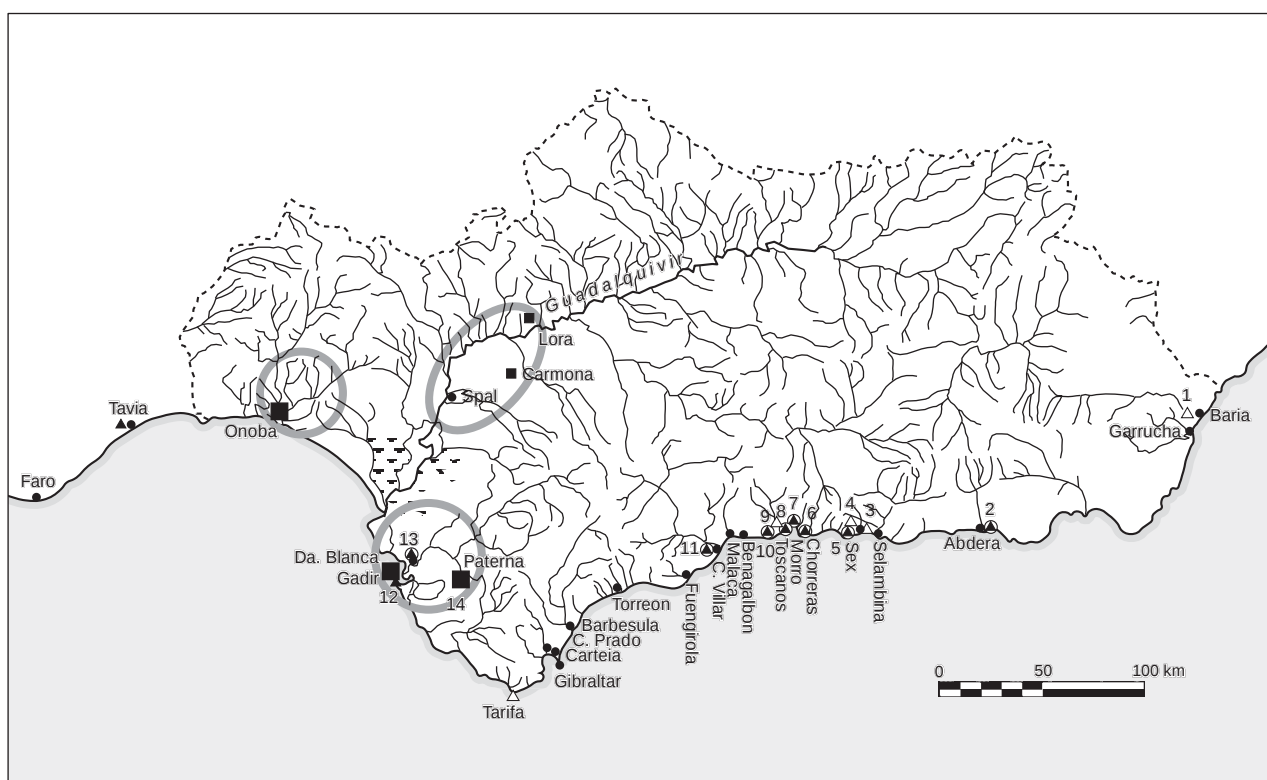


Figura 36. Establecimientos y necrópolis fenicias del Sur de la Península Ibérica.

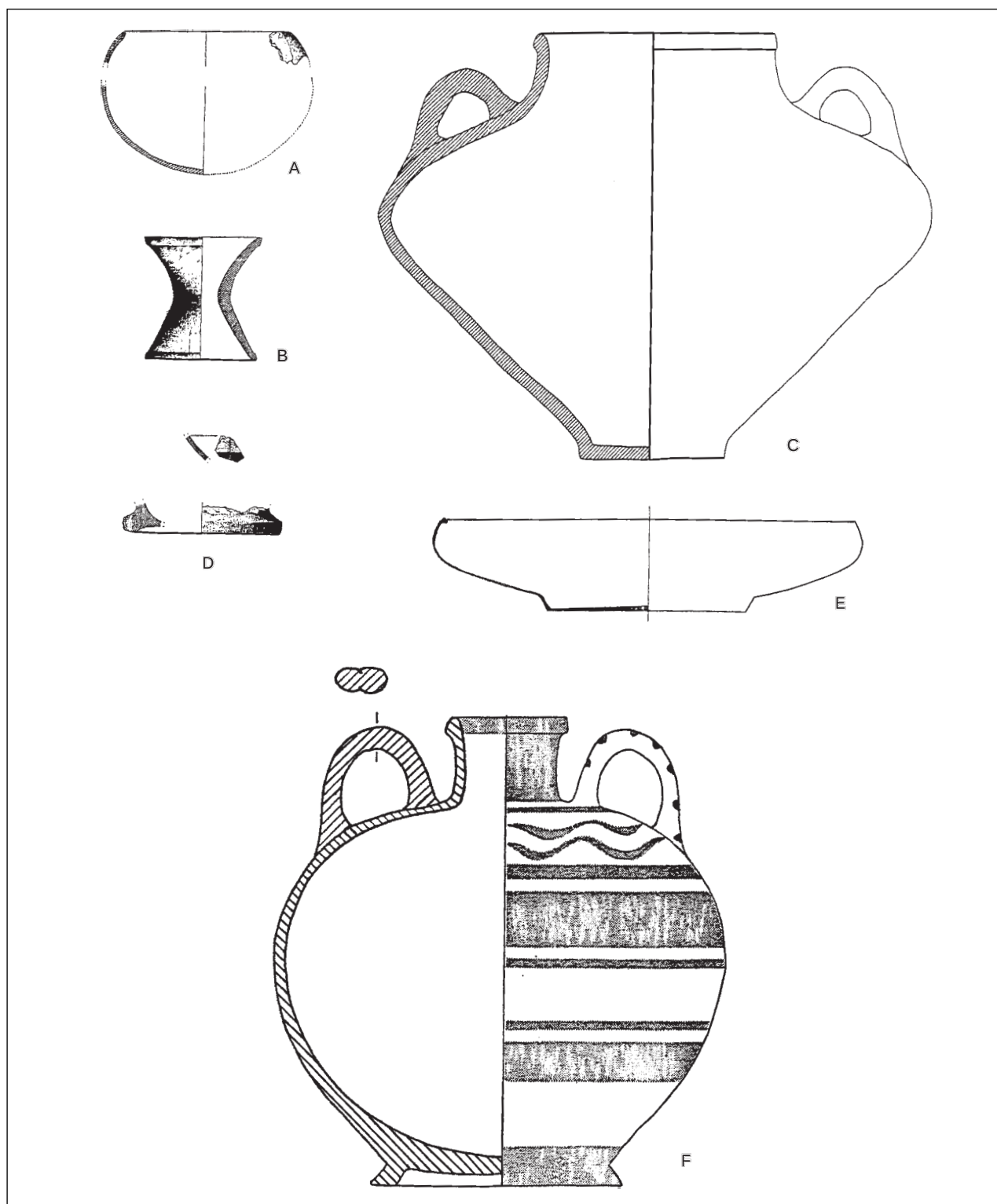


Figura 37. Materiales micénicos y orientales precoloniales. A-C: Cerámicas micénicas de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (según Molina); B-D: Cerámica micénica del Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) (según Martín); C: Pátera de bronce chipriota de Berzocana (Cáceres) (según Callejo y Blanco); F: Ánfora siro-palestina de Coria del Río (Sevilla).

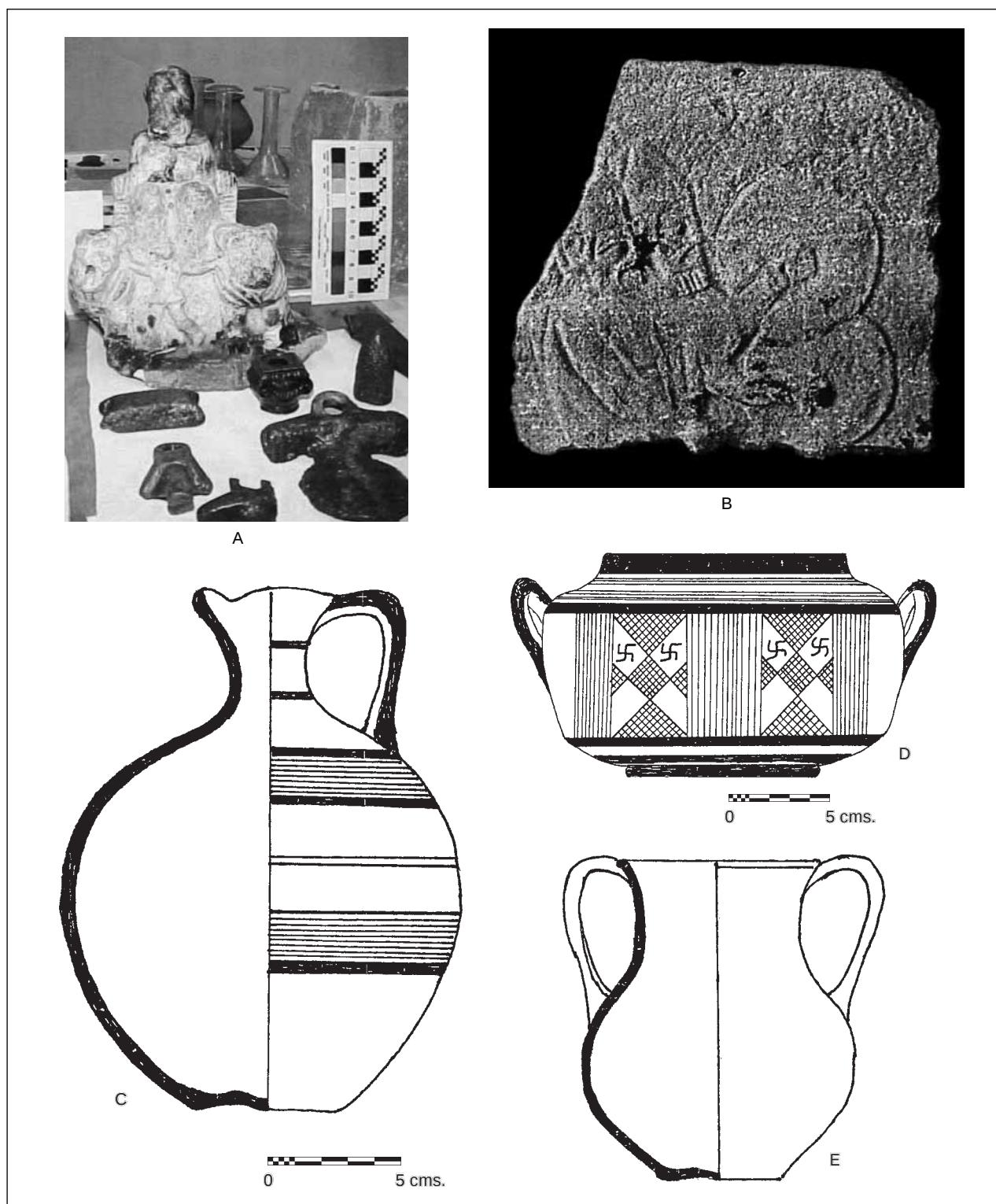


Figura 38. Materiales orientales precoloniales. A: Estatuilla siria y piezas de caldero de bronce del Cortijo de las Marías de Nicomedes (Lora del Río, Sevilla); B: Relieve asirio de la Mesa del Almendro (Lora del Río, Sevilla); C-E: Vasos del geométrico chipriota II (950-850) de Paterna de la Ribera (Cádiz).

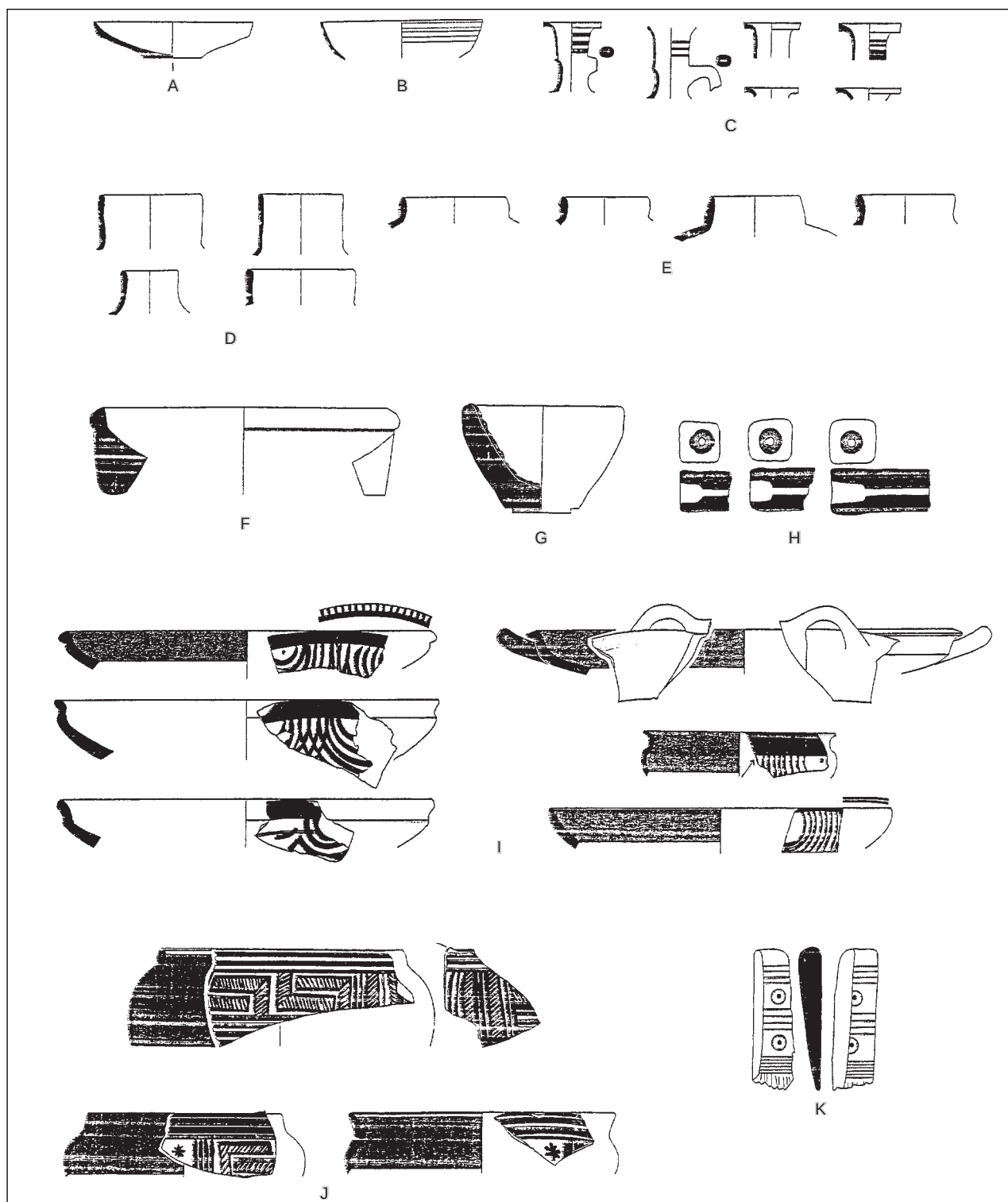


Figura 39. Materiales precoloniales de Huelva (según González de Canales). A-H: (fenicios).a: Cuenco borde biselado; B: Fine ware; C: Jarritos fenicio-chipriotas; D y E: ánforas; F: Mortero; G: Crisol; H: Toberas; i y j (griegos); I: skyphoi y platos euboeo-cicládicos subprotogeométricos con semicírculos colgantes; J: Khantaroí y skyphoi con decoración pintada de falsos meandros del geométrico ático II; K: Peine de marfil oriental.

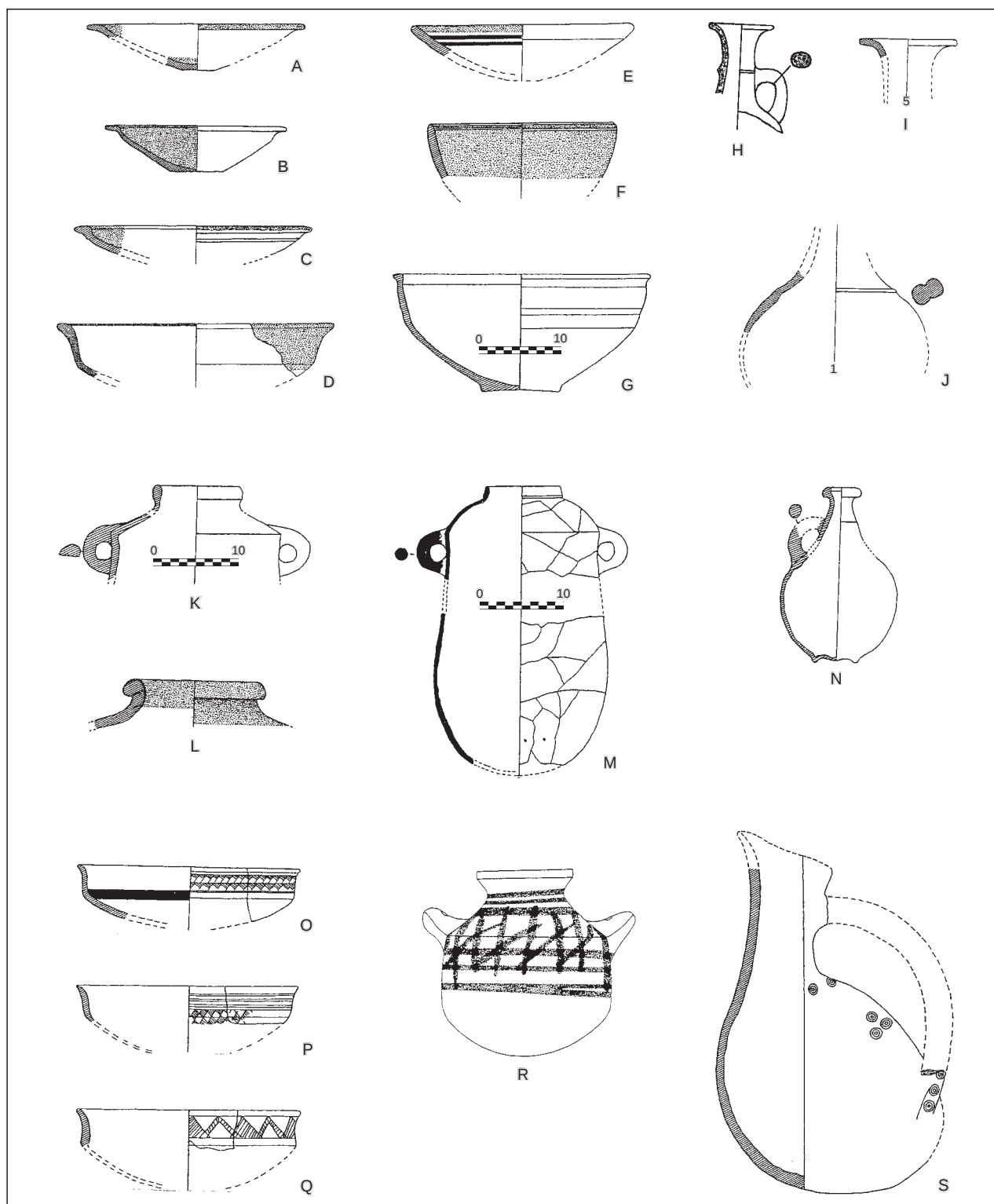


Figura 40. Materiales fenicios arcaicos de Cádiz (según Córdoba y Ruiz). A-F: Platos y cuencos de barniz rojo; G: Cuenco de borde engrosado; H, E, I: Jarritos fenicio-chipriotas; J: Oinochoe globular de barniz rojo; K-M: Ánforas; N: Ampolla; O-Q: Cuencos del bronce final; R: Pyxis siro-palestina del s. IX (según García Alfonso); S: Askos sardo del s. IX-VIII.

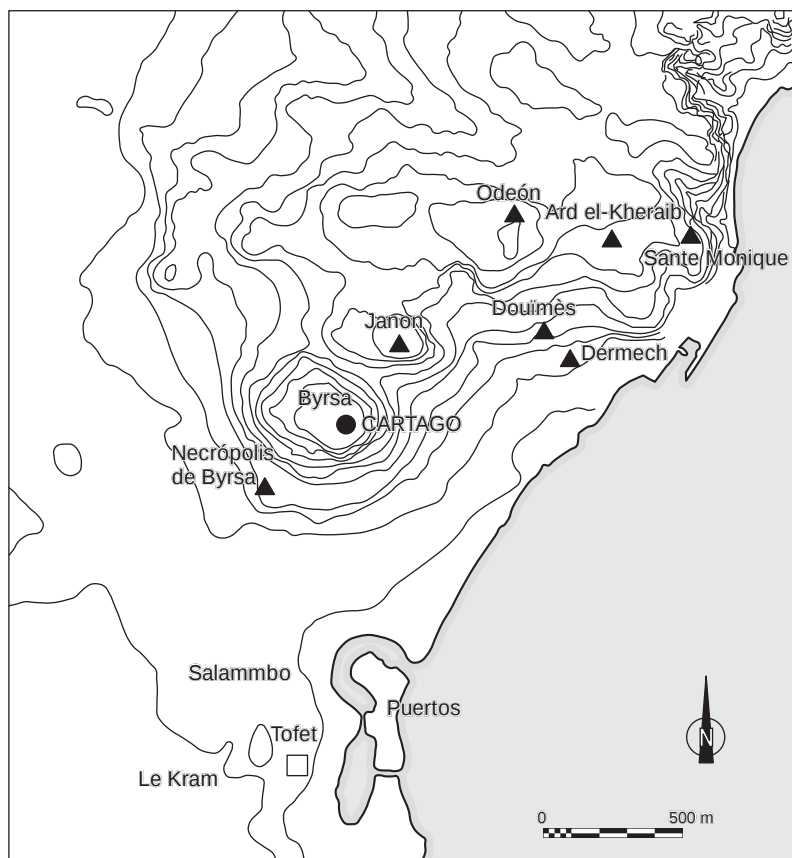


Figura 41. Emplazamiento de Cartago y de sus necrópolis fenicias (según Rakob).

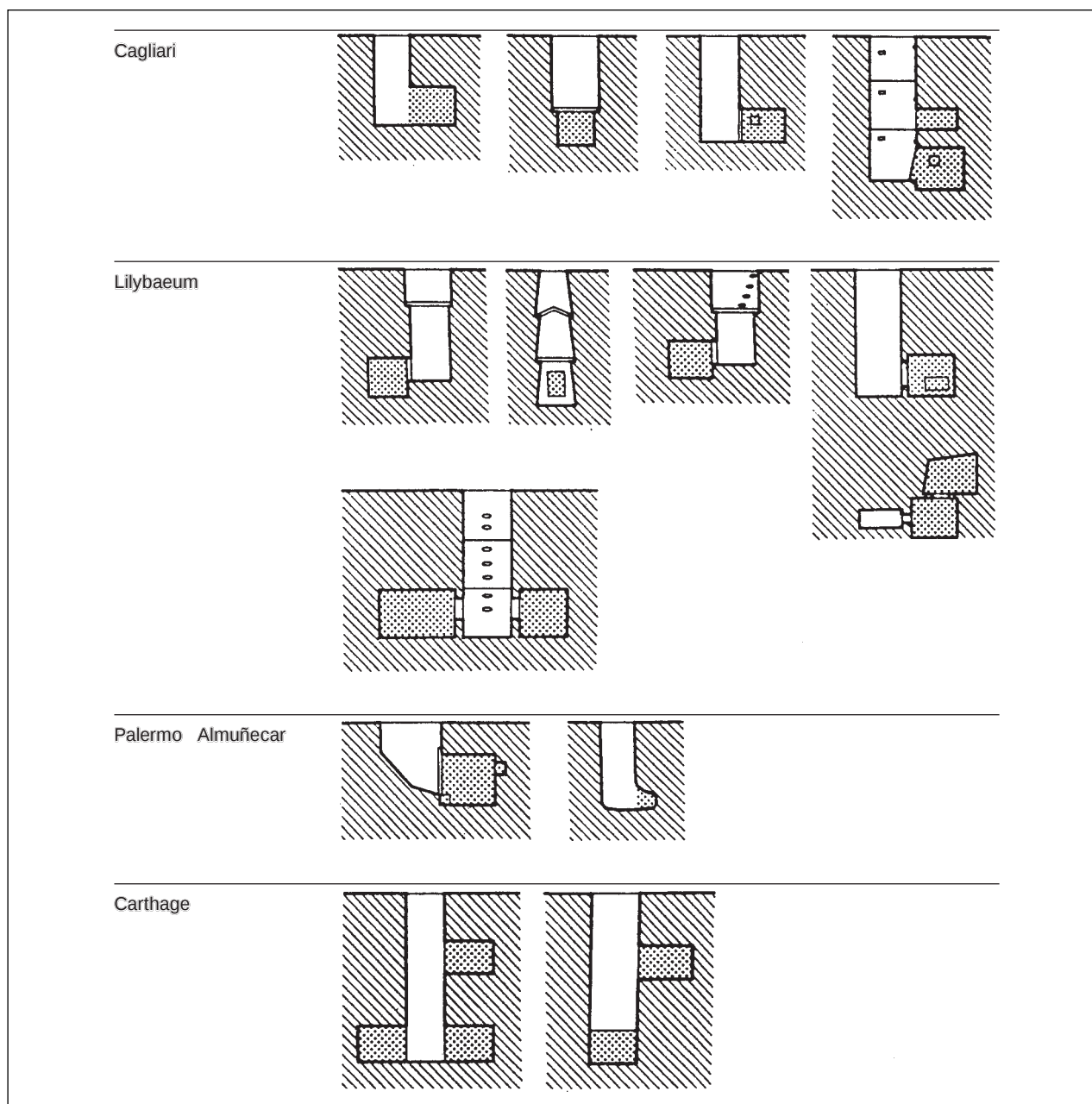


Figura 42. Tumbas de pozo fenicias y púnicas con cámara o nicho (según Bondi).

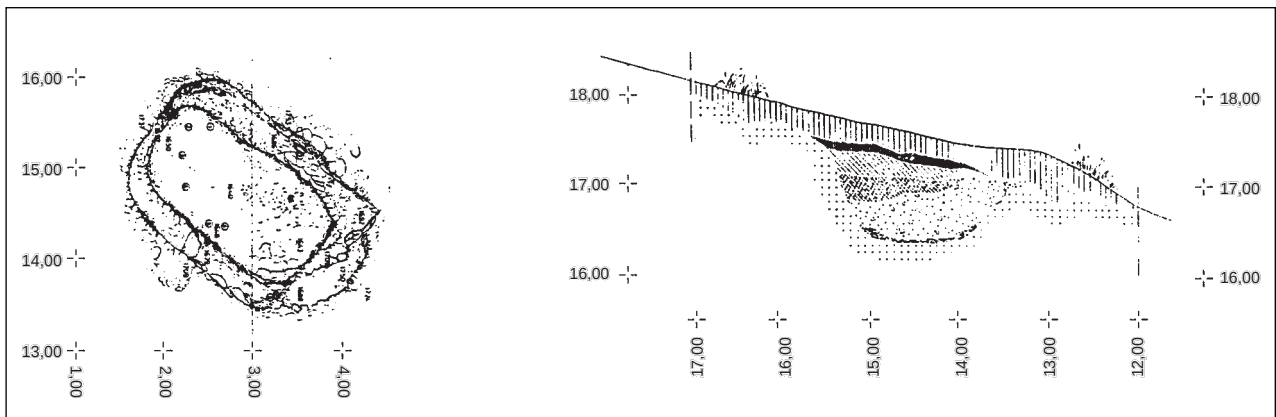


Figura 43. Tumba de hoyo o fosa del Cerro del Mar (Toscanos) (según Niemeyer).

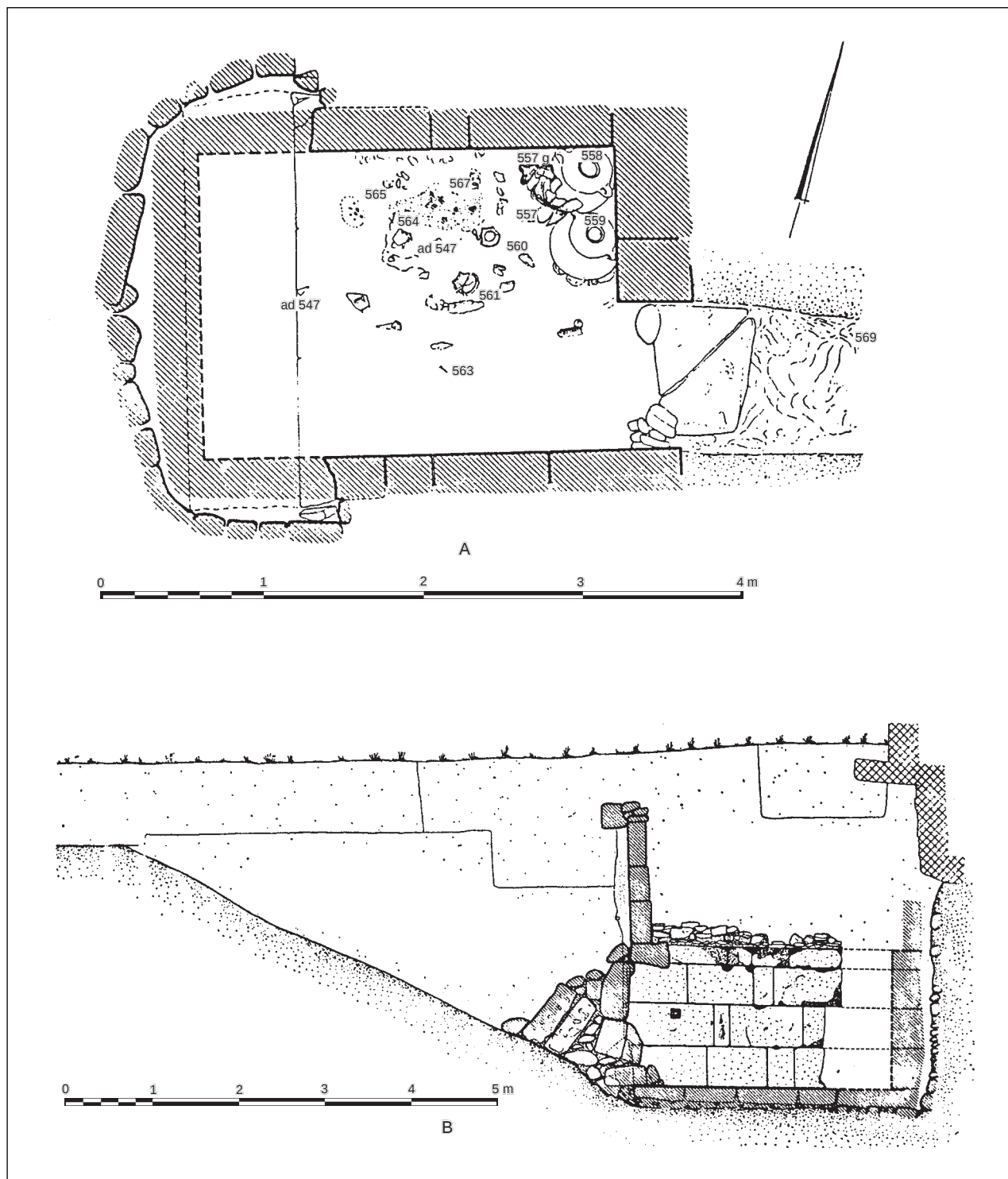


Figura 44. A: Planta de la tumba 1 de cámara de Trayamar (según Schubart); B: Perfil de la tumba 1 de Trayamar (según Schubart).

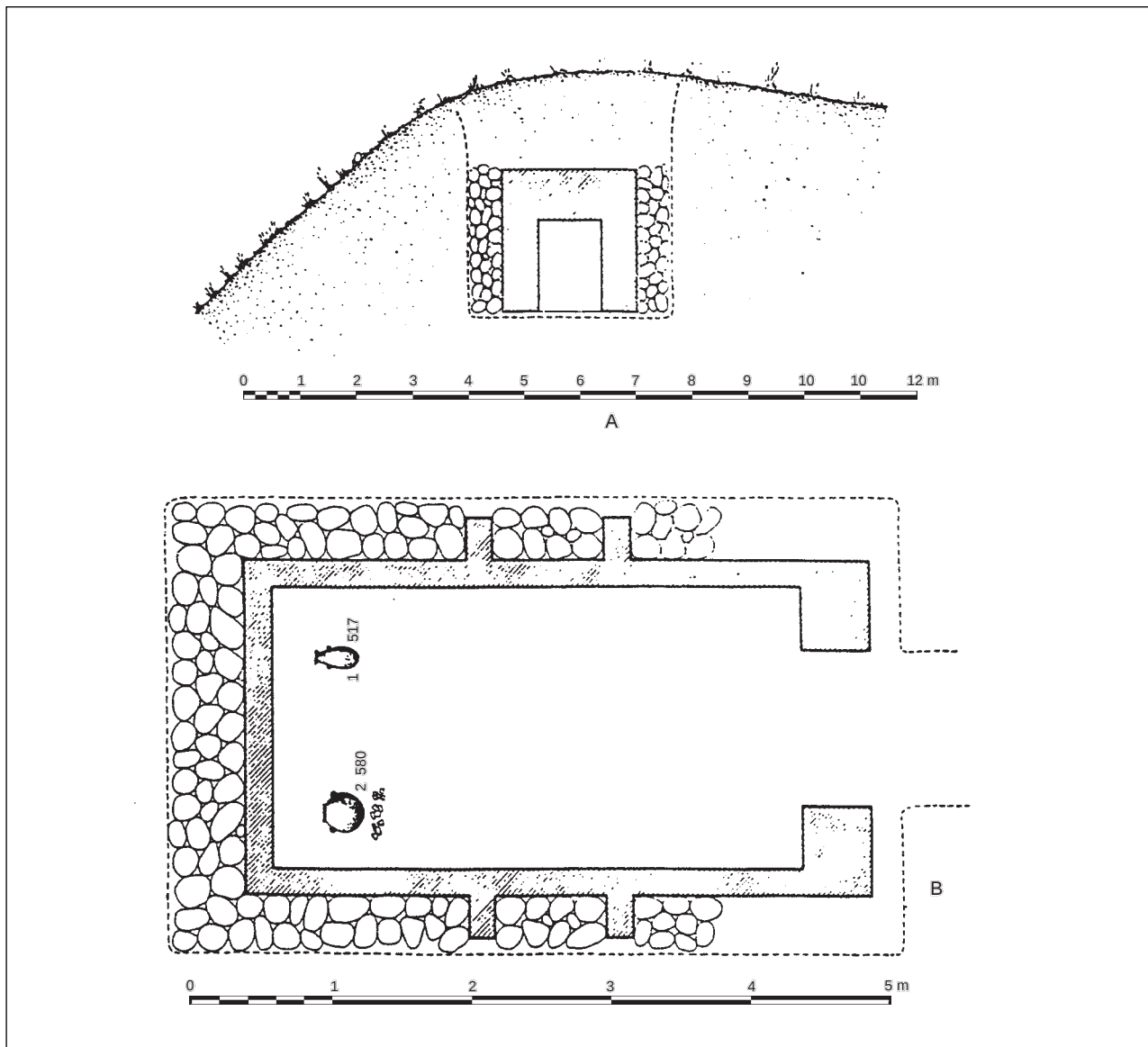


Figura 45. A: Perfil de la tumba 2 de Trayamar (según Schubart); B. Planta de la tumba 2 de Trayamar (según Schubart).

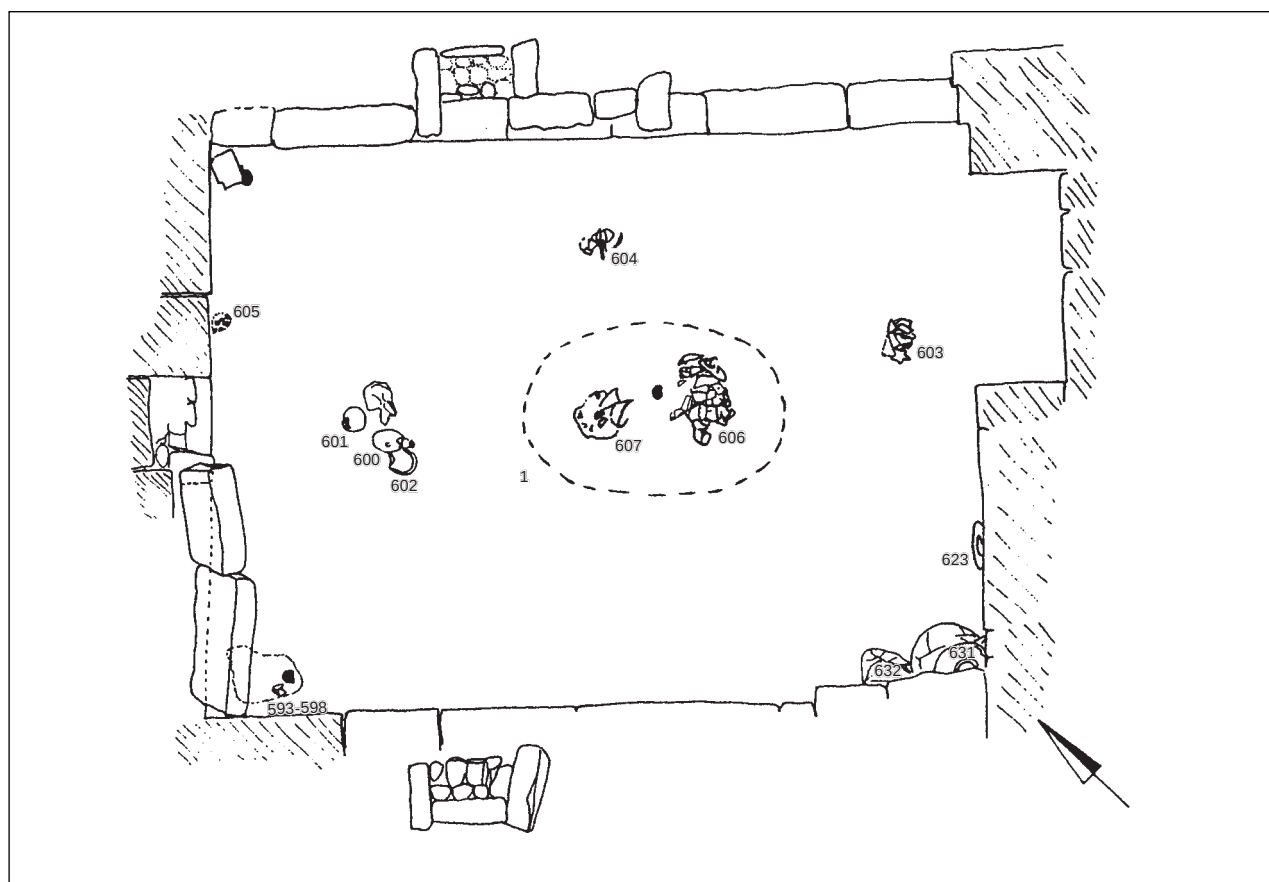


Figura 46. Planta de la tumba 4 de Trayamar (según Schubart).

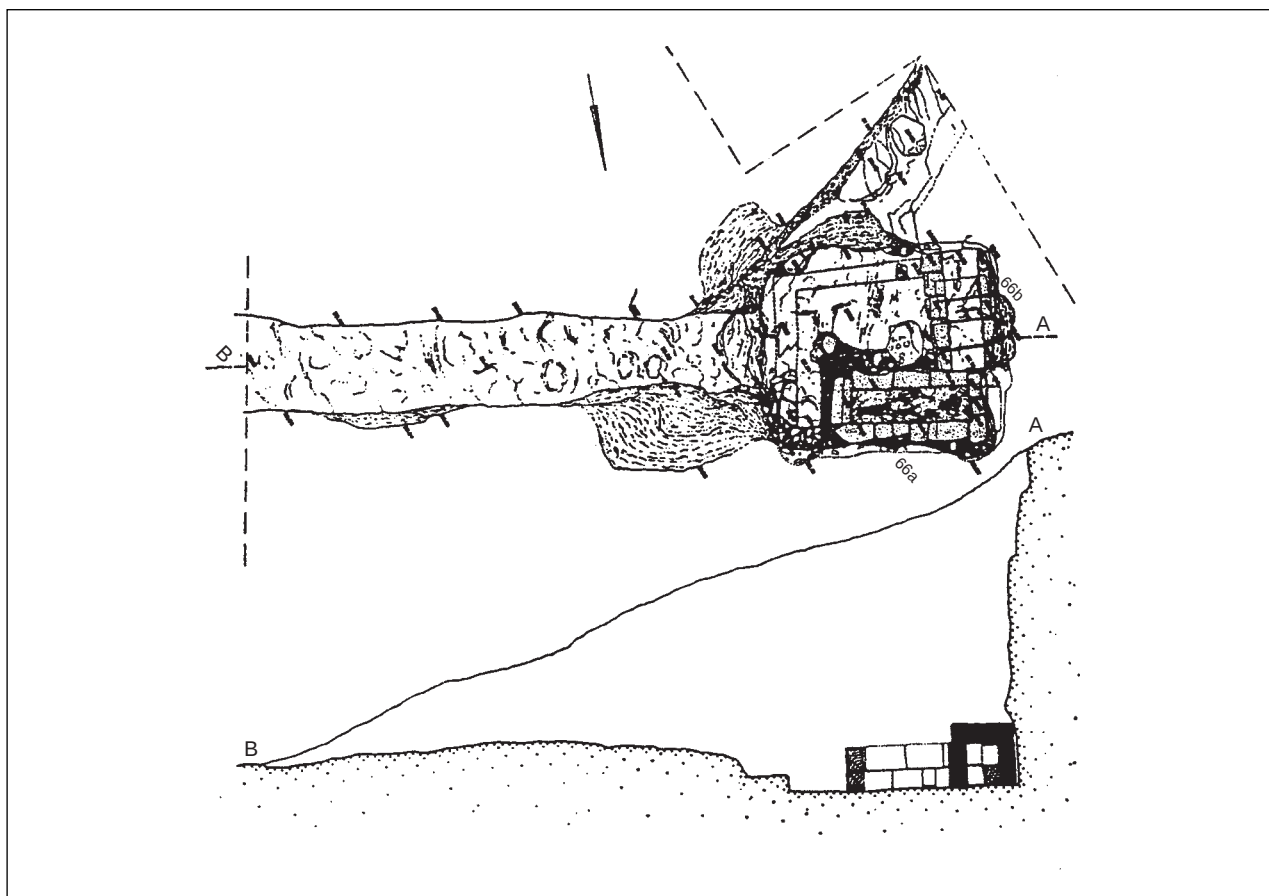


Figura 47. Planta y perfil de la tumba 66 de Jardín (según Schubart).

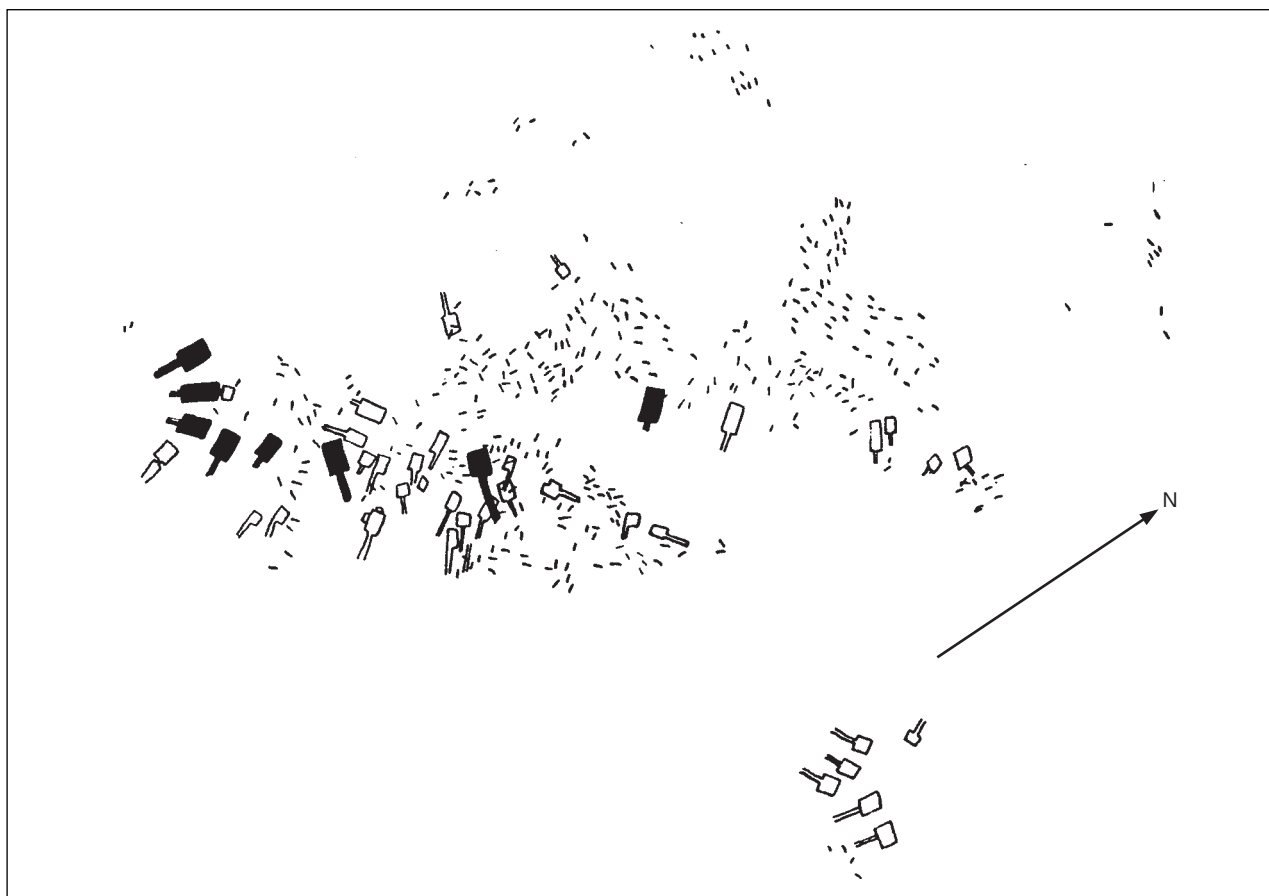


Figura 48. Tumbas de cámara de Villaricos (según Siret).

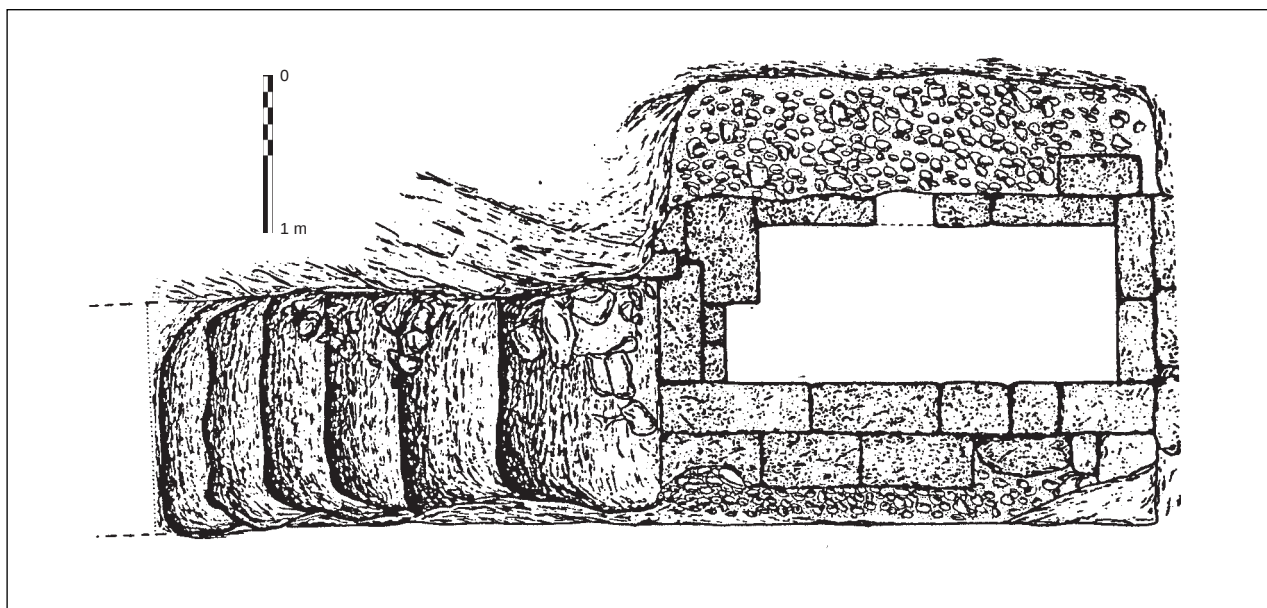


Figura 49. Planta de la tumba C-4 de Puente de Noy (según Molina).

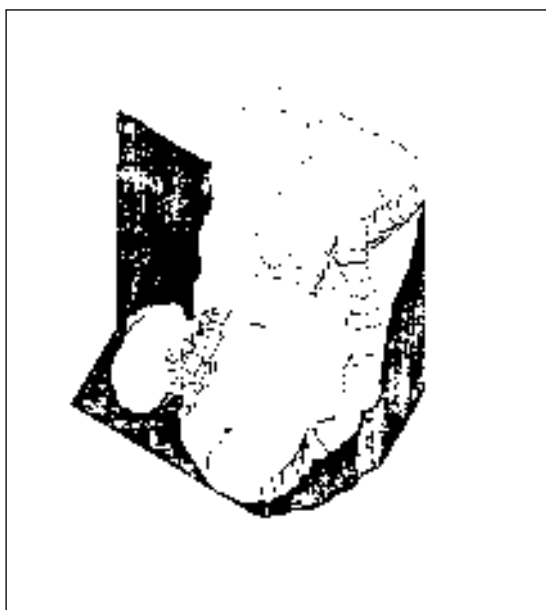


Figura 50. Tumba E-1, de pozo y cámara de Puente de Noy (según Molina).

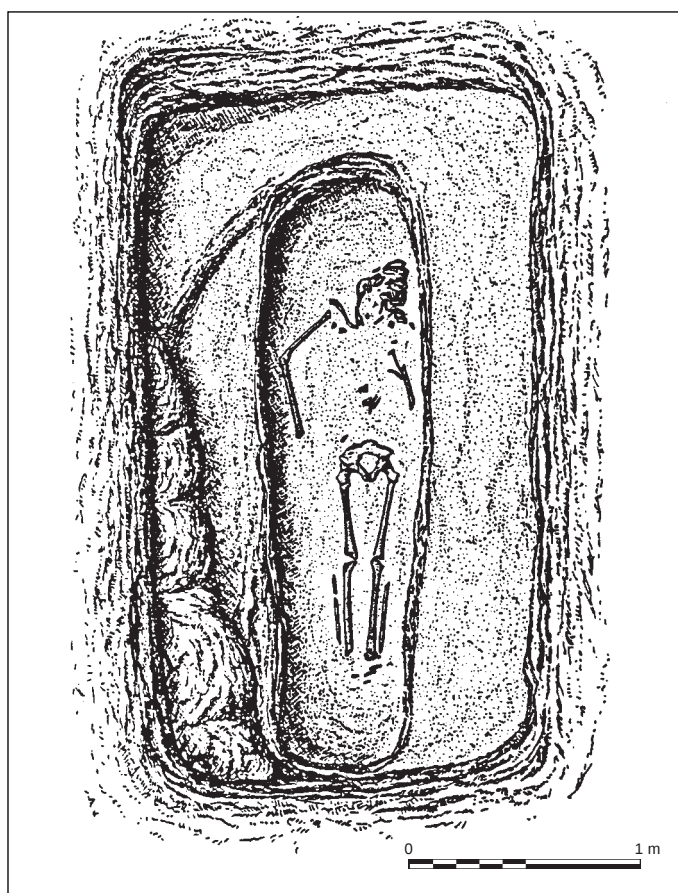


Figura 51. Tumba de fosa, C-18, Puente de Noy (según Molina).

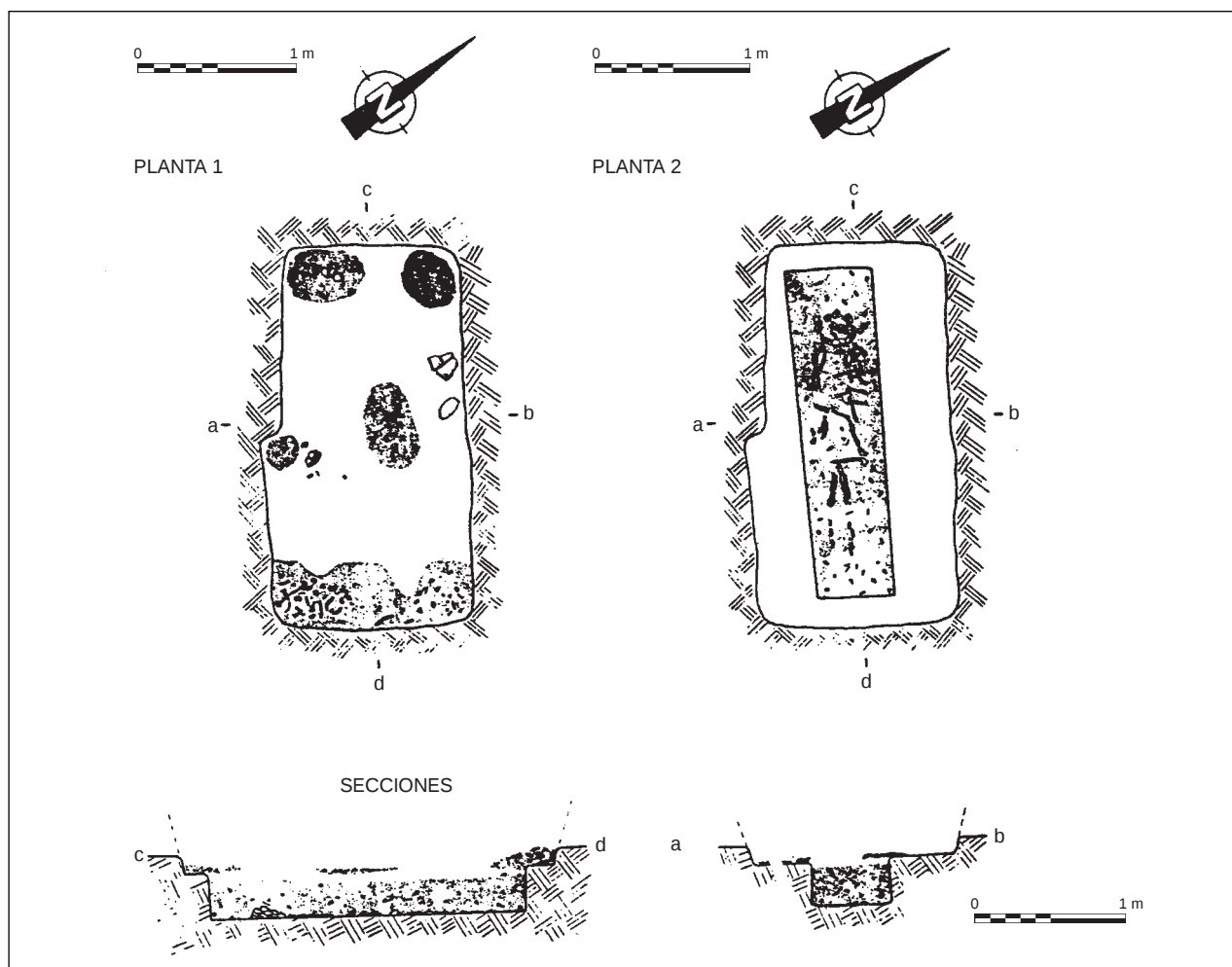


Figura 52. Tumbas de fosa con incineración (bustum) o inhumación de la necrópolis arcaica de Cádiz (según Perdigones).

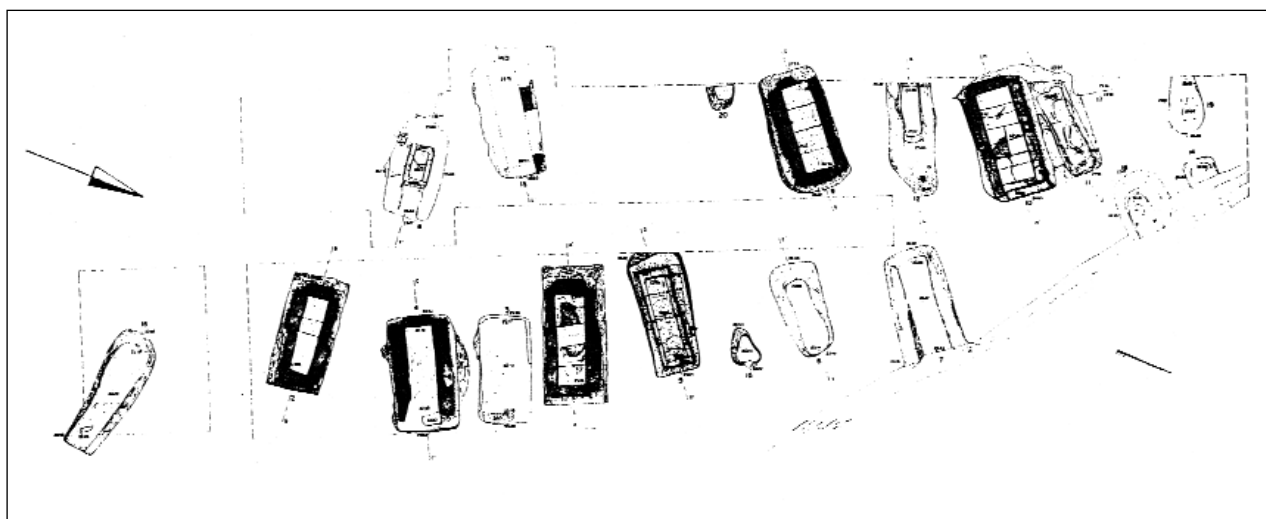


Figura 53. Tumbas de inhumación en fosa de Jardín (según Schubart).

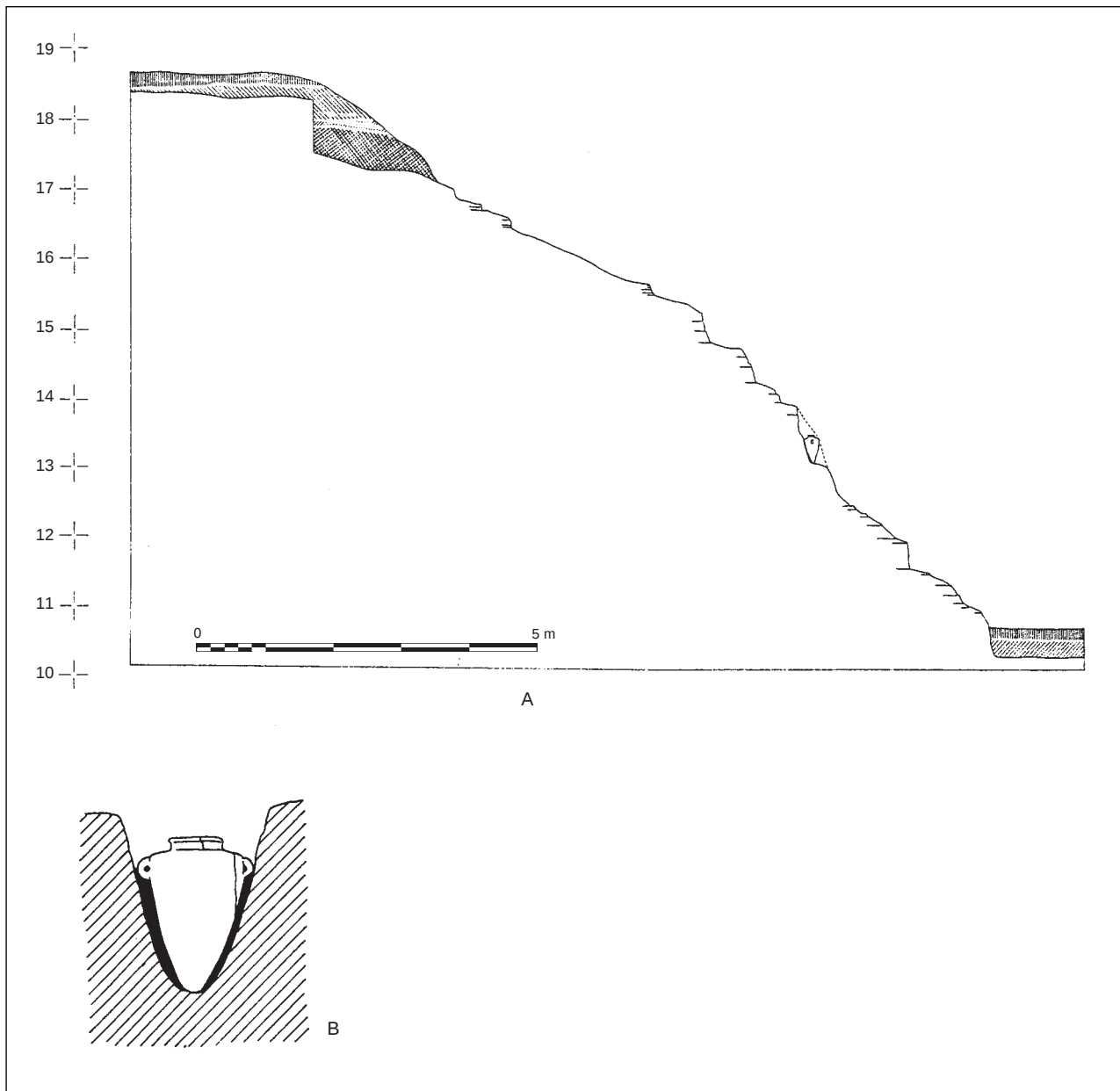


Figura 54. A: Emplazamiento de la tumba A-1 de Lagos (según Aubet); B: Tumba A-1 de Lagos (según Aubet).

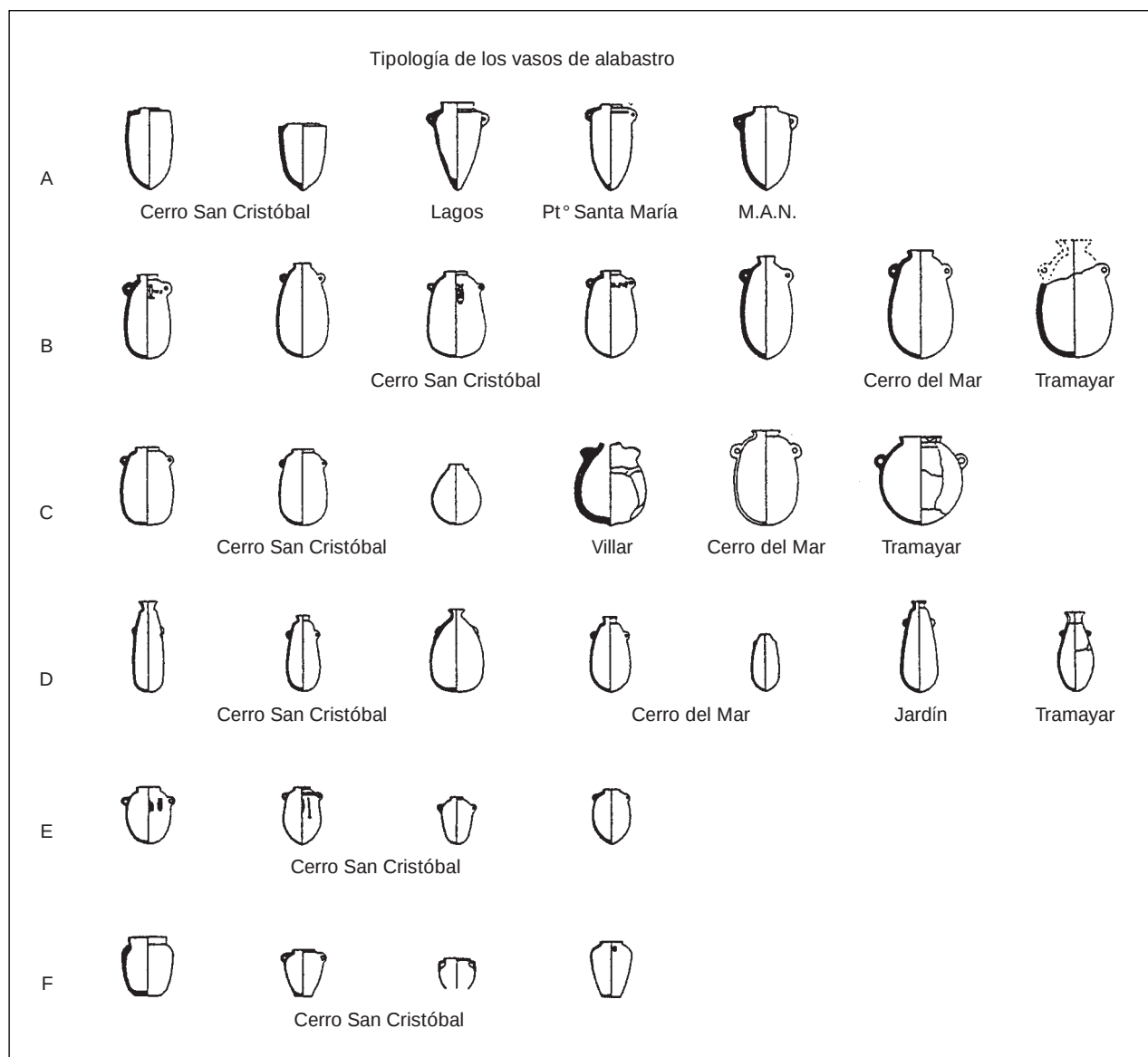


Figura 55. Tipología de las urnas de alabastro de las necrópolis fenicias del Sur Peninsular (según Martín).

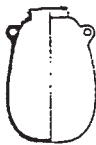
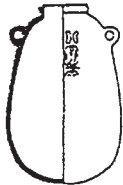
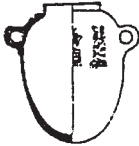
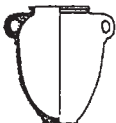
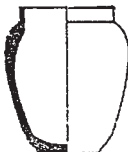
	A	B	C	D	E	F
1						
2						
3						
4						
5						
6						
7						
8						

Figura 56. Tipología de las urnas cinerarias de alabastro de Laurita.

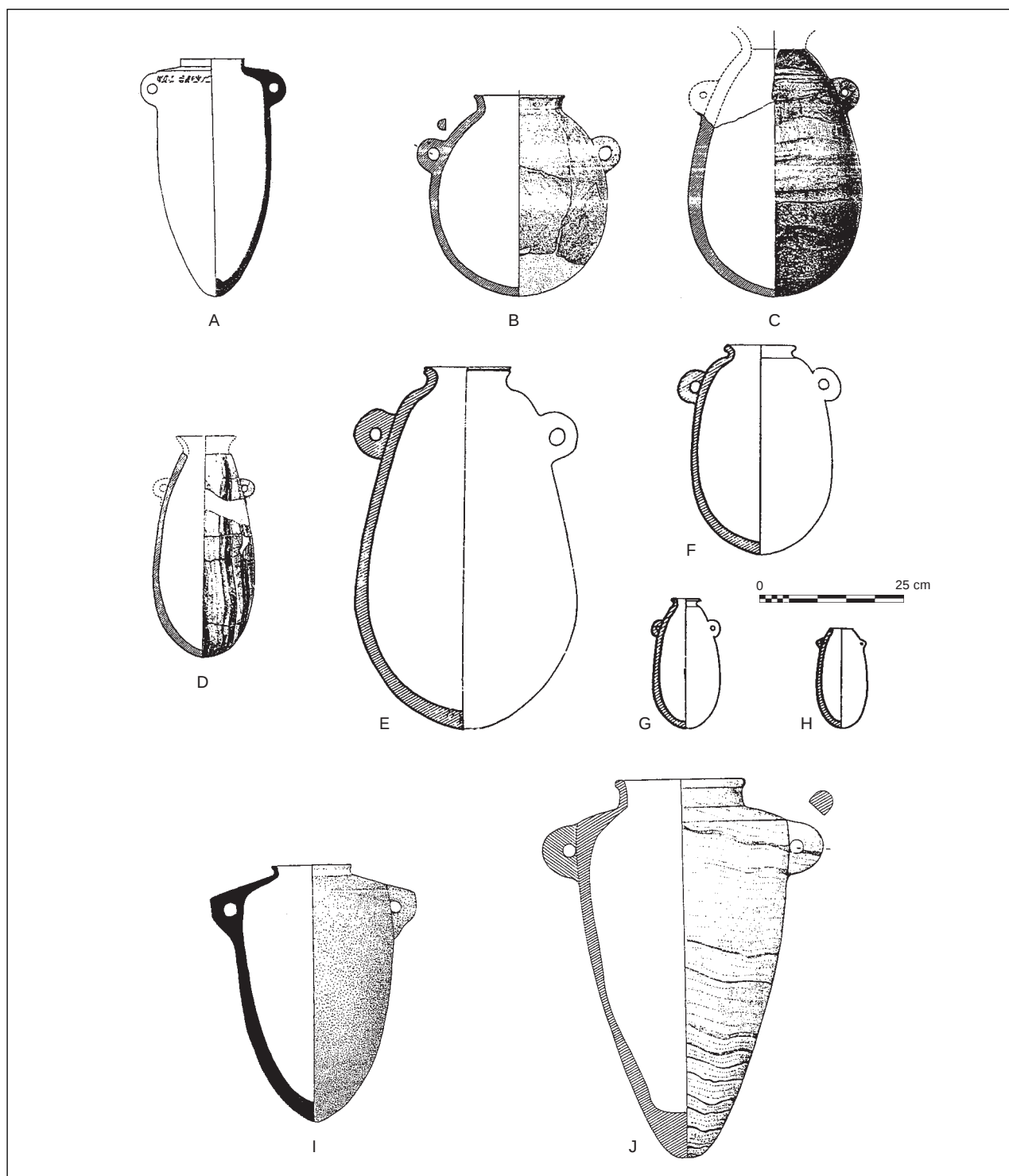


Figura 57. A: Vaso de alabastro del Guadalete (según García Bellido); B, C: Urnas cinerarias de alabastro de la tumba 2 de Trayamar (según Schubart y Niemeyer); D: Urna cineraria de alabastro de la tumba 3 de Trayamar (según Schubart y Niemeyer); E-H: 139 Urnas cinerarias de alabastro del Cero del Mar (Casa de la Viña) (según Pérez Díe); I: Urna cineraria de alabastro de la necrópolis del Cortijo de Montáñez (según Pérez Díe); J: Urna cineraria de alabastro de Lagos, tumba 1-A (según Aubet).

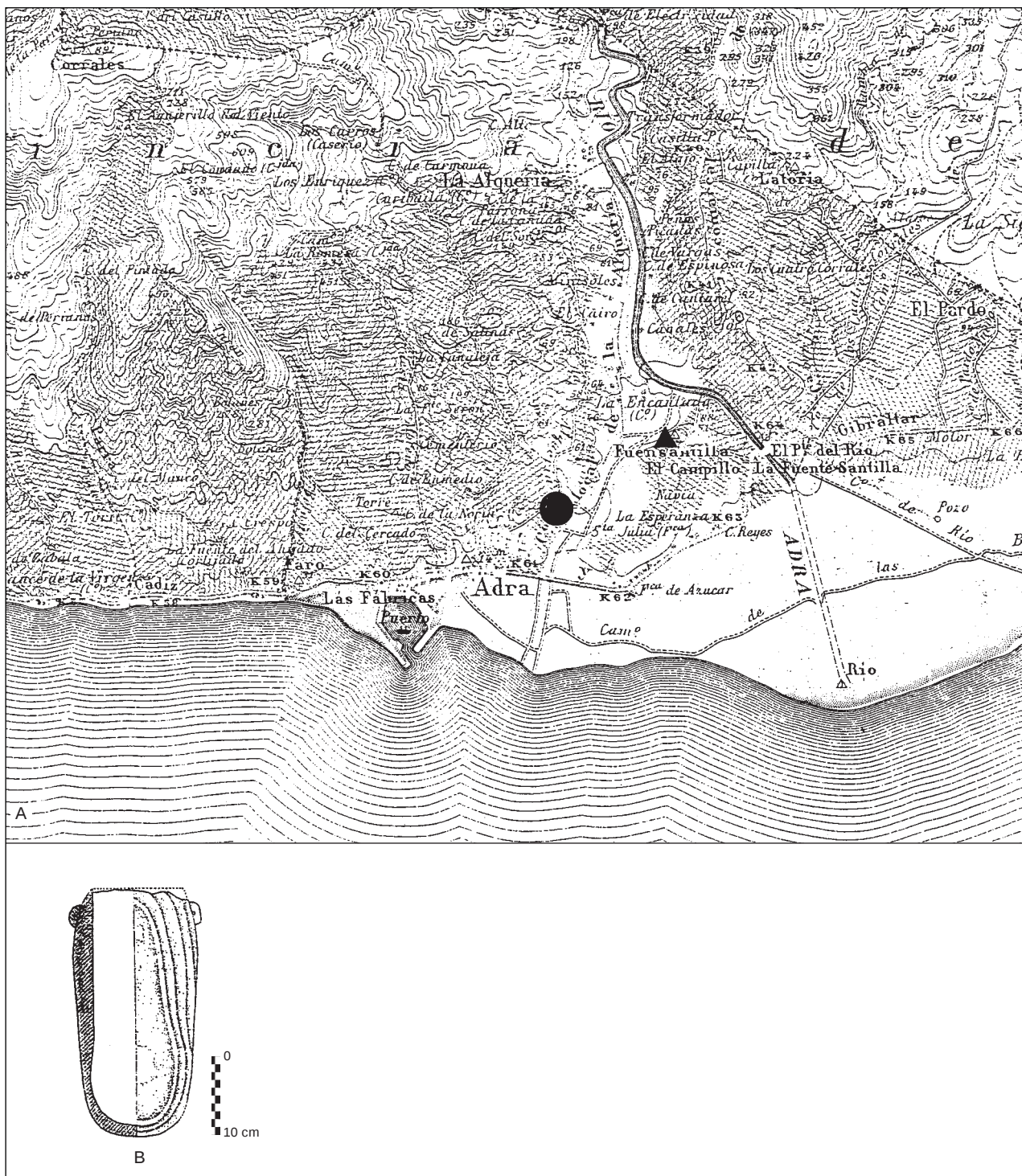


Figura 58. A: Emplazamiento de Abdera y de su necrópolis arcaica; B: Urna cineraria de alabastro de Adra (según García Alfonso).

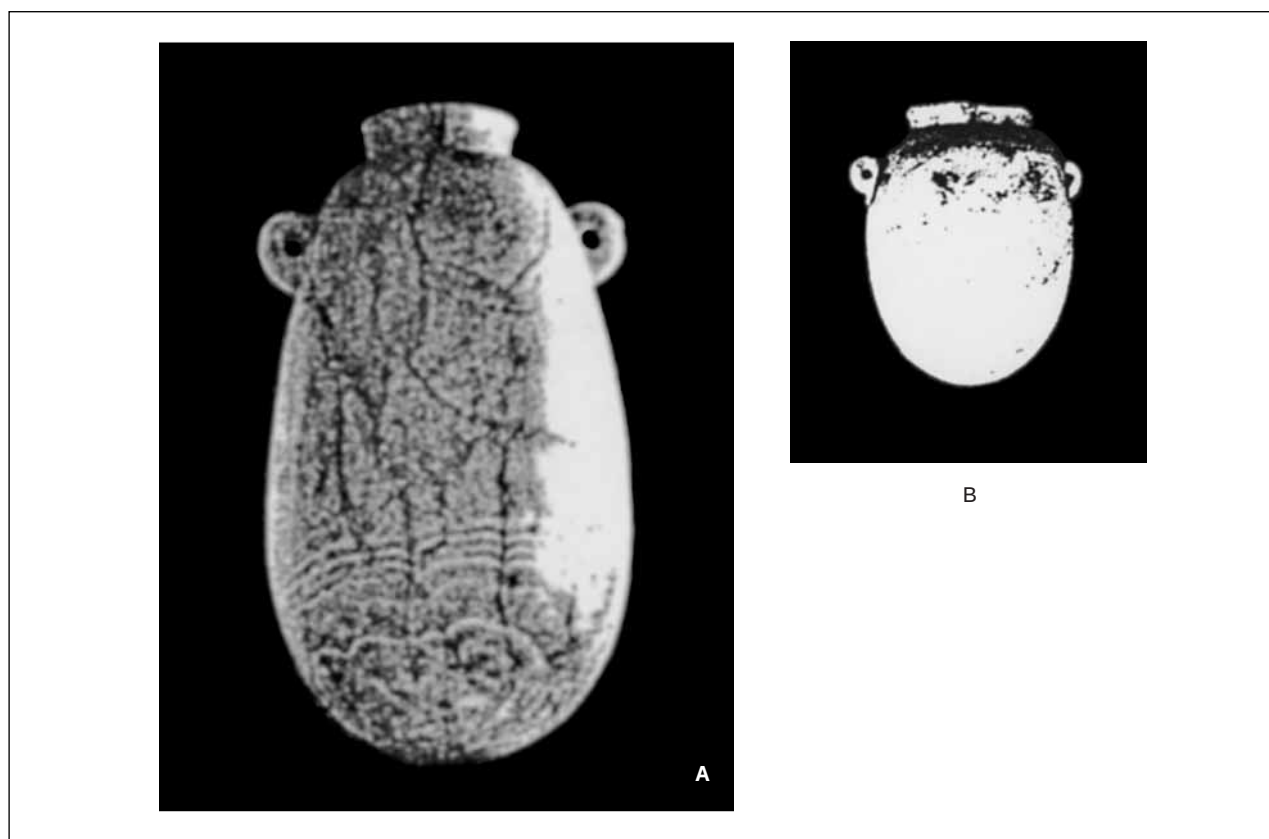


Figura 59. A: Urna cineraria de alabastro de la tumba 8 de la necrópolis de Juno (Cartago) (según Cintas); B: Urna cineraria de alabastro del nivel inferior del Tofet de Cartago (Tanit I) (según Cintas).

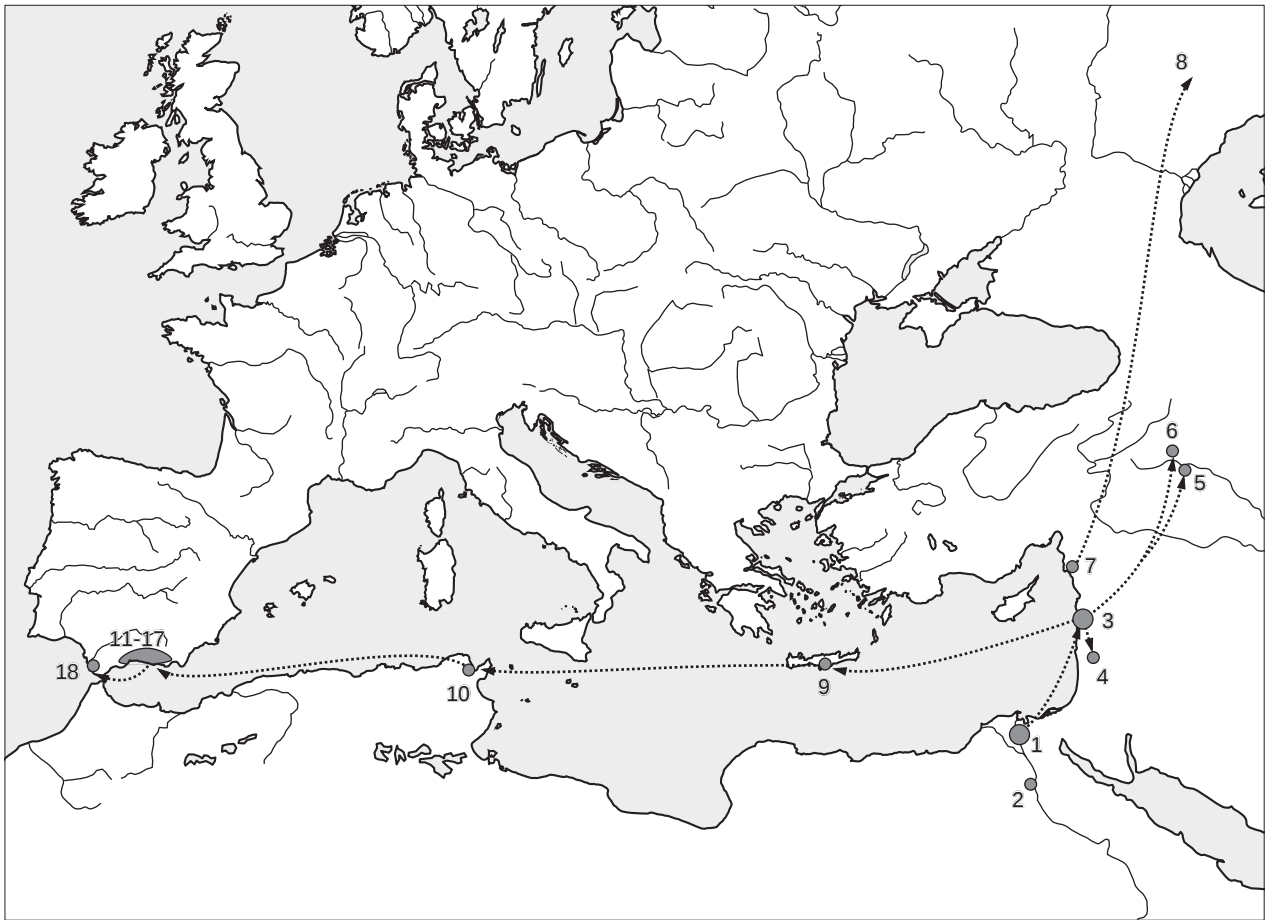


Figura 60. Distribución y rutas de los vasos de alabastro egipcios en Oriente y el Mediterráneo.

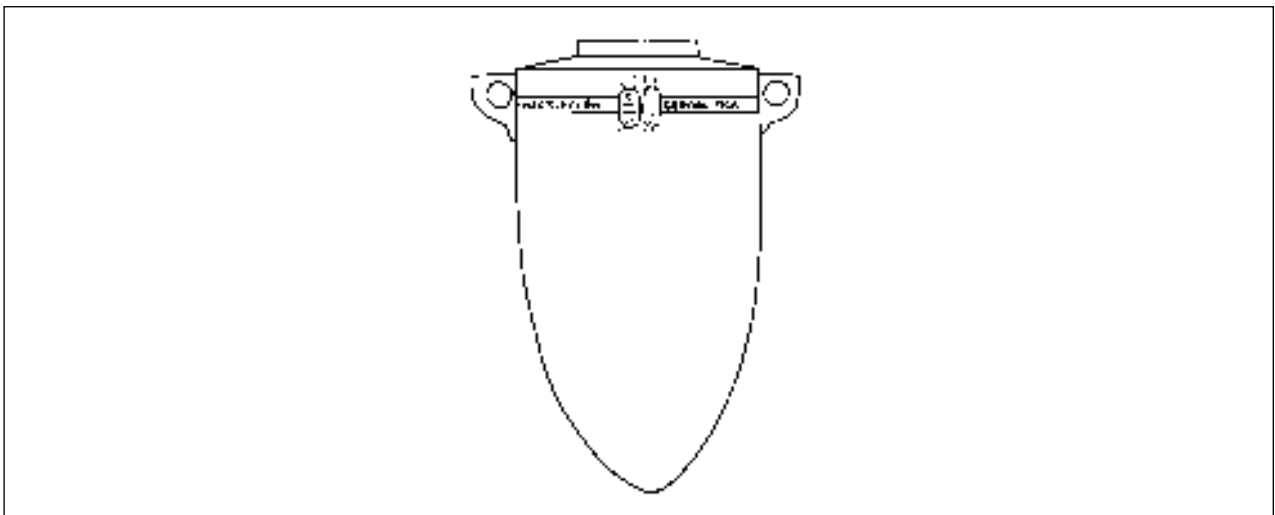


Figura 61. Vaso de alabastro de Nimrud (según García Bellido).

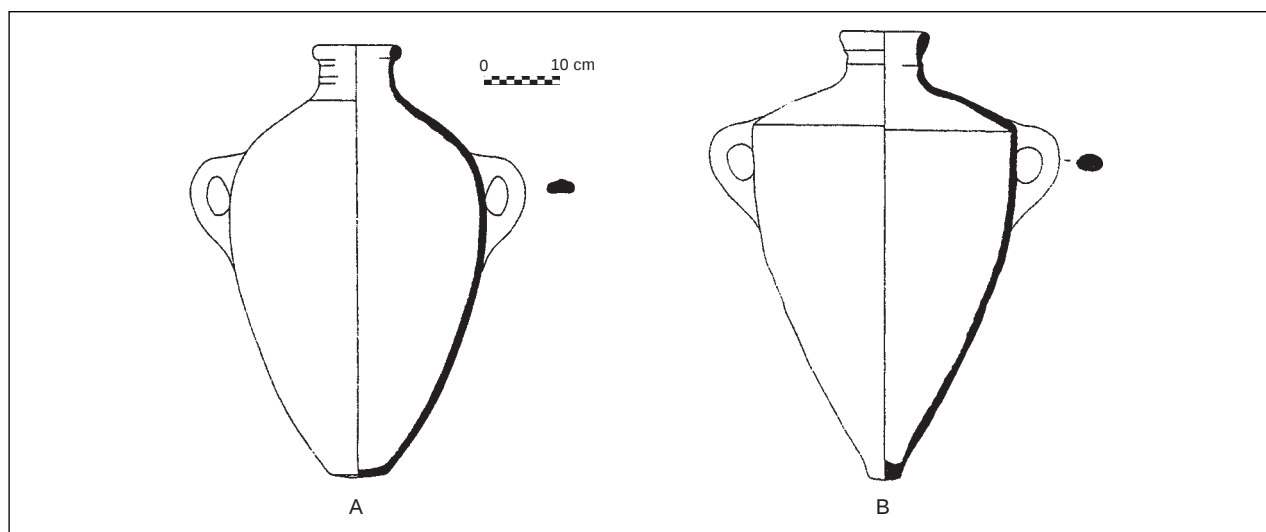


Figura 62. A: Ánfora cerámica cananea del bronce medio (1730-1400) (según Zemer); B: Ánfora cerámica cananea del bronce final (1400-1200) (según Zemer).

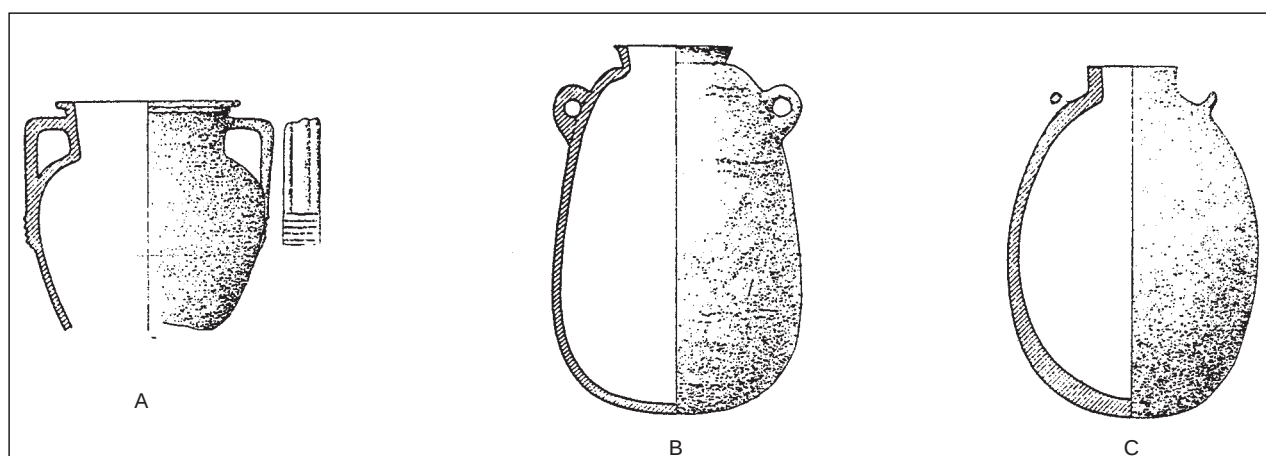


Figura 63. A: Urna cineraria de alabastro del tipo 2 de Laurita (tumbas 4-10?); B: Urna cineraria de alabastro del tipo 3 B de la tumba 19 de Laurita; C: Urna cineraria de alabastro del tipo 4 B de la tumba 13 de Laurita.



Figura 64. Vaso de alabastro de la tumba 9 de la necrópolis tartesia de la Joya (Huelva) (según Garrido).



Figura 65. Vaso de alabastro de la necrópolis de las Cumbres 1 (según Ruiz).

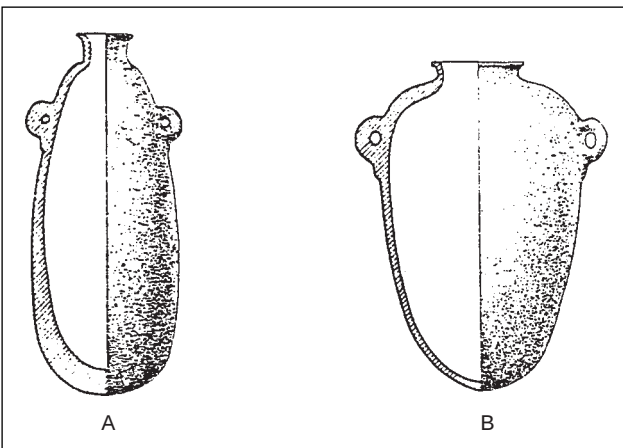


Figura 66. A: Urna de alabastro del tipo 6 B de la tumba 1 de Laurita; B: Urna de alabastro del tipo 5 A de la tumba 11(?) de Laurita.

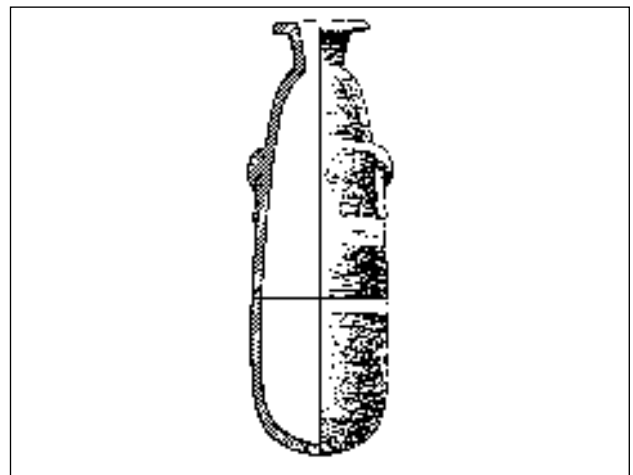


Figura 67. Urna de alabastro del tipo 6 C de la tumba 19 A de Laurita.

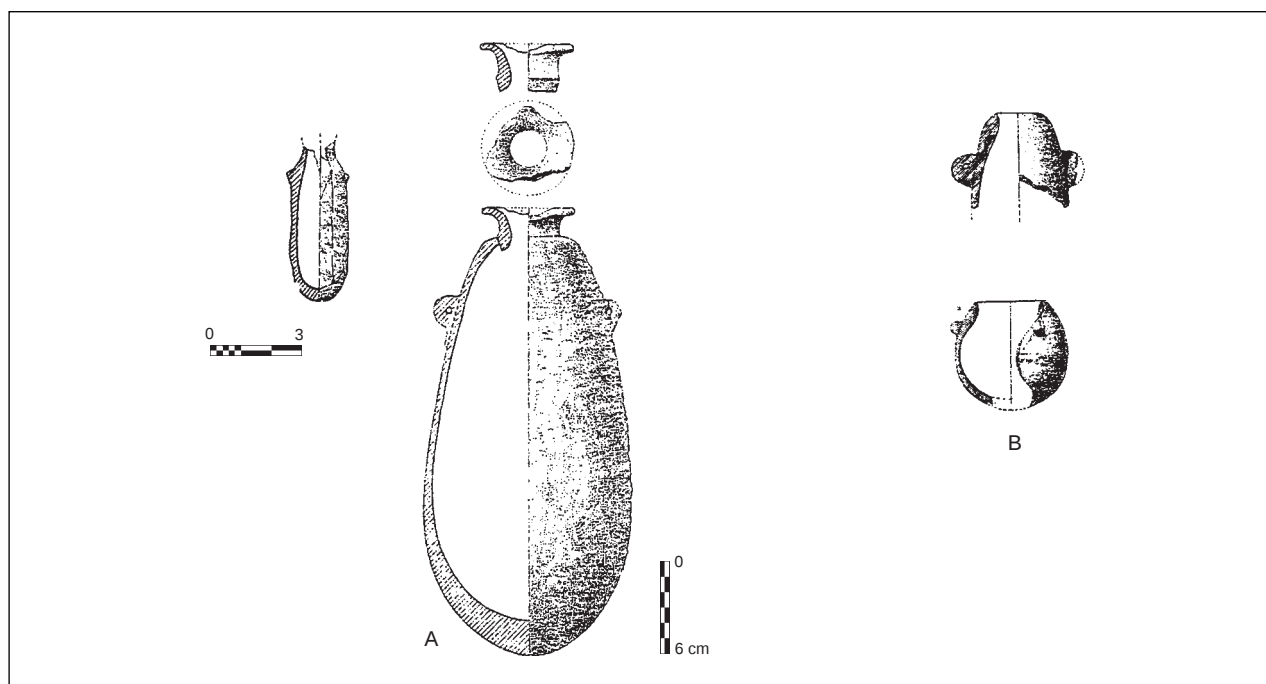


Figura 68. A: Vasos de alabastro del tipo 4 de la necrópolis de la Joya 9 (según Garrido); B: Vasos de alabastro del tipo 6 de la necrópolis de la Joya 17 (según Garrido).

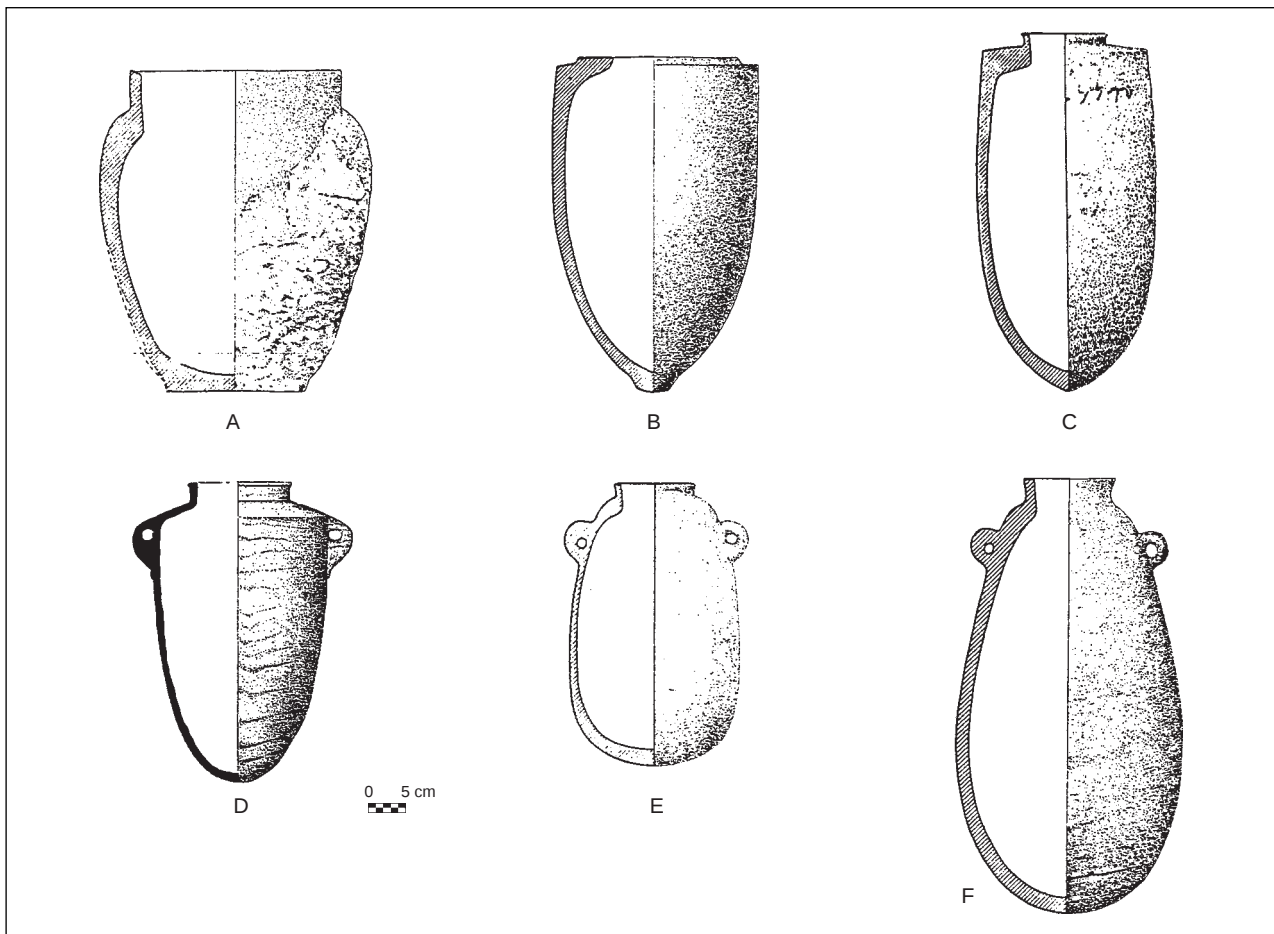


Figura 69. A: Urna de alabastro del tipo 7 B de la tumba 15 B de Laurita; B: Urna de alabastro del tipo 8 A de la tumba 12 de Laurita; C: Urna de alabastro del tipo 8 B de la tumba 3 A de Laurita; D: Urna de alabastro del tipo 8 C de las tumbas 4-10(?) de Laurita; E: Urna de alabastro del tipo 4 A de la tumba 2 de Laurita; F: Urna de alabastro del tipo 3 E de la tumba 14 de Laurita.

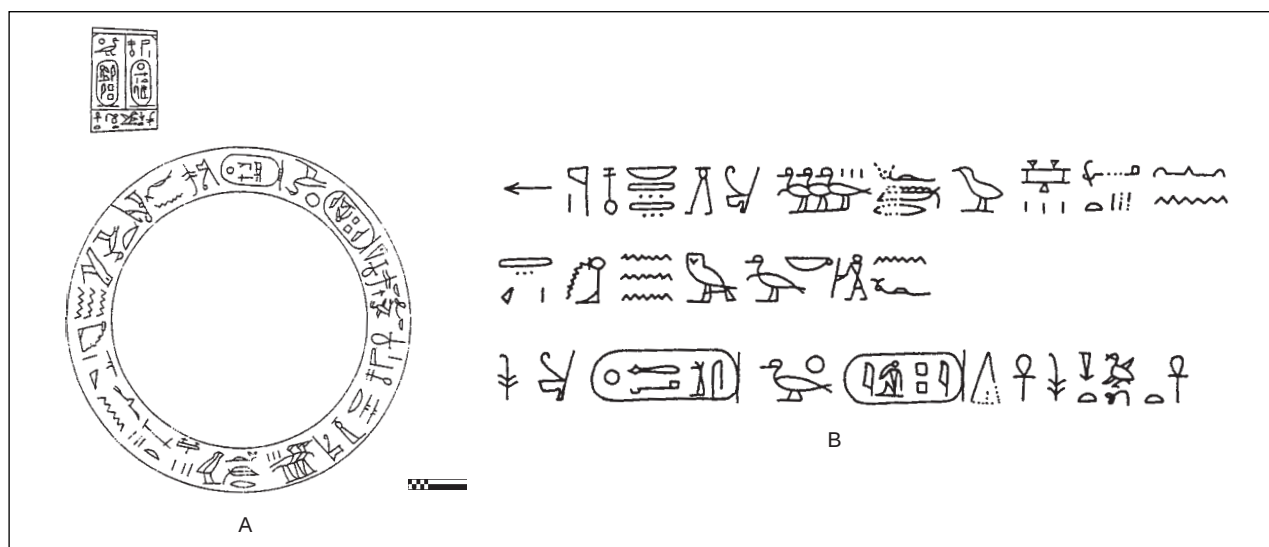


Figura 70. A: Cartela de Apofis I e inscripción jeroglífica de urna de mármol de Laurita (según Padró); B: Inscripción jeroglífica de la urna de Apofis de Laurita (según Padró).

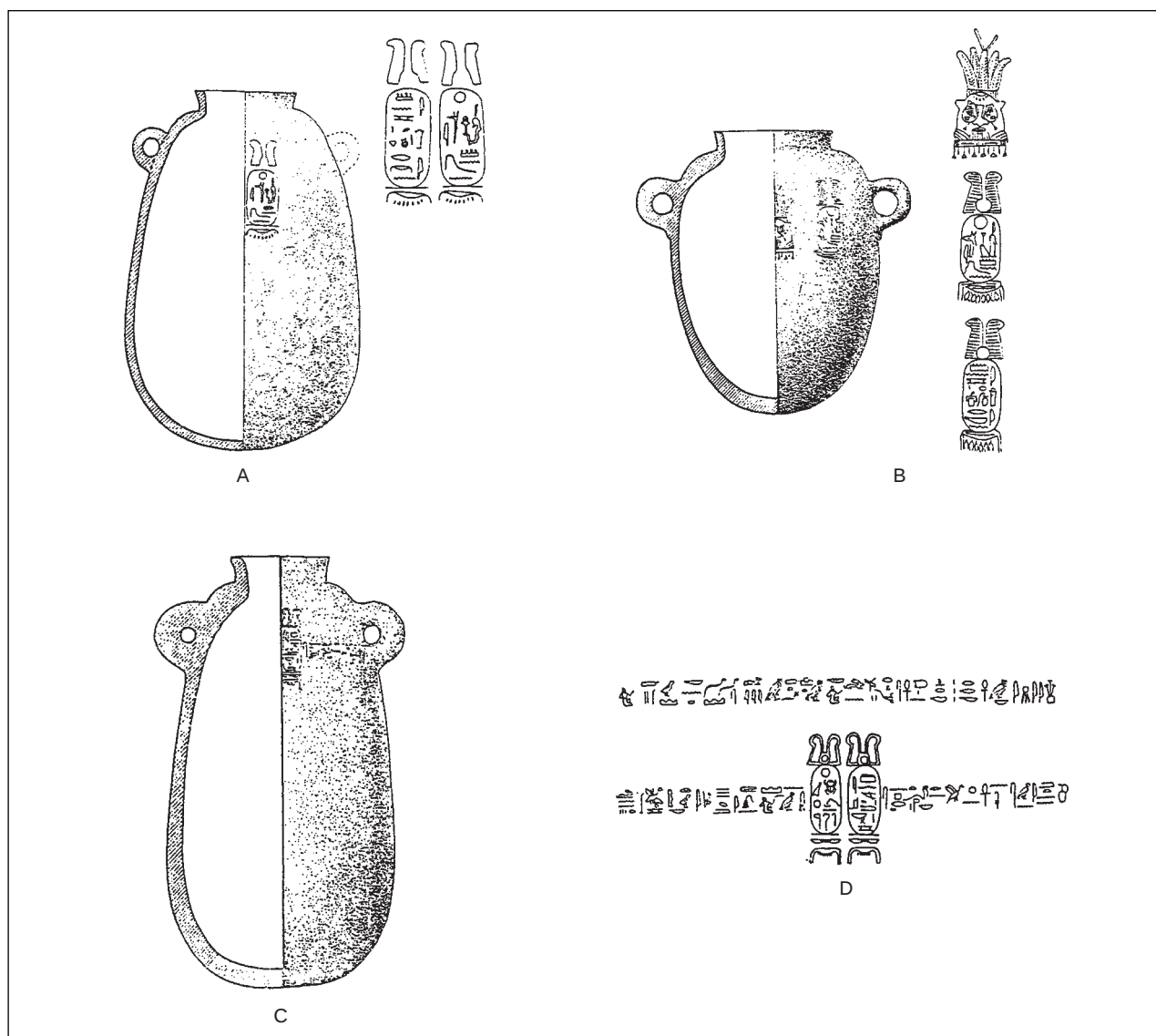


Figura 71. A: Urna cineraria de alabastro con cartela de Osorkon II de la tumba 20 de Laurita; B: Urna cineraria de alabastro del tipo 5 con cartelas de Osorkon II y rostro de Bes de la tumba 17 de Laurita; C: Urna cineraria de alabastro del tipo 3 C con cartela de Takelot II de la tumba 1 A de Laurita; D: Inscripción jeroglífica con cartelas de Takelot II de la urna cineraria de la tumba 1 A de Laurita.

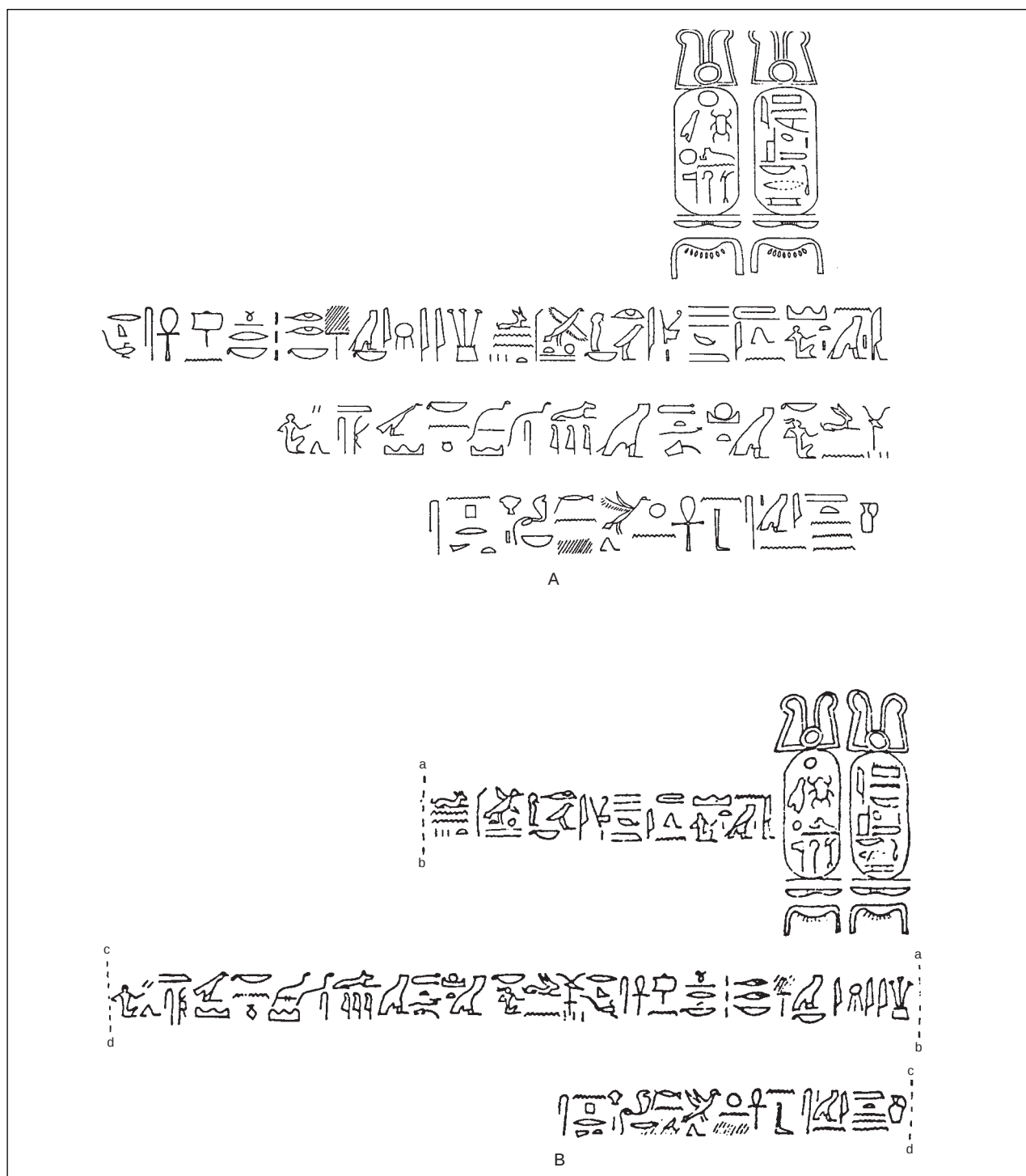


Figura 72. A: Inscripción jeroglífica con cartelas de Takelot II de la urna cineraria de la tumba 1 A de Laurita (según Gamer-Walert); B: Inscripción jeroglífica con cartelas de Takelot II de la urna cineraria de la tumba 1 A de Laurita (según Padró).

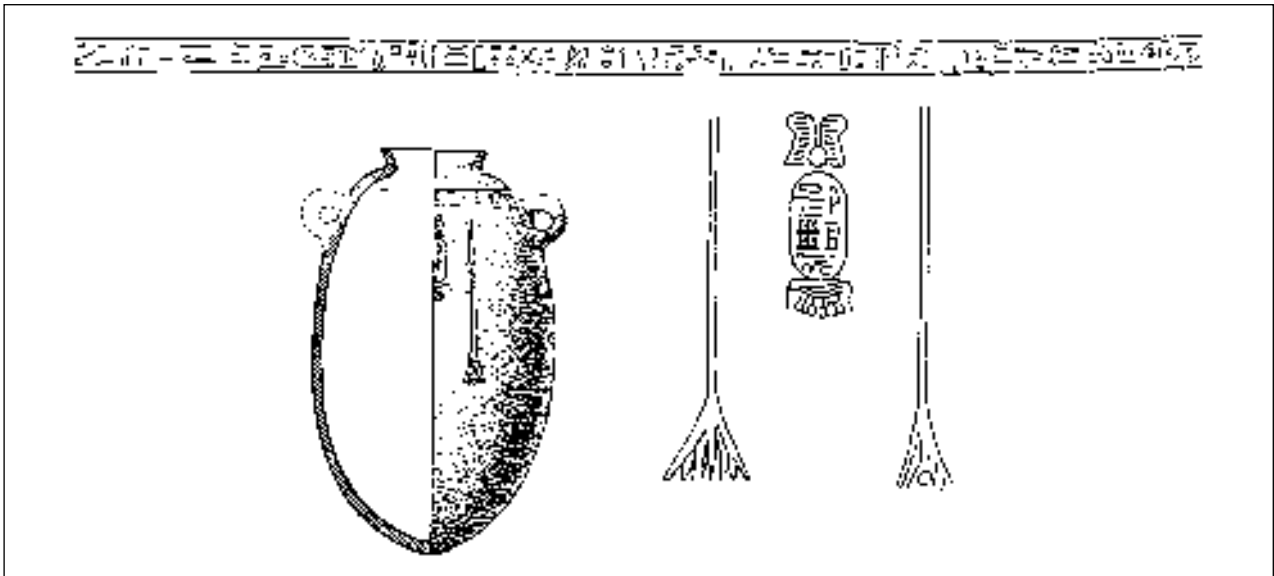


Figura 73. Urna cineraria de alabastro del tipo 4C con cartela de Chechonq III, de la tumba 16 de Laurita.

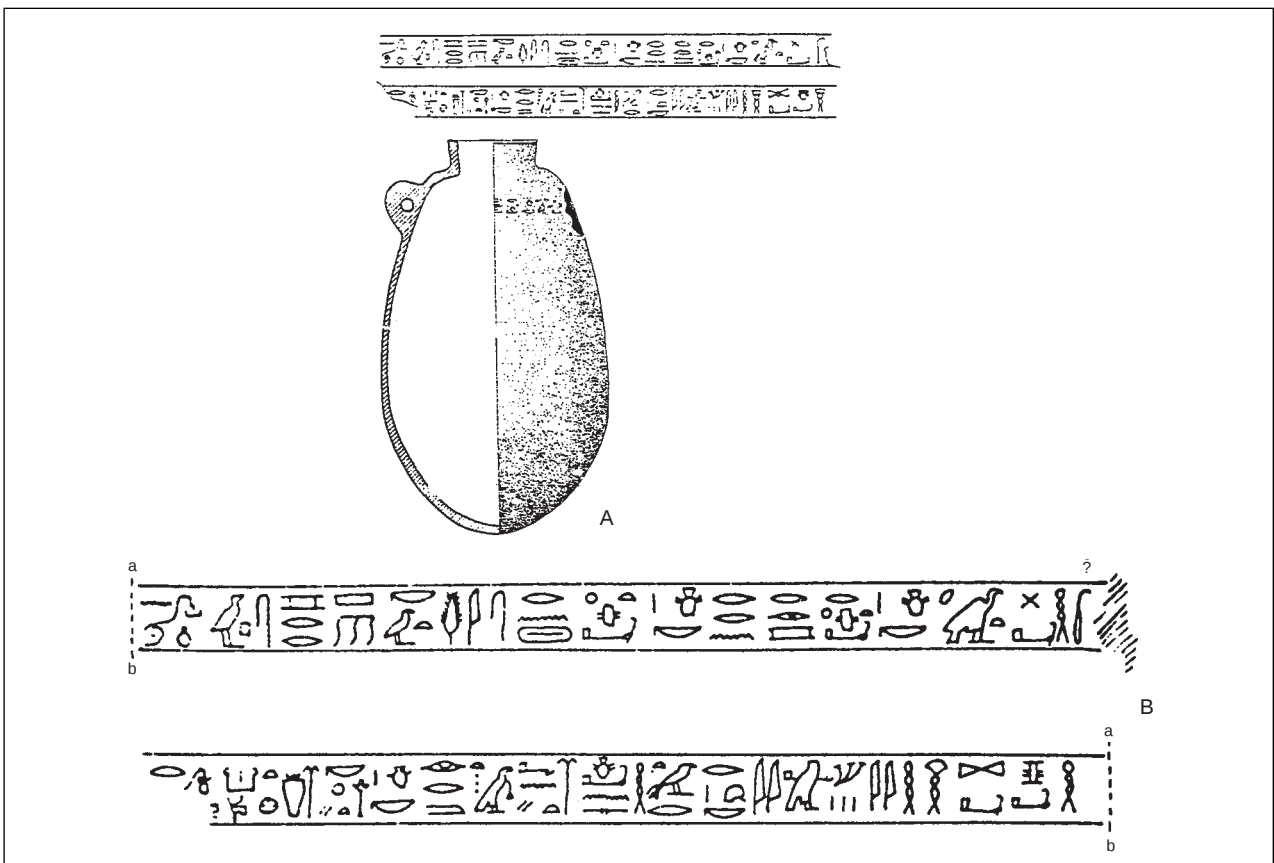


Figura 74. A: Urna cineraria de alabastro del tipo 3 D, con inscripción del sacerdote Osorkon de la tumba 15 A de Laurita; B: Inscripción jeroglífica del sacerdote Osorkon de la urna de la tumba 15 A de Laurita (según Padró).

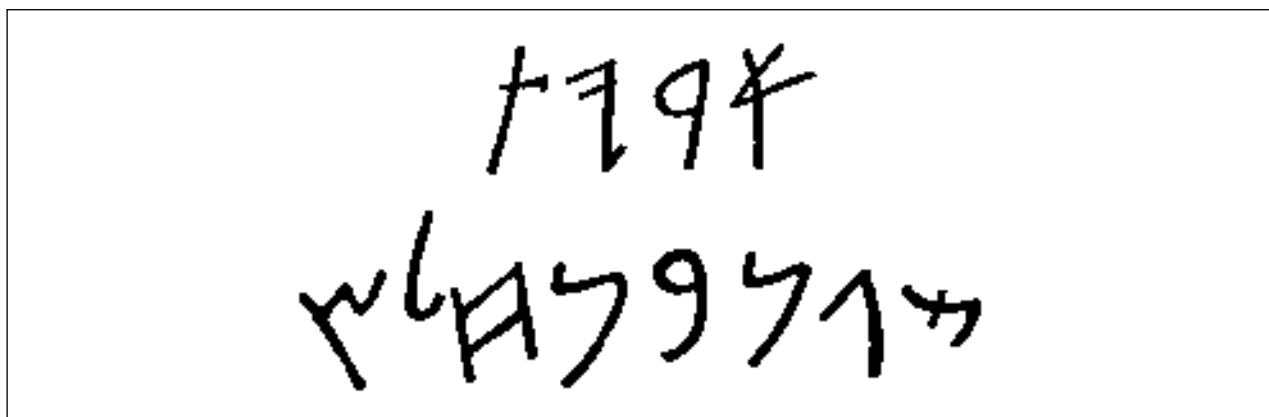


Figura 75. Inscripción fenicia de Magón, pintada en la urna cineraria de la tumba 3 A de Laurita (según Ferron).

Tumba Inventario	1	2	3	4-9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19 A	19 B	20
Urna de alabastro	● ●	●	● ●		●	●	●	●	●	● ●	●	●		●	●	●
Jarro B. seta							●	●							●	●
Jarro B. trilobu.							●	●							●	●
Plato		●					●	●		●	●	●				
Lcerna		●								●						
C. huevo avestruz					● ● ?									●		
Escarabeo	●		●						●		●					●
Kotylai															● ●	
Anillo		●							●							●
Cuenta collar			●						●							
Otros	● ●								● ● ● ●						●	

Figura 76. Inventario de los ajuares de las tumbas de Laurita.

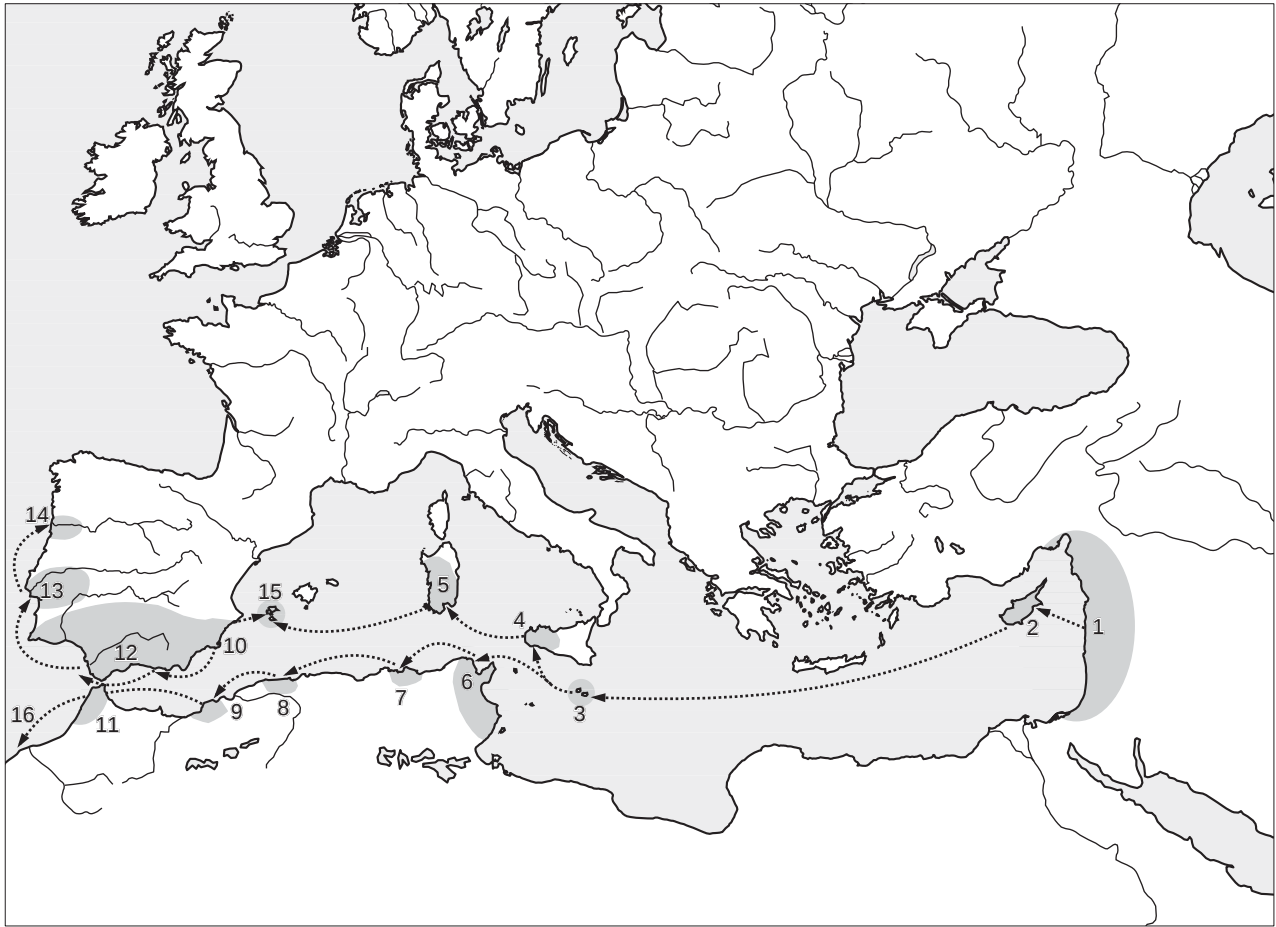


Figura 77. Distribución de la cerámica fenicia de barniz rojo: 1, Fenicia-Palestina-Filistea; 2, Chipre; 3, Malta; 4, Sicilia; 5, Cerdeña; 6, Cartago, Útica; 7, Didjeli; 8, Cherchel, Guraya; 9, Rachgoun; 10, Fonteta; 11, Lixus, Tánger; 12, Sur Península Ibérica; 13, Tajo-Sado; 14, Mondego; 15, Ibiza; 16, Mogador.

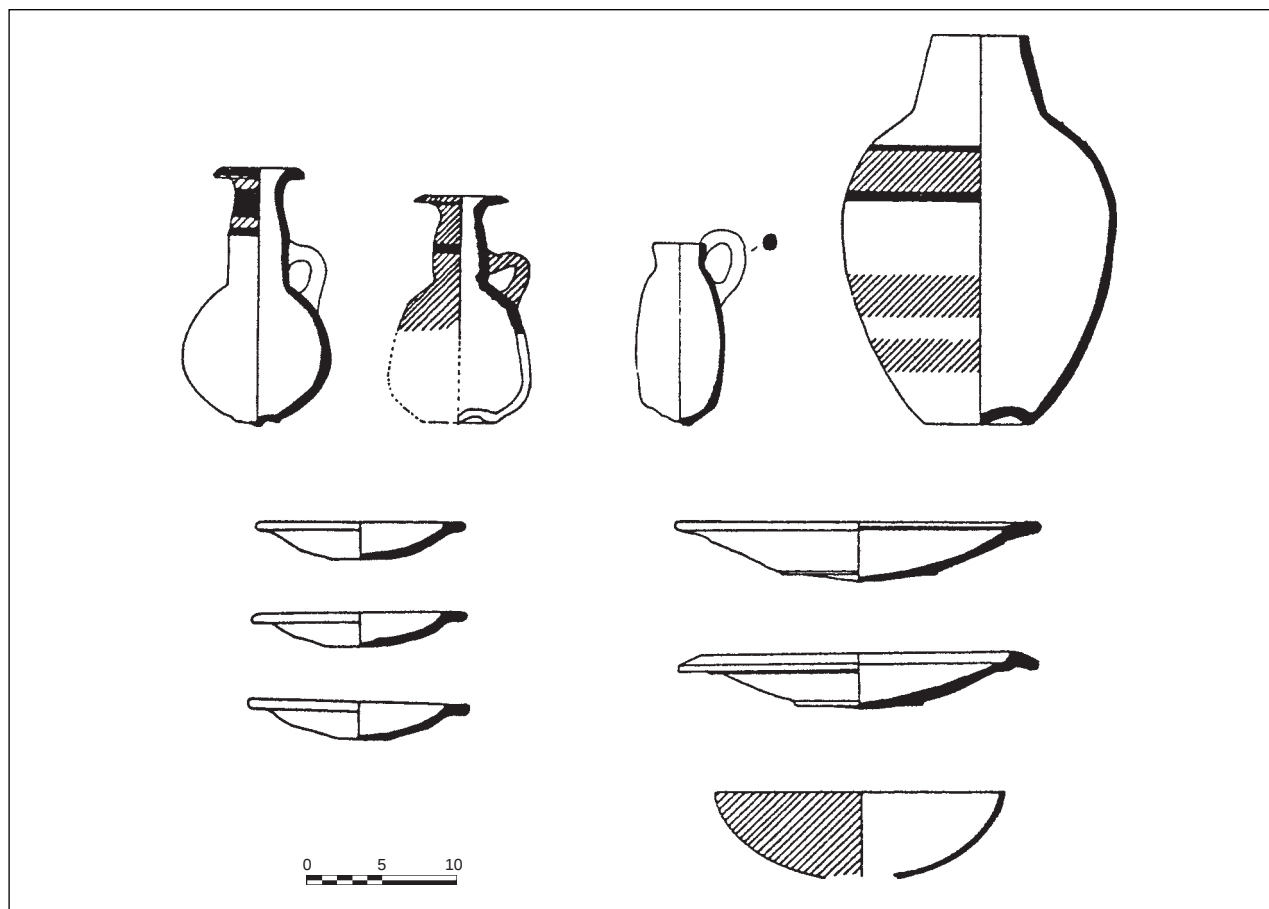


Figura 78. Cerámica del s. VIII de la estratigrafía de Tiro (según Bikai).

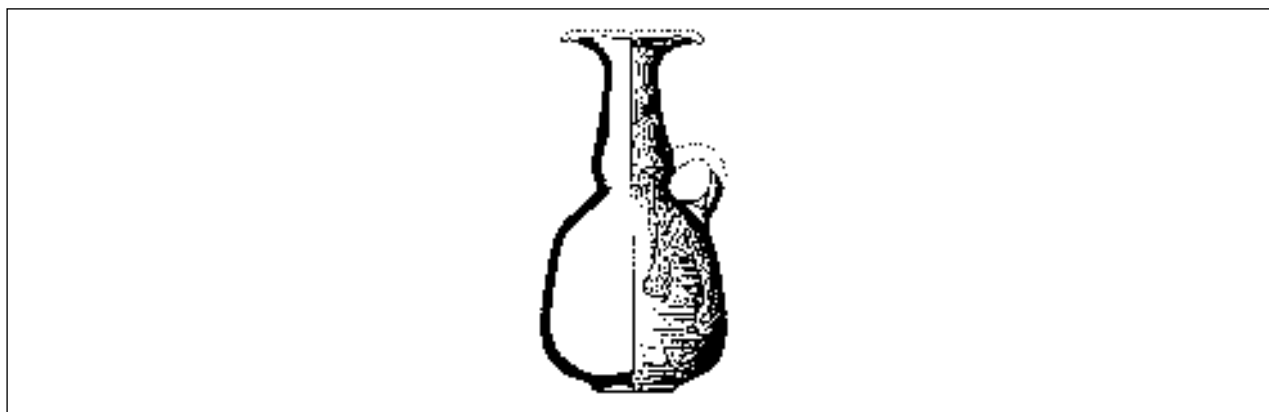


Figura 79. Vaso de boca de seta de barniz rojo de la Casa de la Viña (Cerro del Mar) (según Fernández Avilés).

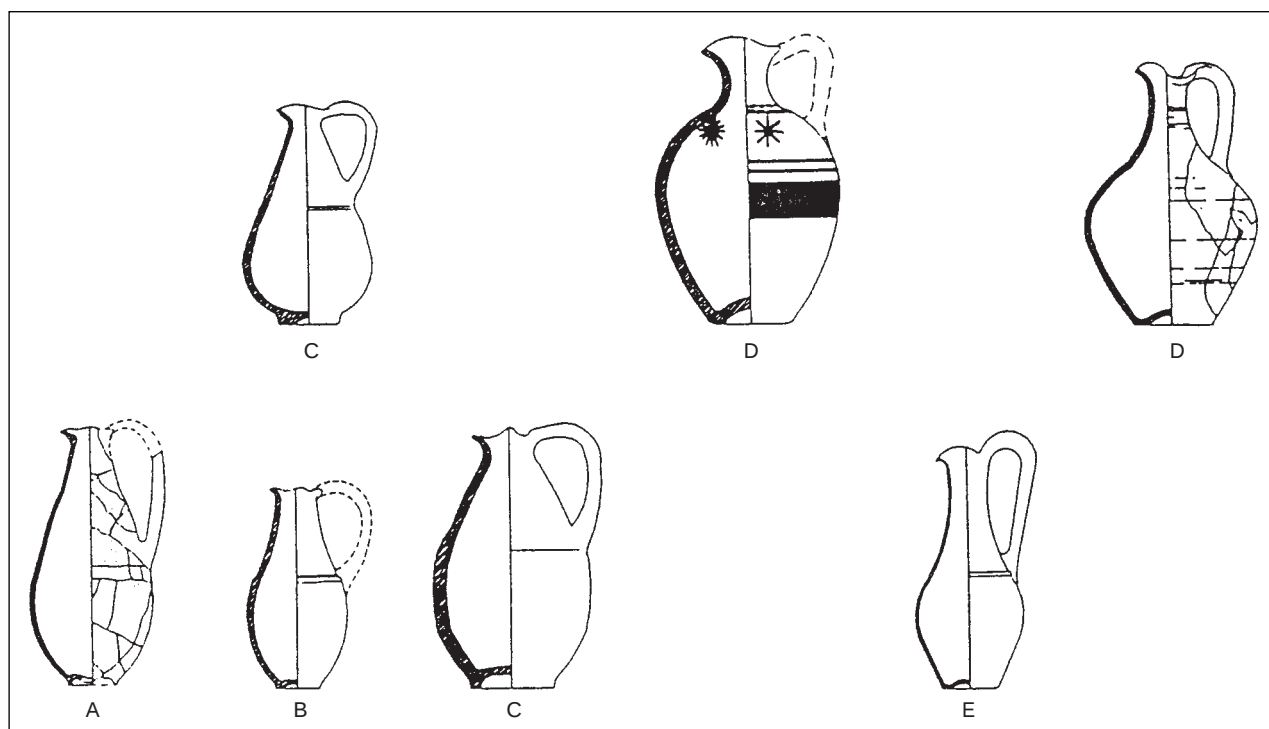


Figura 80. Tipos de oinochoai piriformes hispanas (según Martín): A: Toscanos, Cerro del Mar, C: Laurita, D: Jardín, E: Puente de Noy.

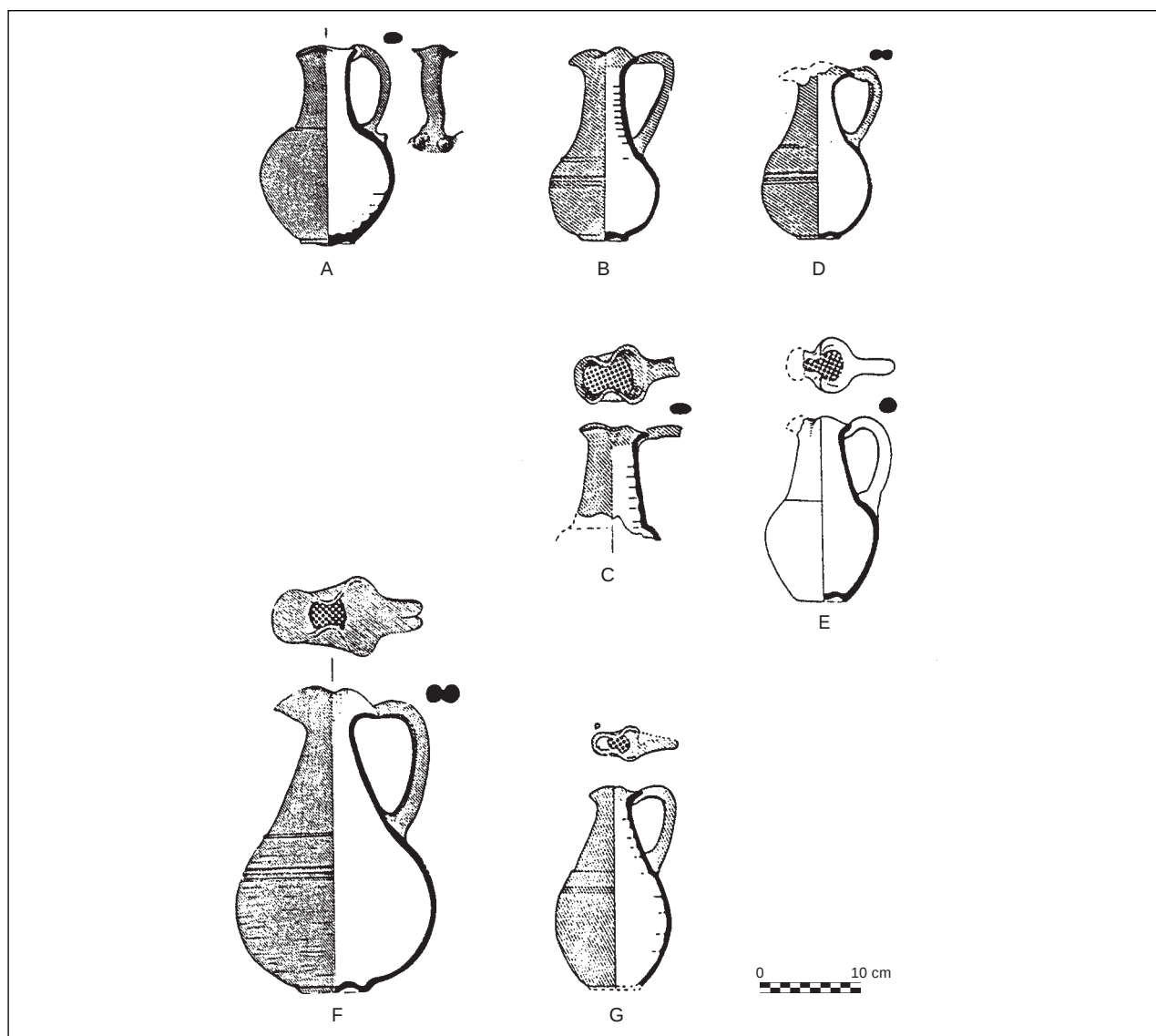


Figura 81. Oinochoai piriformes orientales de Tell Halif (a) y Achziv (b-g). s. IX (a y b), s. VIII (c-f). s. VII (g) (según Prausnitz).



Figura 82. Oinochoe piriforme de Mtarfa (Malta) (según Culican).

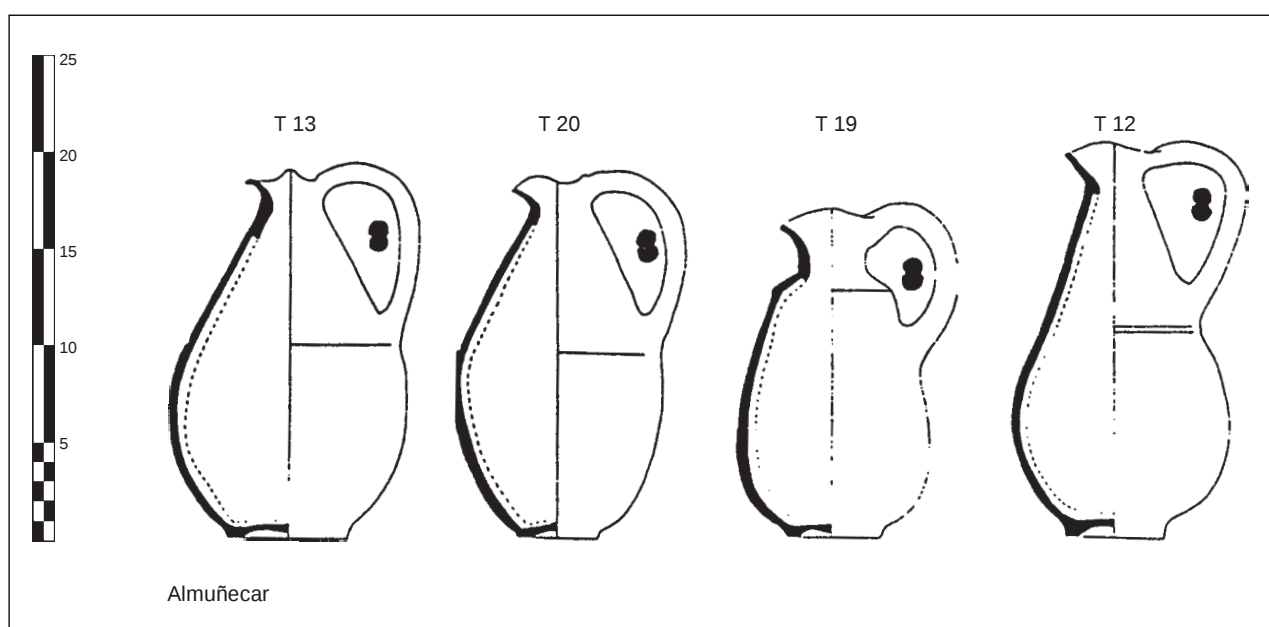


Figura 83. Oinochoai piriformes de Laurita (según Negueruela).

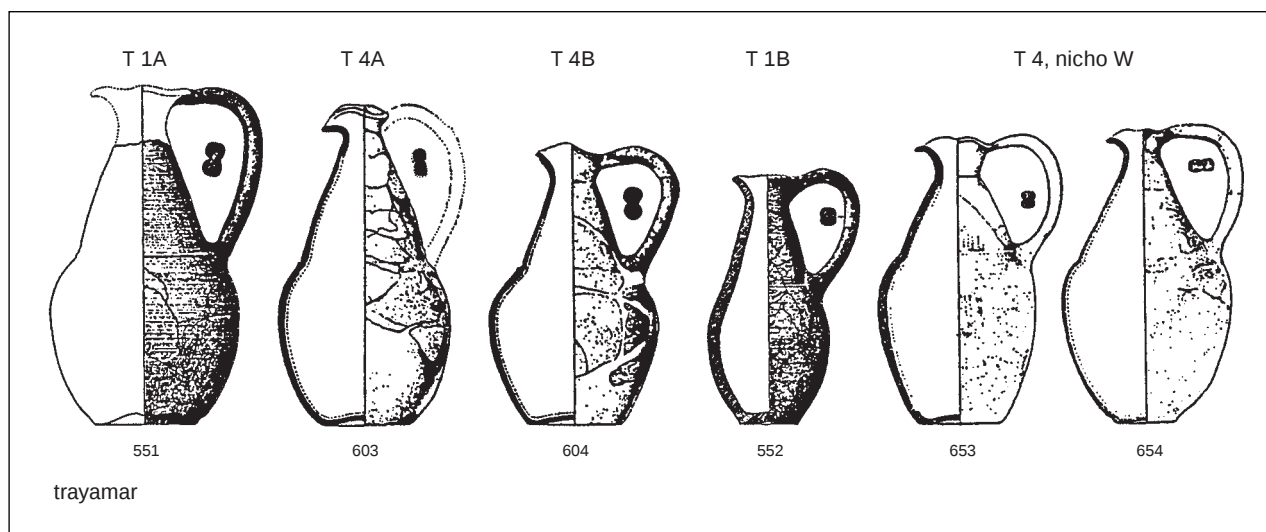


Figura 84. Oinochoai piriformes de Trayamar (según Schubart).

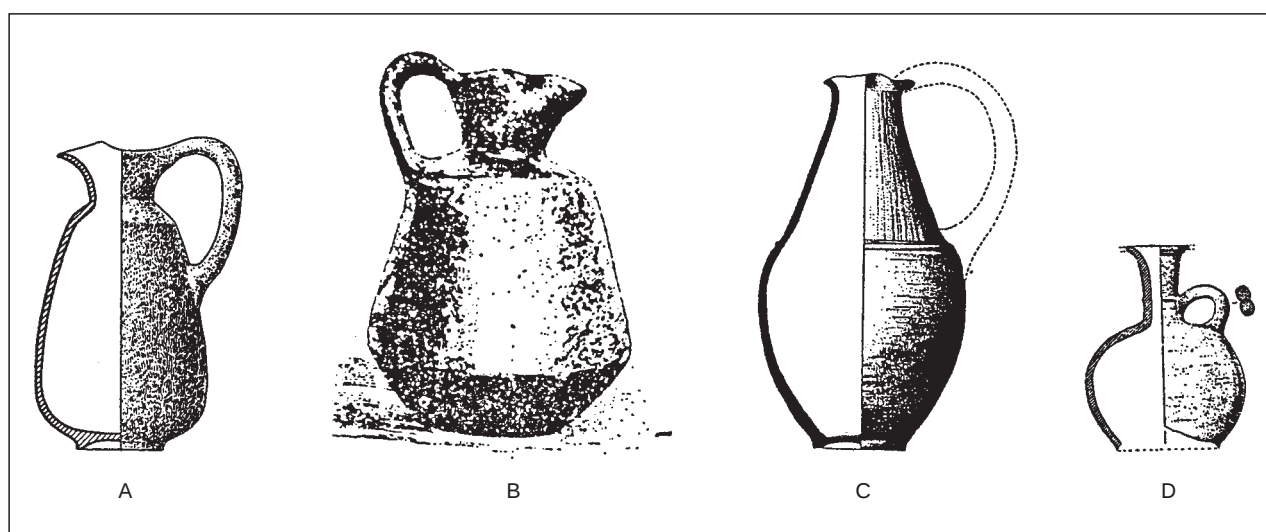


Figura 85. A: Oinochoe piriforme de la tumba 19 B de Laurita; B: Oinochoe piriforme de la necrópolis de Juno (Cartago) (según Delattre); C: Oinochoe piriforme de la Casa de la Viña (Cerro del Mar) (según Fernández Gómez); D: Jarro de boca seta de barniz rojo arcaico del Cortijo de Montáñez (según Aubet).

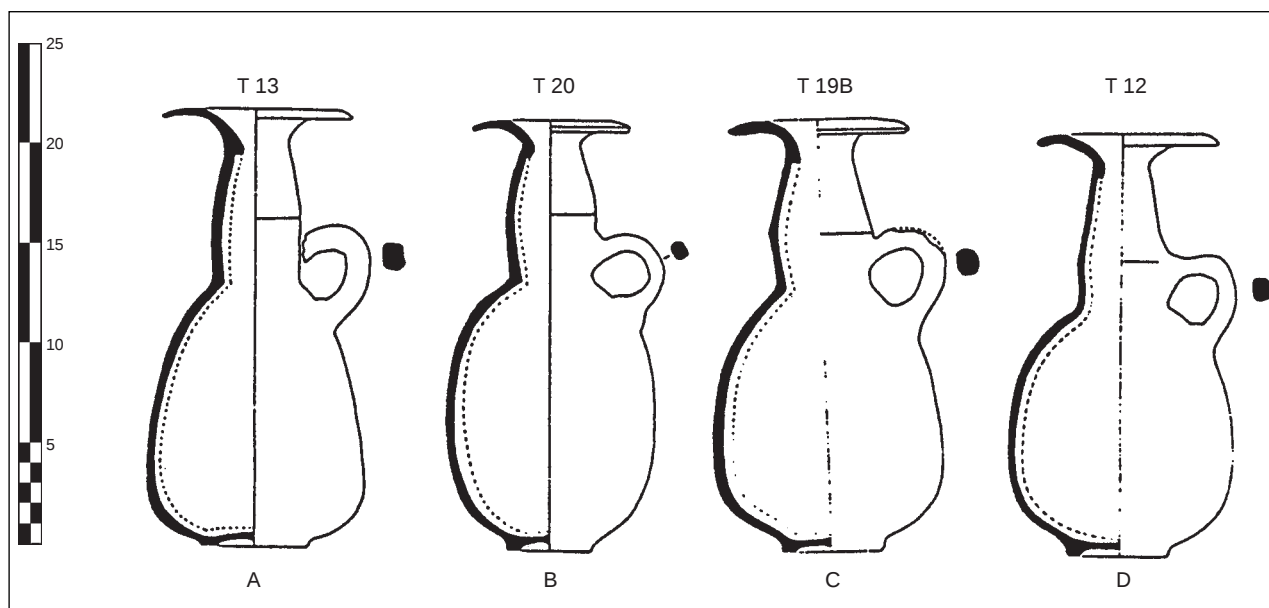


Figura 86. Jarros de boca seta de barniz rojo de Laurita: A (tumba13), B (tumba 20), C (tumba 19 B), D (tumba12).

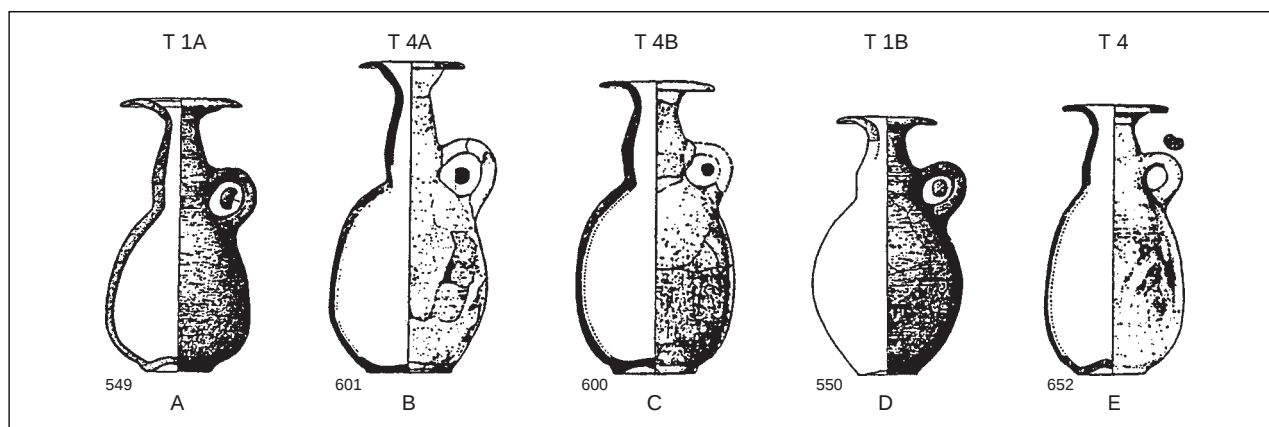


Figura 87. Jarros de boca seta de barniz rojo de Trayamar: A (tumba 1A), B (tumba 4 A), C (tumba 4 B), D (tumba 1 B), E (nicho tumba 4) (según Schubart).

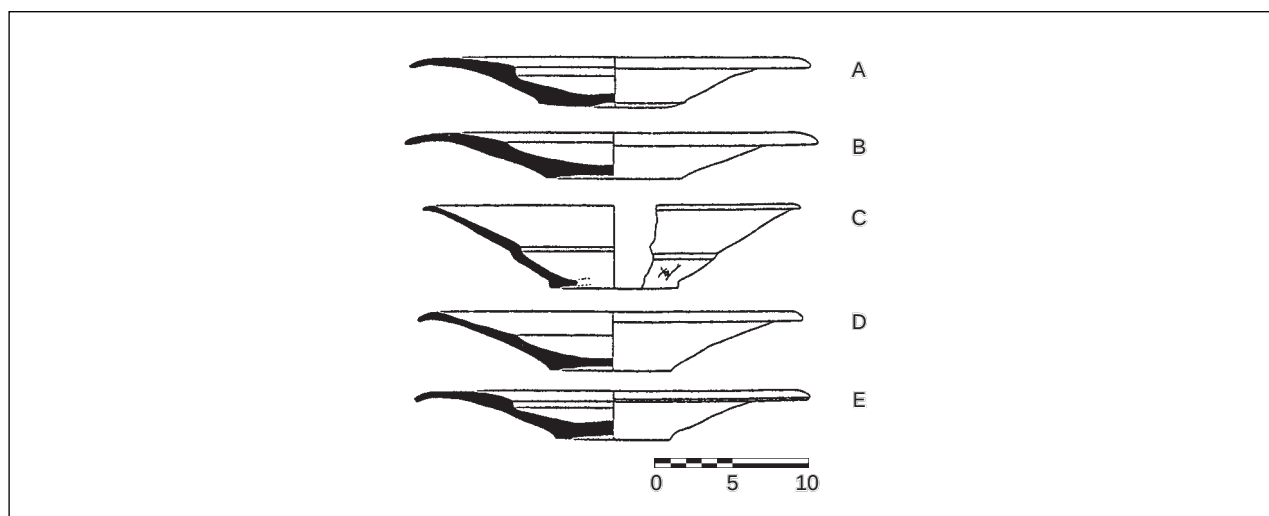


Figura 88. Platos de barniz rojo de Laurita: A (tumba 2), B (tumba 15 B), C (tumba 16), D (tumba 13), E (tumba 17), F (?) (según Negueruela).

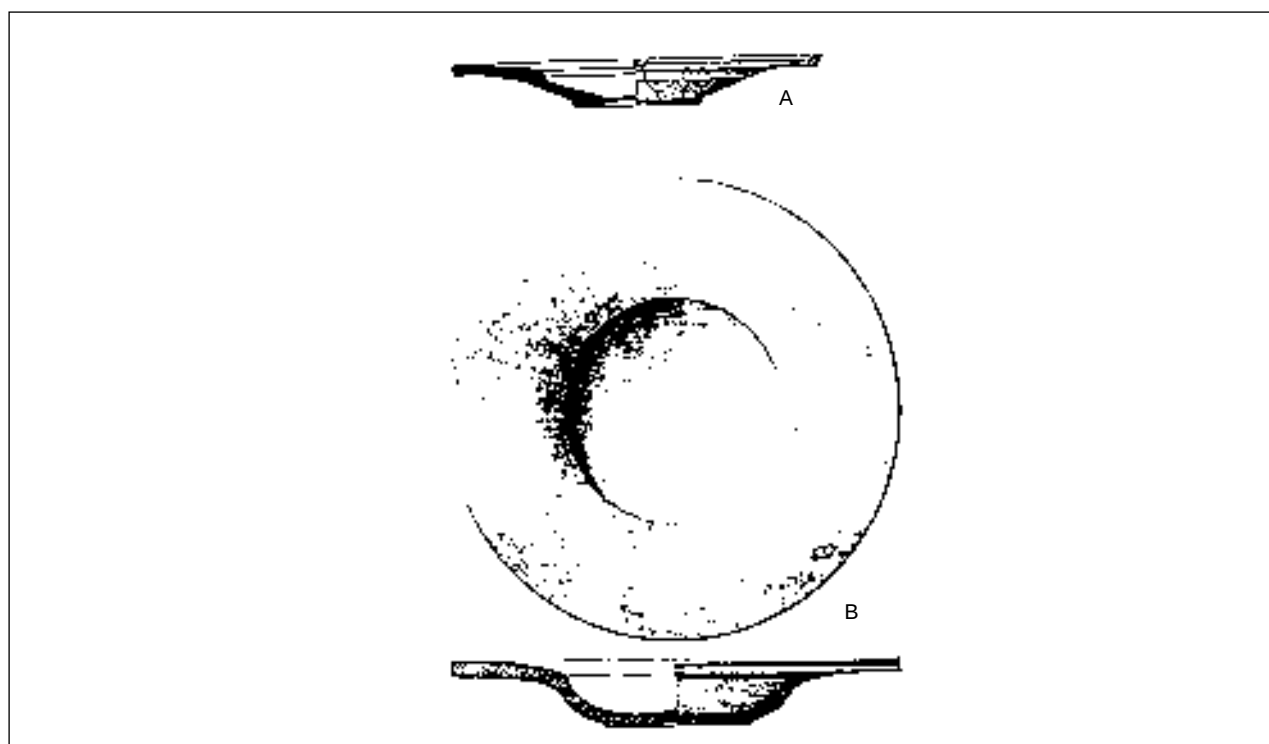


Figura 89. A: Plato de barniz rojo con ranura en el labio de la tumba E-1 de Puente de Noy (según Molina); B: Plato de barniz rojo con ranura en el labio de Trayamar 1 (según Schubart).

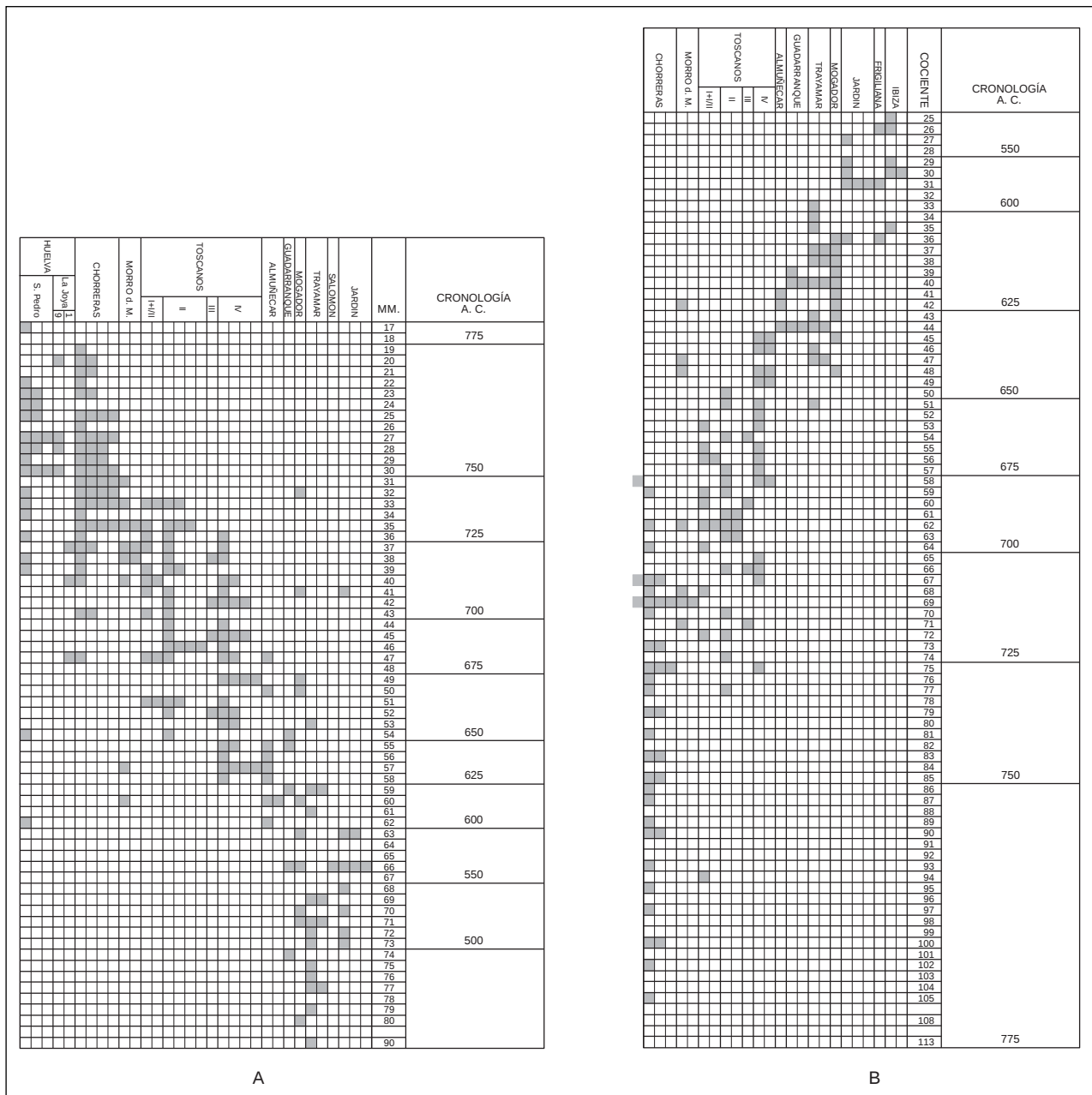


Figura 90. A: Cronología de los platos, según la anchura del borde (según Schubart y Pellicer); B: Cronología de los platos, según el cociente (según Schubart y Pellicer).

SCHUBART (PLATOS)				NÉGUERUELA	PELLICER	CONOLOGÍA A.C.
BORDE	TUMBA	COCIENTE	TUMBA	BARNÍZ R.	AJUAR TOPOGRAFÍA	
MMS				TUMBA	TUMBA	725
35						
45	13	65		13 20	20 14	700
50		56	13	19B 17	19 13 12 5	675
55	12	50	12	15B 2	10 11 16 3	650
58		40	15B 2 17	16 17	7 1 17 16	625
62	19B	35	15			600
68	17 15B 16 2	30				550
75		25				500

Figura 91. Cronología de Laurita (según Schubart, Negueruela y Pellicer).

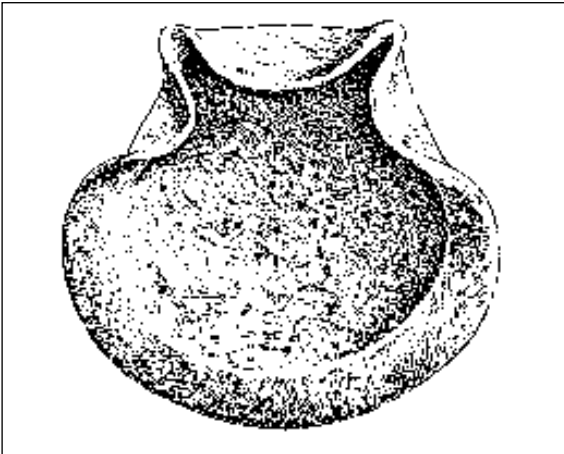


Figura 92. Lucerna de barniz rojo de la tumba 2 de Laurita.

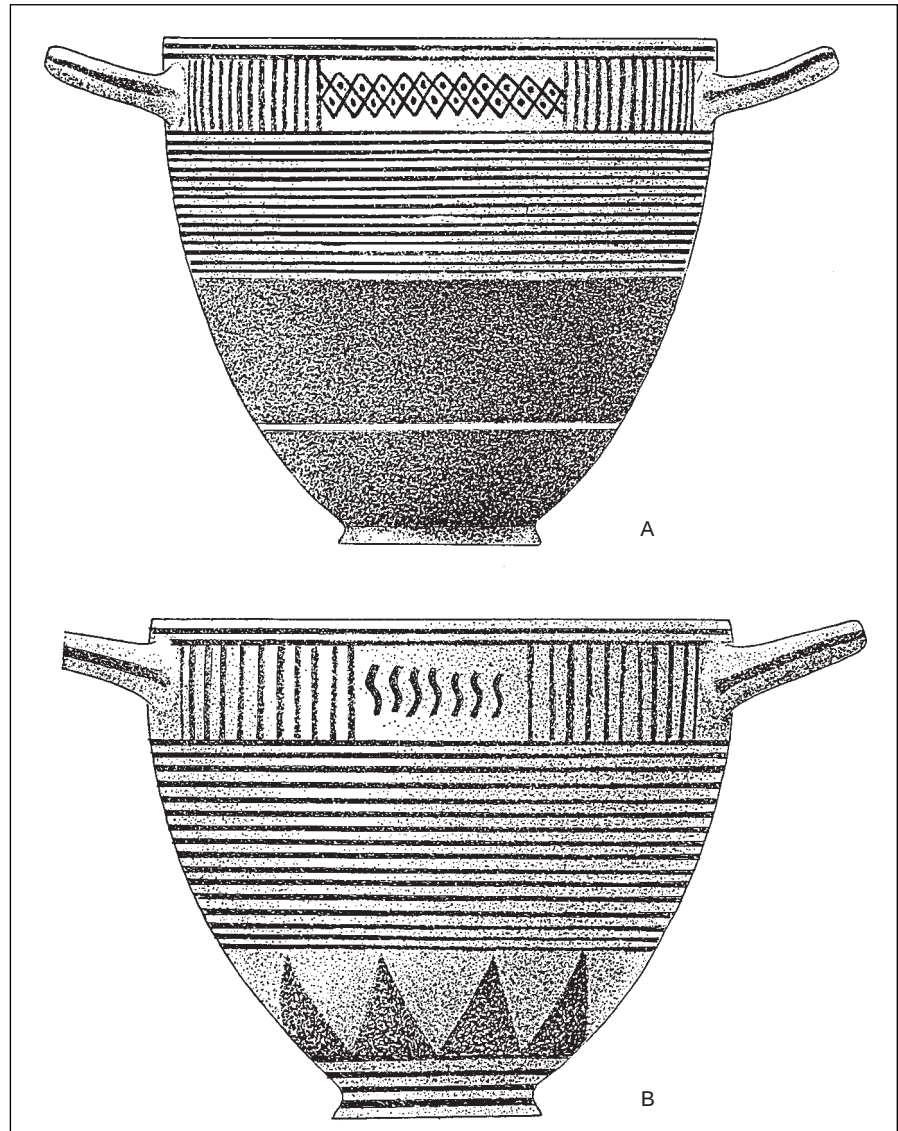


Figura 93. A: Kotyle protocorintia antigua de la tumba 19 B de Laurita; B: Kotyle protocorintia medio I de la tumba 19 B de Laurita.

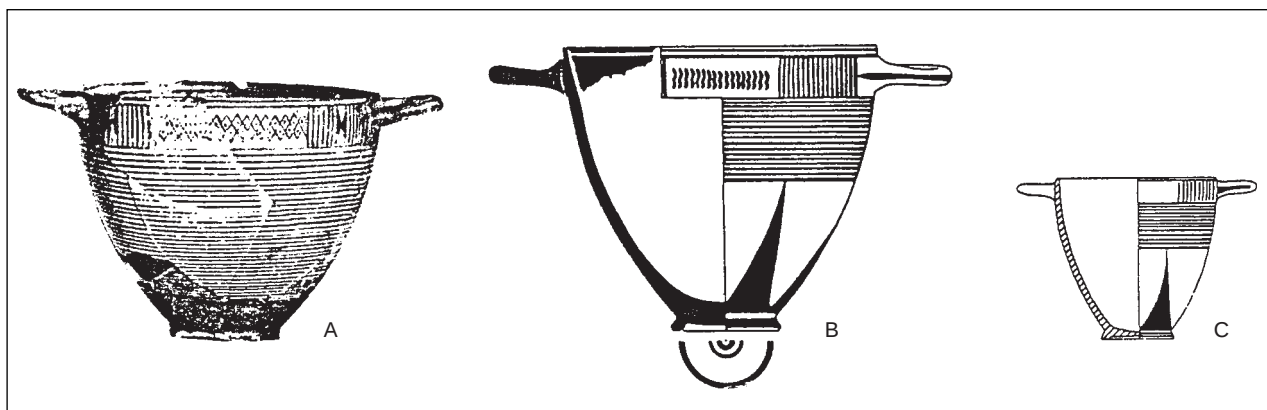


Figura 94. A: Kotyle del protocorintio antiguo de la tumba 483 de la necrópolis de San Montano (Ischia) (según Ridway); B: Kotyle protocorintia medio de la tumba A-191 de Byrsa (según Lancel); C: Kotyle protocorintia medio de la tumba de Yadakelek de Douimes (Cartago) (según Harden).

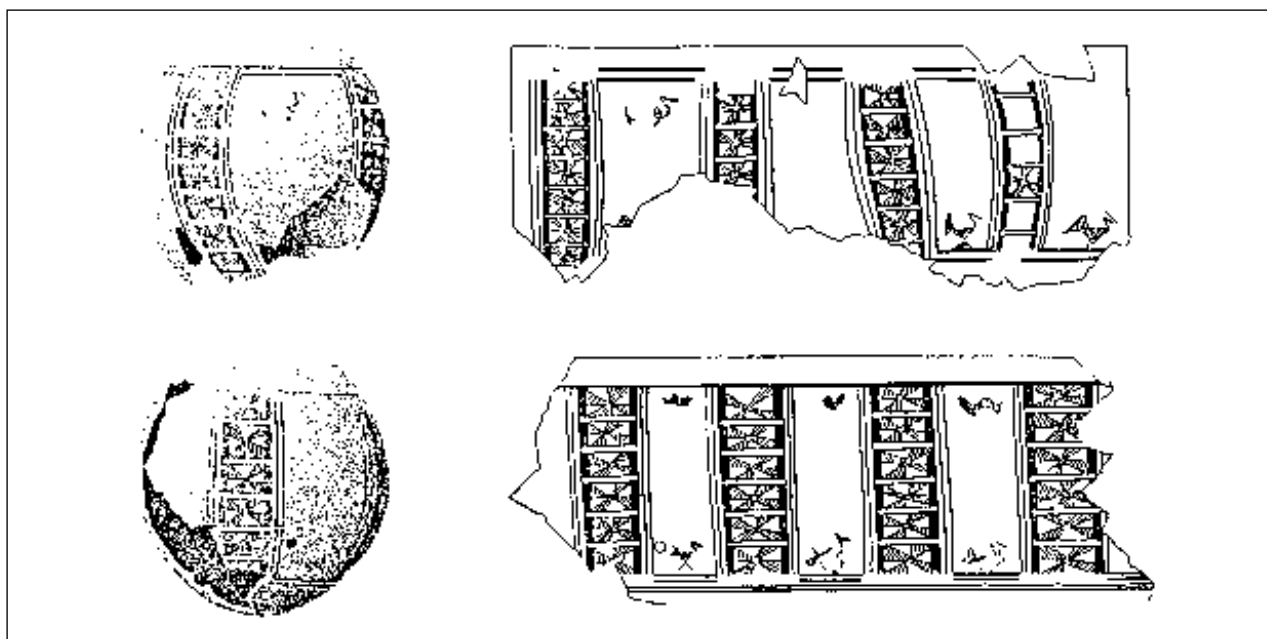


Figura 95. Huevos de avestruz pintados de Laurita (tumbas 4-10 (?)).

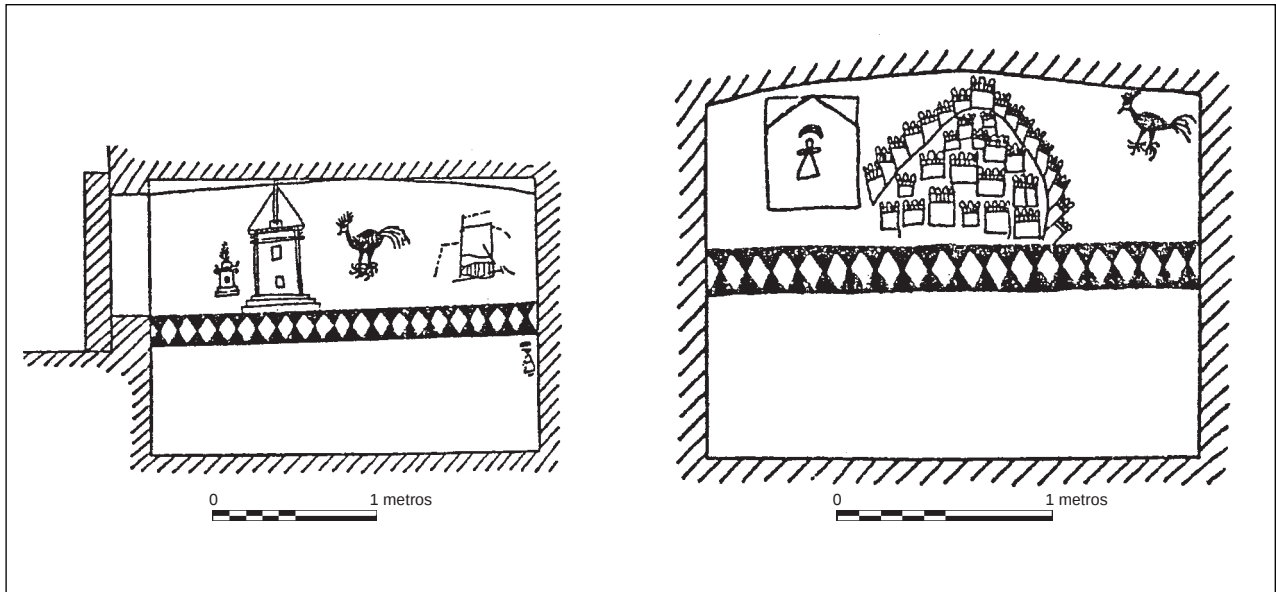


Figura 96. Pinturas murales de la tumba 8 de Djebel Mleza (Túnez) (según Fantar).

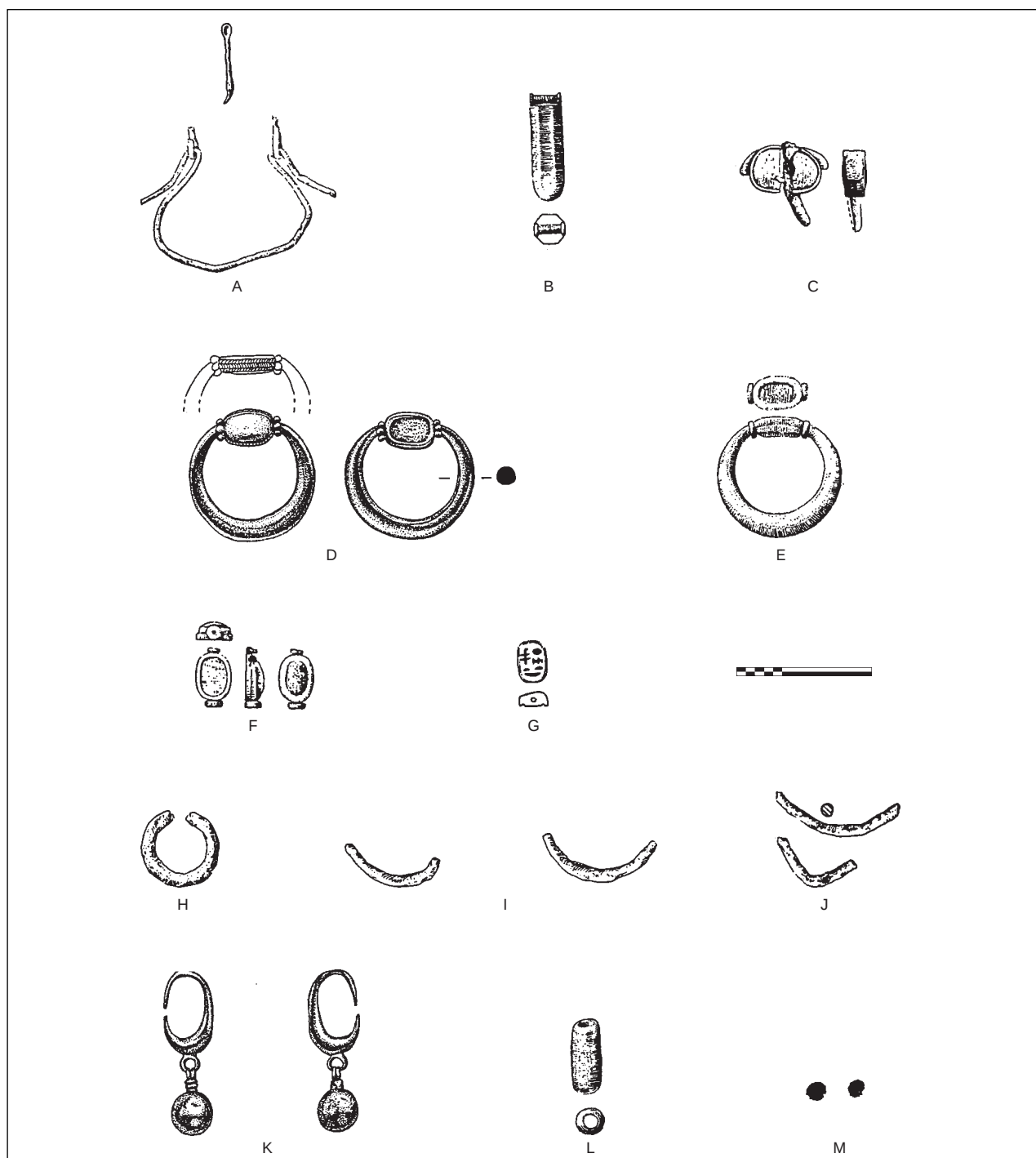


Figura 97. A: Asa de bronce de aguamanil y laña de estaño de la tumba 1 de Laurita; B: Estuche porta-amuletos de plata de la tumba 14 de Laurita; C: Amuleto de hueso o marfil de la tumba 14 de Laurita; D: Colgante anular de oro con escarabeo basculante de la tumba 1 de Laurita (según Molina); E: Colgante anular de plata con escarabeo basculante de la tumba 3 B de Laurita (según Molina); F: Escarabeo enmarcado en oro de la tumba 16 de Laurita; G: Escarabeo de la tumba 20 de Laurita; H: Anillo de bronce de la tumba 20 de Laurita; I: Brazaletes de bronce de la tumba 2 de Laurita; J: Brazaletes de bronce de la tumba 14 de Laurita; K: Pendientes de oro de la tumba 1 de Laurita (según Molina); L: Cuenta de collar de variscita (?) de la tumba 3 de Laurita; M: Cuentas de collar globulares de bronce de la tumba 14 de Laurita.

LÁMINAS



A



B

Lámina I. A: La necrópolis Laurita desde Almuñécar; B: Almuñécar en 1960.



A



B

Lámina II. A: Trincheras de detección de las tumbas de Laurita y viviendas de pescadores; B. Pozo de la tumba 13 de Laurita.



A



B



C



D

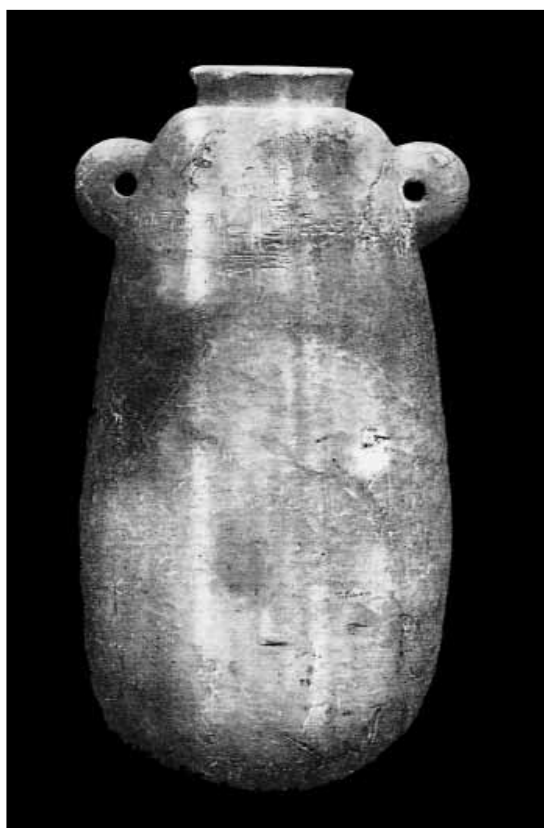


E

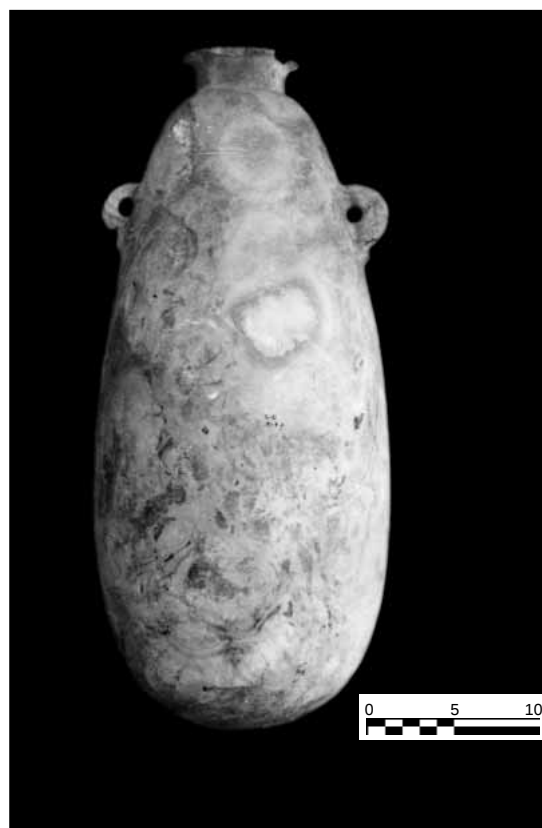
Lámina III. A: Nicho de la tumba 15 B de Laurita; B: Nicho de la tumba 19 A de Laurita; C: Nicho de la tumba 19 B de Laurita; D: Nicho de la tumba 17 de Laurita; E: Nicho de la tumba 15 de Laurita.



A



B



C

Lámina IV. A: Nicho de la tumba 20 de Laurita; B: Urna cineraria de la tumba 1 A con cartelas de Takelot II de Laurita; C: Urna cineraria de la tumba 1B de Laurita.



A



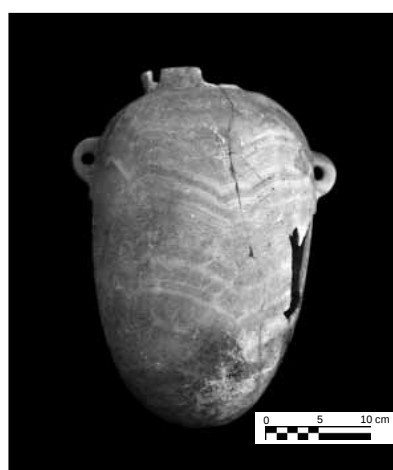
B



C



D



E



F

Lámina V. Urnas cinerarias de alabastro de Laurita. A: Urna de la tumba 2; B: Urna de la tumba 3 A; C: Urna de la tumba 3 B; D: Urna de las tumbas 4-10 (?); E: Urna de la tumba 11; F: Urna de la tumba 12.



A



B

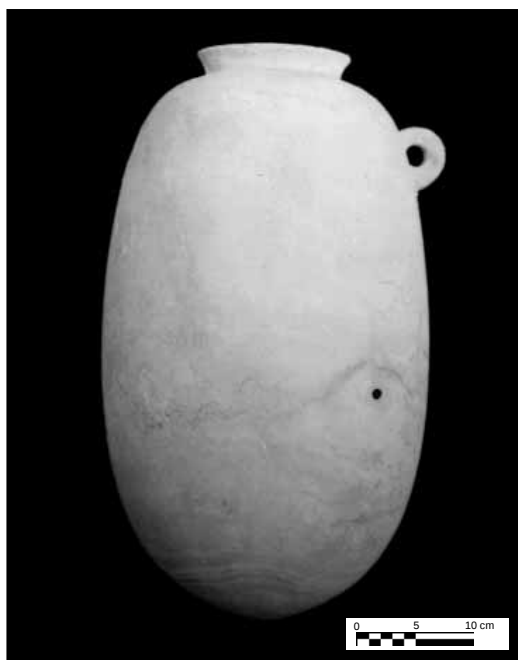


C



D

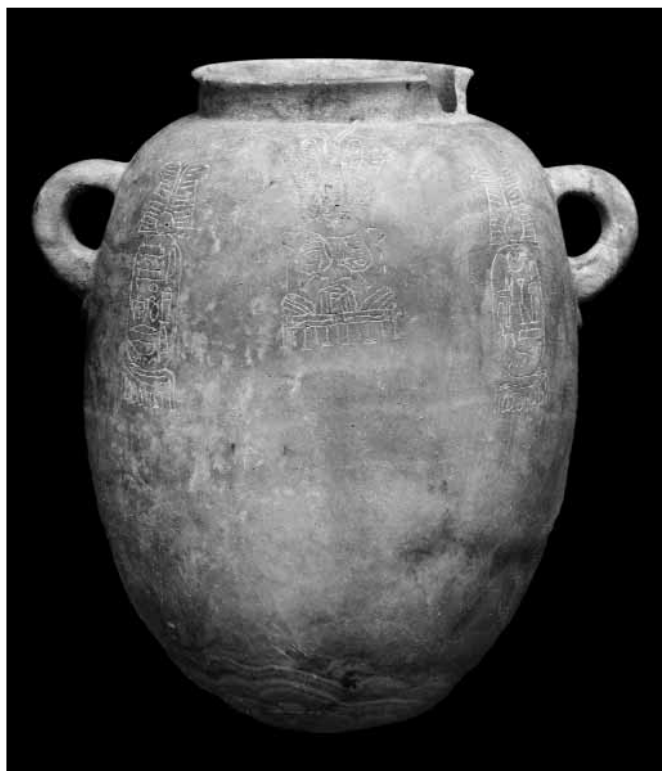
Lámina VI. Urnas cinerarias de alabastro de Laurita. A: Urna de la tumba 13; B: Urna de la tumba 14; C: Urna de la tumba 15 A; D: Urna de la tumba 15 B.



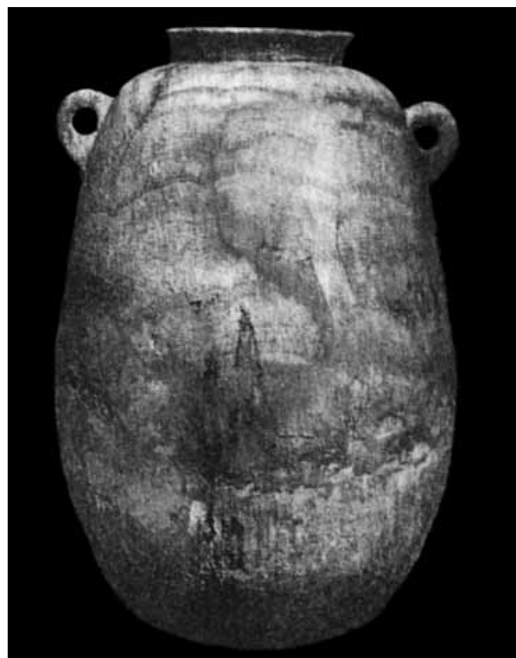
A



B



C



D

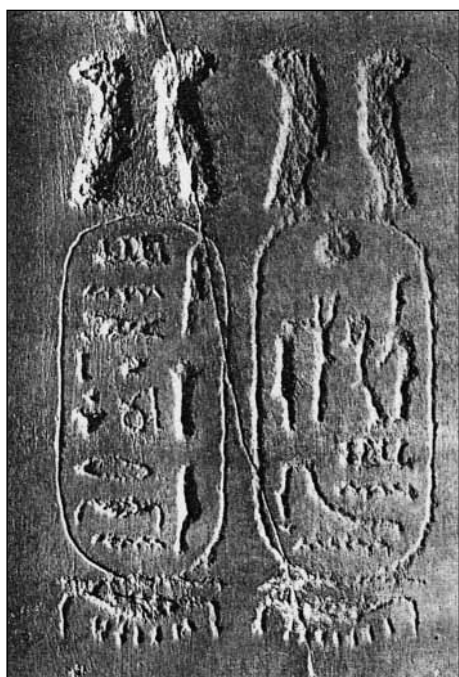
Lámina VII. Urnas cinerarias de alabastro de Laurita. A: Urna de la tumba 16; B: Urna de la tumba 19 A; C: Urna de la tumba 17, con cartelas de Osorkon II; D: Urna de la tumba 19 B.



A



B



C



D



E

Lámina VIII. Cartelas de faraones en urnas cinerarias de alabastro de Laurita. A: Cartela de Osorkon II de la urna de la tumba 17; B: Cartela de Osorkon II de la urna de la tumba 17; C: Cartela de Osorkon II de la urna de la tumba 20; D: Cartela de Takelot II de la urna de la tumba 1 A; E: Cartela de Chechonq III de la urna de la tumba 16.

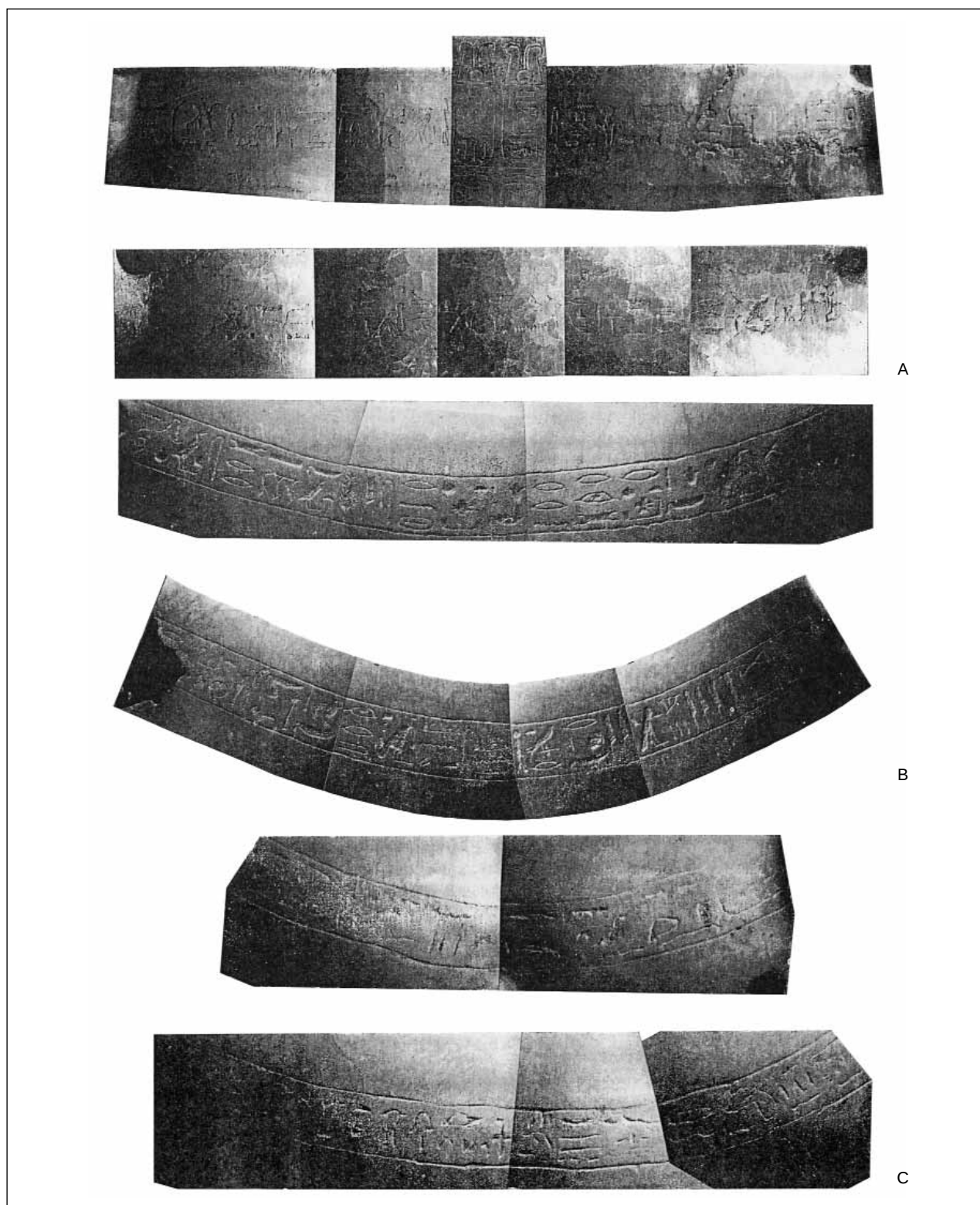
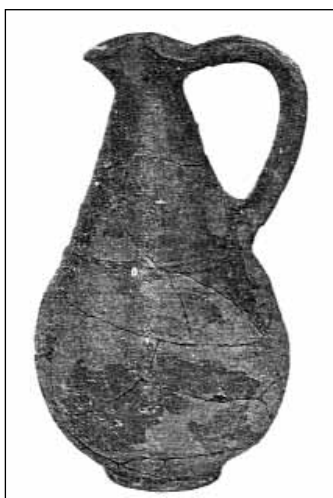


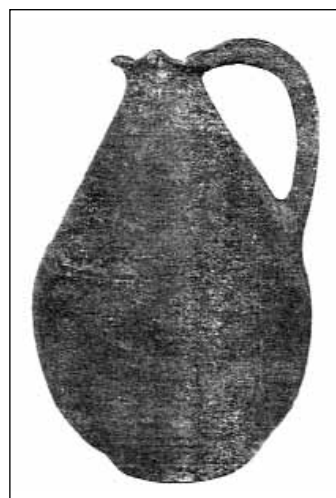
Lámina IX. Inscripciones jeroglíficas de las urnas de Laurita. A: Osorkon II de la urna de la tumba 1 A; B: Sacerdote Osorkon de la urna de la tumba 15 A; C: Inscripción seudojeroglífica de la urna de la tumba 16.



A



B



C



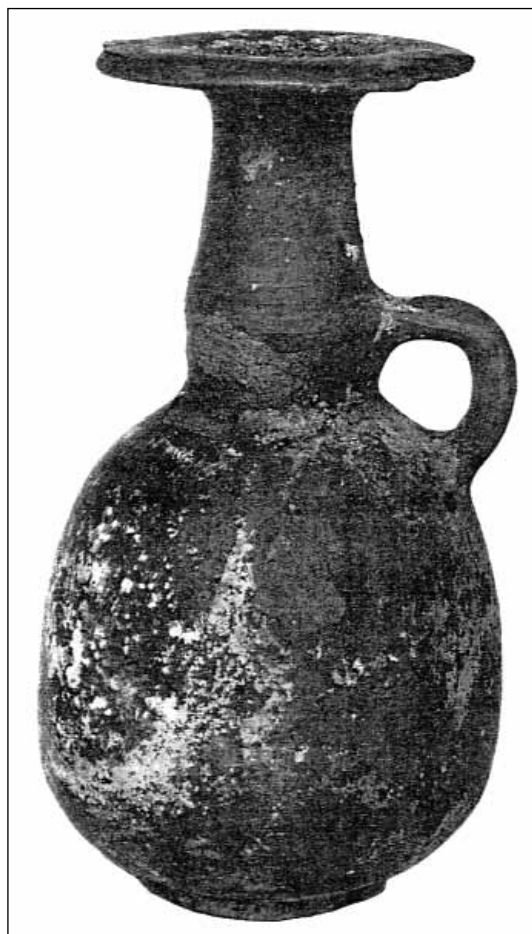
D



E



G

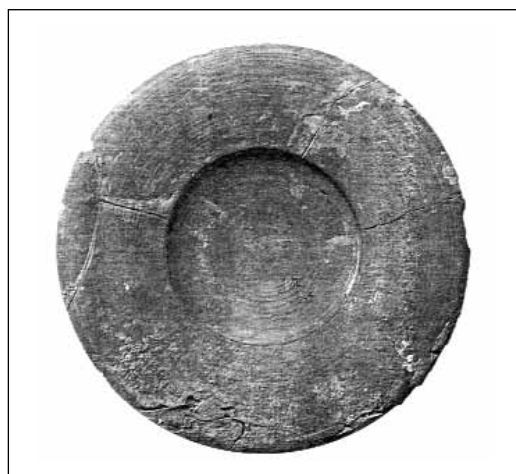


F

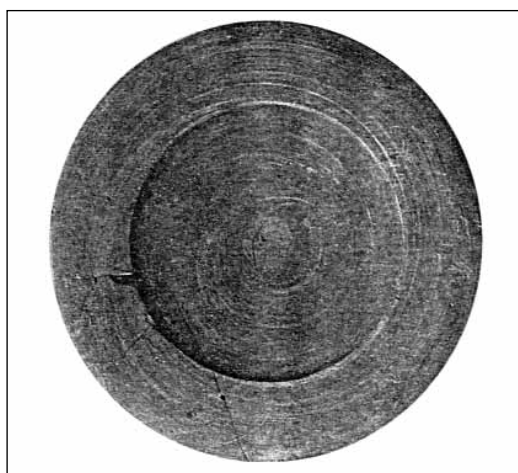
Lámina X. A: Urna cineraria con cartela de Osorkon II de la tumba 20 de Laurita; B: Oinochoe piriforme de barniz rojo de la tumba 12 de Laurita; C: Oinochoe piriforme de barniz rojo de la tumba 13 de Laurita; D: Oinochoe piriforme de barniz rojo de la tumba 19 B de Laurita; E: Oinochoe piriforme de barniz rojo de la tumba 20 de Laurita; F: Jarro de boca de seta de barniz rojo de la tumba 12 de Laurita; G: Jarro de boca de seta de barniz rojo de la tumba 19 B de Laurita.



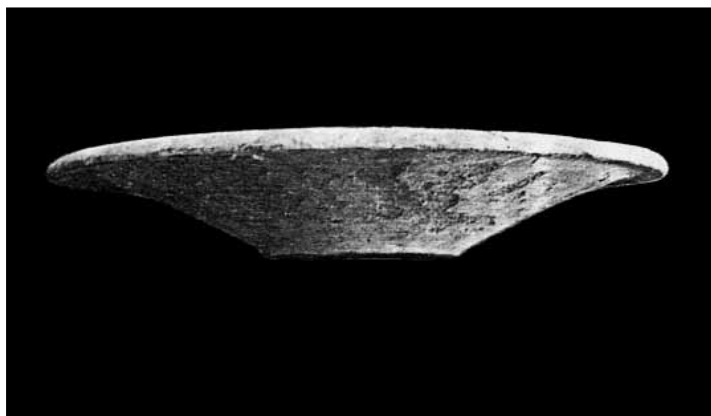
A



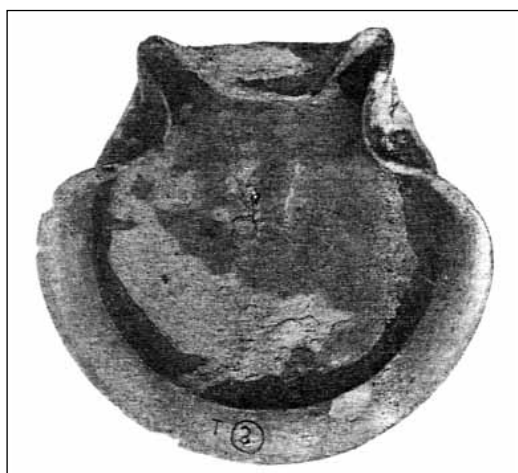
B



C



C



D



E

Lámina XI. Cerámica de barniz rojo de Laurita. A: Jarro de boca de seta de la tumba 20; B: Plato de la tumba 15; C: Fondo y perfil del plato de la tumba 13; D: Lucerna bicornes de la tumba 2; E: Lucerna bicornes de la tumba 15.



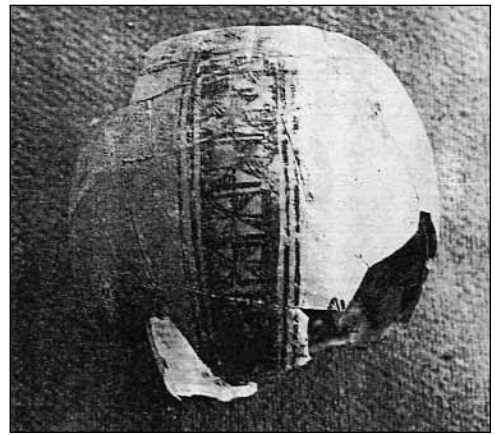
A



B



C



D

Lámina XII. A: Kotyle protocorintia antigua de la tumba 19 B de Laurita; B: Kotyle protocorintia media I de la tumba 19 B de Laurita; C: Fragmentos de kotylai protocorintias de Toscanos II/III (según Niemeyer); D: Huevos de avestruz pintado de Laurita sin contexto preciso.



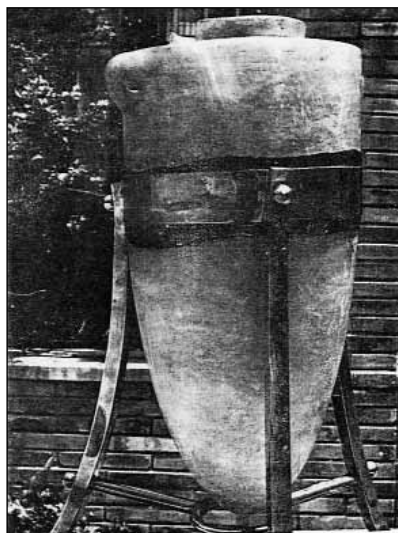
Lámina XIII. Adornos y amuletos de Laurita. A. Escarabeo basculante enmarcado en oro de la tumba 16; B: Colgante de plata con escarabeo basculante de la tumba 3; C: Escarabeo de la tumba 20; D: Estuche porta-amuleto de plata de la tumba 14; E: Asa de bronce de aguamanil de la tumba 1; F: Anillo de bronce de la tumba 20; G: Brazaletes de bronce de la tumba 2.



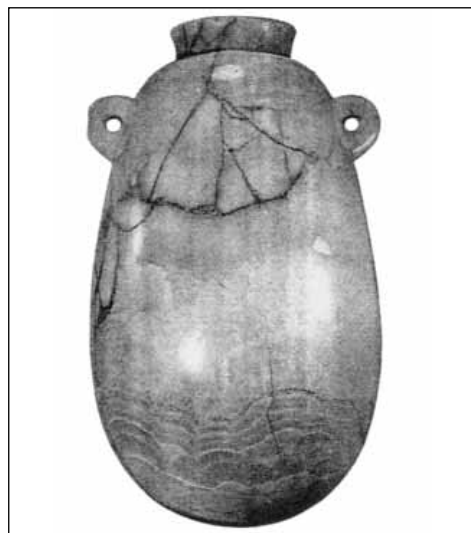
A



B



C



D



E

Lámina XIV. Urnas cinerarias de alabastro. A: Tumba 2 de Trayamar (según Schubart); B: Tumba 2 de Trayamar (según Schubart); C: Guadalete (según García Bellido); D: Tumba 8 de Juno (Cartago) (según Picard); E: Vasos de alabastro de Cádiz (según García Bellido).



A



B

Lámina XV. A: Almuñécar desde Laurita en 1963; B: Nicho B de la tumba 19 de Laurita.



A



B



C

Lámina XVI. A: Nicho A de la tumba 19 de Laurita; B: Urna cineraria con cartela de Osorkon II de la tumba 20 de Laurita; C: Urna cineraria del nicho A de la tumba 19 de Laurita.



A



B

Lámina XVII. A: Vaso de mármol con cartela de Apofis I de Laurita; B: Urna cineraria de Laurita (tumbas 4-10?).



Lámina XVIII. Vasos «white painted» del geométrico chipriota II (950-850 a.C.) procedentes de Paterna de la Ribera (Cádiz).